

EL DIAMANTE OSCURO

ANDREA FERRARI



1

El día que llegó la carta que iba a cambiar su vida, Alina Zak tropezó en la calle y cayó en un charco de agua estancada. Lo que podría no haber sido más que un episodio desafortunado y algo repugnante acabó teniendo una importancia crucial, ya que, si su ropa no hubiese quedado manchada por ese líquido oscuro, habría leído la carta mucho antes.

Cuando, meses más tarde, intentó reconstruir en su memoria el orden de las cosas y definir el momento preciso en que su prolijo mundo se había hecho trizas, ese fue el primer recuerdo: el asco. La sustancia aceitosa que cubría sus pantalones y zapatillas le produjo un asco que se impuso incluso al hambre feroz que traía desde el colegio. Por eso, al llegar a su casa levantó los sobres que encontró junto a la puerta para evitar que se mancharan y los depositó sobre la mesa de la cocina. En situación normal, el que tenía sello de Sudáfrica habría llamado su atención de inmediato, pero solo estaba pensando en cambiarse cuando tiró encima de los sobres una revista que también habían dejado en el umbral. Inmediatamente después se desembarazó de

parte de su ropa y su calzado y caminó en puntas de pie hasta el baño, dejando un rastro negro a su paso.

Una vez que logró sacarse la suciedad y el olor de encima, el hambre reapareció punzante, lo que la llevó de vuelta a la cocina. Pero ya había olvidado los sobres. Mientras esperaba a que se calentara la comida, bajó del estante más alto la lata de galletitas, la apoyó sobre la revista que los cubría y dio cuenta de parte de su contenido. No se molestó en volver a colocarla en su lugar.

Así fue como las noticias que estaban a punto de hacer explotar la rutina de toda la familia quedaron sepultadas bajo la factura del teléfono, una revista intrascendente y una lata de galletitas semivacia.

Quizá, si hubiera leído antes la carta, la habría relacionado con ciertos hechos extraños que empezaron a suceder. O quizá no, porque los primeros signos no fueron muy evidentes. Nada le resultó particularmente notable hasta esa noche cuando, antes de acostarse, miró una vez más por la ventana hacia la casa de su amiga Paula. Había una luz suave: tal vez ella aún leía. Tomó los binoculares de su escritorio y observó. Las cortinas de su ventana estaban echadas y no se percibía ningún movimiento. Ya no habría oportunidad de hablar esa noche. Recorrió la calle con la vista. En ese momento las luces del kiosco de la esquina se apagaron; el dueño colocó el candado en las rejas y luego se subió a su auto. Al lado, había un muchacho con una gorra oscura. Alina lo estaba observando cuando el sonido del teléfono la sobresaltó.

En su casa casi nunca sonaba el teléfono. Solo llamaba Paula o muy esporádicamente sus abuelos, y jamás a las once de la noche. Abrió la puerta de su habitación y caminó

con pasos rápidos hasta la sala, sin encender la luz. Sus padres a esa hora ya dormían.

—¿Hola?

—¿Es la casa de Elisa Blanco?

Era una voz masculina que sonaba insegura.

—Sí. ¿Quién es?

Al otro lado hubo silencio.

—¿Quién es? —insistió Alina.

El clic en la línea le indicó que habían cortado. Una sensación de frío le recorrió el cuerpo. ¿Quién podía ser ese que conocía tan poco a su madre como para llamarla por teléfono? Durante unos momentos se quedó paralizada, con el auricular en la mano. Mientras lo depositaba en su sitio oyó que el motor del ascensor se ponía en marcha. Caminó hasta la puerta y escuchó claramente que el ascensor se detenía en su piso. Tenía las manos transpiradas cuando apoyó un ojo en la mirilla. No vio nada. Segundos después, el ascensor volvió a moverse. Alina esperó hasta que su corazón redujo el galope al que se había lanzado y decidió hacer una rápida comprobación antes de volver a la cama. Puertas y ventanas tenían los pestillos bien echados y en la cocina todo parecía en orden, salvo una canilla que tuvo que ajustar porque goteaba. Plácido dormía echado en su manta y ni siquiera se inmutó cuando pasó junto a él. Lo tocó con la punta del pie en el lomo y solo entonces levantó un poco la cabeza.

—Qué perro inútil.

El animal soltó un suave quejido. Difícil saber si era una respuesta o aún soñaba. A poco de llegar a la casa había demostrado que era inservible como guardián. El objetivo de comprar el ovejero alemán había sido que avisara a sus padres si algo sucedía y cuando advirtieron su absoluta

ineficacia ya se habían acostumbrado demasiado a sus siestas permanentes bajo la mesa y a sus accesos de cariño baboso para desprenderse de él. "No será guardián, pero acompaña", había argumentado la madre de Alina, y aunque no lo devolvieron sí le cambiaron el nombre. Inicialmente le habían puesto Orejas —una muestra del peculiar sentido del humor de su padre—, pero luego optaron por algo más acorde a su naturaleza: Plácido.

Nadie hubiera dicho que Alina era una persona particularmente temerosa o inmadura. Más bien al revés: para sus catorce años mostraba una independencia y una capacidad de decisión que solían sorprender a la gente. Pero la noche era algo diferente, el momento en que todos sus fantasmas se liberaban y la dejaban a merced del miedo. Aquella noche, mientras volvía a atravesar el pasillo hacia su dormitorio, imaginó lo que podría haber sucedido si alguien hubiera querido entrar. Tal vez ella habría gritado, pero en vano, porque no la iban a oír. El tipo podía haberla atado mientras se dedicaba a desvalijar la casa. Y quizá su corazón acelerado fallaba y quedaba tirada allí, gimiendo un llamado de auxilio, sin que nadie se enterara. Eran ideas completamente idiotas, lo sabía. Solo había sonado el teléfono, ella tenía una salud excelente y no era nada probable que una persona de su edad sufriera un ataque cardíaco. Pero no podía evitar pensar ese tipo de cosas.

Siempre había sido así. A la noche, ella se sentía el verdadero perro guardián: aun cuando dormía estaba alerta. El más mínimo ruido la despertaba, bastaba el crujido de un mueble para que se aceleraran los latidos de su corazón. Era una sensación agotadora y a la vez imposible de combatir. Sentía que en las noches todo dependía de ella. Si había

un incendio y debían abandonar la casa, si alguien llamaba para anunciar alguna emergencia, si entraban ladrones: solo ella se iba a enterar. En realidad nunca había sucedido nada de eso, pero en teoría era posible, y esa posibilidad le quitaba el sueño. La primera vez que se lo dijo a su madre, hacía ya muchos años, ella se limitó a sonreír y a decirle que durmiera sin preocuparse, que ya se enterarían si algo malo pasaba. Se lo dijo en lengua de señas, como siempre.

De alguna forma nos enteramos si pasa algo. Quedate tranquila.

Tranquila, repitió con su mano: una palma abierta que bajaba por su pecho, como una caricia. Pero Alina no estaba tranquila. Su insistencia logró que instalaran en el pasillo un interruptor que encendía la luz de la habitación de sus padres. Así, si necesitaba llamarlos en mitad de la noche, podía hacerlo sin tener que ir hasta su dormitorio, prendiendo y apagando la luz. Una vez le preguntó a su madre cómo había hecho cuando ella era un bebé y lloraba por las noches. Con un hilo, le respondió, porque no tenían ninguno de los aparatos modernos que se vendieron después. Un hilo entre las dos manos.

Una punta en tu muñeca y la otra en la mía. Así, si te movías en la cuna yo me despertaba.

A veces a Alina le parecía recordarlo: ese hilo delgado que las unía y que cualquier movimiento demasiado brusco corría el riesgo de romper. Pero claro que no podía acordarse, si solo tenía unos meses. Seguramente se lo habían contado y la imagen se le había pegado como si fuera un recuerdo propio. Hubiera querido que el hilo siguiera entre ellas mucho tiempo, pero cuando la mudaron de habitación solo tuvo sus pies para llegar al cuarto de sus padres si los necesitaba. A los tres o cuatro años habían venido las noches de

terror, con pesadillas que la despertaban bañada en transpiración y lanzando unos gritos que nadie oía. Recordaba una especialmente mala, en medio de una tormenta, cuando había corrido a meterse en la cama de sus padres porque un monstruo horrible la observaba junto a la ventana. Su madre encendió la luz para verle las manos agitadas.

¿Cómo era el monstruo?

Tenía muchos ojos y muchas orejas.

¿Muchas orejas? Entonces seguro que oía todo.

Después la abrazó y le dijo que podía dormir ahí, que nada iba a pasar. Y aun así, a Alina le costó retomar el sueño porque pensaba que el monstruo de muchas orejas podría volver y solo ella iba a oírlo.

Ahora el recuerdo de ese monstruo le causaba gracia, pero la sensación de *zozobra* no había abandonado sus noches. Ser hija de sordos la había convertido en alguien diferente en muchos sentidos. Había aprendido a hablar con señas antes que con la voz y todavía algunas veces, cuando necesitaba transmitir algo muy especial, sentía que sus manos podían decir más que su boca.

También leía asombrosamente bien los labios. Su "poder", lo llamaba Paula, pero ella se reía de ese nombre.

—Ni que fuera un superhéroe, Paula.

—Pero es algo especial, no digas que no.

Le molestaba cuando en el colegio le preguntaban cómo había hecho para aprenderlo.

—¿Acaso ustedes saben cómo aprendieron a hablar?

No había hecho nada, simplemente había sucedido. Muchos hijos de sordos saben leer los labios, insistía. En parte se lo debía a su padre, que a menudo se limitaba a mover los labios sin sonido. A él no le gustaba usar su voz, nunca

le había gustado, pero aun cuando usaba señas modulaba con la boca, tal como le habían enseñado en su infancia. Los ojos de Alina se pegaban a esos labios que decían todo, o nada, según quién los mirara.

—Pero no es solo la boca —explicaba a veces, cuando los otros persistían en sus preguntas—, sino la expresión, la posición de las cejas, los ojos, la forma de colocar el cuerpo: todo ayuda a entender. Más que leer los labios, es como leer a una persona entera.

Sabía que algunos la miraban como a un bicho raro. En la escuela primaria veía cómo varias compañeras le daban la espalda cuando querían decirle algo a otra en susurros. Como si temieran que les arrancara un secreto.

Antes de acostarse volvió a tomar los binoculares y echó una última mirada. En la casa de Paula ya no se veía ninguna luz. Enfrente, el muchacho que había visto antes seguía parado junto al farol. Enseguida volvió a mover los binoculares y se concentró en una pareja que caminaba apretada en un abrazo. Él le decía algo al oído y la chica reía. Decidió dejarlo: era hora de ir a la cama.

Pero esa noche le costó dormirse y, cuando finalmente lo hizo, el temor se le coló en el sueño. Sus pesadillas ya no estaban pobladas por monstruos, sino por ruidos. Como en un juego de cajas chinas, en el sueño ella intentaba dormir. No lo lograba porque una y otra vez la despertaban sonidos inquietantes: crujidos de la madera, un roce tenue de telas, alguien que caminaba muy cerca, en puntas de pie, casi sin tocar el piso. Recién cuando empezaba a clarear logró abandonarse a un sueño profundo y silencioso.

Acababa de amanecer en Ciudad del Cabo cuando Frederick Breuge se sentó bruscamente en la cama. Alcanzó con desesperación el pantalón que había dejado sobre la silla e intentó calzar una pierna, pero con la cabeza aún nublada por el sueño se tambaleó y tuvo que sujetarse al escritorio para no caer. Del fondo del estómago le subió una sensación de náusea que llegó hasta la garganta. Tomó una bocanada de aire y trató de aclarar la mente. No sabía qué lo había asustado. Volvió a sentarse, transpirado y con los pantalones aún a medio subir, atento a algún ruido en la casa. Pero todo estaba en silencio, nadie había entrado. Otra maldita pesadilla.

Miró el reloj. Era demasiado temprano, pero igual decidió levantarse: sabía que ya no iba a poder seguir durmiendo. Hoy era el día. Caminó los seis escasos pasos que separaban la habitación de la cocina y puso a calentar el agua. Recién cuando abrió el armario recordó que el café se había acabado la noche anterior. Revisó latas y frascos maldiciendo, porque odiaba empezar un día sin café, y especialmente ese día: era como si se tiñera de un mal augurio. Entonces sus manos chocaron con un viejo mate de

Lucio que, vaya a saber por qué, había acabado por dejar en su casa. Cuando aún iba a su casa. Era un objeto extraño, vagamente deforme. Se acordó del momento en que lo había visto tomar esa bebida por primera vez.

—Hay que saber poner la yerba dentro del mate —le había explicado el argentino—; luego se coloca la bombilla y se tira el agua caliente. Bien caliente, pero no hirviendo. Y nada de azúcar: el buen mate se toma amargo.

Al principio, a Frederick le había parecido asqueroso, pero terminó por acostumbrarse al mate, aunque tardó en aprender a pronunciar el término correctamente. Lucio se reía de los extraños sonidos que emitía su joven ayudante cuando intentaba repetir alguna de las palabras que le había enseñado: solía decir que el castellano en su boca se parecía al zulú.

Qué sabría el argentino de zulú. En cambio él, tras tomar el curso de español durante un año en el colegio, había llegado a armar unas frases bastante rudimentarias que provocaban carcajadas en Lucio. De pronto le pareció estar viendo frente a sí su cara redonda, la boca fruncida en torno a la bombilla mientras probaba el primer mate de la tarde, la irritación en sus ojos cuando quemaba y el insulto que llegaba en castellano, porque siempre decía que podía hablar de la mañana a la noche en inglés, pero cuando se trataba de insultar no había nada como la propia lengua.

No supo si era por la fuerza del recuerdo o por la ausencia del café, pero Frederick se convenció de que tenía ganas de tomar mate. En el fondo del armario había un paquete de yerba y una bombilla metálica. Mientras esperaba que el agua estuviera caliente decidió rescatar el sobre amarillo de su escondite. Abrió el cesto de la basura, sacó la bolsa con su contenido escaso, aunque levemente maloliente, y luego las hojas de diario que tapizaban el fondo. Abajo estaba el envoltorio

de plástico que albergaba el sobre amarillo. Intacto, pese a que llevaba ahí más de dos meses.

Se trasladó con todo a la mesa de la sala, donde había dejado papel, sobres y una lapicera. Primero escribió unas diez líneas, en las que repitió las instrucciones de Lucio. Después introdujo el sobre amarillo y esa nota en otro sobre más grande, en el que transcribió una dirección que tenía anotada. Se detuvo para tomar unos mates antes de sacar una carta del cajón. Mientras la colocaba en el último sobre, la estudió: unas treinta líneas escritas por Lucio en español. Apenas lograba entender algunas palabras. Cerró el sobre y copió allí otra dirección.

Volvió a mirar su reloj: aún faltaba un rato para que llegara Fiona. Era el momento de ocuparse de su cara. Se paró frente al espejo del baño y observó el aspecto que estaba a punto de perder. "Sin sentimentalismos", se dijo antes de cubrirse de espuma. En diez minutos desapareció la escasa barba que le había llevado un año conseguir para aparentar al menos sus dieciocho años y no los quince que solían darle. Después se recortó los mechones más largos de su pelo rubio, que se le ondulaban de una forma molesta. Retrocedió unos pasos y se miró: otra vez tenía cara de niño. Qué remedio, ya crecería. Se dio una ducha rápida y se cambió la ropa. Estaba listo cuando sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó elevando la voz. Ya habían intentado una vez meterse en su casa por la fuerza, y no abría sin estar muy seguro.

—Soy yo, Fred —Fiona golpeó con el nudillo contra la puerta ocho veces, con el ritmo que años atrás se había convertido en un saludo entre ellos.

Recién entonces Frederick sacó la cadena y giró las dos llaves. Pero cuando abrió la puerta y vio a esa mujer con

larguísimo pelo rubio, enormes anteojos negros y labios de un rojo capaz de detener el tráfico, se quedó paralizado.

—No me mires así —dijo Fiona entrando—, fue lo que conseguí. Pero, bueno, aquí también hubo cambios —sonrió mientras acariciaba la mejilla recién afeitada de Frederick—. Ha vuelto la cara de niño lindo. Siempre pensé que tu cara era perfecta, mucho más linda que la mía. Ahora resaltan más esos ojazos azules que...

—Ya basta, Fiona.

Ella empezó a quitarse la ropa riendo. Primero el amplio impermeable azul que le llegaba a los pies, los anteojos, el pañuelo rojo en torno a su cuello.

—Esto me está matando —se sacó de un tirón los pesados aros plateados, después las botas y finalmente la peluca rubia, que dejó al descubierto su melena roja.

—Ahora sí que llegaste —Frederick la abrazó—. Hola.

—Hola, hermanito —ella lo apretó con más fuerza de la necesaria—. ¿Asustado?

—Un poco —sonrió mientras se desembarazaba del abrazo—, pero va a salir todo bien. ¿Los viste?

—Vi un auto verde, en la esquina, con dos tipos. Pero no quise mirarlos. ¿Y eso? —Fiona observaba la mesa—. Un *matí*. ¿Qué hace acá?

—Se dice *mate*, bestia. Era de Lucio.

—Puedo imaginármelo. La pregunta era por qué. ¿Estabas nostálgico de tus amigos argentinos?

—Supongo. En parte la nostalgia, en parte la alacena vacía. Bueno, empecemos, que no hay mucho tiempo.

Fiona sacó un estuche de maquillaje de su bolso y lo hizo sentar junto a una lámpara. Primero distribuyó una capa de base por su cara. Después iluminó sus párpados con sombra azul, le alargó las pestañas con rímel y coloreó

sus mejillas con rubor. Y por último, el toque maestro: el lápiz labial rojo fuego.

Le dio varios retoques al maquillaje hasta que estuvo satisfecha. Entonces le colocó la peluca rubia y la fijó con unos clips que quedaron ocultos bajo los largos rizos. Después intentó ponerle los aros plateados, pero él alegó que no eran un adorno sino un instrumento de tortura, de modo que optaron por renunciar a ellos.

—De pie —ordenó Fiona.

De su bolso sacó un corpiño que había rellenado previamente con un par de medias. Le sacó la camisa a Frederick y lo abrochó en su espalda. Después lo observó: no estaba mal. Eran unos pechos bastante naturales, no demasiado grandes. Pero él tenía cara de estar sufriendo.

—¿Es realmente necesario?

Fiona sonrió.

—Queremos que seas convincente. Te guste o no, es importante: es el lugar adonde muchos miran primero.

Volvió a colocarle la camisa y le rodeó el cuello con el amplio pañuelo rojo. Luego lo ayudó a ponerse el impermeable, que ciñó a su cintura con un lazo. Retrocedió unos pasos y lo miró apreciativamente.

—¿Estoy bien?

—Divina. Lástima el tamaño de los pies.

—Eso no hay cómo cambiarlo. Vamos al baño, quiero verme.

La imagen que le devolvió el espejo le hizo pegar un grito.

—Soy un espanto. Solo espero que nadie me reconozca.

—No digas eso. Ella es una chica sensible, se puede ofender. Fred, te presento a... ¿Marilyn? ¿Maggie? No, Doris. Es cara de Doris.

Frederick le sonrió al espejo.

—Hola, Doris. Espero que sobrevivas a tu misión.

Se dio cuenta de que a Fiona no le había gustado la broma: ahora lo miraba con una mueca de desagrado.

—Quiero que me cuentes cómo va a ser todo, Fred. Tengo miedo de que te pase algo.

—No tengas miedo, va a salir bien. En una hora viene un auto contratado a buscarme. Si los tipos que me vigilan están mirando, no se van a dar cuenta de nada: aquí entró Doris y de aquí saldrá Doris. En el camino vamos a detenernos en un correo para que envíe el sobre. Y luego me llevará hasta la base de Table Mountain, donde me va a esperar Ian con su coche: él tiene mis documentos y un bolso con algo de ropa. Es un lugar siempre lleno de turistas, no pueden intentar nada. Después sigo con Ian hasta cruzar la frontera con Namibia.

—De ahí...

—Te llamo, ya lo sé.

—¿Y después?

—No sé, quizá me quede allí un tiempo. También podría viajar lejos: eso fue lo que me recomendó Lucio.

Fiona seguía teniendo la expresión crispada mientras guardaba el maquillaje en su bolso.

—Lo del sobre no tiene sentido —dijo de pronto levantando la cabeza—. Ya te dije que puedo enviarlo yo.

—No quiero involucrarte más en esto. Además, le prometí a Lucio que lo mandaría personalmente y lo voy a hacer.

—Lucio está muerto, Fred. Y no tendría que haberte metido en este asunto. A veces pienso que al final de su vida estaba un poco... —Fiona hizo un gesto significativo.

—Él no sabía lo que iba a pasar. No podía imaginarse que el abogado que tenía que ocuparse de todo iba a desaparecer. El sobre que me dio a mí solo era un reaseguro: ahora es fundamental.

—No sé, creo que yo tendría que haberte impedido hacer esto. Le prometí a mamá que...

—Cumpliste bien con tu rol de hermana mayor. Los dos lo sabemos: desde mucho antes de que muriera mamá. Siempre lo hiciste y te lo agradezco. Pero ya crecí, Fiona. Todo está bien organizado para evitarnos problemas. No discutamos más, por favor.

—No —Fiona miró el reloj—, en cinco minutos me espera William abajo.

—Bien. No hagas nada raro: no mires atrás, ni te fijas en los tipos si están ahí.

—No te preocupes, hermanito, voy a estar a la altura de las circunstancias.

Se puso un pañuelo que escondió su llamativo pelo rojo, y anteojos negros. Después se dieron un último abrazo cuidando de que no se corriera el maquillaje de Frederick. Una vez que llegó el ascensor y la puerta se cerró tras Fiona, él se acercó a la ventana y abrió un espacio entre dos listones de la cortina veneciana que estaba siempre cerrada desde que se había dado cuenta de que lo vigilaban. Por ahí la vio pasar, muy abrazada con William. Los observó hasta que desaparecieron de su vista.

Ahora solo le quedaba una cosa por hacer. Fue a la cocina y se agachó junto al armario bajo la mesa. De ahí sacó una enorme bolsa de comida para perros. Sumergió la mano y tanteó hasta dar con los dos sobres alargados. Una vez que los tuvo en sus manos, volvió a guardar la bolsa y fue hasta el dormitorio. Las botas negras estaban junto a su cama. Abrió el cierre de la izquierda y extrajo la plantilla. Sin el material de goma que les había sacado previamente —y que el fabricante promocionaba como la garantía del “confort en cada paso” —ya no serían tan cómodas, pero al menos

quedaba un espacio suficientemente grande. Finalmente, alguna ventaja había tenido el exagerado tamaño de sus pies. Allí entró uno de los sobres. El otro fue a la bota derecha. De un cajón sacó la tarjeta de crédito. Estaba a nombre de un tal Robert Uys, de quien nunca había oído hablar. Pero se la había entregado Lucio para cubrir los gastos que hicieran falta y debía seguir funcionando. Al menos eso esperaba.

Colocó la tarjeta en una de las botas y volvió a ubicar las plantillas en su lugar. Luego se las calzó, se ajustó el impermeable y se paró frente al espejo de la habitación. Doris estaba lista para la misión.

A la luz del día, Alina pensó que la inquietud que le había provocado el llamado telefónico había sido ridícula. Probablemente la comunicación se había cortado y la persona había desistido de volver a llamar. En cualquier caso, decidió no comentar nada a sus padres. Era evidente que el miedo no había estado justificado y ahora, al recordarlo, todo se le hacía penosamente infantil.

Estaba tomando un café rápido en la cocina cuando entró su padre y golpeó los nudillos contra la mesa para llamar su atención. Ella se dio vuelta.

Antes de irte necesito que hagas un llamado.

Alina frunció la nariz. Con solo ver la seña del llamado en la mano de Roberto —el pulgar y el índice extendidos junto a su cara— se ponía de mal humor.

—Otra vez los malditos llamados —dijo mientras depositaba la taza en la piletta, sabiendo que desde esa posición él no podía leer sus labios. Después se dio vuelta y lo encaró.

No tengo tiempo, me espera Paula abajo. En media hora tenemos que estar en el colegio.

Es un minuto: solo para decirle a un cliente que voy a ir más tarde. No me entregaron a tiempo los materiales.

Odiaba que su padre le pidiera favores cuando estaba apurada. Sus cosas nunca parecían ser suficientemente importantes para él.

Está bien, pero rápido.

No fue rápido. Tardó en encontrar el número telefónico del cliente.

Papá, estoy apurada.

Un momento, aquí está.

Transmitió el mensaje a toda velocidad. El hombre se mostró consternado por el cambio de horario, pero decidió no mencionárselo a su padre. Solo iba a conseguir demorarse todavía más.

¿Qué dijo?

Nada, que te espera.

Gracias.

Tomó su mochila y bajó la escalera corriendo. En el hall había un tipo con uniforme de la empresa de electricidad haciendo algún arreglo. No perdió tiempo en mirarlo: abrió la puerta y corrió. Tampoco vio al muchacho con una gorra azul, parado al otro lado de la calle. Paula estaba en la esquina con cara de fastidio y le hacía señas de que se apurara.

Alina no volvió a pensar en lo sucedido esa noche, ni en el llamado, ni en las cartas ocultas bajo la revista hasta varios días después. Cuando entró a su casa, Elisa estaba de pie junto a la ventana, completamente abstraída. Le impactaba ver la capacidad de concentración de su madre: se sumergía en su interior, con los ojos fijos en algún punto, sin que nada interfiriera con sus pensamientos. Lo mismo sucedía cuando pintaba: era como si el cuadro se la tragase.

Ahora no se dio cuenta de que Alina había entrado hasta que se puso a su lado y le dio un beso en la mejilla.

Cuando se volvió hacia ella sonreía, pero hubo algo en su cara —tal vez la forma en que las cejas se arqueaban o la fuga de su mirada— que le reveló su inquietud. Alina la interrogó con señas.

¿Qué pasa?

Noticias raras. Te cuento mientras comemos.

Recién cuando se sentaron, Alina vio la carta. Estaba a un lado de la mesa. Un sobre blanco con el nombre de su madre, Elisa Blanco, la dirección y, en letras más grandes, las palabras "Buenos Aires, Argentina".

No sé hace cuánto llegó, la encontré hoy bajo otros sobres, mientras ordenaba la cocina.

Alina se mordió el labio inferior.

Me parece que fui yo la que la dejé ahí. Perdón. ¿De quién es?

De Lucio. Mi tío. ¿Te acordás?

El que nos regaló la casa y se fue a vivir al África.

Sí.

¿Y qué dice?

Que se está muriendo.

Alina dejó el tenedor donde había pinchado dos ñoquis y observó a su madre. Se dio cuenta de que ella aún no había tocado su plato.

¿Escribe para despedirse?

Es más complicado. Mejor leela.

Eran dos hojas manuscritas. Lo primero que llamó la atención de Alina fue la fecha: la carta tenía más de un mes. La leyó rápido, levantando cada tanto la vista para mirar a su madre. Pero ella parecía otra vez sumergida en sus pensamientos.

Querida Elisa:

Te sorprenderá saber de mí después de tantos años. Sé que no he sido justamente un tío ejemplar. Ni siquiera pasable. Me enteré hace muy poco de que tus padres murieron en un accidente. Aunque la relación con mi hermano Inocencio nunca fue estrecha, me dolió no haber podido estar ahí, acompañándote. Tal vez pienses que soy un hipócrita al decir esto, considerando todas las cartas que me enviaste y nunca respondí. Aunque te resulte extraño, aún las conservo y volví a leerlas días atrás.

Quiero decirte que hoy veo las cosas muy distintas, quizá porque la muerte está cerca. Viví siempre corriendo por una cornisa, demasiado ocupado en hacer dinero y en no caer al vacío. Ahora me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ustedes. Lamento no haber conocido a tu hija Alina: no me cabe duda de que es, tal como me contaste, una chica excepcional. También lamento no haberte respondido cuando todavía significaba algo para ustedes. Hubiera querido contarte un poco sobre mi vida, pero ya no tengo tiempo ni fuerzas para hacerlo.

Nunca me casé ni tuve hijos, de manera que ustedes son toda mi familia. Hay, sin embargo, una persona muy importante para mí: un chico que trabajó conmigo en los últimos años y se convirtió prácticamente en un hijo. Se llama Frederick Breuge. Sus padres fallecieron y solo tiene una hermana. Ahora estoy preocupado por él. Sería complicado explicarlo aquí, pero tuvimos algunos problemas y temo que a mi muerte las cosas se le compliquen. Por eso me gustaría que saliera del país: pensé que podría pasar una temporada con ustedes. Sé que les va a gustar.

La otra cuestión de la que quiero hablarte es mi testamento. Tengo que terminar de redactarlo en los próximos

días. Pienso dejarte alguna propiedad que aún tengo en la Argentina y vas a ver que le reservo a tu hija un lugar muy importante: quiero que sea custodia de una piedra preciosa, fundamental para mí. Se enterarán de todo cuando lleguen los papeles por correo, o bien por un abogado. Y, por las dudas, Frederick llevará una copia del testamento. En caso de que por algún motivo él no pueda llegar, quisiera que traten de localizarlo.

Estoy seguro de que podrán cumplir con mis pedidos.

Te abraza tu tío,

Lucio

Luego venía el número de teléfono de un abogado en Ciudad del Cabo y una extraña posdata: "No dejes que nadie te confunda".

Sin embargo, pensó Alina, eso era pura confusión. Levantó la vista.

¿Qué pensás?

Elisa suspiró y apartó su plato. No había comido casi nada.

Pienso que tengo que hacer algo. Se está muriendo y no tiene a nadie. Quiero ofrecerme a viajar y acompañarlo.

¿Sola?

Me da terror. Pero lo tengo que hacer.

No era fácil, sin embargo, que Elisa transmitiera su ofrecimiento, porque en la carta no venía ningún remitente. Aunque no le gustaba nada tener que hacerlo, Alina sabía que no tenía alternativa y se ofreció a llamar al número del abogado que aparecía en la carta para preguntar por Lucio. Practicó varias veces lo que diría en inglés y marcó el número, pero el teléfono llamó largamente sin que nadie atendiera.

Quizá ya es demasiado tarde allá, debe haber varias horas de diferencia.

Sí. Podemos probar mañana.

Alina se dejó caer en el sillón y volvió a tomar la carta en sus manos. Era todo tan extraño, tan irreal. Por un momento pensó que quizá era el relato de un loco, pero prefirió no decirlo. Su madre parecía afectada.

Quisiera saber bien la historia.

¿Qué historia?

La de Lucio.

Es rara.

Está bien, quiero saberla.

Tomó la manzana que había dejado a medio comer en la mesa, se hizo un bollo en el sillón y se dispuso a observar cómo las manos de su madre contaban la historia.

A la historia de Lucio, decía Elisa, la había conocido por fragmentos de anécdotas que sus padres habían ido soltando en el curso de los años, aunque siempre había sentido que en el relato faltaban piezas, que la imagen de su tío nunca se terminaba de armar.

Era el hermano menor de Inocencio, pero estos hermanos eran completamente distintos. Solo compartían la piel clara y los ojos grandes y negros de su madre. Por lo demás, eran opuestos: mientras que Inocencio era alto y robusto, Lucio tenía el cuerpo delgado y la salud frágil. Y si el mayor representaba todo lo que sus padres querían, el menor era exactamente lo contrario. Los choques habían empezado en su infancia, crecido en la adolescencia y explotado apenas salió del colegio: no quiso estudiar una carrera universitaria, como pretendía su padre, ni ocuparse de los negocios familiares en la ciudad de Salta, donde vivían, y mucho menos ponerse de novio con Mirna, la antigua compañera de escuela que toda la familia creía ideal para él, y que lo miraba con inocultables ojos de amor. Lucio quería viajar, conocer nuevas tierras y vivir de lo que la vida le presentara

en cada ocasión. Como semejantes anhelos de libertad eran difíciles de tragar para sus padres, fabricó una propuesta que se adaptaba a las circunstancias: emprendería un viaje a fin de buscar mercados para colocar los productos textiles del negocio familiar.

Elisa no había nacido aún, pero más de una vez oyó hablar del día en que su tío regresó de ese largo viaje con un aspecto lamentable: tenía un ojo morado y el labio partido como recuerdo de una pelea, le habían robado todo el equipaje y hasta el último centavo del dinero que su familia le había facilitado para los negocios. Bastó que lo viera el padre, Juan Manuel, para que se desatara una cólera que parecía haber reservado solo para él. Ese día le auguró a gritos un destino de vagabundo y lo puso contra la pared: o enderezaba su vida o dejaba la casa para siempre. Dos días después, apenas con un bolso en el que llevaba unas pocas prendas, Lucio cerró la puerta de su casa intentando no oír el llanto de su madre.

En los años que siguieron hubo unas pocas y esporádicas cartas desde destinos extraños: Sudáfrica, Botswana, Kenia, Bélgica. En alguna de ellas Lucio se vanagloriaba de haber hecho excelentes negocios y llevar una vida de rey. En la casa lo tomaron con sorna: creyeron que, incapaz de reconocer que los augurios de su padre se habían cumplido, había inventado una historia fantasiosa e imposible de comprobar. Bastantes años más tarde, sin embargo, Lucio les demostró su error. Para ese entonces muchas cosas habían cambiado: sus padres habían muerto, su hermano Inocencio se había enamorado de Mirna, la mujer que él nunca quiso cortejar, y de esa unión había nacido Elisa. Y, a los veintidós años, Elisa preparaba su casamiento con Roberto. Pensaban vivir en Buenos Aires.

Estaban, precisamente, confeccionando la lista de invitados en el momento en que el timbre los sobresaltó. Mirna fue a la puerta y vio a un hombre al que creyó no conocer.

—Hola —dijo él, y sonrió.

Hubo algo en esa sonrisa cauta que le impidió a ella cerrar la puerta. Pasaron varios segundos mirándose, hasta que tras unos extraños anteojos, un pelo ya bastante canoso y algunas arrugas Mirna reconoció a su cuñado Lucio.

Su ausencia había durado treinta años, pero Lucio volvió a integrarse a la familia como si no se hubiera ido. Los sorprendió a todos con su buena disposición para cualquier cosa que viniera a cuento, ya fuera pasear con Mirna, ayudar con los preparativos del casamiento o sacarles las pulgas a los perros. Hasta aprendió entusiasmado los rudimentos de la lengua de señas para comunicarse mejor con Elisa y Roberto. Nunca se mostró, en cambio, muy inclinado a entrar en detalles sobre su pasado, salvo para contar alguna anécdota fabulosa, como cuando se había topado cara a cara con dos leones en la selva de Kenia.

Como medio de vida, les dijo, había encontrado que el comercio de diamantes era muy rentable. Eso era evidente: durante el tiempo que pasó en Salta fue desprendido y hasta ostentoso con el dinero. Compró propiedades, inició la construcción del que iba a ser su futuro hogar y les hizo a Elisa y Roberto un regalo de casamiento frente al cual todos los otros palidieron: el dinero para comprar el departamento en Buenos Aires.

Pero tan abruptamente como había llegado, a los tres meses anunció que se volvía a África. Dejó administradores en algunas de sus propiedades y vendió otras. Elisa nunca tuvo claros los motivos. La versión más creíble de las muchas que circularon decía que en esos meses Lucio se

enamorado de su cuñada Mirna, que ella volvió a mirarlo con ojos de amor, y que esta vez fue Inocencio quien lo echó.

Lo cierto es que en Salta no volvió a verse a Lucio Martín Blanco. Mirna e Inocencio le enviaron un par de cartas a la dirección de Sudáfrica que había dejado, pero él solo respondió una vez y fue apenas una tarjeta para saludar por las fiestas. En una ocasión, sin embargo, empezó a correr la noticia —nunca se supo iniciada por quién— de que Lucio había matado a un hombre en Sudáfrica e iba a ser juzgado. Inocencio envió una carta para interesarse por su suerte, pero no obtuvo respuesta. Ese fue su último intento.

Elisa, en cambio, con una tozudez que ella misma encontraba difícil de entender, siguió escribiendo. Al menos una carta por año, durante mucho tiempo. Quizá lo que la movía era el agradecimiento por la casa o algo que la tocaba más hondo: que Lucio había aprendido la lengua de señas solo por hablarle a ella. Pero también esa correspondencia tuvo un final, porque la última carta volvió al remitente con la aclaración de que Lucio ya no vivía allí. Luego solo hubo silencio. Varias veces, Elisa le había contado a Alina que en alguna parte del mundo tenía un tío rico y un poco extraño que les había regalado el departamento y del que ya no esperaba tener noticias. Hasta este día.

Pero ¿por qué yo?

¿Qué cosa?

¿Por qué me incluye a mí en su testamento si ni siquiera me conoce? ¿Y qué es eso de la piedra preciosa? ¿Cómo voy a custodiar una piedra?

No sé, realmente.

¿Y qué pasa con el chico ese, Frederick? ¿Cómo lo vamos a encontrar?

Elisa se encogió de hombros.

No sé. No sé. ¿Cómo puedo saberlo?

Hizo un gesto típico en ella, algo que oscilaba entre la desolación y el enojo y que solía mostrar cuando se sentía sobrepasada por las cosas. En ese momento entró Roberto y todo volvió a empezar. La carta, las preguntas, las hipótesis. Siguieron dándole vueltas al asunto el resto de la tarde y la noche.

De a poco, sin embargo, la idea de recibir una herencia empezó a germinar en Roberto y Elisa. Una oportunidad: así lo veía Roberto, para quien todo lo relacionado con la vida profesional había resultado siempre extremadamente difícil. Primero había sido empleado en una empresa constructora, donde lo relegaban invariablemente a las tareas menos calificadas. Luego se había instalado por su cuenta, pero las carencias económicas sumadas a las dificultades de comunicación le impedían crecer. Con una inyección de dinero de la herencia, dijo, podría mejorar su taller, comprar máquinas y tomar un empleado. Entonces sí podría cambiar su suerte. Lo repitió:

Sería una oportunidad.

Alina no contestó nada. A ella todo el asunto le seguía resultando completamente irreal: tener un familiar en Sudáfrica que le concedía un lugar especial en su testamento sin siquiera conocerla, que le encomendaba encontrar a un extraño pero no le explicaba cómo, que pretendía que custodiara una piedra... todo eso le parecía algo que no podía suceder en la vida real de una persona común y corriente. No en la de ella, al menos.

Y, sin embargo, todo se estaba moviendo en esa dirección. Mucho más de lo que podía imaginarse.

5

El timbre de la calle encontró a Frederick mirando la biblioteca. Había pasado los últimos diez minutos intentando decidir qué libro llevar, y no había logrado inclinarse por ninguno. Sin pensarlo más tomó *El conde de Montecristo*, un viejo regalo de Lucio que había leído varias veces, y lo metió en el bolso, junto con los sobres y unos pocos efectos personales cuidadosamente seleccionados para no desentonar en un equipaje femenino.

La voz del chofer anunció en el intercomunicador el coche "para la señorita Strydom". Antes de cerrar la puerta, Frederick echó una última mirada general al departamento. Estaba semivacío y bastante decadente, pero la sensación de despedida lo turbó. Podían pasar meses antes de que volviera a verlo, y eso siempre que tuviera suerte. Se dijo que tenía que desprenderse de esas ideas si quería llegar hasta el final del día.

Subió rápidamente al auto, sin mirar hacia los costados. Había practicado mucho el rol de Doris y, aun así, cuando saludó al chofer se sentía tan nervioso que creyó que iba a echar todo a perder. Para evitar que la voz lo delatara había

decidido fingir una fuerte gripe que lo había dejado afónico. Tenía un pañuelo que mantuvo junto a su boca mientras le indicaba en susurros que tenían que pasar por una oficina de correos antes de ir a Table Mountain.

—¿Va a subir a la montaña con ese resfrío? —preguntó el conductor mirándolo por el espejo retrovisor—. Tenga cuidado, hay mucho viento arriba.

—No, no voy a subir —Frederick ni siquiera había pensado en una excusa para elegir ese lugar y tuvo que improvisar—. Voy a encontrarme ahí con un grupo de extranjeros.

En el camino miró disimuladamente hacia atrás varias veces, pero no había ninguna señal de que alguien los siguiera. Respondió con monosílabos a los dos intentos del tipo por encontrar un tema de conversación y terminó por sacar el libro para bloquear un tercero. Le preocupaban en ese momento dos cosas. O tal vez mil, pero dos se le habían convertido en obsesiones: sus pies y sus manos. Demasiado grandes. Pensó que tendría que haberse puesto guantes para disimular sus nudillos que, ahora que los miraba con atención, se le hacían absurdamente gruesos. Pero ya era tarde para eso.

La parada en el correo, sin embargo, no trajo problemas. Había poca gente y nadie pareció reparar en su presencia y mucho menos en sus pies. Fue directo a la ventanilla de envíos *express*, donde una empleada somnolienta se compadeció de su estado gripal mientras le despachaba los sobres. Después de todo, pensó Frederick cuando salía, tal vez las cosas realmente resultaran bien.

Mientras el auto recorría el camino hacia la montaña descubrió que se sentía mejor. Decididamente, se sentía mucho mejor. Haber enviado los sobres le había quitado un

peso de encima. Se acomodó en el asiento, dispuesto a relajarse, y sacó un pequeño espejo del bolso para confirmar que su aspecto no hubiese variado demasiado.

—Las mujeres, siempre tan coquetas —dijo el chofer mirándolo otra vez por el espejo retrovisor—. Todas quieren arreglarse. Aunque para una chica linda como usted no es necesario.

Lo único que le faltaba para coronar ese día, pensó Frederick alarmado, era que un hombre pretendiera conquistarlo. Se limitó a asentir y fijó la vista en la calle.

Tal como había previsto, Table Mountain era un hervidero de autos y ómnibus de turismo entre los que se movían olas de visitantes ruidosos. Le estaba indicando al chofer que avanzara por la zona de estacionamiento cuando lo vio: el coche naranja de Ian estaba allí estacionado, un poco apartado de los demás. Se detuvieron, pagó el viaje y caminó hacia ahí. Al principio le pareció que su amigo, sentado en el asiento del conductor, estaba inclinado sobre el volante, como si revisara alguna cosa. Pero cuando estuvo más cerca algo le sonó extraño: esa no parecía la cabeza de Ian ni tampoco le había visto puesta jamás una camisa roja como la que tenía. ¿Habría llevado a alguien más? Estaba golpeando en la ventanilla, cuando sintió que un par de brazos poderosos lo tomaban por atrás.

—¡Al fin estás acá, mi amor!

La voz gruesa retumbó junto a su oído, pero no logró darse vuelta porque una de las manos que lo abrazaban estaba presionando sobre su boca un pañuelo que tenía un extraño olor. Olor a alguna sustancia química, pensó, mientras las rodillas se le aflojaban y alguien empujaba su cuerpo dentro del auto.

Cuando se despertó, el coche corría por una carretera y un gordo a su lado le daba cachetadas suaves para hacerlo reaccionar. Aún mareado, registró tres cosas: la primera, que adelante viajaban dos tipos y ninguno era Ian. Lo segundo fue que Doris ya no existía. Su peluca estaba en el piso, igual que el contenido de su bolso. Lo tercero fue que el gordo lo miraba con una cara muy desagradable. Tenía un gran lunar en la mejilla izquierda y dientes amarillentos.

—¡El sobre! —le gritaba—, ¿dónde está el sobre? ¿Vas a decirlo o tenemos que llevarte a tu casa a buscarlo?

Negó con la cabeza. Estaba decidido a no darles información.

—El sobre ya no está.

La frase no le cayó bien al gordo, que le hundió un puño en el estómago tan hondo que parecía querer extraer su contenido completo. Frederick se dobló en dos y empezó a poner en duda sus convicciones. El contacto frío de un cuchillo contra la piel de su cuello acabó con las últimas dudas.

—Lo mandé por correo —dijo—, ya no pueden tenerlo.

El gordo sonrió.

—Eso lo veremos.

En ese momento el tipo que ocupaba el asiento del acompañante encontró el *ticket* del correo entre los papeles que habían caído del bolso.

—Acá está. No estamos lejos —se dio vuelta y lo miró—. Ese sobre no va a viajar a ninguna parte y vas a tener que acompañarnos a recuperarlo. Pero estás terrible, *querida*, será mejor que te arregles.

Lo dijo mientras soltaba una carcajada y le tiraba en la cara la peluca rubia. Frederick se la puso lentamente.

—¿Cómo me encontraron? —le preguntó al gordo y mientras lo decía pensó que, estando a punto de morir, la

información era completamente irrelevante. Y aun así, quería saber dónde se había equivocado.

—Interceptando el teléfono de tu amiguito —contestó el otro sonriendo—. Para ser un chico tan vivo fuiste bastante idiota.

Sí, había sido idiota. Se acomodó la peluca y pensó que estaba muy mal morir como un idiota.

El gordo entró con él agarrándolo por la cintura, como si fueran novios. Pero antes le advirtió que en el bolsillo del saco llevaba el cuchillo y que pensaba atravesarlo de lado a lado si se le ocurría cometer alguna estupidez. Se acercaron juntos a la ventanilla de la chica somnolienta y el gordo habló mientras extendía el *ticket*. Su tono se había suavizado y hasta parecía una persona amable.

—Necesitamos su ayuda, señorita. Aquí mi novia cometió un error y envió un sobre a la Argentina con el contenido equivocado. Si ese sobre sale así sería un verdadero desastre, se lo juro: pierdo mi trabajo.

La chica lo miró con cara de irritación.

—No se puede retirar.... —empezó, pero el gordo la interrumpió.

—Imagino que esto es un inconveniente para usted y quisiera compensarle las molestias —y mientras lo decía le acercó junto con el *ticket* un rollo de billetes de cien rands. Frederick no pudo decir cuántos eran, pero a todas luces a la chica se le cortó el sueño.

—Voy a ver qué puedo hacer —dijo, y estiró la mano. Los billetes desaparecieron.

Mientras esperaban, el gordo le puso la mano en el cuello, como si fuera un gesto de cariño, y sus dedos presionaron suavemente. Apenas una manera de recordarle que

pensaba degollarlo si se movía. Frederick no tuvo tiempo de evaluar esa posibilidad, porque la chica volvió enseguida, con el sobre en la mano. El gordo clavó su vista en la dirección en la que se destacaba la palabra *Argentina*, en mayúsculas.

—La próxima vez no se equivoque —dijo la chica mirando a Frederick.

El gordo sonrió mientras tomaba el sobre.

—No se preocupe. Nunca más se va a equivocar.

Lo empujó fuera del local y dentro del auto con tal ímpetu que la peluca se le fue sobre los ojos. Mientras el auto tomaba velocidad, el gordo abrió el sobre y examinó el contenido. La sonrisa se le esfumó en segundos: solo había una hoja con un texto en idioma para él incomprensible.

—No está —tiró al suelo la hoja—. No está lo que esperábamos.

Se volvió hacia Frederick y el cuchillo reapareció junto a su cuello.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—No te hagas el estúpido. ¿Qué hiciste con los papeles?

—Yo no tengo ningunos papeles.

El gordo lo rozó con el filo del cuchillo superficialmente, pero fue suficiente para hacerle una marca.

—No creo que quieras probar lo rápido que entra un cuchillo en la carne. A mí este juego me está cansando.

De pronto el tipo que viajaba adelante se dio vuelta. Su voz sonó dura.

—Dame el *ticket* del correo.

Al gordo se lo vio sorprendido, pero no dijo nada mientras sacaba el papel de su bolsillo.

—¿Qué pasa?

—Qué idiota —el de adelante levantó la vista del *ticket* y lo miró con desprecio—. Acá dice que mandó dos sobres. Dos sobres, ¿te queda claro?

La cara del gordo recibió el impacto. El cuchillo volvió a tocar el cuello de Frederick y salieron unas gotas de sangre.

—Así que estuviste jugando al astuto. Vamos a volver ahí y vas a recuperar el otro sobre. Eso o te mato en este instante.

El conductor giró bruscamente y tomó una calle lateral para desandar el camino hecho. Cuando se acercaban vieron un patrullero detenido en la puerta del correo. Dos policías se habían bajado y hablaban entre ellos.

—Policías —susurró el conductor—. ¿Y ahora?

Nadie contestó. El gordo había escondido el cuchillo y todos miraban la escena inmóviles. La situación parecía bastante clara: el problema no era en el correo, sino en el edificio de al lado, donde había un tipo esposado. Probablemente un ladrón atrapado *in fraganti*. Pero en ese momento uno de los policías levantó la vista, vio el coche en doble fila y le hizo señas para que se moviera. Frederick decidió una maniobra desesperada: empezó a golpear históricamente el vidrio mientras pedía auxilio. Era demasiada la distancia y el ruido para que el policía pudiera oírlo, pero hubo algo que claramente llamó su atención, porque frunció el ceño y dio unos pasos en dirección al auto. Dos segundos después habían arrancado y Frederick estaba hundido en el piso del coche donde el gordo le daba patadas.

—Creo que anotó la patente —gritó el de adelante, histérico—. Tenemos que dejar este auto.

El conductor giró y casi enseguida subieron a una autopista. El velocímetro marcaba ciento veinte kilómetros.

—Hay que hablar con el jefe —el gordo jadeó mientras levantaba otra vez a Frederick. Le había hundido los dedos en el cuello y apretaba—. Pregúntenle qué hacemos con este.

Frederick pensó que probablemente iba a morir antes de que decidieran algo, porque los dedos del gordo no le estaban dejando respirar. Pero la respuesta llegó inmediatamente.

—Que lo tiremos.

—¿Qué?

—Al chico, dice que lo tiremos. No nos pueden encontrar con él. Tomemos esa ruta a la izquierda. Por ahí no circula nadie. Dijo que no puede sobrevivir.

Casi enseguida el auto dobló y ante ellos se abrió un camino desierto. La aguja en el velocímetro volvió a subir: ciento treinta, ciento cuarenta. Ahora todos se habían quedado callados y se oyó claramente el ruido que hicieron los seguros de las puertas cuando el conductor los liberó. Frederick pensó en tirarse, pero el gordo lo sostenía firmemente de un brazo. Alcanzó a ver que el que iba adelante había sacado una pistola y supo que se acercaba el final. Cerró los ojos. Sin embargo, pasaron los segundos y seguía ahí. Algo no estaba funcionando. Volvió a abrirlos.

—Mierda —el tipo manipulaba nervioso el arma—. El mecanismo está trabado.

—Yo me ocupo —dijo el gordo.

El brillo del cuchillo cruzó el aire y Frederick sintió cómo el metal se abría paso en su cuerpo. El dolor fue tan intenso que no llegó a saber si había gritado antes de que se abriera la puerta. Su cuerpo salió despedido y golpeó contra el asfalto. Segundos antes de perder la conciencia se dijo a sí mismo que al menos no habían encontrado los papeles.

6

El teléfono celular del Chueco Bermúdez sonó en el momento en que le estaba dando el primer mordisco a un sándwich de jamón y queso. Miró la pantalla: aparecía como un llamado no identificado, pero estaba seguro de que era él. Odiaba que lo interrumpiera cuando comía. Pensó en dejarlo pasar y terminar tranquilo, ya luego podría responder. Cambió de posición en la silla, que de pronto le parecía extremadamente incómoda. Con una altura que siempre había estimado excesiva y unas piernas algo cortas, el Chueco Bermúdez solía pensar que los muebles no estaban hechos para él.

La insistencia del llamado le impidió dar el segundo bocado. Tenía la ridícula sensación de que él lo podía ver, de que sabía que lo estaba ignorando. No fue capaz de resistirlo.

—¿Sí?

—¿Por qué tardabas tanto en atender?

—Estaba ocupado, jefe.

—¿Ocupado? —el tono sonó sarcástico—. ¿Cómo van las cosas?

—Todo tranquilo. No hay novedad. Estuvimos controlando los movimientos.

—¿Confirmaste que están en el lugar adecuado?

—Claro, jefe, está confirmado. Ya los tenemos identificados.

—¿Y está todo bien cubierto?

—Sí, tengo uno trabajando adentro, como electricista.

—¿Hubo algo llamativo? ¿Alguna visita extraña?

—No, nada fuera de lo común.

—¿El correo?

—Bajo control.

—Espero que tengas bien claro que no pueden recibir ese sobre. Un sobre grande, voluminoso, del exterior.

—Perfectamente. No lo van a recibir.

—Y si aparece alguna de las dos personas que te marqué, les sacás lo que lleven encima y te hacés cargo.

—Sí —el Chueco sonó menos convencido—. De uno me dio la foto, pero al chico no sé cómo lo voy a reconocer.

—Igual ese no va a llegar. Ya se hicieron cargo allá. Ocupate del otro.

—¿Lo liquidaron?

Al Chueco le pareció extraño el silencio.

—¿Jefe?

Miró la pantalla del teléfono: había cortado. Nunca se despedía antes de hacerlo, simplemente cortaba. Odiaba que hiciera eso.

7

En los días que siguieron a la llegada de la carta, Alina llamó en muy distintos horarios a David Klein, el abogado apuntado por Lucio, pero jamás nadie levantó el teléfono. Si hubiera sido por ella, las cosas habrían quedado ahí. Pero su madre no quería dejarlo ahí: quería obtener, a través de la operadora internacional, algún número telefónico de Lucio Blanco o de Frederick Breuge en Sudáfrica. Parecía una buena idea, si no hubiera sido porque era ella quien debía ponerla en práctica.

—¿Dónde? —preguntó la operadora.

—En Sudáfrica —insistió Alina.

—En qué ciudad, señorita.

—Ciudad del Cabo —atinó a decir porque le pareció recordar que alguien había mencionado ese lugar. Fue un acierto: efectivamente, había un número a nombre de Lucio en esa ciudad. De Frederick, en cambio, nada.

Marcó con la mirada expectante de Elisa clavada en ella, pero la ilusión se desvaneció enseguida. Había una grabación que decía que el número había sido inhabilitado de forma permanente.

No se les ocurrió ninguna otra cosa para hacer. En realidad, Alina no creía que hubiera que hacer nada más que esperar. Si había algo de cierto en toda esa historia, ya recibirían noticias. Y si no, eso quería decir que la carta era el delirio de un hombre enfermo y lo mejor sería olvidarla. Después de leerla varias veces más, tendía a inclinarse por la última opción. Porque ¿a quién se le podía ocurrir convertirla en custodia de una piedra, por más preciosa que fuera? Solo a una persona con serios problemas mentales. Pero había optado por no manifestar su opinión frontalmente a sus padres por dos motivos. El primero era que se sentía culpable por haber dejado la carta fuera de alcance: quizá, si la hubieran abierto el día en que llegó, aún hubiese sido posible encontrar a Lucio. El segundo era que su madre parecía verdaderamente preocupada por todo el asunto.

Por eso no protestó mucho cuando, un jueves por la mañana, Roberto la detuvo en la cocina.

Podrías intentarlo otra vez ahora.

¿Ahora?

Creo que es un buen horario.

Alina pensó que era inútil: ya estaba claro que allí no había nadie. Pero no le llevaba más que un par de minutos constatarlo y así lo dejaba satisfecho. Por eso la voz femenina que apareció al otro lado la desconcertó completamente. La lengua se le trabó cuando empezó a hablar en inglés, pero al fin logró preguntar por David Klein. Tras hacerle repetir dos veces la misma frase pudo entender lo que la mujer le respondía: que no iba a poder pasarle con *mister* Klein, ni ese día ni otro, porque estaba de viaje en el exterior. Que iba a estar mucho tiempo afuera y no había dejado ningún teléfono o dirección. De Lucio Blanco o su testamento tampoco podía comentarle nada: la información de los clientes era confidencial.

Cuando cortó, Alina pensó que estaban igual que antes. O en verdad, peor. Le transmitió rápidamente la información a su padre mientras agarraba su mochila.

Y ahora sí me tengo que ir.

Pero su padre la tomó del hombro para concentrar otra vez su atención. Habían estado pensando en la conveniencia de que la semana siguiente Alina viajara con su madre a Salta por unos días, le dijo, a fin de averiguar la situación de las propiedades de Lucio.

¿La semana que viene? Pero tengo clases...

Van a ser tres o cuatro días, nada más.

Al menos podrían haberme dejado elegir a mí la fecha, si es que tengo que ir.

Roberto sacudió la cabeza, molesto.

Ya está decidido. No va a pasar nada porque faltes unos días a clase.

Todo ese plan la fastidió, pero no tenía tiempo para quedarse discutiendo. Se estaba yendo sin responder cuando su padre agregó un nuevo pedido. Esa tarde, le dijo, iba a necesitar que hiciera otro llamado para pasarle a uno de sus clientes un presupuesto. Esos eran, precisamente, los llamados que más odiaba. Intentó hacer lo posible por esquivar la pelea, pero no pudo evitar que se le torciera el gesto cuando sugirió una alternativa.

¿Por qué no un fax? ¿O un e-mail?

Como siempre que se irritaba, las manos del padre empezaron a moverse rápidas, haciendo ruido al chocar entre sí. A este cliente no le gustaban el fax ni el e-mail. Quería que lo llamaran.

¿O te parece que lo perdamos porque no te gusta llamarlo? ¿Podemos darnos ese lujo?

No dije eso. Está bien, lo llamo cuando vuelva.

Cerró con un portazo, que nadie más que ella oyó.

En el camino hacia el colegio se lo contó todo a Paula, quien pareció sorprendida por su enojo. A ella le hubiera gustado hacer un viaje y faltar a clases, dijo.

—Este no te gustaría. Como siempre, lo voy a tener que hacer todo yo: trámites, abogados, llamados telefónicos. Y seguramente nunca veremos nada de ese testamento. Es algo con lo que a ellos les gusta soñar y yo tengo que hacerme cargo de sus sueños.

Apenas lo dijo se arrepintió. A veces se sentía harta de hacer de puente entre sus padres y el mundo, pero su enojo la avergonzaba.

Esa tarde volvió dispuesta a conservar la paz a cualquier precio. Definitivamente, no iba a pelear con su padre. Se distrajo de esos pensamientos al doblar en la esquina, cuando sus ojos se cruzaron con los de un muchacho alto de gorra azul. Sintió que la estaba mirando con una fijeza inquietante.

Desvió rápidamente la mirada y apuró el paso. Enseguida, el movimiento en la puerta de su casa concentró su atención. Alguien se estaba mudando. Había un camión estacionado, canastos en la entrada y dos tipos que maldecían mientras subían una mesa por la escalera demasiado estrecha. Para un edificio de solo cuatro pisos, la llegada de gente nueva era un evento digno de ser contemplado. Berta, la vecina del tercero, se había acomodado sin disimulo junto a la puerta y observaba a los empleados de la mudanza entrar y salir, ansiosa por captar algo que le diera pistas sobre los nuevos. Pero todo el asunto resultaba más bien decepcionante: pocos muebles, bastante sobrios. Alina entró con ella y tuvieron que atravesar la maraña

de cables que el hombre de la compañía eléctrica había dejado en el camino.

—Esto es un caos —se quejó Berta—, justo tienen que hacer este cambio de cableado cuando tenemos una mudanza. Pero está bien que se ocupe el segundo piso —agregó—, estuvo casi seis meses vacío.

—¿Quiénes son?

—Una pareja, pero todavía no los vi. Me dijeron que son jóvenes.

Alina le transmitió las novedades a su madre mientras comían. Dos cosas la habían puesto de buen humor al llegar: el olor delicioso que soltaba en la cocina un guiso recién hecho y que Roberto aún no había vuelto de la carpintería, lo cual postergaba la discusión por el llamado. Al menos unas horas.

Había pensado dedicarse a estudiar apenas terminado el almuerzo, pero los ruidos que llegaban del departamento de arriba le hicieron imposible concentrarse. La perforadora eléctrica se turnaba con el martillo y a eso se sumaba que arrastraban objetos de un lado para el otro e incluso por la escalera. Exasperada, Alina se asomó a la ventana para ver si aún estaban allí los del camión de mudanzas y observó con alivio que en ese momento se preparaban para irse. Tomó sus binoculares para observarlos y luego paseó la mirada por toda la calle. De pronto algo la frenó: un muchacho con una gorra azul.

La imagen le produjo una cierta inquietud. Probablemente era el mismo que había visto en la esquina al llegar y quizá también antes. ¿Por qué paraba por ahí todo el tiempo? ¿Por qué la había mirado de esa manera? Corrigió el foco y lo observó con atención. Tendría unos dieciocho o

veinte años y estaba vestido como cualquier persona de su edad: *jeans* con un suéter oscuro. Y la gorra azul.

En ese momento oyó el timbre. Dejó los binoculares y caminó hacia la sala, pensando que su madre no habría visto la luz, pero se equivocaba. Elisa ya había abierto la puerta y una mujer joven le estaba hablando. Tenía un aspecto agradable, pensó Alina mientras se acercaba: unos treinta años, delgada, pelo rubio recogido y manchas de pintura en la cara y en la camisa.

—Y quería pedirles disculpas por los ruidos —estaba diciendo en ese momento—, sé que molestamos bastante. Como el ascensor es chico, hubo que subir muchos muebles por la escalera. Pero ya estamos terminando.

En ese momento la miró a Alina.

—Hola, soy la nueva vecina. Rosa Suárez.

Ella la saludó con una sonrisa y la mujer siguió explicando la serie de problemas que habían enfrentado durante la mudanza. Alina observó que hablaba lento y vocalizando con cuidado. Eso le gustó. Lo que hacía la mayor parte de la gente al conocer a sus padres era ponerse nerviosos y dirigirse únicamente a ella. Pero no esta mujer. Luego extendió un paquete y les dijo que era parte de una torta que acababa de traerle una amiga. Demasiado grande para ellos dos: quería compartirla. Intentaron rechazar amablemente el regalo, pero insistió.

—Es una señal de paz —sonrió—, para que no crean que solo somos los vecinos molestos. Y además —la miró a Alina— es de chocolate.

Mientras le agradecían, apareció Plácido meneando la cola y se echó descaradamente patas arriba junto a la mujer para ser acariciado. Era otra de sus peculiaridades: lejos de recelar de los extraños, mostraba un exagerado entusiasmo

en estrechar relaciones con cualquier desconocido que se le acercara. Rosa se agachó a acariciarlo.

—Lindo perro.

—Sí, es lindo, pero como guardián es un perfecto desastre.

—Eso es evidente —se rió y aún jugó un rato con él antes de irse.

Apenas pudo, Alina corrió otra vez a su habitación y enfocó la calle con los binoculares. Pero, hasta donde podía ver, ya no había rastros del chico de la gorra. Lo más probable, pensó, es que el asunto no tuviera la más mínima importancia. Sabía que se preocupaba en exceso por pequeños detalles. Pero no pudo evitar volver a mirar dos veces más en el día, hasta que se convenció de que no había nadie observándola, que no era más que su imaginación, demasiado propensa a escaparse por lugares oscuros.

Cuando esa noche Roberto asomó la cabeza en su habitación, donde estudiaba con Paula, Alina notó enseguida que sus gestos se habían suavizado desde la mañana. Su expresión era más serena.

¿Podés hacer el llamado? Si no, lo dejamos para más tarde. Está bien, lo hago ahora.

Le extendió un papel en el que había escrito el teléfono del cliente Martín Losada y el presupuesto de una biblioteca en roble.

Te va a pedir rebaja, no le des más del diez por ciento.

Esa era la parte que Alina más odiaba: discutir precios y condiciones de pago. Pero asintió sin agregar nada. Losada la atendió enseguida y escuchó en silencio los números que ella leía.

—Es un poco caro —se quejó.

Alina le explicó que su padre no había modificado el valor de su trabajo, pero que la madera había aumentado de precio.

—Aun así —insistió el tipo—, soy un viejo cliente. Podría hacerme un descuento.

—Voy a consultar.

Apoyó el auricular en la mesa y mientras dejaba pasar el tiempo dibujó en el papel unos ojos con larguísimas pestañas. Unos minutos después volvió a tomarlo.

—Bueno, podemos hacerle un descuento del cinco por ciento.

—¿Solo el cinco? Es muy poco, pedile a tu padre que se estire un poco más. Que tenga en cuenta que voy a seguir encargándole muebles.

—No sé qué responderle —dijo intentando que su voz sonara incómoda—, no creo que acepte, pero voy a consultar otra vez.

Nuevamente apoyó el teléfono y dibujó bajo los ojos una boca que sonreía de forma vagamente siniestra. Pintó todo con la lapicera antes de volver a ponerse el auricular en la oreja.

—Señor Losada, por ser usted mi padre aceptó rebajarle el diez por ciento.

—Perfecto. Así da gusto hacer negocios. Qué suerte tiene tu padre de tener una secretaria tan eficaz.

Intentó emitir una suave risa de respuesta, pero le salió algo más parecido a un resoplido de cerdo.

Cuando cortó, Roberto escribía en la mesa. Le dijo con señas que todo había salido bien. El sonrió.

¿Te pidió rebaja?

Sí. Yo me mantuve firme en el diez por ciento.

Buena negociante. Gracias.

Y repitió la seña: una mano que bajaba abierta desde la barbilla.

Paula le preguntó esa tarde cuándo había empezado a hacer de intérprete para sus padres.

—Siempre. Desde que me acuerdo.

No tenía más de cuatro años cuando había descubierto que en el barrio alguna gente los llamaba “los mudos”, porque los veían hablando con señas. Las primeras veces quiso sacarlos de su error: “Mis padres son sordos, no mudos, pueden hablar”, le dijo a una vecina que la miró con cara de pena. Pero de a poco fue dejando de prestarles atención.

En el mundo de afuera —concluyó un día particularmente malo en que su madre se puso a llorar al volver del mercado—, las cosas podían ser bastante desagradables. En la casa, sus padres solían reír. Eran divertidos, sus manos estaban siempre en movimiento, contando algo o haciendo bromas. Pero afuera, bajo la mirada descarnadamente curiosa de los demás, sus manos se avergonzaban. Y sus voces, que a ella siempre le habían parecido muy normales, sorprendían a la gente. Fruncían el ceño, les pedían que repitiesen lo que habían dicho y luego lo fruncían todavía más.

Aunque había sido sorda desde su nacimiento, Elisa lograba arreglárselas mejor. En parte porque usaba siempre sus audífonos, que le traían algunos sonidos vagos. Pero también porque su dicción era más clara y, sobre todo, porque tenía más paciencia. Pedía que le repitiesen algo que no había entendido, y cuando las cosas se ponían difíciles solía sacar un papel y un lápiz para comunicarse por escrito. Con Roberto todo era más difícil. No toleraba los audífonos y le costaba leer los labios. Intentaba hablar muy lentamente para que le entendieran, pero aun así a menudo resultaba confuso. El gesto de incompreensión o nerviosismo que veía en los otros lo ponía cada vez más tenso y enojado.

Todo eso hasta que ella empezó a hacer de intérprete. Entonces, poco a poco, su padre fue dejando de usar la voz

en toda ocasión posible. Alina empezó a hablar por él, a veces por su madre, y en algunas oportunidades hasta por los amigos que los visitaban. “Nuestra pequeña voz”, le decían. Ella odiaba ese nombre.

En los restaurantes había empezado a pedir la comida para todos cuando aún tenía que arrodillarse en la silla para hacerse ver. “Seguramente era graciosa”, dijo cuando se lo contaba a Paula: con sus trenzas largas con moño y su vocecita de flauta desafinada, pidiendo la comida y haciendo todo tipo de aclaraciones: que su madre quería la carne bien jugosa, que el padre prefería la pechuga del pollo y que no olvidaran el aceite de oliva para la ensalada. Los mozos ponían caras raras y alguna vez hasta le llevaron la cuenta a ella, como si fuera una diminuta jefa de familia.

Menos gracioso era cuando había que discutir un problema en el banco o cuando un plomero pretendía cobrar una fortuna por destapar un caño y Alina tenía que contestarle que no pensaban pagar semejante suma y que sus padres eran sordos, sí, pero no idiotas. Porque eso era lo que su papá insistía en que ella tradujese: las palabras que contuviesen toda la furia que sentía contra el hombre que intentaba abusar de la situación. Aunque a ella se le hiciese horriblemente difícil decirle esas cosas a una persona mayor que la miraba desde tan arriba.

Después se fue acostumbrando y empezó a manejarse con soltura. Ahora, a los catorce, ya se arreglaba sola para casi cualquier cosa. La gente solía decirle que parecía mayor. Quizá porque era alta, con un pelo oscuro lacio y larguísimo que solía llevar recogido. O porque, al menos hasta que conoció a Paula, se vestía demasiado seriamente. O más probablemente porque sus ojos miraban con una extraña intensidad, como si barrieran cada gesto, cada

milímetro de piel de su interlocutor, de un modo que a veces ponía nerviosa a la gente. Se lo habían dicho, pero ella simplemente no advertía que lo estaba haciendo.

9

Frederick intentó abrir los ojos, pero la luz se le clavó en las pupilas como un cuchillo. Algo no andaba nada bien. No sentía el cuerpo, ninguna parte de su cuerpo. Pensó que tal vez eso era la muerte: un cerebro flotante en la nada. Pero entonces oyó voces cercanas. Voces de mujeres. Por un momento consideró la posibilidad de que fueran ángeles, aunque la idea le duró poco.

—¿Ya llamaste a la ambulancia?

—Sí, está viniendo. Pobre chica. Hay que ser cretino para atropellar a una persona y escapar así.

Las voces se acercaron y una mano tocó su muñeca. Sintió el contacto de otra piel: las cosas no podían ser tan malas.

—Hay mucha sangre. Pero tiene pulso.

—Menos mal. Es rara, ¿no te parece? El pelo... es como si estuviera fuera de lugar. ¿Será peluca?

—Sí, así de cerca se ve bien rara. El tamaño de los pies...

—Enormes. Y el cuerpo.

—No la muevas, puede ser peligroso. Tiene una herida grande.

—Solo abrí un poco el impermeable. Esa cadera y las piernas.... Me parece que es un hombre.

—Vestido de mujer.

La primera voz soltó una risita nerviosa y Frederick sintió una oleada de vergüenza que le cubría la cara. Pero seguramente ya no lo observaban, porque una sirena advertía que se acercaba la ambulancia. Lo siguiente fue un gran movimiento en su entorno y otras voces, ahora masculinas. Alguien le tocó la mejilla y le iluminó un ojo con una linterna. Hubo un quejido, probablemente suyo.

—¿Me oye? ¿Puede decir su nombre?

Frederick pensó que sí, que podía, pero por algún motivo su boca se negaba a pronunciarlo. Sintió entonces que lo movían y en su cabeza estalló un dolor lacerante, como si parte del contenido se desprendiese y cayese sin remedio.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba en una cama con sábanas blancas. Eso parecía ser un hospital. No tenía idea de cuánto tiempo habría pasado. ¿Una hora, un mes, diez años? Un latido persistente en mitad de la cabeza le impedía pensar con claridad. Se pasó la punta de la lengua por los labios. Tenían gusto a sangre. Un grueso vendaje le presionaba el torso y otro rodeaba uno de sus brazos, pero podía moverlos. El resto del cuerpo era otra cosa: no estaba seguro de sentirlo. Intentó concentrarse en los pies. Los dos estaban en su lugar, aunque no tenía control sobre los dedos del izquierdo. Eso lo hizo pensar en las botas. ¿Qué había pasado con sus botas? Tenía que recuperarlas. Miró hacia un costado y vio un armario. Ahí debían estar. Solo había que incorporarse y confirmarlo. Con mucho esfuerzo logró sacar los pies de las sábanas. Uno de ellos también tenía un vendaje grueso. Había que apoyarlos en el piso:

ese era el paso previo a ponerse de pie. Cuando se sentó, se arrancó algunas agujas que habían estado adheridas a su cuerpo. Sintió dolor, pero no supo dónde: era un dolor que avanzaba rápido, como una marea de hormigas. Hubo ruido de objetos que caían y empezó a sonar una alarma que le taladraba el cerebro.

Frederick apoyó las manos en la cama. Quería que la habitación dejara de moverse, pero giraba cada vez más rápido. Sintió que se deslizaba hacia algún lugar oscuro y que era como estar en un tobogán: una vez lanzado no había cómo frenarse. La oscuridad se lo tragó.

Una persona habló a su lado. Cuando abrió los ojos pensó que iba a verla, pero la puerta acababa de cerrarse y estaba solo. Se sentía mucho mejor, ya debía de estar prácticamente curado. Movié las manos sin dificultad. En pocos minutos iba a poder llamar a alguien, hablar, tal vez sentarse o comer. Pero no tenía hambre: tenía ganas de irse. Lástima que los párpados pesasen tanto. Costaba un enorme esfuerzo mantenerlos abiertos. Pensó que podía cerrarlos solo un momento más. Así era mejor, mucho mejor.

Las dos mujeres estaban cambiando las sábanas. Lo hacían con una pericia notable: sacaban la usada y ponían la nueva bajo su cuerpo moviéndolo solo un poco. Pensó en abrir los ojos y decir algo, pero en ese momento una de ellas empezó a hablar y prefirió escuchar en silencio.

—Esta mañana lo vi parpadear.

La voz era joven, casi adolescente.

—Sí, tiene que estar por despertarse, el doctor dijo que está mucho mejor —esta voz, en cambio, parecía la de una mujer mayor—. Ya lleva quince días así.

Una mano le acomodó el pelo suavemente.

—Es lindo.

—Es raro —en el tono de la mayor había un matiz de advertencia—. Cuando lo encontraron tenía peluca y estaba maquillado.

—Quizá era una broma. Una vez mi hermano...

—No —la interrumpió—. Es raro. Además, nadie lo buscó. En quince días no apareció ninguna persona de la familia. No tenía documentos ni libreta de teléfonos, ni nada.

La dueña de esa voz se alejó.

—¿Va a quedar bien? —la más joven seguía a su lado, acomodando las sábanas contra su cuerpo.

—No se sabe. Tuvo una lesión cerebral: es posible que haya secuelas. Todavía no saben si podrá hablar. Hay que esperar.

Aún sin abrir los ojos sintió la mirada joven clavada en él. De pronto, sin aviso, una mano rozó su mejilla: una caricia. El contacto lo estremeció.

—Se movió.

Parecía alegre con esa constatación, como si fuera el comienzo de algo bueno. Pero la otra mantuvo su tono escéptico.

—Puede ser un reflejo. Vamos, Verónica.

La puerta crujió al abrirse y enseguida se cerró. Los pasos se alejaron.

Frederick abrió los ojos y miró el techo. Pensó en decir su nombre, pero extrañamente no le vino a la cabeza.

10

Contrariamente a Roberto, Elisa no iba al choque. Nunca. Optaba en cambio por dar largos rodeos, caminos que daban vueltas y parecían apartarse completamente del tema en discusión para luego volver de una manera inesperada. Además, captaba perfectamente bien los cambios de ánimo en los ojos de su hija y sabía adecuarse a ellos. Por eso aquel día empezó la conversación diciendo que había estado averiguando si en la ciudad de Salta había intérpretes de lengua de señas. Y la suerte la había acompañado: tenía ya los nombres de dos de ellos, con quienes podría comunicarse por correo electrónico. Alina la miró sin entender nada.

¿Intérpretes?

Sí, intérpretes.

¿Y para qué podemos necesitar un intérprete?

Tu padre me dijo que no te viene bien viajar en estas fechas. Entonces pensé que era una buena solución.

Durante unos momentos, Alina no respondió nada. Si uno lo pensaba, no estaba mal: un intérprete que se ocupa de todo. Y, sin embargo, no podía. Se sentía incapaz

de dejar a su madre afrontar todo eso sola, ayudada apenas por alguien que no la conocía. Negó con la cabeza: iba a ir ella, le dijo. Ya se arreglaría con el colegio.

Su madre dejó que ella eligiera exactamente cuáles serían los tres días de la semana siguiente que pasarían en Salta. Una vez definido ese punto, había que llamar a Sofía, la prima de Elisa que vivía en esa ciudad. Sabían que no tendría inconveniente: Sofía no hacía más que insistir en que viajaran más a menudo y se quedaran en su casa. Sin embargo, esa conversación tuvo un giro inesperado que cambió completamente el panorama.

Su voz sonaba agitada cuando atendió.

—¡Alina! Qué casualidad. Acabo de entrar a casa y estaba pensando en llamarlas para contarles algo.

—¿Sí? ¿Y qué era?

—Algo que acabo de oír. No sé si te hablaron alguna vez de Lucio Blanco. Es un tío de tu madre que...

—¿Lucio? Justamente te llamo por una cuestión relacionada con él.

—Ah, entonces ya saben.

—¿Saber qué?

—Que murió.

—¿Murió?

Alina miró a su madre, pero evidentemente no había podido leer sus labios. Estaba sentada en el sillón y la observaba ansiosa.

—No, no sabíamos. ¿Cuándo fue?

—Solo me contaron eso. Como recordaba que era tío de Elisa por parte de su padre, pensé que estaría interesada en saberlo. Él tenía acá algunas propiedades. Un campo, creo.

—Sí, nos escribió hace poco. Supuestamente le dejó eso a mamá en su testamento. Pensábamos viajar en los próximos días para averiguar algo.

—¿De verdad? Si querés puedo hacer algunas preguntas. Conozco a un hombre que trabaja en la empresa que administra esas propiedades.

Alina cortó pensando si debía buscar alguna manera más suave de darle la noticia a su madre, pero no se le ocurrió ninguna. Se sentó junto a ella en el sillón.

Dice Sofía que Lucio murió.

En el primer momento Elisa no dijo nada. Se acomodó en el sillón y miró hacia la biblioteca. Ahí estaba, enmarcada, la única foto que había conservado de él, en la que Lucio la abrazaba y sonreía. Seguramente él había dejado de parecerse a esa imagen muchos años atrás, pero no había otra.

Yo tendría que haber estado con él. Acompañarlo.

Hiciste lo que pudiste. No había manera.

Elisa asintió, aunque no parecía convencida. Después tomó un libro y fingió leer, aunque Alina se dio cuenta de que no pasaba ninguna página. No volvieron a hablar hasta que sonó el teléfono.

Apenas oyó la voz de Sofía, supo que iba a decirle algo malo.

—¿Qué encontraste?

—Lo lamento, no son buenas noticias. El trámite de la sucesión de Lucio ya se abrió en la justicia. Y fue presentado un testamento. Pero no habla de ustedes. Ni siquiera las menciona: dice que Lucio deja todo a un viejo amigo, Marcos Elsinger.

—¿Qué?

Elisa se dio cuenta de que algo iba mal. Sus manos se agitaron.

¿Qué pasa?

Alina la ignoró.

—¿Quién es ese Elsinger? —le preguntó a Sofía.

—Un amigo que estuvo con él en Sudáfrica. Me dijeron que el testamento fue hecho hace muchos años.

Elisa insistió.

¿Qué pasa?

¡Esperá!

Tenía que concentrarse en lo que le había dicho Sofía.

—Entonces quizá sea viejo. Puede haber otro.

—Sí, quizá. Sería bueno que consultaran a un abogado.

Acordaron que Sofía se ocuparía de buscar uno y armaría una cita para la semana siguiente, cuando ellas pensaban viajar. En el momento en que cortaba, entró Roberto. Alina se los explicó a los dos: no eran herederos, el testamento no los mencionaba a ellos. Después de todo, quizá Lucio deliraba en los días en que escribió aquella carta y nunca había existido el testamento.

Reaccionaron de formas muy distintas. Para Roberto, no había duda de que el tipo que se había presentado como heredero era un farsante: ellos tenían que buscar a Frederick, que podría decirles la verdad. Elisa, en cambio, se fue hundiendo cada vez más en el sillón. Al final dijo que desde la llegada de la carta había estado albergando la secreta esperanza de volver a ver a Lucio con vida. O si no, recibir lo que él quería que tuvieran. Y de pronto esas dos posibilidades se habían hecho humo. Era notable, agregó, cómo los mejores sueños podían extinguirse en un instante.

Hubo un momento, amargo cuando Alina pensó en él retrospectivamente, en que sus esperanzas volvieron a encenderse. Estaba en la cocina cuando sonó el timbre de la calle: un cartero decía que traía un sobre certificado a nombre de Elisa Blanco y que alguien debía bajar a firmar. Un sobre certificado. Alina se agitó mientras se lo contaba a su madre.

Puede ser el verdadero testamento. Lucio dijo que llegaría por correo.

Bajaron juntas, porque Elisa no soportaba esperar hasta que Alina recogiera la carta y subiera. Pero ya cuando la vieron, cuando el hombre estiró la mano y le entregó a Alina un pequeño sobre rectangular blanco, las esperanzas empezaron a derrumbarse. Era demasiado delgado y además, observó Alina mientras le daba vueltas entre sus manos, no venía del exterior. El remitente decía "Estudio Quiroga" e incluía una dirección en Buenos Aires.

Mientras subían la escalera, sin embargo, seguían pensando que en ese sobre podían esconderse noticias maravillosas. Elisa lo rompió aun antes de entrar a su casa y juntas leyeron el texto. Un texto muy breve.

Estimada señora Blanco:

Me dirijo a usted en nombre de un cliente que está en el exterior, Marcos Elsinger, quien me ha pedido que le comunique el lamentable fallecimiento de un familiar suyo, Lucio Blanco, de quien él era un estrecho amigo. El señor Elsinger desea que la ponga al tanto de algunos trámites que ha realizado y le entregue unos efectos personales del señor Blanco que estaban en su poder. Si no le resulta inconveniente, me gustaría recibirla en mi oficina el día miércoles 11 a las 15 horas. En caso de no poder concurrir,

le ruego que se comuniquen a los teléfonos que figuran al pie para reprogramar la cita.

Sin más, la saluda cordialmente.

Rogelio Quiroga
Abogado

Elisa dejó el papel sobre la mesa, decepcionada.

¿Podrá ser algo bueno?

Alina volvió a leerlo y frunció la nariz.

No me parece. ¿Vamos a ir?

Sí, supongo que tenemos que hacerlo.

Después se iba a arrepentir, pero no podía saberlo todavía.

11

Una secretaria les abrió la puerta del estudio y les dijo que se sentaran: el doctor Quiroga las iba a atender enseguida. Era una oficina muy elegante que por algún motivo hacía sentir a Alina intimidada. Reinaba una extraña quietud. Tal vez era el efecto de esa alfombra mullida que parecía tragarse las pisadas. O las paredes cubiertas de libros iguales: filas y filas de libros de leyes de idéntico tamaño, encuadernados todos en color marrón.

Esperaron sin hablar hasta que se abrió una puerta y apareció un hombre alto, vestido con un traje muy formal y anteojos de marco negro. Miró a Elisa.

—Señora Blanco, por favor... —dijo haciendo un gesto de invitación.

Yo debo ser transparente, pensó Alina mientras se incorporaban y caminaban hasta el despacho. El abogado le dio la mano a Elisa y le dirigió a ella una sonrisa helada antes de pedirles que tomaran asiento. Hubo un silencio. Miró a Elisa, luego a Alina y otra vez a Elisa.

—Su hija, supongo.

—Sí —dijo Alina—, soy su hija e intérprete.

Quiroga se movió en su sillón.

—¿Intérprete? —frunció el ceño—. ¿Cómo?

Alina empezó a hacerle señas a Elisa, aunque aún no había nada que traducir.

Este tipo es un idiota.

Sí. No sé para qué vinimos.

A esa altura, el abogado empezaba a entender, pero era evidente que ese traspíe inicial le molestaba. Sonrió e intentó sobreponerse.

—Ya saben que las cité aquí para hablarles del fallecimiento de Lucio Blanco. Yo represento a Marcos Elsinger, a quien el señor Blanco dejó todos sus bienes.

Aun antes de que Alina terminara de traducir, Elisa estaba respondiendo con gestos airados.

No es así. Lucio anunció que nos iba a dejar parte de sus bienes en su testamento.

Alina lo tradujo textualmente.

—¿Lo tienen? —preguntó Quiroga.

Elisa movió la mano para concentrar la atención de Alina.

Decile que ya tenemos algo.

—Tenemos algunos documentos. El resto está en camino.

El tipo levantó las cejas como si estuviera sorprendido.

—¿Y quién lo tiene?

—Lo trae un mensajero desde Sudáfrica.

Le pareció que el abogado reprimía una sonrisa. El aire de suficiencia del tipo le estaba resultando insoportable.

—Claro que cuando lo tengan deben someterlo a la justicia. Mientras tanto, se está tramitando la sucesión sobre la base del testamento que presentó mi cliente, el único válido a la fecha. Pero él entiende que los lazos familiares

son importantes y me pidió que les entregara estos efectos personales que estaban en su poder.

De un cajón sacó una caja de madera que le extendió a Elisa. Ella la abrió y ambas observaron el contenido: un reloj, unos gemelos y una foto antigua en la que se veía a Lucio muy joven, junto a otro hombre.

—El reloj es una pieza muy valiosa que el señor Blanco había dejado en manos del señor Elsinger. Como sabrán, ellos fueron amigos toda su vida.

Elisa lo observó sin mucho interés.

Este tipo se cree que nos va a comprar con un reloj. Mejor nos vamos.

Quiroga esperó una traducción, pero al ver que no llegaba siguió.

—También quiere que tengan esta información —mientras lo decía extendió una hoja de papel con anotaciones a mano—. Son los datos del cementerio donde está enterrado el señor Blanco, en Ciudad del Cabo, en caso de que algún día quieran visitar la tumba. No sé si saben que mi cliente se hizo cargo del sepelio.

Elisa tomó la hoja, la colocó en la caja y le indicó a Alina que le agradeciera al abogado. De inmediato se puso de pie.

—Dice mi mamá que muchas gracias por sus gestiones. Ahora nos vamos.

El abogado las acompañó a la puerta y antes de despedirse puso una mano sobre el brazo de Elisa.

—Señora Blanco —echó una mirada rápida a Alina para asegurarse de que tradujera—, no se deje llevar por falsas esperanzas. Este proceso ya está muy avanzado.

Alina estaba haciendo las señas, pero Elisa la frenó con un gesto.

—Entendí —dijo usando su voz, que sonó más metálica que nunca por la ira que la agitaba—. Y no es una falsa esperanza.

Entonces se dio vuelta y salió. Alina la siguió.

Se sentía furiosa, no solo con el abogado sino consigo misma. Era evidente, dijo Elisa mientras caminaba a una velocidad que obligaba a Alina a seguirla casi al trote, que el tipo solo la había citado para sonsacarle algo sobre el testamento. Querían saber qué tenían ellos. Nunca tendrían que haber ido.

Ya pasó. Y no dijimos nada importante. Vamos a casa.

Su madre no terminaba de conformarse. Quería hacer algo para quitarse el malhumor. Al fin sugirió pasar por el club donde solía encontrar amigos. Alina movió la cabeza.

No, andá vos.

Antes te gustaba ir.

No tengo amigos ahí.

Ahora tu única amiga es Paula.

Sí, es mi única amiga.

Con un gesto de impaciencia, Elisa le dio un beso rápido y se fue por su cuenta.

En verdad, no había tenido ninguna amiga real antes de Paula. Su infancia había sido solitaria. Hablaba poco: eso decían sus maestras en los primeros grados, y Alina tuvo que soportar muchos estudios auditivos hasta que comprobaron que no había nada malo con sus oídos. Simplemente hablaba poco. Tal vez por eso tenía pocos amigos, pocas salidas, muchas horas para entretenerse sola. Fue en esa época cuando mirar por la ventana se le volvió un pasatiempo. A los ocho años pidió de regalo de cumpleaños unos binoculares y

entonces empezó a enfocar caras, bocas, gestos. Casi nunca era posible saber qué decían al ritmo que pasaban frente a sus ojos, pero a veces se detenían y entonces alguna palabra llegaba hasta ella perfectamente formada.

Leer los labios podía ser interesante y también horrible. Como aquel día en que Alicia Mastrangelo hacía la lista de invitados a su cumpleaños. Tenían diez años entonces y, quién sabe por qué, Alicia le parecía absolutamente encantadora. Hasta la tarde en que la vio hablando con Lucía sobre su cumpleaños. "A Alina no la voy a invitar —leyó en sus labios—. Es rara". Lo dijo frunciendo un poco la nariz, como si oliera algo desagradable. Rara: así la veían muchos. Odiaba ser rara.

Con Paula todo había sido distinto. La descubrió un día por la ventana. Había estado observando el movimiento en la casa de enfrente: un camión de mudanzas llevaba un rato estacionado y no dejaban de bajar muebles. Entonces la ventana que estaba exactamente frente a la suya se abrió, y ahí estaba ella. Su misma edad, pelo rubio corto con aspecto de cepillo. Esa tarde se cruzaron en la tienda de la esquina y Paula la encaró.

—Sos la chica de la ventana —dijo—. Vamos a ser amigas.

—¿Por qué?

—Porque sí. Estoy segura.

Probablemente Alina hubiera ignorado a otra persona que le hablara de esa forma, pero había algo en Paula que le transmitía confianza. Pronto establecieron un código propio, luces que usaban para comunicarse de noche y escapar así de la rigidez con que la madre de Paula pretendía ordenar sus horarios. Después de las diez, Paula dormía. O supuestamente dormía. Tres *flashes* significaban que buscaba un contacto con ella. Una vez que estaban las dos en la ventana,

hablaba lentamente y agregaba algunas señas que le había enseñado Alina, que la observa a través de los binoculares. También Paula obtuvo un par, gracias a una supuesta afición a las aves que logró expresar con tanto entusiasmo que a partir de ese momento varios parientes se dedicaron a regalarle libros sobre pájaros extraños que acabaron juntando polvo en la biblioteca. Noche a noche, el sistema de señas que inventaron fue mejorando hasta ser casi perfecto.

A veces Paula le pedía que leyera los labios de la gente que veían en la calle o en un café. Le había explicado que no era tan fácil, porque para poder distinguir claramente los movimientos de la boca la persona debía estar quieta y de frente, y aun así, podía ser confuso. Alina sentía, además, un poco de pudor al captar conversaciones ajenas, como si mirara la vida de los otros por el ojo de una cerradura. Pero, ante la insistencia de Paula, en algunas ocasiones terminaba por ceder y lo hacía.

En eso pensaba aquella tarde cuando estaba llegando a su casa. A pocos pasos de la puerta estaba la vecina nueva, Rosa, hablando con un hombre de espaldas anchas que debía ser su marido. Miró sus labios cuando se acercó y le pareció leer: "Ese tipo nos puede liquidar". En ese momento la mujer la vio, sonrió y la saludó con la mano. Alina devolvió el saludo mientras entraba al edificio y pensaba otra vez lo fácil que era equivocarse al leer los labios. Porque era extremadamente improbable que su vecina del segundo piso dijera, cuando volvía a casa con las bolsas del supermercado, algo como "ese tipo nos puede liquidar".

Sonrió mientras calzaba la llave en la cerradura de su departamento. Era completamente ridículo.

12

Cuando despertó el sábado, Alina notó que todo estaba en silencio, un placer completamente inusual en su casa. Contra lo que solía pensar la gente, el suyo no era un hogar silencioso. Más bien todo lo contrario. Al no oír el ruido que producían, Roberto y Elisa solían golpear puertas, arrastrar muebles, dejar la pava silbando en el fuego o hablar demasiado alto con alguien que no usara señas.

Pero ese sábado Roberto había salido y Elisa estaba encerrada en su dormitorio pintando. De modo que Alina disfrutaba del silencio. Se tiró en un sillón, con los pies colgando del apoyabrazos, y se dispuso a seguir una novela policial en la que el detective acababa de encontrar un cadáver decapitado en su auto. Momentos después sintió el contacto de algo cálido y húmedo en su mano y lanzó un grito.

A su lado, Plácido la miraba con esa lastimosa expresión que parecía tener ensayada para conseguir que lo sacaran a la calle.

—Idiota —le dijo mientras se limpiaba la mano contra el sillón—. Me asustaste.

El perro movió la cola. Parecía feliz.

—No molestes. Ahora no vamos a salir.

Lo empujó con el pie y volvió a tomar el libro, pero Plácido empezó a emitir un intenso quejido mientras intentaba infructuosamente subirse al sillón por el apoyabrazos. Alina pensó que ese perro debía de tener algún problema psicológico para comportarse como un pequeño cachorro cuando ya era una bestia enorme. Se sacó una pantufla y se la tiró, con la esperanza de que el golpe lo ahuyentara, pero erró. Plácido observó el aterrizaje de la pantufla, se desplazó cansinamente hasta allí, la agarró con la boca y se la trajo. Todo lo cual podría haber sido gracioso, solo que no lo era porque ahora la pantufla estaba llena de baba.

—Qué asco —suspiró Alina—. Está bien, vamos.

Cuando pasó a avisarle que salía, su madre le pidió que llevara la llave del buzón y chequeara otra vez el correo. Habían empezado a hacerlo un par de veces por día después de que llegara la carta de Lucio, con la expectativa de que los papeles aparecieran de un momento a otro. Pero ahora Elisa tenía otro motivo: un catálogo de materiales de pintura que esperaba ese día.

Alina se lo encontró cuando volvía. Vio a un empleado del correo que trataba de introducir infructuosamente un voluminoso paquete por la ranura del buzón y le dijo que podía dejárselo a ella: era efectivamente el catálogo para Elisa. Después entró con Plácido y revisó el resto de la correspondencia. Había otro sobre, pequeño, también dirigido a su madre. Mientras lo sacaba, sintió una presencia en su espalda. Muy cerca. Se dio vuelta sobresaltada y estuvo a punto de chocar con Rosa, la nueva vecina, y el tipo alto de espaldas anchas que había visto el día anterior. Demasiado silenciosos, le pareció.

—Perdón, no quisimos asustarte —dijo Rosa.

—Está bien, es que no los oí.

—Nos quedamos mirando porque no sabíamos que aquí cada uno busca su correspondencia. ¿Hay que pedir una llave del buzón?

Alina pensó que Rosa siempre la observaba con demasiada atención. La hacía sentir un poco incómoda.

—No, no hace falta —le contestó—. En realidad, se ocupa Berta, la señora del tercero, que es la administradora. Ella revisa el buzón y después distribuye las cartas. Pero como nosotros estábamos esperando un envío urgente, le pedimos una llave para poder chequearlo a menudo.

—Y parece que llegó —sonrió Rosa mirando el sobre que Alina aún tenía bajo el brazo.

Alina asintió mientras tiraba de la correa de Plácido, que se había sentado junto al desconocido y apoyaba la cabeza sobre sus pies. El perro se negó a moverse y Rosa se rió.

—No te presenté a mi marido: Luis. Y ella es Alina.

El tipo también sonrió. Se veía un poco incómodo bajo el peso de Plácido.

—Parece que le caí bien a tu perro.

Ninguno sabía qué más decir. Alina sonrió, tiró de la correa de Plácido otra vez y corrió escaleras arriba.

El sobre pequeño no traía remitente. Según vieron en el sello, había sido despachado en Buenos Aires el día anterior. Al abrirlo, Elisa encontró con sorpresa que no había más que un recorte de diario, viejo y amarillento. Era breve y estaba escrito en inglés.

Extraño. ¿Qué dice?

Alina lo examinó. Estaba fechado en Sudáfrica catorce años atrás y hablaba de un asesinato cometido frente a las oficinas de un comerciante de diamantes.

"La víctima es el argentino Julio Elsinger, de 35 años, que recibió dos balazos en el pecho. Su muerte se produjo a poco de llegar al hospital. La policía detuvo de inmediato al agresor, Lucio Blanco, también argentino, quien sostuvo que había disparado en defensa propia ya que el señor Elsinger lo atacó en primer lugar. Según informó el investigador del caso, se trataría de una disputa de negocios, ya que Blanco acababa de romper en malos términos la sociedad comercial que mantenía con el hermano de la víctima, Marcos Elsinger".

Era cierto, entonces.

¿Qué?

Que Lucio había matado a un hombre.

Elisa asintió.

Y era el hermano de Elsinger.

Alina volvió a leer el recorte y levantó la vista.

Suena difícil que convirtiera a ese tipo en su heredero.

Es cierto.

Elisa volvió a tomar el sobre y lo miró por dentro y por fuera. No había nada más. Apenas su nombre y su dirección. Frunció el ceño.

¿Y quién nos envió esto?

Me imagino que fue alguien que quería que supiéramos que las cosas no son lo que parecen.

O sea, que el testamento es falso. Hay que encontrar el verdadero.

Todo los llevaba al mismo punto: Frederick Bruege. Pero el chico no había dado señales de vida ni tenían idea de dónde buscarlo. Elisa decía que la clave podía estar en Salta. Si Lucio había mantenido contacto con alguien en la Argentina —insistía— quizá podría ser un puente con sus

amigos en Sudáfrica. Y esa persona tenía que estar en su provincia. Además, estaban los cuadernos de Mirna.

¿Cuadernos?

Sí, mi madre solía hacer anotaciones sobre sus actividades. Una especie de diario. Si encontramos lo que escribió durante la visita de Lucio, quizá aparezca algo.

Todo eso estaba en casa de Sofía: varias cajas de papeles que llevaban años apiladas en el altillo. Tras el accidente de sus padres, Elisa había tenido que viajar a Salta y levantar la casa. Había vendido parte de los muebles, regalado ropa y vajilla y llevado unas pocas cosas a Buenos Aires. Pero no había sido capaz de detenerse ante cada uno de los papeles, cartas y fotos que llenaban cajones y escritorios. Sofía había aceptado guardar las cajas hasta que encontrara el momento de hacer la selección, y el momento no había llegado nunca.

Alina no creía que pudiera surgir nada realmente interesante de allí, pero solo asintió. La noticia de que Lucio había matado al hermano de su socio le había dejado una cierta sensación de inquietud. De pronto, ese tío supuestamente amable y generoso que describía su madre parecía ser alguien muy distinto. Un chiflado, quizás. O un asesino.

Pero no le dijo nada de esto a Elisa. Tampoco comentó nada sobre las notas del cuaderno de comunicaciones del colegio que le había dejado para firmar junto a la mesa. A menudo, de puro distraída, Elisa garabateaba su firma sin prestar demasiada atención. Pero no esta vez: ya habían acabado de cenar cuando Alina notó cómo fruncía el ceño mientras leía la segunda nota, que invitaba a una reunión de padres el lunes siguiente.

No me habías dicho nada.

No es importante, solo van a dar información general.

Roberto inmediatamente tomó el cuaderno y leyó el texto.

Y quién te dijo que no nos interesa. Acá dice que se va a conversar la cuestión de las calificaciones.

Alina se dijo que quería evitar pelearse. Insistió en que eran apenas explicaciones generales y no valía la pena que se molestaran. Pero su padre le echó una de esas miradas largas que normalmente anticipaban tormenta.

¿Tenés vergüenza de que nos vean?

¡No!

La salvó la intervención de su madre, que acababa de recibir un mensaje en su celular en el que los invitaban a una cena, y que requería una respuesta inmediata. Alina se dio vuelta aliviada. La tormenta acababa de pasar sin mojarla.

El gordo le clavaba el cuchillo. Se lo iba clavando en el vientre despacio, para que entrara hasta el fondo, y no había nada que él pudiera hacer para evitarlo. Tenía muy claro que estaba muriendo: el aire se le iba lenta pero inexorablemente. Entonces el gordo abrió la puerta del coche y él cayó, otra vez, al asfalto. El golpe en la cabeza, el cielo negro, la muerte.

Frederick abrió los ojos, aterrado por la pesadilla. La transpiración lo empapaba. Percibió movimiento junto a la puerta. Pasos, un guardapolvo blanco que se agitaba. Dos personas acababan de entrar. O quizá tres: le costaba enfocar lo que veía. Volvió a cerrar los ojos y oyó sus voces.

—Me pareció que se movía —dijo una voz masculina, acercándose.

—Sí, pero lo hace dormido —respondió una mujer—. Haga lo que tenga que hacer rápido, por favor. No quiero molestar al paciente.

—Sí, acá la tengo —las voces se acercaron más, hasta detenerse junto a él—. Mire usted, yo diría que es el mismo.

—Puede ser, sí —la mujer no se mostraba tan segura—. Es difícil decirlo, pero el parecido es notable.

—Bien, ahora quisiera ver la ropa.

—¿No alcanza con verlo a él?

El tono de la mujer revelaba impaciencia.

—No hay duda de que es muy parecido —respondió el hombre—. Pero siempre podría haber confusiones. Si tuviera un dato cierto...

Las voces se alejaron de su lado. Frederick entreabrió los ojos y vio que ahora miraban el armario, al otro lado de la habitación. Lo habían abierto y el hombre tenía en la mano su pantalón. Observó que metía la mano en uno de los bolsillos y extraía su contenido: billetes, un pañuelo. Querían sacarle algo. Una terrible idea lo sacudió: estaban buscando los papeles. Una vez que descartaran el escaso contenido de sus bolsillos irían a las botas. Y ahí sí, sería el final. Tenía que hacer algo para evitarlo. Intentó gritar, pero solo le salieron unos sonidos guturales.

—Mnnnnaag...

La mujer se volvió hacia él.

—Abrió los ojos —dijo—. Parece que quiere decirnos algo.

Se acercó y le pasó un paño por la frente.

—Está cubierto de sudor. Voy a quitarle un poco las mantas.

El otro, sin embargo, seguía en lo suyo: ahora revisaba la camisa.

—No encuentro nada —decía—, nada que ayude a confirmar la identidad.

—Ya se lo había dicho —la mujer se alejó de la cama—. No hay documentos.

—Pero si hubiera alguna cosa, quizá una etiqueta... —el hombre se agachó y observó algo en el piso del armario, probablemente las botas—, alguna cosa que nos diera una pista.

Frederick se agitó. Quería levantarse, quería gritar, pero su cuerpo no le respondía. Con un enorme esfuerzo se impulsó hacia el suelo. Logró bajar una pierna y el resto del cuerpo la siguió como un peso muerto. Al caer se golpeó la cabeza y el dolor lo hizo gemir. Los dos se volvieron hacia él mientras el sostén metálico del suero se volcaba contra la mesa de noche y en su camino tiraba varios frascos, con un estrépito feroz.

La mujer se asomó a la puerta y gritó.

—¡Necesito ayuda! ¡El paciente se cayó y se arrancó la vía!

De pronto la habitación se llenó de gente. Agotado por el dolor y el esfuerzo, Frederick cerró los ojos. Varios pares de manos lo tocaron, lo levantaron y volvieron a colocarlo en la cama. Se abandonó a ellas, incapaz de hacer otro movimiento. Pronto volvió a sentir agujas que se clavaban en su cuerpo, olores extraños, voces agitadas junto a él.

—Fue como si quisiera decirnos algo.

—Pero ¿qué?

Sintió que su cuerpo se relajaba. Tal vez se estaba quedando dormido. Ya no intentó luchar contra esa sensación: no podía. Mientras entraba en la inconsciencia pensó con cierta satisfacción que aún no habían encontrado el escondite de los papeles.

En la ventana de enfrente se vieron tres *flashes*. Largo, corto, largo. Alina tomó los binoculares y enfocó la ventana de Paula. Su amiga le decía que se apurara a cruzar, así podrían repasar los ejercicios de matemática antes de la cena. En la ventana, la forma de vocalizar y los gestos de Paula solían ser un poco exagerados: ahora, más que comer, parecía mostrar que alguien se estaba bañando en sopa. Pero se entendían. Cinco, marcó Alina con su mano: en cinco minutos cruzaba. Iba a pasar la noche ahí.

Metió el pijama en la mochila junto con sus libros y pasó por el baño para buscar el cepillo de dientes. Su madre terminaba de arreglarse para salir. Tenía puesto un vestido lila que la hacía más joven.

¿Estoy bien?

Preciosa. Pero exageraste con el perfume.

Saludó a su padre antes de agarrar su abrigo y salir. Mientras esperaba que pasaran los autos para poder cruzar, vio a un muchacho apoyado contra el muro, con un teléfono celular en la mano. ¿Era el mismo? No tenía la gorra, pero le pareció reconocerlo. La idea la puso nerviosa y

desvió la mirada para no llamar su atención. Cuando pasó junto a él oyó que decía una palabra al teléfono.

—Pájaro.

Solo eso. Se lo comentó a Paula al llegar, pero ella no le dio importancia. Lo que le preocupaba esa noche era que los ejercicios de matemática no les habían dado a ambas el mismo resultado. Observó un rato la hoja de Alina y suspiró.

—Voy a copiar los tuyos.

Alina asintió distraída mientras agarraba los binoculares de su amiga. Volvió a buscar al chico, pero había quedado fuera del alcance de su vista. Entonces enfocó su propio edificio. Le gustaba observarlo desde enfrente. Al principio le había dado un poco de pudor fisgonear así en las vidas de sus vecinos, pero como a Paula la cosa no parecía importarle en lo más mínimo, había acabado por darle vía libre a su curiosidad. Ahora en el cuarto piso había luces bajas. En el tercero se veía el resplandor de la televisión encendida. En el segundo, todo era oscuridad: los nuevos vecinos estaban ausentes. Bajó la mirada a su propio departamento y en ese momento las luces de la sala se apagaron. Sus padres estaban saliendo. Siguió bajando con los binoculares y volvió a buscar al muchacho. Ahora sí lo vio, parado junto al poste de luz, que iluminaba su cara. En ese momento sus padres salieron del edificio y pasaron junto a él. Alina observó que colocaba el celular junto a su boca y se concentró en sus labios.

—Ahora. Ahora.

—Ahora ¿qué? —Paula levantó la cabeza al oírla.

—Fue lo que dijo ese chico por teléfono.

—Habrás entendido mal.

—Puede ser.

Pero entonces el muchacho empezó a caminar y desapareció en la esquina. Alina volvió a mirar su edificio. Fue cuando vio algo que la inquietó: una luz en su departamento.

—Hay alguien. Hay alguien en mi casa.

El tono hizo que Paula levantara otra vez la cabeza.

—¿Cómo alguien? ¿No dijiste que tus padres habían salido?

—Sí, ellos acaban de salir. Pero te digo que alguien entró.

—Quizá se olvidaron algo y volvieron.

—No, es una luz rara.

Alina sintió que el corazón le bombeaba demasiado fuerte mientras enfocaba la luz, que era tenue y se movía. Paula se paró a su lado y le sacó los binoculares.

—Déjame ver. Me parece que es una linterna —dijo.

—A mí también —volvió a tomar los binoculares—. Ahora pasó de la sala al dormitorio de mis padres.

—Son ladrones. Dios mío, son ladrones. ¿Qué hacemos?

Alina miró la cara despavorida de su amiga y se mordió el labio para aguantar una risa inexplicable. Paula la observó espantada.

—¿Cómo podés reírte?

—No sé. Supongo que por los nervios. Creo que en un caso así uno llama a la policía.

En los minutos siguientes la luz parpadeó, volvió a moverse de habitación, y al fin desapareció cuando ya se oía la sirena del patrullero. A esa altura todo estaba revolucionado: habían tenido que avisarle a la madre de Paula lo que estaba pasando; la comida, completamente olvidada, se había quemado en el horno, y un mensaje al celular de Elisa había logrado que ella y Roberto estuvieran ya camino a casa. Paula y Alina esperaron en la calle hasta que llegó la

policía y pusieron al tanto de todo a un sargento corpulento que dijo llamarse Raúl Moroni.

—Quédense acá mientras subimos —dijo y le hizo una seña a dos de sus acompañantes, que sacaron las armas y entraron en el edificio. Alina intentó convencerlo de que la dejara subir con ellos, ya que a fin de cuentas era su casa, pero el policía se negó rotundamente. Era riesgoso, advirtió, podía haber un tiroteo.

Cuando el sargento ya estaba entrando, Alina recordó algo.

—Hay un perro.

El policía se dio vuelta.

—¿Es peligroso?

—No, es demasiado bueno. No quisiera que le disparen. Dígame: "cucha, Plácido".

El sargento Moroni la miró largamente, como evaluando si le estaba tomando el pelo, y siguió su camino. Segundos después llegó otro patrullero de refuerzo y pronto, convocados por las sirenas y el movimiento, vecinos y curiosos empezaron a detenerse y preguntar. De un taxi que frenó en la puerta saltaron Elisa y Roberto con expresión de pánico y se lanzaron encima de Alina, como si acabara de sobrevivir a una catástrofe.

¿Estás bien?

Sí.

¿Seguro?

Sí, a mí no me pasó nada. Pero arriba está Plácido.

Mientras ella volvía a contar una vez más cómo había visto las luces que se movían en su casa, se sumaron los vecinos nuevos, Rosa y Luis, que volvían después de cenar afuera. Todo el mundo se dedicó a especular durante la espera, que se les hizo eterna, cómo podrían haber

entrado los ladrones y qué pensaban encontrar en esa casa. Finalmente la puerta se abrió y salió Moroni. Todos se callaron.

—Se escaparon —dijo.

—¿Por dónde?

—Aparentemente por la terraza.

Alina le presentó a sus padres, pero cuando supo que eran sordos el policía concentró su atención en ella. La puerta de su departamento, le dijo, estaba forzada y todo un poco revuelto. Ahora tendrían que revisar bien para determinar qué les habían sacado y pasar al día siguiente por la comisaría a hacer una declaración.

Roberto intervino con señas nerviosas. Parecía furioso.

—Mi papá dice que cómo nos va a dejar así, con la puerta rota. ¿Y si vuelven los asaltantes? —tradujo Alina.

—Por esta noche dejé a un agente para que vigile —dijo Moroni sin mirar a Roberto—. Igual les aconsejo que consigan un cerrajero enseguida y hagan nuevas llaves.

Cuando se despidió le dio la mano a Alina e hizo un movimiento de cabeza hacia Roberto y Elisa.

Los tres subieron la escalera lentamente, seguidos por Rosa y Luis unos pasos más atrás y por el policía, que quedó de vigía en el pasillo. Nadie había dicho nada de Plácido y Alina no se atrevió a preguntar, porque en su interior crecía la idea horrible de que tal vez los ladrones lo hubieran matado para evitar que ladrara y ahora iban a encontrarse con el cuerpo tirado en algún rincón. Por eso empujó la puerta suavemente y los tres se asomaron a ese paisaje desolador. La alfombra de la sala estaba tapizada de libros y papeles, algunos cuadros habían sido arrancados de la pared y el sofá estaba volteado, con las patas hacia arriba. Pero al menos Plácido estaba vivo y, literalmente, coleando.

Apenas entraron salió a recibirlos y lamió las manos de Elisa, como si nada hubiera pasado.

Alina avanzó temerosamente hacia los dormitorios: allí las cosas eran aún peores. Habían dado vuelta los cajones de armarios y escritorios y todo su contenido ahora formaba deprimentes montañas en el suelo y en las camas. Las carpetas en las que Elisa guardaba documentos y cartas habían sido descuartizadas, como si hubieran querido hacer lluvia de papel picado. Volvió a la sala, donde sus padres se miraban sin atinar a hacer nada.

—¿Falta algo de valor? —le preguntó Rosa, que se había quedado en la puerta.

Alina se encogió de hombros. El televisor y el equipo de música estaban en su lugar, igual que la computadora. En verdad, no guardaban muchas cosas de valor en la casa: ni joyas, ni dinero.

—Creo que no —dijo—. Todavía hay que revisar.

—¿Puedo ayudarlos?

Alina le tradujo el ofrecimiento a Elisa, que ahora juntaba papeles del piso. Pero no, no querían que nadie metiera la nariz en sus cosas.

—Muchas gracias, podemos arreglarnos solos —le respondió mientras miraba cómo su madre levantaba la foto que por algún motivo incomprensible habían sacado de su marco. Era la de Lucio. Alina volvió a mirar la imagen en la que él pasaba un brazo por los hombros de su madre y reía, como si tuviera toda la vida por delante.

Sin duda, la vía de entrada había sido la terraza. En una recorrida, acompañado por Luis y el policía, Roberto había encontrado que la puerta que comunicaba la terraza con la escalera estaba abierta, pero no forzada. Algunos vecinos la

usaban para tender la ropa al sol, y si bien se debía cerrar con llave, de vez en cuando quedaba abierta. Hasta ahí se podía llegar saltando a través de otras terrazas de edificios vecinos.

Ese fue el tema de discusión más tarde, cuando tomaban una taza de té después de terminar con una primera etapa de orden, en la que básicamente se dedicaron a poner los muebles sobre sus patas y levantar los papeles del piso, lo que había alcanzado al menos para quebrar la imagen de tierra arrasada por un ejército enemigo. La primera conclusión fue que no faltaba nada de importancia.

¿Qué buscaban entonces?

Cualquier cosa de valor. Seguro que no encontraban nada y entonces empezaron a dar vuelta los muebles. Pensaron que podía haber dinero escondido. La sirena de la policía los asustó y se fueron como llegaron, por la terraza.

Alina asintió sin decir nada. El razonamiento de Roberto era suficientemente lógico, pero a ella le parecía que no terminaba de explicar tanto esfuerzo dedicado a romper papeles y tirar objetos al piso. Había preferido callarse ante sus padres ideas que le pinchaban el cerebro y le provocaban un desagradable mareo. El tipo del teléfono, en la calle. La palabra: *ahora*. Si eso era lo que ella pensaba —alguien que vigilaba y había dado la voz de alerta para que entraran—, entonces significaba que las cosas eran mucho peores de lo que parecían. No era un robo cualquiera, sino que alguien los había elegido cuidadosamente como blanco. Pero no quería preocupar a sus padres. A veces se sentía la madre de sus padres: demasiadas veces.

Trató de sacarse la idea de la cabeza, sin éxito. Era una de esas ideas aferradas con uñas y dientes, que se negó a irse por el resto de la noche.

15

Las llaves no estaban en el lugar de siempre. Alina sacudió nerviosa la mochila, pero nada: ni allí, ni en los bolsillos. Se las había olvidado. Tocó el timbre y esperó. Siempre le fastidiaba tener que hacerlo, porque si su madre estaba concentrada en algo podía tardar una eternidad en notar que la luz se encendía y apagaba. Una vez, cuando tenía cinco años, había bajado del transporte escolar con ganas de ir al baño. Distraída, Elisa había demorado varios minutos en ver la luz, y cuando finalmente abrió la puerta encontró un charco junto a ella. La vergüenza y el enojo habían sido tan grandes que el recuerdo siguió atormentando a Alina durante muchos años. A partir de entonces le dieron las llaves de su casa. Eso había escandalizado terriblemente a su maestra del preescolar cuando las descubrió en su mochila: dijo que la consideraba demasiado chica para asumir esa responsabilidad. Pero ella no entendió qué significaba "asumir la responsabilidad" y sus padres no se molestaron en discutirlo.

Pasaron un par de minutos y volvió a tocar: nada otra vez. Apoyó una oreja en la puerta y le pareció oír pasos

y ruido de vajilla. Estaba en casa, tenía que haber alguna manera de llamar su atención. Recordó la estrategia del papel, que alguna vez había funcionado. Sacó una hoja de su cuaderno y escribió en letras de imprenta: "Soy Alina. Me olvidé las llaves. Abrime". La deslizó por debajo de la puerta, reteniendo una punta. Luego la sacó y volvió a meterla. Después de repetir la maniobra dos o tres veces empezó a sentirse enojada. Estaba cansada, tenía hambre y ganas de ir al baño. ¿Qué diablos estaría haciendo su madre para no ver nada de nada? Se acordó de que esa noche iban a cenar sus abuelos: quizá estuviera cocinando. Estaba introduciendo el papel una vez más bajo la puerta cuando oyó ladrar a Plácido.

—Plácido, avísale a mamá —gritó, aunque sabía que era completamente inútil: ese perro nunca hacía lo que tenía que hacer. Se limitaba a ladrar junto a la puerta, sin advertirle a nadie que había gente. Para peor, ahora no podía sacar el papel, quizá Plácido lo estaba pisando. Tironeó.

—Soltalo, perro idiota.

Lo patético de la situación terminó por vencerla. Se sentó en el suelo, resignada. Tendría que esperar y volver a intentarlo. Si al menos Paula estuviese en su casa, podría refugiarse allí, pero había elegido precisamente ese día para visitar a su abuela. Cuando estaba por levantarse para volver a tocar el timbre, se oyeron pasos en la escalera. Rosa subía con un par de bolsas.

—Alguien dejó mal cerrado el ascensor en el cuarto —dijo jadeante—. Y esto pesa. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Me olvidé las llaves y mi mamá debe estar ocupada, porque no ve la luz del timbre. Voy a esperar.

—¿Por qué no subís a casa? Podemos comer un sándwich juntas.

La idea del sándwich la tentó, junto con la posibilidad de usar el baño y tal vez también el teléfono.

—Bueno, gracias. Te ayudo con las bolsas.

Los escasos muebles eran de buen gusto y parecían nuevos, pero la casa se veía aún semivacía, pensó Alina tras salir del baño. Rosa captó su mirada.

—Vivíamos en Mar del Plata, en un departamento mucho más chico, cuando se decidió el traslado de mi marido —le explicó mientras sacaba de la heladera ingredientes para los sándwiches—. No pudimos traer muchas cosas. Pero ya compraremos más muebles. ¿Jamón, queso y tomate te parece bien?

Alina asintió y se sirvió un vaso de agua. Le pareció que Rosa se estaba esforzando para hacerla sentir cómoda.

—¿De qué trabajan ustedes?

—Luis está en un banco y yo soy profesora de Matemática en un colegio. Si algún día necesitás clases, ya sabés —sonrió.

—Luis es muy... —Alina hizo un gesto con las manos, sin encontrar la palabra.

—¿Musculoso? Sí, se dedicó bastante al deporte. Pero contame un poco qué pasó después del robo. ¿Se llevaron algo importante?

Mientras lo decía depositó los dos sándwiches en la mesa y se sentó. Observándola de cerca, Alina pensó que tal vez era más joven de lo que había creído: veinticinco o veintiséis años.

—Creemos que no. Revisaron mucho, desordenaron todo, pero al menos hasta ahora no descubrimos que faltase nada. Por suerte, las joyas que heredó mi mamá están en la caja de seguridad de un banco.

Vio que las cejas de Rosa se levantaban, con una leve sorpresa.

—Ah, tienen una caja de seguridad. Siempre le digo a Luis que es bueno tener una: se pueden guardar objetos de valor y documentos, ¿no es cierto?

—En verdad no sé, nosotros no tenemos demasiadas cosas de valor. Fuera de las joyas, creo que no hay nada. Este sándwich está bueno.

—Me alegro. ¿Preparamos más?

Alina estaba dudando si aceptar cuando sonó el timbre. Era su madre, que había encontrado la nota en boca de Plácido y venía tocando a la puerta de todos los vecinos, buscándola. Sonrió al saludar a Rosa, pero no fue más que un gesto formal. Su mirada estaba en otro lado.

Alina percibió su malhumor mientras bajaban juntas la escalera. Sucedió casi siempre que venían los abuelos a comer. Elisa sentía que las cosas usualmente salían mal con sus suegros, que hiciera lo que hiciera igual tendrían esa cara de insatisfacción que le provocaba ganas de ponerse a llorar o de echarlos. Sus visitas no eran exactamente una fiesta.

¿Qué estás cocinando?

Pollo a la naranja. Pero no sé si va a quedar bien. Además, me parece que calculé mal y es poco.

Siempre pensás eso y después alcanza.

No sé, creo que esta vez no. Y me olvidé de comprar algo para el postre.

Seguro que la abuela trae. O puedo encargar helado por teléfono.

Elisa sacudió la cabeza, nerviosa.

Creo que a tu abuelo no le gusta el helado.

Sí que le gusta, va a estar bien.

Ayudó un rato en la cocina y apenas pudo huyó hacia su habitación. Cerró la puerta, se deshizo de los zapatos y se lanzó sobre la cama. Durante unos minutos se quedó boca arriba, mirando el techo y meditando sobre una idea perturbadora que le había empezado a dar vueltas un poco antes. No era posible. Tenía que sacarse esos pensamientos horribles de la cabeza. Extendió el brazo hasta tocar el equipo de música que estaba sobre la mesa y apretó el botón de *play* sin recordar exactamente cuál era el disco que estaba puesto. Con los primeros acordes sonrió: era lo que necesitaba. Subió el volumen hasta aturdirse y dejó que la música invadiera cada centímetro de su cuerpo.

"El vino triste tendrá tus ojos...". Se paró sobre la cama y empezó a bailar sacudiendo la cadera al ritmo de la música mientras cantaba. "La traición también tendrá tus...". En ese momento se oyeron tres golpes en la puerta y, cinco segundos después, se abrió. Odiaba que hicieran eso: muchas veces le había dicho a su padre que, ya que no había forma de que lo invitara a pasar en voz alta, golpeará y esperará a que ella abriera. Pero él era demasiado impaciente para hacerlo.

Alcanzó a tirarse en la cama antes de que entrara.

¿Qué hacías?

Nada, escucho música.

El padre se acercó al equipo y puso su mano encima para percibir la vibración.

Está demasiado fuerte. Sabés que molesta a los vecinos.

No. Está normal.

Él la ignoró y bajó el volumen.

Están por venir tus abuelos.

Ya sé.

Podrías vestirme.

Vio que las cejas de Rosa se levantaban, con una leve sorpresa.

—Ah, tienen una caja de seguridad. Siempre le digo a Luis que es bueno tener una: se pueden guardar objetos de valor y documentos, ¿no es cierto?

—En verdad no sé, nosotros no tenemos demasiadas cosas de valor. Fuera de las joyas, creo que no hay nada. Este sándwich está bueno.

—Me alegro. ¿Preparamos más?

Alina estaba dudando si aceptar cuando sonó el timbre. Era su madre, que había encontrado la nota en boca de Plácido y venía tocando a la puerta de todos los vecinos, buscándola. Sonrió al saludar a Rosa, pero no fue más que un gesto formal. Su mirada estaba en otro lado.

Alina percibió su malhumor mientras bajaban juntas la escalera. Sucedió casi siempre que venían los abuelos a comer. Elisa sentía que las cosas usualmente salían mal con sus suegros, que hiciera lo que hiciera igual tendrían esa cara de insatisfacción que le provocaba ganas de ponerse a llorar o de echarlos. Sus visitas no eran exactamente una fiesta.

¿Qué estás cocinando?

Pollo a la naranja. Pero no sé si va a quedar bien. Además, me parece que calculé mal y es poco.

Siempre pensás eso y después alcanza.

No sé, creo que esta vez no. Y me olvidé de comprar algo para el postre.

Seguro que la abuela trae. O puedo encargarme helado por teléfono.

Elisa sacudió la cabeza, nerviosa.

Creo que a tu abuelo no le gusta el helado.

Sí que le gusta, va a estar bien.

Ayudó un rato en la cocina y apenas pudo huyó hacia su habitación. Cerró la puerta, se deshizo de los zapatos y se lanzó sobre la cama. Durante unos minutos se quedó boca arriba, mirando el techo y meditando sobre una idea perturbadora que le había empezado a dar vueltas un poco antes. No era posible. Tenía que sacarse esos pensamientos horribles de la cabeza. Extendió el brazo hasta tocar el equipo de música que estaba sobre la mesa y apretó el botón de *play* sin recordar exactamente cuál era el disco que estaba puesto. Con los primeros acordes sonrió: era lo que necesitaba. Subió el volumen hasta aturdirse y dejó que la música invadiera cada centímetro de su cuerpo.

“El vino triste tendrá tus ojos...”. Se paró sobre la cama y empezó a bailar sacudiendo la cadera al ritmo de la música mientras cantaba. “La traición también tendrá tus...”. En ese momento se oyeron tres golpes en la puerta y, cinco segundos después, se abrió. Odiaba que hicieran eso: muchas veces le había dicho a su padre que, ya que no había forma de que lo invitara a pasar en voz alta, golpeará y esperará a que ella abriera. Pero él era demasiado impaciente para hacerlo.

Alcanzó a tirarse en la cama antes de que entrara.

¿Qué hacías?

Nada, escucho música.

El padre se acercó al equipo y puso su mano encima para percibir la vibración.

Está demasiado fuerte. Sabés que molesta a los vecinos.

No. Está normal.

Él la ignoró y bajó el volumen.

Están por venir tus abuelos.

Ya sé.

Podrías vestirme.

Alina se miró la ropa.

Estoy vestida.

Cambiate eso.

Roberto señaló la remera corta que dejaba ver su ombligo.

Está bien. Cerrá la puerta al salir.

Alina esperó unos segundos luego de que la puerta se cerrara y volvió a subir el volumen de la música. Después empezó a cambiarse.

Al principio todo estuvo perfecto, tan perfecto y rígido como los copos de merengue de la torta que había traído la abuela Claudia, hecha con sus propias manos. Hablaron de Miguel, el hermano menor de Roberto, que llevaba viviendo un tiempo en México, y había llamado esa misma tarde con las últimas novedades de su hijo Nico, a quien le había dado por comerse la tierra del jardín. Después la abuela sacó las fotos y todos se rieron de los ojazos inocentes con que Nico miraba a la cámara y de su delatora boca marrón tierra.

"Esta vez todo marcha bien", pensó Alina, mientras ayudaba a retirar los platos del helado y a traer el café. Y entonces salió el tema del robo, porque los abuelos ya lo sabían, pero querían conocer los detalles. Roberto intentó quitarle importancia al asunto.

—No es nada —dijo en voz apenas audible mientras hacía la seña. Nada: dos manos que se separan.

Era la forma de comunicarse. Un esfuerzo constante con un resultado siempre dudoso, en el que no se sabía exactamente qué entendía el otro. Los padres de Roberto no habían aprendido la lengua de señas: solo agregaban algún gesto que pudiera ayudar a la lectura de labios.

—Este barrio es muy poco seguro —dijo el abuelo—. Ya te lo dije, tendrían que mudarse.

Elisa fue a la cocina a buscar un cuchillo para cortar la torta. Odiaba ese tema, que cada tanto surgía. A Facundo, su suegro, el barrio no le gustaba. Ni el barrio, ni la casa, ni muchas de las decisiones que tomaban. Llevaba años insistiendo en que se mudaran a la zona norte, donde vivían ellos.

—Acá nos quedamos —dijo Roberto.

Tal vez fue para distender el ambiente que la abuela soltó la pregunta.

—¿Y por qué revisaron tantos papeles esos ladrones?

—Andarían buscando algo —dijo Alina mientras le acercaba un café.

—¿Cómo qué?

—No sé. Algo relacionado con el testamento, quizá.

Apenas lo dijo se arrepintió. Hubiera querido morderse la lengua o hacer retroceder el tiempo para retirar sus palabras, pero era tarde. Ni siquiera sabía por qué lo había dicho: simplemente le había venido a la boca. Si solo hubiera pensado dos segundos, se dijo muchas veces después, se habría callado. Era evidente que el tema era garantía de problemas. El abuelo había dicho que el asunto de la herencia olía mal: a gato encerrado.

—¿Van a insistir con eso?

Nadie le contestó. Alina aprovechó el silencio para preguntar si alguien quería más torta. Pero el abuelo no se rendía fácilmente.

—Ustedes tienen que abandonar ese asunto de la herencia que no les va a traer más que problemas. No están en condiciones de meterse en una cosa así. Además, ¿para qué? Hay un testamento válido que no los menciona. Y ni

siquiera saben qué es exactamente lo que quería dejarles ese hombre. Lo tienen que abandonar ya mismo.

Lo dijo con ese modo militar que usaba de vez en cuando y que enfurecía a su hijo como pocas cosas en la vida.

—¿Entendiste lo que te dije, Roberto?

Roberto lo miraba en silencio y con un gesto hosco, pero no era fácil saber si era por incompreensión o de pura bronca. El abuelo se volvió hacia Alina.

—Traducile.

Ella ignoró la orden.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo—. Lucio quería que recibiéramos algunos de sus bienes y las instrucciones para hacer algunas cosas, todavía no sabemos qué. Y nos eligió a nosotros. No tenemos por qué abandonar porque haya otros que quieran sacarnos de en medio.

—Tus padres no tienen condiciones para ir a enfrentar a nadie —dijo enojado Facundo—. Y vos sos muy chica para opinar. Traducile a tu padre lo que digo.

—¿Soy muy chica para opinar pero no para hacer de traductora?

—Alina...

El tono con que la abuela intervino le dolió. Le estaba pidiendo que se callara, pero ella estaba demasiado enojada para callarse.

—Hoy no quiero traducir —dijo mirando al abuelo y haciendo señas al mismo tiempo—. Y vos, ¿por qué no aprendiste nunca las señas para poder hablar de verdad con mi papá?

Roberto dio un golpe en la mesa que hizo tintinear las tazas. Todos lo miraron. Sus manos se movieron irritadas.

No es asunto tuyo.

Alina se paró.

—No, no es asunto mío. Es cierto. Mejor me voy.

Caminó rápido hasta su habitación y cerró la puerta. Se odió por lo que había hecho, pero era tarde para dar marcha atrás.

Le picaba un brazo. Frederick se movió en la cama y apartó la sábana para poder rascarse. De pronto, se sentía completamente lúcido. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Seguía en el hospital, pero ya no estaba conectado a ningún tubo. Movi6 primero los brazos y las manos, y después los pies: todo su cuerpo le obedecía. Probó incorporarse un poco en la cama. Lo logró con bastante esfuerzo y enseguida volvió a recostarse, agotado. En ese momento entró una enfermera y lo miró sonriendo. Tenía el pelo rubio recogido de forma muy tirante y un guardapolvo blanco que le quedaba un poco holgado. Debía de ser estudiante, pensó, era demasiado joven para haberse graduado ya.

—Al fin te veo despierto. Me habían dicho que habías abierto los ojos en los últimos días, pero no me había tocado a mí verlos. ¿Estás mejor?

Supuso que debía contestar alguna cosa, pero era como si nada le viniera a la mente. La enfermera se acercó unos pasos más. Cuando torció la cabeza, Frederick vio una hebillita en forma de mariposa que le sostenía el rodete. Imaginó

que se le caía y el pelo se le soltaba en cascada. Seguro que el pelo suelto la favorecía.

—¿Te duele algo?

—Algo.

Se sintió raro. Era extraña la manera en que los sonidos salían de su boca, pero no sabía por qué. La chica ya no sonreía tanto. Una lástima, porque la sonrisa le quedaba bien.

—Me llamo Verónica —ahora estaba hablando lentamente, como si se dirigiera a un extranjero—. Y no sabemos aún tu nombre. ¿Podrías decírmelo?

Frederick pensó que sí, que tenía que poder decirlo. Y, sin embargo, sucedía algo extraño: era como si su nombre no estuviera en ningún lugar. Desaparecido.

—Lo sé —le contestó—, lo sé, pero no me sale.

La expresión de Verónica mostró cierta incomodidad.

—No importa —dijo, ahora forzando la sonrisa—. Enseguida va a venir el doctor a revisarte. Yo vuelvo en unos minutos.

Siguió sonriendo hasta que se dio vuelta y salió. Frederick la observó irse, con su guardapolvo y sus zapatos blancos y silenciosos. Todo tan blanco. La puerta se cerró y no quedó nada más por hacer que esperar y mirar la pared. Había un pequeño cuadro que mostraba un paisaje de montañas. Se preguntó dónde estaba exactamente ese hospital y cómo había llegado ahí. Todo eso formaba parte de una nebulosa asentada en su cerebro, donde los recuerdos se habían borroneado a partir de un momento: cuando el gordo le clavó el çuchillo y lo empujó. Sabía que su cuerpo había golpeado el asfalto, que más tarde mucha gente lo había rodeado y que en algún punto había tenido la certeza de estar muriendo, pero evidentemente no había sido así.

Por lo menos su situación no se parecía nada a lo que uno espera de la muerte.

Pasó un rato que se le hizo demasiado largo. Cuando la chica volvió, estaba acompañada de un médico y de otra enfermera, más vieja y con cara de bulldog.

—Nos da mucho gusto verlo despierto —dijo el médico—, estuvo varios días inconsciente. Soy el doctor Rick Johnson. ¿Usted me entiende?

El tipo tenía una cara gorda y bigotes con las puntas hacia arriba. Lo miraba con una expresión ansiosa, esperando que él contestara algo. Se sentía mucho más cómodo en silencio, pero pensó que tenía que hacer un esfuerzo para que el tipo gordo estuviera contento.

—Sí.

Esta vez la respuesta pareció complacer a todos, porque sonrieron. Frederick se sintió mejor: parecía que las cosas no eran tan malas.

—Bien. ¿Sabe dónde se encuentra?

—Se encuentra. Sí, me encuentra.

Claramente, ahora no estaban contentos. Los tres lo miraban raro, como desencantados.

—Voy a revisar la herida en su cabeza y luego seguimos conversando —dijo el médico, mientras buscaba algo en su maletín. Por su cara de fastidio, fue evidente que lo que buscaba no estaba allí.

—Necesito cosas que olvidé en el consultorio. Vuelvo enseguida —le informó antes de salir.

Mientras lo esperaba, Frederick cerró los ojos. Tal vez se quedó dormido unos minutos. O quizá soñaba despierto: le pareció ver la cara de su hermana, enmarcada en su largo pelo rojo, muy largo, como cuando era pequeña. Primero reía y después se ponía seria. Enojada. Ahora era mayor.

Estaba muy enojada porque él no la había llamado. Se dijo que tenía que hacerlo ese mismo día. Apenas pudiera iba a pedir un teléfono para hacer el llamado. Pensó que iba a abrir los ojos y ahí, en la mesa de luz, habría un teléfono. Un aparato gris, con el cable negro.

Pero cuando volvió a abrir los ojos, en la mesa de luz solo había frascos. Las dos enfermeras le daban la espalda y hablaban entre ellas en voz baja mientras doblaban una manta.

—Aún tiene que recuperarse —susurró Cara de bulldog.

—Hace eco —la voz de la más joven parecía nerviosa—.

Cuando uno le pregunta algo, repite lo que oye. ¿Estará loco?

—No, no es algo tan raro después de un traumatismo de cráneo.

Frederick se movió e intentó llamarlas. Quería preguntarles qué pasaba con él, dónde se había ido el médico, qué hospital era ese, si tenían un teléfono para prestarle, pero su boca estaba torpe.

—¿Qué qué? —fue todo lo que le salió.

Las dos mujeres se dieron vuelta y le sonrieron. Como se le sonríe a un niño o a un idiota, pensó.

—El médico enseguida vuelve —le dijo Verónica—. No te preocupes.

Lo miró y a él le pareció que lo que había en sus ojos era compasión. Supo que algo horrible estaba pasando, que todo iba muy mal. No podía hablar, eso era. Como si sus palabras estuviesen encerradas en su mente. Tuvo ganas de llorar. Quizá aparecieron las lágrimas en su cara, porque Verónica se acercó y le puso una mano en su brazo.

—No te preocupes —repitió—. Todo va a estar bien.

Frederick pensó que le hubiera gustado decirle que era linda, que era linda aun con ese feo uniforme blanco, que le agradecía la ternura. Pero no iba a poder decirle nada.

La despertó una puerta cerrada con demasiada brusquedad. Alina se incorporó y miró el reloj: aún le quedaba media hora. En la cocina, alguien hacía mucho ruido con la vajilla. Media hora de sueño era algo demasiado preciado para echarlo a perder así. Se puso la almohada en la cabeza y volvió a cerrar los ojos. En ese momento, la televisión se encendió en la sala y un locutor empezó a anunciar las noticias a todo volumen. Terremoto en Pakistán, cosecha récord de soja en Buenos Aires, éxito de la selección de fútbol, probables chaparrones por la noche. El tipo gritaba como si en cada noticia le fuera la vida.

Alina se sentó en la cama, furiosa consigo misma.

—Qué idiota.

Aunque no sabía bien por qué, solía hablarse a sí misma en voz alta. Quizá era consecuencia de la desinhibición que genera saber que nadie oye, quizá era simplemente el gusto de escuchar una voz en la casa.

—Hay poca gente tan idiota.

Hacía mucho había renunciado a pedirles a sus padres que fueran silenciosos por las mañanas: sabía lo difícil que

era para ellos evitar ruidos que no podían oír. La culpa de que ese locutor descerebrado estuviese aullando sobre el clima en ese momento era únicamente suya, por no enmudecer el televisor antes de apagarlo.

Se puso rápidamente la ropa que había dejado preparada en la silla y fue a tomar el desayuno. Al pasar por la sala se detuvo frente a su padre, lo saludó con un gesto y tomó el control remoto para quitar el volumen. Seguía camino hacia la cocina cuando Roberto la llamó golpeando la mesa con el puño.

Perdón.

Repitió la seña dos veces: dos dedos chasqueando junto a su cara. Señaló la televisión y abrió las palmas en señal de impotencia. Alina sonrió.

Ya sé, no importa.

Mientras se servía los cereales pensó en la conversación que tendría lugar en pocos minutos. Había decidido disculparse por su torpeza del día anterior, primero al mencionar el asunto de la herencia y después en la discusión con su abuelo. Iba a explicar que los nervios por el asunto del robo la habían alterado, pero sin entrar en detalles sobre las ideas que giraban por su cabeza. No quería alarmar a sus padres.

Extrañamente, nadie sacó el tema. Elisa apareció con cara de sueño, le dio un beso en la frente y se dedicó a preparar el café con leche. Después se asomó a la puerta de la cocina y le dijo algo a Roberto, pero apenas Alina levantó la cabeza de su plato para mirarlos, sus manos se inmovilizaron. Algún secreto, por lo visto. Mientras desayunaban, su padre le recordó que al día siguiente viajaban a Salta y tenía que dejar listo su equipaje esa misma noche.

Había algo raro en el ambiente, pensó Alina, algo que no lograba definir. Como si todos se estuvieran tratando

con un cuidado inusual. Como si también sus padres tuvieran ideas demasiado inquietantes para compartir.

Cuando, horas después, le contó lo que estaba pensando, Paula se detuvo en la calle y la miró de arriba abajo con el ceño fruncido. Alina se sintió vagamente incómoda: a ella misma le había parecido extraño oírse elaborar semejante teoría. La idea era efectivamente rara, pero si uno lo pensaba un poco, insistió, era todo coherente.

—No, no puede ser. ¿Cómo van a estar implicados Rosa y Luis en el robo si llegaron después de que entraran los asaltantes y se quedaron con nosotras?

Alina se lo explicó una vez más.

—Justamente, creo que se ausentaron de su casa para poder volver en el momento oportuno y demostrar que eran inocentes.

—Entonces, ¿cómo lo hicieron?

Paula la observaba con una mezcla de perplejidad e impaciencia.

—Ellos no lo hicieron: mandaron a alguien.

—Pero ¿no dijiste que eran gente muy simpática y amable?

—Sí, eso mismo: demasiado amables.

Paula se masajeó el cuello porque el peso de la mochila la estaba matando y sugirió que se sentaran en un banco si es que iban a seguir con esa extraña conversación. Acababan de salir del colegio y Alina había soltado la idea que venía torturándola desde el día anterior, esa idea que la había vuelto distraída y tonta, decía, tan tonta como para meter la pata con los abuelos y mencionar el espinoso asunto de la herencia.

Ahora volvió a repetir una por una las razones que la habían hecho sospechar, que de pronto habían armado un

cuadro en su mente: como una iluminación mientras comía un sándwich con Rosa. Primero: que ellos pudieron hacer entrar a cualquiera al edificio mucho tiempo antes y esconderlo en su casa. Eso resolvía el problema de la entrada y la salida: los ladrones estarían ahí cuando el tipo de la gorra les avisó desde la calle que ya podían entrar. Después, al oír las sirenas, habrían vuelto al departamento. Tal vez habían sido los mismos Rosa y Luis los que dejaron sin llave la puerta de la terraza para crear una explicación razonable. Segundo: sabían que no había riesgo con Plácido, que no era necesario pegarle ni atarlo porque era un perro idiota que se hacía amigo de cualquiera. Tercero: la estaban mirando muy de cerca cuando recibió el sobre para Elisa y revisó la correspondencia del buzón. Pueden haber creído que ese era el testamento de Lucio.

—Ese sería el motivo. Decidieron poner sus manos sobre los papeles.

Paula parecía mareada.

—¿Y cómo se te ocurrió todo esto?

—Por el interés que mostró Rosa cuando dije que mis padres tenían una caja de seguridad. Debí pensar que el testamento está ahí. Eso me hizo pensar en otras cosas: en las preguntas que nos hizo, en la excesiva atención que nos dedicó.

Ahora Paula movía la cabeza como sopesando los argumentos.

—Entonces —recapituló—, ¿Rosa y Luis se mudaron a tu edificio para controlarlos a ustedes y robarles los papeles?

Alina sonrió un poco avergonzada. Expuesta en voz alta, su teoría sonaba ridícula.

—Es raro, ya lo sé. Pero sí, digamos que eso es lo que pienso. Y otra cosa: creo que el desastre que dejaron los

ladrones, tanto papel roto y tirado, no fue casual. Además de buscar el testamento, estoy segura de que querían dejar un mensaje, querían que nos asustásemos. El toque definitivo fue la foto de Lucio fuera del portarretratos y tirada en medio de la sala. Algo así como decir: "Estuvimos aquí, y tal vez volvamos".

Paula se levantó y volvió a ponerse la mochila en los hombros.

—¿Y lo lograron?

—¿Qué cosa?

—Asustarte.

Alina consideró la idea mientras se levantaba.

—Sí, estoy un poco asustada. Pero solo un poco.

Esa tarde, la abuela tocó el timbre y le pidió que bajara. Pasaba por ahí de vuelta del dentista y se le había ocurrido invitarla a tomar un helado. Alina aceptó, pero le pareció que en el fondo había algo más. Algo que asomaba en ese parpadeo nervioso de los ojos celestes de la abuela. No se equivocaba.

—Creo que el abuelo tiene razón con el asunto de la herencia —le dijo cuando caminaban con los helados en la mano—. Es algo demasiado complicado. Ese hombre ya presentó el testamento y ustedes no tienen nada. No me convence que viajes a Salta a meterte en ese asunto. Además, todo lo tenés que hacer vos. Es mucho para alguien de tu edad.

—Estoy acostumbrada, abuela.

Por un momento se sintió enojada y tuvo ganas de decir algo más. Preguntarle por qué diablos no le había preocupado antes que ella hiciera tantas cosas, que siempre tuviera que hablar por sus padres. O por qué ahora mismo no le

estaba diciendo esto a Roberto, en lugar de cargarla a ella con sus preocupaciones. Pero no dijo nada. Tal vez la abuela percibió que algo se enroscaba en su silencio.

—Tenías razón en lo que dijiste ayer. Tendríamos que haber aprendido la lengua de señas.

—¿Y por qué no lo hicieron?

Suspiró incómoda.

—No sé. Cuando tu papá tuvo esa infección que lo dejó sordo era apenas un bebé y se nos cayó el mundo. No sabíamos qué hacer, cómo actuar. Quisimos que aprendiera a hablar como cualquiera, no con las manos.

—Pero no era cualquiera.

—No, supongo que nos equivocamos.

La voz se le quebró. Alina se sintió culpable y cambió de tema.

Por la noche, estaba terminando de preparar el equipaje cuando vio los *flashes* de la linterna de Paula. Tomó sus binoculares y la miró: decía que se iba a dormir, y que tuviera buen viaje. Que si podía la llamara desde allá. Y que no se metiera en líos. Después se despidieron y la luz de Paula se apagó.

Ella se quedó un rato observando la calle con los binoculares. No había vuelto a ver al muchacho de la gorra. Ahora enfocó a un hombre mayor, de cincuenta o sesenta años, parado enfrente. Cuando giró levemente la cabeza vio que tenía un mechón canoso en el lado izquierdo. De pronto le pareció que la estaba mirando. Sobresaltada, cerró velozmente las cortinas. Sintió que su corazón se agitaba. ¿El tipo la estaría mirando de verdad o se lo habría imaginado? Decidió asegurarse. Movié apenas una esquina de la cortina para ubicar los binoculares y volvió a mirar. Ahí estaba,

y otra vez le pareció que tenía los ojos fijos en ella. Pero ahora además el tipo movía los labios. Alina enfocó mejor para interpretar el movimiento. Decía: "Cuidado". Soltó la cortina, aterrada. No podía ser cierto: tenía que habérselo imaginado. Se sentó en la cama y dejó los binoculares a un costado. Estaba demasiado nerviosa. Inspiró hondo y soltó el aire lentamente, para tranquilizarse. No era cierto, se repitió. Después volvió a levantarse y miró otra vez. Pero ya no había nadie.

Sofía las esperaba en el aeropuerto de Salta. Hacía mucho que Alina no la veía y la encontró más voluminosa de lo que la recordaba: todo su cuerpo se había redondeado un poco, aunque su cara seguía teniendo ese aire juvenil, casi de niña. Las abrazó a las dos con afecto, incluso con demasiado afecto, pensó Alina, pero durante todo el trayecto hasta su casa se mostró algo nerviosa. Hablaba mucho y demasiado rápido para que Elisa pudiera seguirla; de pronto parecía recordarlo y entonces, cohibida, frenaba el ritmo y movía la boca exageradamente. Más tarde le confesó a Alina que al principio siempre le resultaban difíciles los encuentros con Elisa, que la devolvían a su infancia, cuando le parecía que esa prima que hablaba con las manos era inalcanzable para ella. Para el momento de comer, sin embargo, ya habían logrado trasponer la barrera y recuperar esa mezcla de gestos y palabras que les permitía comunicarse. A veces Sofía recurría a lo básico: señalarse a sí misma o a otro para indicar a quién se refería, pero otras veces dejaba volar su imaginación y sus manos revoloteaban para decir *mariposa* y se sacudían convulsivamente

para dibujar el miedo, de un modo un poco ridículo que terminaba por arrancar carcajadas en Elisa.

Era evidente que había dedicado tiempo a recibirlas. Al llegar encontraron preparado un soberbio almuerzo, que hacía honor a sus redondeces. Junto a la mesa estaban las cajas que había bajado del altillo, con los cuadernos y papeles de Mirna e Inocencio. Todo estaba dispuesto para empezar el trabajo. También había hablado con el abogado, que las esperaba por la tarde en su despacho para ponerlas al tanto de las novedades. Ya estaban tomando el café cuando mencionó a Elsinger.

—Está en la ciudad. Lo vieron dando vueltas, parece que contrató a un grupo de abogados muy influyentes. Es un peso pesado.

El tono parecía incluir una advertencia.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Alina.

—Anda con guardaespaldas, dicen que son tipos violentos. No sé si les conviene seguir con esto. Quizá sea demasiado para...

—¿Para una sorda y una adolescente?

Elisa sonreía, pero Sofía movió la cabeza incómoda.

—No quise decir eso. Solo que todo el mundo anda comentando que este tipo tiene mucho dinero y que lo anduvo repartiendo. No sé cuánta gente va a querer ayudarlas.

—No te preocupes —dijo Alina—, ya nos arreglaremos.

La oficina de Martín Rueda estaba frente a la plaza principal de Salta. El abogado era un tipo amable y cuidadoso. Hacía constantes pausas para permitir que Alina tradujese sus palabras a Elisa y esperaba pacientemente sus respuestas. Pero por mucha amabilidad que pusiera, las noticias no eran buenas.

Había que encararlo. Las cosas, les dijo apenas estuvieron sentados frente a frente, estaban resultando bastante desfavorables. Según había podido averiguar, Elsinger había presentado todos los documentos traducidos y debidamente certificados y por el momento tenían pocas armas para combatirlo. Aunque Elisa era efectivamente la única familiar directa de Lucio, no era una heredera forzosa, como serían un hijo o una esposa. Es decir que un testamento válido podía sacarla de escena.

—¿Y qué pasa con la carta? —preguntó Alina—. En su carta Lucio escribió muy claramente que quería dejarnos la herencia a nosotras. Además, sabemos que estaba peleado con Elsinger.

—No es suficiente. Lucio podría haber cambiado de idea antes de morir, o no haber llegado a escribir su voluntad. Si no conseguimos el testamento, solo nos queda una posibilidad: demostrar que el que presentó Elsinger es falso. En ese caso, Elisa heredaría todo como sobrina.

—¿Y cómo se puede hacer eso?

El abogado hizo tamborilear los dedos sobre la mesa mientras pensaba.

—No es fácil. No hay nada en los papeles que delate que son falsificados. Habría que empezar por encontrar gente cercana a Lucio que nos ayudase a rastrear los últimos pasos que dio, alguna pista en cuanto a su intención de escribir un testamento diferente.

Elisa se veía desilusionada cuando se levantaron para irse. Rueda pareció notarlo y le sonrió.

—Tenga paciencia. Todavía hay un camino largo por delante.

Las acompañó hasta la puerta de calle. Cuando la abrió para hacerlas salir, algo llamó su atención.

—Mirá —le dijo a Alina apretando su brazo—. Ahí va.

Las dos siguieron su mirada. Un tipo alto, levemente canoso y con un elegante traje azul, caminaba a grandes zancadas al otro lado de la calle mientras hablaba por su teléfono celular. Al parecer lo que oía lo irritaba, porque gesticulaba nerviosamente. Se lo veía un poco fuera de lugar en esa ciudad tan serena, donde el calor ya a esa hora agobiaba. Un poco más atrás lo seguían dos tipos con cara de aburridos.

—¿Quién es? —preguntó Alina, aunque intuía la respuesta.

—Elsinger. Ese es Elsinger, y los de atrás, sus guardaespaldas.

Volvían a la casa de Sofía cuando una mujer alta y elegante se detuvo frente a ellas y abrió los brazos sonriendo.

—¡Elisa!

Alina vio que su madre miraba sin reconocer. Entonces la mujer empezó a hablar con señas.

Parece que no te acordás. Soy Mercedes, la hermana de Carmen Ruano.

En la cara de Elisa se dibujó una tímida sonrisa que fue haciéndose más ancha con el recuerdo. Hacía mucho, muchísimo que no sabía nada de Carmen.

¿Dónde está?

Vive en Paraná, como yo. ¿Y esta es tu hija?

Mercedes sometió a Elisa a un verdadero interrogatorio sobre su vida. Parecía tener muchas ganas de hablar, pensó Alina con impaciencia. Le resultó un poco sobreactuado la emoción que demostraba por haberlas encontrado, sobre todo teniendo en cuenta que casi no se conocían. Pero después, cuando supo un poco más sobre ella, pensó que era natural que esa mujer de ojos tristes se aferrara a

cualquier cara amable. Les explicó que hacía días que estaba en la ciudad y solo había dado con dos o tres conocidos de su infancia.

Pero ahora, esta sorpresa.

Conversaron aún un buen rato durante el cual Alina intentó disimular su aburrimiento. Cuando interrumpió tímidamente para decir que tendrían que ir volviendo, Mercedes sugirió cambiar teléfonos para verse más tarde. Elisa apuntó el número complacida. Era evidente que el encuentro le había levantado el ánimo.

Carmen también era sorda, le dijo mientras se alejaban. Había sido una de sus mejores amigas en el colegio. Durante una época habían mantenido la relación por carta, pero poco a poco estos contactos se habían ido espaciando hasta interrumpirse.

Me acuerdo de que tenía una hermana menor, pero nunca podría haberla reconocido.

¿Vas a verla?

Puede ser. Creo que sí.

Esa tarde Elisa decidió revisar los papeles de su madre. Sin embargo, recién cuando los esparció sobre la mesa tuvo clara la dimensión del asunto. Se trataba de una serie de cuadernos y agendas con anotaciones dispersas, que incluían números de teléfono mezclados con un diario de actividades, listas del mercado y reflexiones varias, sin ningún orden claro. Encontrar allí algo vinculado a Lucio parecía imposible.

Alina la dejó sumergida en la tarea y fue a encontrarse con el hombre que se ocupaba de la propiedad de Lucio, un conocido de Sofía que ya estaba al tanto de la situación y había aceptado recibirla. Sin embargo, poco y nada salió de

ahí. Le dijo, básicamente, lo que ya sabían: que en los años recientes solo habían mantenido contacto con el abogado David Klein, pero que en el último mes no habían podido dar con él. Solo habían recibido instrucciones de un juez de depositar el dinero en otra cuenta hasta tanto estuviera definida la sucesión. Y nada más.

Mientras volvía, Alina pensó que todo el viaje a Salta había sido inútil: era evidente que no iban a encontrar nada. Salvo que tuvieran un golpe de suerte, el asunto del testamento parecía ser un fiasco completo. Cuando dio vuelta a la esquina vio a dos tipos parados junto a la puerta de un café que le llamaron la atención, aunque al principio no supo por qué. Demoró unos segundos en reconocerlos: eran los guardaespaldas que había visto más temprano. Eso tenía que significar algo. Fingió atarse los cordones de las zapatillas mientras miraba el interior del café. Tal como había pensado, ahí estaba Elsinger, sentado en una mesa con otro tipo.

Era una oportunidad. Por qué no usarla, si finalmente él no la conocía. Entró al local y eligió la mesa desde la cual quedaba perfectamente enfrentada a Elsinger. El tipo tenía unos ojos celestes pequeños y brillantes. Sus labios estaban bien expuestos desde el punto de mira de ella y eran unos labios generosos, que vocalizaban de forma clara y pausada.

Alina pidió un café con leche y sacó una libreta y un lápiz de su bolso para fingir que escribía. Cada tanto levantaba la vista, como pensando, y entonces enfocaba los labios de Elsinger. Durante un rato hablaron de algo que no llegó a entender bien, pero no parecía muy interesante. Y de pronto hubo un cambio.

—Yo no estaría tan preocupado —le dijo Elsinger a su acompañante, del que Alina solo veía la nuca—. Eso no va a suceder.

Después hizo silencio mientras escuchaba al otro y volcaba un sobre de azúcar en su café.

—Sí, no hay problema. No son más que dos sordos y una nena y los tenemos bien controlados.

En ese momento sonó su celular. Cuando oyó lo que le decían, su gesto se endureció.

—¿Pero el chico no estaba muerto?

Claramente no le gustaba lo que estaba escuchando. Su boca crispada dibujaba una raya muy fina.

—No me importan los detalles. Asegúrense de que sea definitivo. ¿Me entienden?

Después de decir eso, cortó la comunicación. Alina tuvo miedo y bajó la vista. Cuando volvió a levantarla, el tipo estaba tomando un trago de café.

—Esto está frío —dijo con desagrado—. Pedime otro.

En el auto del Chueco Bermúdez hacía demasiado calor. Aunque había dejado una ventanilla ligeramente abierta, el sol daba de lleno y el interior se había vuelto sofocante. Eso —y probablemente también la cerveza que se había tomado con el almuerzo— había provocado en el Chueco una modorra que le hacía caer los párpados a cada rato, aunque él luchara por mantenerlos abiertos.

En verdad, había dejado de luchar unos segundos cuando sonó su teléfono celular. Se incorporó sobresaltado y sacó el aparato del bolsillo.

—¿Hola?

—¿Qué? ¿Dormías?

—¿Dormir? ¡No! —intentó que su tono sonara indignado mientras abría mucho los ojos—. Estoy en mi turno de vigilancia.

—Mmm. ¿Alguna novedad?

—Nada. El tipo salió a trabajar y ellas todavía no volvieron. Todo tranquilo. ¿Por allá?

—Acá todo marcha sobre ruedas. Pero vas a tener que estar muy atento por si aparece el muchacho.

—¿Por si aparece el muchacho?

—Lo tenían y se les escapó.

—¿Lo tenían y se les escapó?

—¿Vas a repetir todo lo que digo?

—No, jefe. ¿Cómo que se les escapó?

—Tuvieron algunos problemas. Lo dejaron pensando que estaba muerto, pero no aparece el cuerpo. Tal vez sobrevivió.

—¿Entonces?

—Supongo que terminarán por encontrarlo allá, pero si no lo logran, tu gente ahí tiene que hacerse cargo.

—Pero no sabemos cómo es.

—Alto, flaco, rubio. Dieciocho años.

—¿Y cómo lo voy a encontrar?

—No lo vas a encontrar, idiota. Vas a impedir que él encuentre a la chica. No se pueden ver. Y una vez que le saquen lo que tiene, se le acaba la suerte. ¿Te queda claro?

—Clarísimo. No se pueden ver.

—Bien.

—¿Jefe?

—...

—¿Jefe?

El Chueco miró la pantalla del teléfono: lo había vuelto a hacer. Se prometió que la próxima vez él iba a cortar antes.

Alina todavía se sentía un poco mareada mientras caminaba rumbo a la casa de Sofía. Las últimas frases de Elsinger la habían dejado en un estado de confusión y nerviosismo que, sumado a un café con leche que había tragado demasiado rápido, derivó en una fuerte sensación nauseosa. Para intentar tranquilizarse pensó que seguramente había leído mal sus labios, que en lugar de *muerto* habría dicho *puerto* o *tuerto*. Eso o alguna tontería por el estilo.

Cuando entró, su madre parecía contenta. Había encontrado en los cuadernos de Mirna un par de nombres concretos vinculados a Lucio: Lita Menéndez y Fernando Céspedes, leyó. Gente que él había visitado mientras estuvo ahí. Y alguien apodado "el Chino". Ese nombre parecía contener alguna clave: surgía en las anotaciones una y otra vez como la persona a quien Lucio andaba buscando y no podía encontrar.

Aunque prefirió no decirlo, a Alina la información no le pareció gran cosa. Apenas un par de nombres, seguramente gente que ya había muerto. De todas formas estaba

buscándolos en la guía cuando entró Sofía y dijo que creía conocer a Lita Menéndez.

—Creo que es la madre de una amiga. Ahora la llamo.

Pero las noticias que trajo no eran demasiado buenas.

—Mi amiga dice que efectivamente su madre conoció a Lucio: fueron al mismo colegio. Pero está enferma y perdió la memoria casi por completo. Es prácticamente imposible mantener con ella una conversación. Si igual quieren ir, nos invita ahora.

Se miraron con desánimo. Elisa dijo que en esas condiciones era mejor que ella no fuera: solo iba a complicar el diálogo. Aunque odiaba hacerse cargo del asunto, Alina tuvo que darle la razón. Pero se sentía disgustada. Harta. Quizá se vio en su cara, porque Sofía la tomó de un brazo sonriendo.

—Vamos, no es para tanto: solo es una visita. Y quizá consigamos algo bueno.

Intentó contagiarse de ese espíritu en el camino y casi lo había logrado, pero al entrar a la casa de Lita un ambiente oscuro y asfixiante se tragó su escaso buen humor. La mujer estaba sentada en una mecedora, tejiendo y balanceándose, completamente ajena a lo que pasaba a su alrededor. Su hija Marta les contó que la enfermedad la había ido aislando de a poco y ahora solo parecía concentrarse en lo que pasaba en el interior de su mente. Normalmente era incapaz de retener algo sucedido una hora antes, aunque a veces explicaba un hecho que tenía veinte o treinta años de antigüedad como si acabara de pasar.

Se acercaron tímidamente y se sentaron junto a ella. Todo parecía inútil: Lita ni siquiera registraba su presencia.

—Mamá —levantó la voz Marta—, vinieron a visitarte.

—Tres puntos para arriba y tres puntos para abajo —contestó.

Estaba tejiendo algo que parecía ser una bufanda y fijaba sus ojos oscuros en la lana, a la que cada tanto le murmuraba algunas palabras. Sofía se esforzó en mostrarse cordial: le preguntó por su salud, por el tejido, le ofreció alcanzarle algo para tomar o comer. Pero Lita no alzaba la cabeza. Entonces Alina fue directo al tema: mencionó a Lucio y el colegio San Carlos, al que ellos habían ido. Nada: era como si no existieran. Después soltó el nombre de Frederick Breuge, pero Lita tampoco se inmutó. Estaban pensando en irse cuando Alina hizo el último intento.

—¿Se acuerda del Chino?

Lita detuvo el balanceo de la silla.

—¿El Chino? ¿Va a venir?

—Puede ser. ¿Cómo es el Chino?

—Buen mozo —Lita sonrió y hubo un destello de picardía en sus ojos—. El Chino me quiere conquistar. Me trajo flores una vez.

—¿Y cómo se llama de apellido? ¿Suárez?

—¿Suárez? —Lita levantó la vista, airada—. Pero no, señorita, el Chino se llama Adolfo Martínez Arnaudo. Su padre es Raúl Alberto Martínez Arnaudo y su hermana, que es amiga mía, se llama Anita. Usted no sabe nada.

—Es que me confundí. ¿Entonces no es chino?

—Por Dios, qué ignorancia. Claro que no es chino, es un apodo. Pero su madre es japonesa. Por eso le dicen así: la gente no entiende nada. Chino, japonés, todo les parece igual. Ignorantes, eso es lo que son. ¡Ignorantes!

Después volvió al balanceo.

—Tres para arriba y tres para abajo —insistió.

Era algo, al menos algo de que agarrarse. Alina fue directo a contárselo a su madre. Esperaba encontrarla inclinada

sobre la mesa del comedor, aún revisando los cuadernos viejos. Pero no: estaba en la salita contigua, y había una mujer de espaldas hablando con ella. Cuando las oyó se dio vuelta y entonces la reconoció: era la misma que habían encontrado más temprano: Mercedes. Elisa se veía contenta.

Salí a comprar un poco de fruta y nos volvimos a encontrar. Es que esta ciudad es tan chica...

La mujer asintió.

Yo digo que el destino quería que nos viéramos. ¡Dos veces en el mismo día!

—¿Cómo hablás tan bien con señas? —preguntó Sofía después de saludarla.

—Es que mi hermana mayor también es sorda.

Volvieron a sentarse y Elisa retomó su conversación con Mercedes: le estaba contando las gestiones que debían hacer por la herencia de Lucio. A Alina le sorprendió lo bien que parecían haber congeniado. Su madre solía decir de sí misma que era muy reservada, quizá una palabra que enmascaraba el hecho de que se pasaba la mayor parte del día a solas, sin comunicarse con nadie. Pero había algo tranquilizador en Mercedes, algo que invitaba a abrirse.

—¿Te vas a quedar mucho en Salta? —le preguntó Alina.

—No, vine a hacer una visita breve. En verdad mi marido murió hace seis meses y desde entonces estuve bastante encerrada. Estábamos muy unidos... —Mercedes estiró la frase y fue evidente que estaba tratando de evitar que se le quebrara la voz— ...y me costó mucho volver a salir. Mi hermana insistió en que hiciera este viaje para distraerme un poco.

Bajó la mirada mientras se acomodaba el pelo tras la oreja con un gesto lento con el que buscaba recuperar seguridad.

—Todavía estoy demasiado emotiva —sonrió—. Pero volviendo a tu pregunta, me queda solo un día más acá,

y después voy para Buenos Aires, donde tengo que hacer unas gestiones legales. Le estaba diciendo a tu madre que si necesitan ayuda, o que la acompañe a algún lado para servir de intérprete, lo haré con gusto. Estoy acostumbrada: lo hice toda la vida, con mi hermana.

Era como si alguien le hubiese mandando un ángel de regalo, pensó Alina, agradablemente sorprendida. Una amiga intérprete. Por primera vez en su vida, otra persona se ofrecía a cumplir su función. Asintió sonriendo.

Mercedes se quedó a cenar con ellas. Sofía había dejado preparada su especialidad —unas empanadas de carne con un condimento picante que obligaba a tomar cantidades enormes de líquido— y, mientras las comían, contaron su experiencia en la casa de Lita.

—La mujer era una tumba —les explicó Sofía—, parecía que no iba a soltar palabra. Y no lo hubiera hecho si Alina no mencionaba al Chino. Entonces todo cambió: fue como si alguien la encendiera.

—Debió de ser para ella un amor de juventud —sonrió Mercedes—, uno de esos recuerdos que quedan grabados. Lo importante es que les dio un apellido, ¿no es cierto? Ahora va a ser más fácil encontrarlo.

Alina sonrió. De pronto las cosas ya no parecían ir tan mal. Cuando estaban por terminar la cena, Sofía propuso un brindis: por que la herencia llegara por fin a sus manos. En el momento en que los vasos chocaron, Alina miró a su madre y vio un destello inusual en sus ojos. Tal vez el vino y el picante tenían cierta influencia, pero le pareció que estaba contenta por primera vez en mucho tiempo.

Hicieron planes. Al otro día, antes de partir para Buenos Aires, intentarían encontrar algún Martínez Arnaudo que

quedara en la ciudad. Si no tenían éxito, Sofía podía seguir buscando en los días siguientes.

Los platos ya estaban lavados cuando Alina se asomó a la cocina a ofrecer su ayuda y Sofía le pidió que sacara la basura a la calle. Era una noche perfecta, pensó mientras avanzaba con la enorme bolsa en las manos. Una brisa fresca se había llevado el calor sofocante del día y el cielo estaba bañado de estrellas. Nunca se veía un cielo así en Buenos Aires. Cuando bajó la vista vio un muchacho medio oculto tras un árbol que la observaba. Le pareció que retrocedía sobresaltado después de que sus miradas se cruzaran. Pero tal vez era su imaginación. Se dijo que tenía que dejar de ver fantasmas en todos lados.

Le hubiera gustado saber cuánto tiempo llevaba en el hospital, pero aún no se sentía en condiciones de preguntarlo. Frederick ni siquiera podía calcular con exactitud los días pasados desde que había recuperado la conciencia, quizá porque dormía tanto que la distinción entre el día y la noche había acabado por desdibujarse.

Pensó en mencionarlo cuando entró la enfermera bulldog y dijo "buen día". Lo dijo sin mirarlo, más bien como si estuviera saludándose a sí misma, y enseguida se dedicó a ordenar sobre la mesa lo que había llevado: gasas, algodones, vendas. Frederick desistió de su pregunta antes de empezar: quizá cuando viniese Verónica. Aunque tampoco hablaba mucho con ella, había algo en la manera en que lo miraba que lograba transmitirle por momentos un cierto optimismo: una sensación de que quizá las cosas podían mejorar. Cara de bulldog, en cambio, lo desanimaba con su sola presencia. Ella le habló mientras revisaba la venda que tenía en el torso.

—Va a venir un especialista a verlo. El doctor Shilowa.

Lo dijo lentamente y en voz demasiado alta, pero no lo miró a los ojos. Él asintió con la cabeza para indicarle que

había entendido. Después señaló el televisor. A veces se comunicaba mejor así, con gestos. La mujer lo encendió sin decir palabra y salió de la habitación. Era lo único que podía hacer en esos días para distraerse: clavar los ojos en la pantalla. Le costaba concentrarse en las imágenes, pero al menos las veía pasar y de tanto en tanto las cosas cobraban sentido.

La mayor parte del tiempo que permanecía despierto estaba aletargado, ido, como si toda la lucidez que alguna vez había tenido hubiese muerto en el accidente. No sabía si se debía al efecto de los medicamentos que le daban o a la naturaleza de su lesión. Lo atendían bien, sorprendentemente bien. Frederick se preguntaba cuánto tiempo podía seguir así: él no estaba pagando por esa atención y sin duda a esa altura en la clínica habrían abandonado los intentos por encontrar a alguien de su familia. Solo esperaba poder estar un poco más fuerte cuando le dijeran que debía irse. Necesitaba sobreponerse.

En los escasos momentos en que su mente parecía centrarse en algo, los recuerdos de lo que había vivido lo aterrorizaban. La imagen del gordo clavándole el cuchillo volvía una y otra vez, aunque él hacía todo esfuerzo posible por apartarla de su mente. Sabía que en ocasiones gritaba dormido: se lo había dicho Verónica una vez que despertó desesperado y la encontró junto a él, intentando calmarlo.

—No pasa nada, estás a salvo —había susurrado.

A salvo: no sabía por qué había usado esas palabras, como si intuyera que lo rondaba el peligro. A veces le parecía que Verónica sabía sobre él más de lo que debía.

En la televisión pasaban las noticias. Lo primero parecía ser un huracán en alguna parte del mundo, probablemente en el Caribe. El volumen estaba bajo y a Frederick se le

perdía casi todo lo que decía el locutor, pero no le importaba. Alcanzaba con ver esas palmeras retorcidas por la violencia de un viento que arrastraba techos y autos para imaginar el resto. Luego vino la aburrida noticia sobre un encuentro de presidentes. Estaba buscando el control remoto para cambiar de canal cuando vio una imagen que le resultó vagamente conocida. Era una oficina quemada. Una oficina de correos. Se incorporó demasiado rápido en la cama y sintió un mareo tan violento que por un momento pensó que iba a desmayarse. Logró subir el volumen. Ahora el locutor decía algo sobre un informe oficial según el cual el fuego había sido intencional. Los bomberos habían alcanzado a salvar algunas bolsas de correspondencia, agregó, pero la mayor parte se había quemado. La cámara tomó un plano más amplio y Frederick confirmó sus temores: era el correo adonde había ido a enviar los sobres. Si alguna esperanza le quedaba terminó por desvanecerse. La estrategia tan cuidadosamente pensada por Lucio —un segundo sobre que iría a manos de un amigo en Holanda con el pedido de que lo enviara a la Argentina— había sido derrotada por las llamas. Ahora solo quedaba él.

En ese momento entró Verónica y lo que vio en su cara la asustó.

—¿Qué pasa?

Frederick le señaló la pantalla en la que aún permaneció unos segundos la imagen del correo.

—Eso. ¿Qué?

—¿Eso? —Verónica echó una ojeada al televisor y se sentó junto a él sonriendo—. Nada que tenga que preocuparte. Es un incendio que sucedió hace muchos días en un correo. Solo que ahora descubrieron que fue intencional. No te inquietes por eso. Está por venir a verte el doctor

Shilowa. Quiere hablar de tu problema para expresarte. Y de otras cosas.

—¿Cosas?

—Sí —Verónica lo miró a los ojos—. Es hora de que empieces a trabajar en tu recuperación.

Tres golpes en la puerta la interrumpieron. Sin esperar respuesta, un hombre con bata blanca y maletín en mano entró y caminó resuelto hasta la cama de Frederick.

—Me alegra encontrarte sentado y en buena compañía. Soy el doctor Shilowa.

El tipo le extendió la mano y sonrió. Tenía una cara ancha y unos dientes muy blancos que contrastaban con su piel oscura.

—Me gustaría que me contases cómo estás. ¿Hay algo que te duela?

—Duele. Sí, a veces.

Shilowa lo miraba esperando que siguiera.

—Bien. ¿Dónde?

—En la... en la... calesa.

—¿Cabeza?

—Sí.

Frederick empezó a sentirse agotado y sediento. Miró a Verónica y señaló una jarra de agua en la mesa.

—Un poco de vaso.

—¿De agua?

—Sí —asintió—, eso.

Ella le alcanzó el vaso mientras miraba de reojo al médico.

—Quisiera saber si has podido entender lo que te pasa. Creo que el neurólogo ya te habló de la afasia, aunque quizá en el primer momento no pudiste concentrarte en lo que te decía.

Frederick negó con la cabeza.

—Estás sufriendo en este momento de una dificultad para comunicarte, como consecuencia del traumatismo de cráneo. La afasia es un trastorno en la capacidad del habla que se debe a una lesión en el cerebro. Esa es la mala noticia. La buena es que en tu caso la lesión es menor y creemos que la afasia es solo transitoria: es probable que te recuperes espontáneamente.

—¿Solo?

—Sí, solo. De hecho, creo que ya te estás recuperando. Durante muchos días estuviste prácticamente mudo. Ahora estás hablando un poco. Es normal que confundas las palabras, que no encuentres el término apropiado, que repitas lo que te dicen. También es normal que no puedas recordar los nombres. Pero eso va a cambiar, Mark.

—¿Mark?

Frederick pensó que el médico lo había confundido con otro paciente. Le pareció, incluso, que el asunto tenía cierta gracia: mientras le explicaba su problema con las palabras, había cometido un error con el nombre.

—No —dijo—. Mark no.

Shilowa lo ignoró.

—Sí, Mark, tu familia llamó desde Londres. Estaban preocupados por la falta de noticias tuyas y contrataron un detective que anduvo recorriendo hospitales con tu foto hasta que te localizó aquí. Sabemos que lo has pasado mal. Tu madre nos contó que allá sufrieron un golpe muy fuerte con la pérdida de tu hermano en esas circunstancias tan... difíciles, y que luego decidiste viajar para cambiar de aires. Aquí tuviste un accidente, aunque aún no supimos bien las circunstancias. Ella ya está bastante recuperada y va a viajar la próxima semana, o quizá la

otra, a buscarte. Ya mandaron dinero, que permitió darte la mejor atención.

—¿Madre?

—Sí, tu madre va a venir pronto, Mark.

Frederick pensó que debía explicar la confusión, pero se sentía enormemente cansado. Él no tenía madre. Cerró los ojos y, por un instante, una idea lo golpeó como un latigazo. ¿Y si no era una confusión? ¿Y si en verdad él era un inglés llamado Mark que se había vuelto loco y creado otra personalidad? Cuando volvió a abrir los ojos vio que el médico y Verónica lo miraban con aire preocupado.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—Estoy muy... asado.

—¿Cansado? —tradujo el médico.

—Sí, cansado.

—Te dejamos descansar, entonces.

La puerta se cerró detrás de ellos. Frederick intentó por un momento ponerse en la piel de Mark. Pensó en Londres, en una madre, en un hermano muerto. Nada: ni una sola imagen en su cabeza. De pronto sintió que todo eso no tenía el más mínimo sentido. Él no era Mark, y en alguna parte estaba su hermana, la pelirroja, esperándolo. Y también lo esperaba la misión que le habían encomendado. Pensó en las botas: aún no sabía dónde estaban. Se levantó con dificultad. Ya había dado unos pasos fuera de la cama el día anterior y, aunque se tambaleaba y por momentos se sentía mareado, había logrado desplazarse. Ahora caminó lentamente hacia el armario y lo abrió. Estaban en el fondo. Sacó la izquierda y extrajo la plantilla. Los papeles seguían ahí, junto con la tarjeta del banco. Suspiró. No todo estaba perdido. Tenía que pensar pronto cómo salir del hospital.

Mercedes viajó con ellas. En el último momento, Elisa la había invitado a pasar en su casa los días que se quedara en Buenos Aires. No fue una noticia que hiciera feliz a Alina: casi no se conocían y anticipaba que su presencia en la casa podía ser incómoda. Al mismo tiempo, la mujer no hacía más que ofrecer ayuda y de eso, se dijo a modo de consuelo, tenía que salir alguna ventaja.

Para escapar a esa sensación de incomodidad, apenas llegaron huyó a casa de Paula. Le urgía contarle lo que venía callando: la inquietante sensación de que Elsinger los estaba haciendo vigilar. También que había visto en sus labios la palabra *muerte*. Quizá un asesinato. Paula la miró con pavor y reproche.

—¿Te sentaste frente a él para leer sus labios?

Alina se encogió de hombros mientras se dejaba caer en la cama. Sabía que había sido un riesgo, pero estaba segura de que el propio Elsinger no se iba a exponer personalmente haciendo algo contra ella. Le daba, en cambio, mucho más miedo la sensación de que había gente espiándola. Gente en las tinieblas que los observaba. Pensaba en Rosa y Luis, pero

también en el chico de la gorra y en ese hombre con un mechón blanco que había visto por su ventana. Paula asintió.

—Vi algo cuando no estabas.

—¿Qué?

—Me había dejado el libro de Matemática en tu casa y crucé a pedírselo a tu padre. Entonces me encontré con Luis: había abierto el buzón y estaba revisando la correspondencia.

—¿Luis tenía la llave? —Alina se echó hacia atrás, abatida—. Es decir que pueden robarnos los papeles si llegan. Tal vez ya los robaron.

—No al menos ese día: cerró sin sacar nada.

Alina pensó que tenía que ser más rápida que ellos cada día para abrir y revisar el buzón. No iba a ser fácil.

—¿Y qué hay con el Chino ese?

—Hoy voy a empezar a buscarlo. Tiene que aparecer: es el único camino posible.

Antes de salir de Salta habían obtenido, a través de una larga serie de llamados hechos por Sofía, el número en Buenos Aires de Ana Rodríguez Arnaudo, que al parecer era la hermana del Chino. Esa misma noche Alina lo marcó, pero se encontró con un contestador automático. Dejó un mensaje dirigido al Chino y su número de teléfono. Cuando cortó, otra vez se sentía desanimada. Deseó más que nada abandonar todo el asunto y dedicarse a alguna actividad normal. Escuchar música, quizás. O hasta estudiar. Cualquier cosa menos seguir investigando el paradero de un testamento que probablemente no fuera más que el delirio de un hombre enfermo. Durante unos minutos consideró seriamente la posibilidad de anunciarles a sus padres esa misma noche que ya no lo haría, que siguieran ellos

si verdaderamente querían encontrarlo. Pero aun mientras pensaba la forma en que lo diría, aun cuando imaginaba la escena, la irritación en la cara de su padre y los intentos de su madre por componer la situación, sabía que en verdad no lo haría. No iba a hacer nada de eso.

Otro llamado mejoró levemente su estado de ánimo al día siguiente. A través de la amiga de una amiga, Sofía había logrado dar con Fernando Céspedes, uno de los nombres mencionados por Mirna en su diario, que le había explicado algunas cosas muy interesantes. Por ejemplo, que aquella vez que tomaron un café, Lucio le contó que estaba peleado a muerte con Elsinger. Una pelea feroz y definitiva. Por eso a Céspedes le parecía imposible que lo hubiera designado su heredero. Ni en un millón de años, había dicho.

El otro dato interesante era el nombre de una mujer, Sara Olaguer, que vivía en Buenos Aires y se había seguido carteando con Lucio durante mucho tiempo.

—No solo tengo el nombre sino el teléfono —dijo Sofía; y aunque no podía verla, Alina supo que sonreía.

Apenas cortó marcó el número de la mujer, se presentó y le preguntó si podía ir a verla para conversar sobre Lucio. Le pareció que Sara Olaguer no entendía de qué le hablaba.

—¿Lucio? —preguntó con una voz frágil.

Otra más que perdió la memoria, se dijo Alina, y el desaliento volvió a invadirla. Pero Sara solo necesitaba un tiempo para reaccionar. Enseguida dijo que no había problemas: podían verse al día siguiente. Sería a las cinco, en su casa y con galletitas caseras de limón. Eran su especialidad, agregó.

A veces Alina pensaba en Frederick. En esas horas vacías de la noche, cuando no podía dormir, se le ocurría que

lo habían matado. Que se había quedado solo e indefenso y había sido una presa fácil. La muerte que había visto en los labios de Elsinger. Por algún motivo que ella misma no tenía claro, se echaba la culpa. Si hubieran leído la carta antes, si ella no la hubiera dejado sepultada bajo los papeles, quizá los hubiesen localizado por teléfono y entonces... No sabía entonces qué podía haber pasado, pero la idea la atormentaba. Por las mañanas, en cambio, se decía que todo eso era una tontería. Lo más probable era que Frederick hubiese preferido ir a otro sitio. Quizá todo lo que Lucio había dicho sobre su seguridad y la necesidad de salir del país no le importaba en lo más mínimo; quizá odiaba la idea de pasar una temporada con ellos en la Argentina. Y al mismo tiempo que se decía ese tipo de cosas, Alina estaba constantemente esperando que llamara o apareciera. Cada vez que sonaba el teléfono o el timbre pensaba que tal vez era él. Por eso el corazón se le agitó esa tarde, cuando al levantar el teléfono oyó una desconocida voz masculina.

—¿Alina?

Pero no parecía un chico. Era una voz gruesa y cálida, como de locutor de radio.

—Sí, soy yo, ¿quién habla?

—El Chino.

En un primer momento no supo qué decir. Las palabras se le atropellaban en la boca mientras intentaba darle un orden comprensible a la historia.

—Yo lo llamé porque... Soy sobrina nieta de Lucio. Él... murió y hay una cuestión con la herencia que...

—Sé todo eso.

—¿Lo sabe?

—Sí. ¿El testamento no llegó?

—No. ¿Usted...?

—Estoy trabajando en eso. Es extraño que no lo hayan recibido, aunque los papeles todavía pueden llegar. Ustedes sigan con lo que están haciendo.

—Necesito verlo. Que me explique...

—Ya te voy a avisar cuando podamos vernos.

—¿Por qué?

—Es peligroso. Voy a volver a llamarte.

Enseguida cortó. Alina se quedó mirando el auricular, mientras en su interior crecían unas ganas locas de gritar y de estrellar el teléfono contra la pared. Después de tanto buscar al Chino, ahora sabía que era la persona adecuada, pero acababa de perderlo. Quizá definitivamente.

23

Debía de tener algo más de sesenta años y no respondía a la imagen que Alina se había hecho de ella en el teléfono. Sara era cortés, extremadamente delgada y se había vestido con un esmero evidente para recibirlas. Las hizo pasar a un salón recargado de muebles clásicos, les sirvió un té con las prometidas galletitas de limón y, recién pasada una media hora, dio rienda suelta a su locuacidad.

Había sido muy amiga de Lucio cuando tenían 15 o 16 años: una de esas amistades siempre en el límite de convertirse en algo más. Pero el algo más no había llegado. Sus caminos se bifurcaron cuando terminaron el secundario. Sara se mudó a Buenos Aires con su familia y Lucio empezó a viajar. Durante años recibió algunas cartas que parecían surgidas más de un impulso que de un verdadero deseo de mantener la relación. Cuando ella le contestaba, esperando poder establecer una continuidad en ese contacto, él volvía a desaparecer por uno o dos años. Y finalmente una sorpresa: un día Lucio tocó el timbre de su casa. Fue durante la escala en Buenos Aires que hizo camino a Salta. Era otro, dijo Sara.

—¿Otro? ¿En qué sentido?

—Endurecido. Sudáfrica lo había cambiado.

En ese viaje Lucio le contó que la relación con Elsinger se había arruinado tanto que ya no había vuelta atrás posible. Habían sido socios, amigos y hasta habían hecho testamentos a nombre del otro, pero después Marcos había caído cada vez más bajo. Era un tipo peligroso, según Lucio.

—¿Testamentos? —Alina la interrumpió—. Entonces era cierto.

—Creo que la idea surgió porque el ambiente en el que se movían era muy denso. Como ninguno de los dos estaba casado ni tenía hijos, decidieron cederse mutuamente sus bienes, de modo tal que si uno moría el otro no perdía mitad de la empresa que habían formado. Pero Lucio dijo que había iniciado los trámites ante un escribano para que anulara ese testamento.

—¿Y lo logró?

—Eso no lo supe. Siempre decía que me iba a escribir o a llamar, pero después desaparecía.

Antes de irse a Salta, Lucio le prometió a Sara que esta vez sí mantendría el contacto. Pensaba instalarse un tiempo en la provincia, le contó; ya habría muchas oportunidades para visitarla. Pero no cumplió: pasaron muchos años más hasta que recibió otra carta. La última.

—Es esta —Sara les extendió un sobre—. Las dejo para que las lean tranquilas mientras preparo más té.

La primera parte era, básicamente, una disculpa por el tiempo transcurrido sin enviar siquiera unas líneas. Lucio explicaba que había tenido que volver a Sudáfrica antes de lo esperado y que las cosas se le habían puesto verdaderamente difíciles.

“No quisiera aburrirte con la descripción de mis penurias —decía—, pero los problemas de los que te hablé terminaron de salirse de cauce completamente. Ya no hay límites para lo que puedo esperar de Elsinger, creo que es capaz de cualquier cosa. Por suerte, mi abogado dijo que el primer testamento ya está cancelado. Pronto haré otro, para dejar mis bienes a familiares y amigos. También me gustaría viajar otra vez a la Argentina. No quiero morir sin hablar con mi hermano y mi sobrina e intentar enmendar algunos errores.

“Es un golpe pensar a esta edad que uno se equivocó en todo. Y, sin embargo, así es mi vida, Sara: un error tras otro. Me alejé de mi familia y mis amigos, me asocié con un cretino y por culpa de él perdí a la única mujer de la que estuve enamorado. Lo único positivo que me quedó fue la relación con un chico, hijo de una amiga fallecida, al que quiero como a un hijo. Quizá pronto pueda viajar con él. Me gustaría mostrarle mi país”.

—Pero al final nunca vino —dijo Sara con una mueca mientras apoyaba la bandeja con las tazas—. No supe más de él hasta que me enteré de su muerte, hace unos pocos días.

Alina se había quedado con la vista fija en la carta.

—¿Podríamos llevarla? —dijo finalmente—. Creo que puede ser importante.

Sara pareció dudar, pero al fin asintió.

—Ya no va a servirme para nada, ¿no es cierto?

Finalmente tenían algo: eso le dijo Alina a Elisa cuando salieron de casa de Sara. La carta que llevaban consigo probablemente serviría para mostrar que Lucio no quería a Elsinger como heredero. Elisa asintió distraída

mientras miraba su celular, que acaba de vibrar con un mensaje. Era Mercedes y preguntaba cómo había sido la cita. "Conseguimos algo —escribió Elisa—. Vamos para allá". Pero aun así, no parecía sentirse contenta, sino rara. Desconcertada.

Es que cuanta más información tenía de Lucio, dijo mientras subían al colectivo, se daba cuenta de lo poco que lo había conocido. Ni siquiera su padre lo había hecho. Lucio había sido un perfecto extraño para toda su familia. Era raro descubrirlo así, después de muerto.

Seguían discutiéndolo cuando bajaron, mientras caminaban hacia la casa, y tal vez por eso, porque estaban tan enfrascadas en la conversación, fue que no advirtieron a tiempo al muchacho que venía corriendo y pasó junto a ellas empujándolas, hasta que Elisa sintió el tirón en el hombro y vio cómo su cartera salía desprendida y volaba.

La violencia de la sacudida la tiró al piso y fue Alina la que gritó: "¡Nos robaron!". Entonces la gente se dio vuelta y al ver al tipo que huía con la cartera hubo más gritos, y un hombre de camisa blanca salió corriendo tras él.

El revuelo siguió aumentando a medida que más gente se detenía para ver qué había pasado. Junto a una vecina que corrió hacia ellas, Alina ayudó a levantarse a su madre, que parecía haberse torcido un pie. Pero no era eso lo que le había dado a su cara esa expresión de pesar. Alina se dio cuenta cuando Elisa le apretó el brazo y sus manos lo dibujaron.

La carta.

Supo entonces que lo que habían perdido era mucho más que una cartera. Intentaba consolar a su madre cuando la vecina la tocó.

—Mirá.

Lo que vio entonces la dejó sin habla. El hombre que había perseguido al ladrón acababa de alcanzarlo, lo tomó desde atrás por un brazo, lo hizo girar y de un violento rechazo lo tiró al suelo.

—Fue un golpe duro —le diría después Alina a Paula—. Tuvo que dolerle mucho.

La cartera había caído lejos del ladrón y cuando su perseguidor se agachó a recogerla, el muchacho aprovechó para levantarse y huir. Ya nadie lo siguió. Lentamente, el hombre de la camisa blanca volvió sobre sus pasos y cuando llegó hasta ellas le extendió la cartera a Elisa.

—Señora.

—Gracias, muchas gracias —dijo Elisa con voz entrecortada mientras la tomaba en sus manos. La cartera estaba abierta. Cuando miró adentro vio que estaba su billetera, sus llaves, sus documentos. Pero no la carta.

—¿Falta algo? —preguntó el hombre al ver su expresión.

Elisa miró a Alina y ella contestó.

—Una carta. Solo una carta.

El tipo hizo una mueca de pesar. Después esbozó un breve saludo, dio media vuelta y se fue caminando rápido, como si hubiera recordado súbitamente que estaba apurado.

—¡Señor! —gritó Alina—. ¡Gracias!

Pero él apenas giró la cabeza y levantó la mano como despedida. El gesto alcanzó para que Alina advirtiera algo que la dejó helada. Algo que antes se le había pasado por alto: un mechón blanco en el lado izquierdo de su cabeza.

Frederick se despertó con el crujido de la puerta. El ruido de un carrito deslizándose le anunció que le traían el desayuno.

—Buen día, Mark —saludó la voz cantarina de una de las empleadas.

—Día —murmuró, aún somnoliento.

La chica abrió las cortinas para que entrara la luz y apoyó una bandeja en la mesa rodante que acercó hasta dejarla a su lado.

—Creo que vas a estar contento —dijo—. El doctor amplió tu menú: hay tostadas, mermelada, queso blanco, té y una ensalada de frutas.

—Mmm —Frederick sonrió mientras se incorporaba—. Bien.

Eso parecía ser una buena noticia. En los últimos días, había experimentado, junto a la evidente mejoría en su salud, un feroz aumento de su apetito: se sentía capaz de comerse un jabalí.

—¿Hay algo que necesites?

—No... —Frederick vaciló, como buscando las palabras.

—Annie —lo ayudó la chica—, mi nombre es Annie. El doctor dijo que te recordemos los nombres.

—Gracias, Annie.

Esperó a que la puerta se cerrara tras ella y mientras untaba la tostada dijo en voz baja:

—El desayuno está excelente. Me encantan las *costadas*... no... bueno, como sea, y la ensalada de frutas, pero no estaría nada mal si hubiera también unos bombones de... de... chocolate. Muchas gracias, Annie.

Necesitaba practicar. No solo había vuelto su apetito en los últimos días: también se estaba produciendo, tal como anticipara el médico, una recuperación espontánea de su capacidad para hablar. Pero había llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ocultarlo.

Frederick estaba decidido a ser Mark mientras pudiera. Porque, tras meditarlo bastante, veía claramente que Mark estaba en una situación mucho mejor que la suya. Para empezar, no debía ocultarse. Tampoco tenía que preocuparse por nada: su madre había pagado una atención de primera categoría y todas sus necesidades eran satisfechas. En verdad, uno de los médicos le había insinuado que por su estado ya le habrían dado el alta si tuviera una casa adonde ir, pero en atención a su situación familiar le permitían quedarse hasta que vinieran a buscarlo. Entonces le convenía seguir siendo Mark y callarse la boca, porque si hablaba demasiado podían descubrir que en verdad no lo era.

Por algún motivo que no le habían dicho, su madre —es decir, la madre de Mark— había retrasado algunos días su viaje. Ese golpe de suerte le había dado un poco más de tiempo para recuperarse. Pero sabía que no le quedaba

mucho: tenía que pensar cómo salir de ahí sin llamar la atención.

Era obvio que las cosas no eran sencillas. En los recorridos que había hecho por el hospital, mientras lo llevaban de un servicio al otro para realizarle estudios, había considerado posibles vías de escape. El problema era que ya todo el mundo lo conocía y la caminata que tenía que hacer desde su habitación hasta la puerta iba a llamar demasiado la atención. Más aún teniendo en cuenta que debía vestirse o al menos llevar en algún lado su ropa. Otra opción era hacerlo por la noche: en ese caso, tenía buenas posibilidades de llegar hasta la puerta sin que lo vieran; pero ahí estaba el problema: la puerta se mantenía cerrada por las noches y había un guardia de seguridad que de ninguna forma lo iba a dejar salir sin autorización. Tenía que conseguir alguna ayuda interna; de lo contrario, parecía imposible.

En eso pensaba cuando entró Verónica, preparada para cambiarle el vendaje de la pierna.

—Hola, Mark.

—Hola.

Se acercó y le pasó una mano por la frente.

—Qué ceño fruncido. ¿Estás preocupado?

—No —sonrió—, estoy bien.

Ella tomó su pierna delicadamente y empezó a sacar las vendas.

—Tengo una noticia que te va a alegrar.

—¿Sí?

—Hoy llamó tu madre. Ya tiene el pasaje: llega en dos días.

—¿Dos días? —Frederick intentó que su cara reflejara alegría, pero por la forma en que lo miró Verónica se dio cuenta de que no lo había logrado.

—¿No estás contento?

—Sí, claro —ahora estaba consiguiendo sonreír más ampliamente—. Muy *contento*. Contento.

Verónica limpió con cuidado la herida.

—Las cosas han sido difíciles para ella, Mark. Me imagino que estás enojado por el retraso.

—¿Enojado? No.

Ella hizo caso omiso a su respuesta.

—Hay que pensar que después de lo que pasó con tu hermano, quiero decir, el accidente aéreo, no le resulta nada fácil subirse a un avión. Pero finalmente tomó fuerzas y sacó el pasaje.

—Está bien.

—Viene con su hermana. Es decir, tu tía —Verónica terminó de colocar el vendaje nuevo y lo miró.

—Mi tía, sí.

—Cathy, creo que me dijo.

—Sí, Cathy. Qué bueno.

Le pareció que Verónica tenía una expresión extraña mientras volvía a extender las sábanas sobre su cuerpo.

—Estarás ansioso por volver a casa, ¿no?

Frederick sonrió.

—Sí, mucho.

—Me comentó tu madre que viven en el área de Kensington. Lindo lugar.

—Sí. Kensi... Kens... eso, es muy lindo.

Verónica se puso a ordenar los elementos que había usado con un raro frenesí. Ahora sí, Frederick estaba seguro de que se veía extraña. Como enojada. De pronto levantó la cabeza y lo miró, muy seria.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Nombre? ¿Qué? Es Mark.

—Yo creo que no. Creo que me estás engañando. Para empezar, por muy poco que hables, tu acento no es británico. Y además, acabo de inventar el nombre de tu tía y lo de Kensington. Dijiste a todo que sí. Entonces: ¿vas a decirme de una vez la verdad?

Frederick sintió que se quedaba sin aire. Tenía que pensar algo para decir, pero no se le ocurría nada.

—Estoy... confundido.

—No, no creo. Creo que estás diciendo mentiras. ¿Por casualidad tu nombre no será Frederick?

Fue como si le pegaran una trompada en el centro de la cara. Se tiró hacia atrás, incapaz de reacción alguna. Verónica lo observaba cruzada de brazos.

—Ahá. Veo que sí.

—No, no... ¿Cómo? ¿Dónde...?

—¿Cómo lo sé? Esta mañana vinieron dos hombres y preguntaron en la recepción si habíamos recibido aquí a la víctima de un accidente: querían saber si se había muerto. Frederick Breuge, dijeron. Yo casualmente estaba ahí y pude escuchar. Jenny les respondió que no, que no teníamos a nadie con ese nombre. Por supuesto, estás registrado como Mark Harris. Pero los tipos hicieron una descripción. Te calzaba perfecto: yo no lo hubiera hecho mejor. Y te aclaro que no se fueron nada convencidos.

Frederick tomó una bocanada de aire y se dijo que tenía que pensar algo rápido. Dos hombres: eso parecía significar peligro. Decidió que no tenía sentido seguir discutiendo sobre su identidad.

—¿Cómo eran?

—Uno era muy gordo, con pelo oscuro y un lunar grande aquí —Verónica se señaló la mejilla izquierda—. El otro era más bajo y rubio.

Asintió. Eran ellos. Lo estaban buscando.

—¿Entonces? ¿No me vas a decir nada, Mark? Digo, Frederick.

Fred se incorporó en la cama y tomó una mano de ella.

—Verónica, necesito que me... yudo... ayudes. A escapar.

—¿¿Qué?? —ella soltó su mano con fuerza. Tenía la mirada encendida—. ¿Que te ayude a escapar? ¡Lo que me faltaba oír! Nos estuviste engañando todo este tiempo y ahora... No, Frederick, no puedo ayudarte. Y tengo que informar de esto: hay que avisar urgentemente a la pobre madre de Mark que su hijo no está aquí. Que fue un error.

—Por favor —volvió a atrapar su mano con fuerza—. Verónica, estás enojada, ya sé... pero estoy en... en... peligro. Me pueden matar. Te pido un día: solo un día.

—Veo que estás hablando mucho mejor. ¿Era todo una farsa?

—¡No! No, la afasia fue real... pero estoy... mejor de lo que nuestro.

—Ya veo.

—Por favor... un día.

Verónica miró al suelo durante unos segundos.

—Está bien. Pero solo un día. Mañana se va a saber todo.

Elisa se apoyó sobre los hombros de Alina para caminar hasta la casa. El tobillo le dolía mucho y cada paso, dijo con una voz apenas audible, ya que no podía usar sus manos, era como si le clavaran una aguja. En la puerta se encontraron con Mercedes, que, inquieta por la tardanza, había salido en su busca. Su cara se transformó al verlas.

—¿Qué pasó?

Se lo contaron mientras subían por el ascensor, Elisa mordiéndose los labios porque el dolor no hacía más que crecer. Cuando estaba describiendo el momento de la devolución de la cartera, Alina pensó en un detalle que hasta entonces no había considerado: si estaba abierta cuando el hombre de la camisa blanca la recogió del suelo, eso podía significar que la carta simplemente se había caído, que había volado mientras el ladrón corría con ella.

— Voy a salir a buscarla —dijo cuando su madre ya había tomado unos analgésicos y se había acomodado en el sillón con el pie en alto.

Antes de empezar, le tocó el timbre a Paula y le pidió que bajara a ayudarla. Pretendía que revisaran palmo a palmo la calle: que no se les escapara ni un papel, ni una

pluma, ni un chicle pegoteado. Mientras caminaban con la vista en el suelo, le contó lo que había sucedido.

—¿Entonces? ¿Fue un ladrón cualquiera o era alguien que quería la carta?

—Quisiera pensar que solamente era un ladrón que vio la oportunidad —dijo Alina mientras levantaba por octava vez un papel del suelo para constatar que no era más que una publicidad—, pero cada minuto que pasa me parece más improbable.

—¿Y si se la quedó el otro?

—¿Quién?

—El que lo persiguió.

Esa posibilidad era aún más inquietante. Alina se apoyó un momento en la puerta de la farmacia mientras lo consideraba: si el tipo del mechón blanco era efectivamente el mismo que había visto rondando su casa, entonces las cosas cobraban sentido. Las había estado siguiendo y, al presenciar el robo, aprovechó para apoderarse de la carta.

—Horrible —dijo Paula al oír su razonamiento—. Mejor sigamos buscando.

Pero aunque terminaron de inspeccionar la calle completa e incluso dos cestos de basura llenos, en los que Alina metió sus manos con cara de asco, convencida de que alguien podía haber levantado la carta para luego tirarla ahí, no tuvieron suerte: no había rastros de ella.

Cuando entraron en su casa, Alina notó que Elisa se veía peor que antes. Mucho peor. El tobillo se le había hinchado casi hasta duplicar su tamaño y, aunque apretaba contra él una bolsa de hielo, en su cara era evidente que le dolía más de lo que quería admitir.

—Creo que tiene que ir al hospital y sacarse radiografías —dijo Mercedes—, quizá esté fracturado.

Alina asintió y dijo que se iba a preparar para salir, pero su madre la frenó.

Vos tenés que estudiar. Esta vez me acompaña Mercedes.

Alina negó enérgicamente con su mano.

No. Puedo estudiar después, voy con vos.

Pero ante la insistencia de Mercedes terminó por aceptar. Pidió un taxi por teléfono y luego se quedó observando por la ventana cómo subían: su madre saltando en un pie y apoyándose en la espalda de Mercedes. Paula la miró burlona. Siempre se quejaba porque debía ser la voz de sus padres, le dijo, pero una vez que alguien le ofrecía hacerlo, no quería aceptar.

Alina admitió que era así. Le costaba dejar a su madre sola cuando las cosas se complicaban: se sentía como si la estuviera abandonando en medio de una selva donde no había más que leones.

El teléfono sonó cuando Elisa y Mercedes aún no habían vuelto. Alina imaginó que serían ellas, pero la sorprendió una voz masculina vagamente conocida.

—¿Alina?

—Sí, ¿quién es?

—El Chino —se lo oía lejano, pero seguía siendo la misma voz gruesa y envolvente—. Ahora sí tenemos que vernos porque tengo algo que puede servirles. Pero tiene que ser con mis condiciones.

—¿Y cuáles son sus condiciones?

—Que sea en el lugar que yo establezca. Y que vengas sola.

Alina empezó a pensar que el asunto no le gustaba ni medio y por un momento tuvo ganas de decir que no. Pero no pudo: sabía que dejar escapar al único que parecía

entender algo de esa historia era como renunciar para siempre al testamento de Lucio.

—¿Y cuál sería ese lugar?

—Imagino que conocés el Teatro Colón.

—Claro que sí. Todo el mundo lo conoce.

—Bueno, vas a hacer una visita guiada mañana. Suele estar lleno de turistas, de modo que conviene que reserves la entrada por teléfono: en la visita de las tres de la tarde, en español.

—¿Y por qué se supone que quiero visitar el Colón?

—Porque allí es donde nos vamos a ver. No me busques. Solo tenés que participar normalmente de la visita. Yo te voy a encontrar. Y no te olvides: sola.

Cortó sin dejarle agregar nada.

—¿Quién era? —preguntó Paula.

—¿Te parece que algo muy malo puede pasarme dentro del Teatro Colón?

—¿Qué?

—Ahí voy a ver al Chino. En verdad, él va a verme a mí, porque ahora que lo pienso no tengo idea de cómo es.

Paula escuchó los detalles de la cita y dijo que de ninguna manera podía ir sola: ella la iba a acompañar. Le gustara o no al Chino. Alina sacudió la cabeza.

—No entendés: si él ve que estoy con alguien no se me va a acercar.

—No tiene por qué saberlo. Yo voy a estar ahí como una visitante más: nadie se va a dar cuenta de que nos conocemos. Pero no pienso perderte el rastro.

No estaba mal, se dijo Alina, así al menos habría un par de ojos mirándola si algo desagradable pasaba. Buscó el teléfono del teatro y las dos reservaron entradas para el día siguiente. Y luego decidieron abandonar el libro de

Geografía, porque las cadenas montañosas americanas a esa altura de las cosas se les hacían más lejanas que la mismísima Luna.

26

Apenas Verónica dejó la habitación, Frederick se puso de pie y abrió el armario. Allí estaba su pantalón negro, sucio pero aún usable. No podría, en cambio, ponerse la camisa, que estaba rota y manchada de sangre. Tendría que pensar en algo para reemplazarla. El impermeable femenino que le había dado Fiona estaba intacto, pero no parecía muy apropiado. Lo fundamental eran las botas. Volvió a levantar las plantillas y confirmó que los papeles y la tarjeta estaban en su lugar. Después revisó los bolsillos del pantalón: solo había un pañuelo, el *ticket* de alguna compra y un poco de dinero: contó doscientos cuarenta rands con cincuenta centavos.

Tenía que intentar escaparse esa misma noche. Sabía el momento preciso: un par de horas después de que servían la cena, la clínica se quietaba. A esas alturas ya habían retirado las bandejas de todas las habitaciones, no quedaban visitas, ni médicos haciendo rondas, y el personal de la noche aprovechaba para cenar. El problema era el guardia de la puerta. Parado frente al armario, Frederick pensó posibles estrategias: tratar de convencerlo de que lo dejara salir por las buenas o quizá ofrecerle todo su dinero. Pero

lo sabía: era improbable que aceptara. Más bien las cosas podían terminar a gritos, y eso era lo que tenía que evitar. Necesitaba buscar alguna otra salida. Tal vez una ventana sin rejas o una puerta de emergencias. Fuera como fuere, sería esa noche: al día siguiente podía ser muy tarde.

Volvió a la cama y tomó una revista, pero era incapaz de concentrarse. Encendió el televisor y dejó que sus ojos vagaran por las imágenes de una película sin llegar a entender nunca de qué se trataba. Estaba cambiando de canal cuando se abrió la puerta. Era Verónica. Traía un paquete en sus manos y una cara muy seria. Demasiado seria, pensó Frederick: probablemente había vuelto a considerar todo el asunto e iba a delatarlo de inmediato. Estaba perdido. Se sintió mareado y apoyó la espalda contra la almohada.

—Está bien.

Ella lo dijo con una voz suave y a la vez firme.

—¿Está bien qué?

—Voy a ayudarte.

Frederick alzó las cejas y esperó algo más, algún motivo que explicara un cambio tan súbito, pero Verónica no parecía dispuesta a entrar en detalles.

—No me mires así —sonrió a medias, visiblemente nerviosa—, a ver si me arrepiento. Voy a ayudarte, pero quiero que sepas que esto es muy peligroso: si se sabe, pierdo mi trabajo. Pensé un plan y vas a tener que seguirlo sin discusión.

Frederick asintió.

—Lo que digas.

Verónica dejó caer sobre la cama el paquete que traía: era una casaca y un pantalón de tela verde, como el que usaban habitualmente los camilleros.

—Lo vamos a hacer esta tarde, antes de que sirvan la cena.

—A esa hora... hay mucha gente...

—No tanta. Y tiene que ser un poco antes de que termine mi turno: no podría justificar quedarme. Vas a ponerte este uniforme y encima tu bata azul. Yo voy a venir a buscarte para hacer ejercicio. No tiene por qué sorprender a nadie: el médico dijo ayer que es importante que camines dos o tres veces por día, siempre con alguien que te cuide. Te voy a mostrar lo que vamos a hacer.

Tomó un lápiz y un papel y trazó rápidamente un plano.

—Vamos a caminar por este pasillo hasta el fondo. Aquí está la puerta de Radiología, creo que ya estuviste ahí. Muy cerca hay un baño que casi nadie usa. Y un poco más allá hay una puerta que dice "Solo personal autorizado". Ahora necesito que prestes mucha atención: vamos a caminar juntos hasta ahí, y cuando estemos frente a la puerta de Radiología vas a necesitar ir al baño. Urgentemente.

—Y voy a usar ese baño. No puedo esperar.

—Exacto. Yo te voy a dejar entrar. En ese momento voy a recordar que dejé algo olvidado en Enfermería; aprovecho para buscarlo y te advierto que me esperes ahí. En el baño vas a sacarte la bata, ocultarla y te vas a poner esto —Verónica sacó de su bolsillo una credencial como las que usaban los camilleros—. Una vez listo, tendrás que salir del baño y caminar hasta la puerta que dice "Solo personal autorizado". Son apenas unos diez pasos, pero creo que ese es el momento más peligroso: corremos el riesgo de que alguien te reconozca.

—No, no va a pasar.

—Eso espero. Conviene que vayas con la cabeza baja y muy apurado. Y que disimules las dificultades con tu pierna. Al trasponer esa puerta vas a encontrarte con un pasillo que desemboca en un garaje: allí es donde descargan todo lo

que se usa en la clínica: comida, medicamentos, instrumental. Tal vez haya alguien trasladando cosas, pero no creo que te presten atención. Vas a caminar directamente hacia una pequeña puerta, a la derecha del portón principal por donde entran los autos. Hasta las siete se mantiene sin llave.

—¿Salgo directo... a la... a la...?

—A la calle, sí. Conviene que vayas hacia la izquierda, sin mirar a nadie y rápido. A unos ciento cincuenta metros está la avenida. Por ahí pasan taxis y autobuses. Una vez que estés a salvo, quiero que me llames a mi teléfono celular. Aquí te lo anoto.

—¿Y acá? ¿Qué va a pasar?

—Después de volver de Enfermería, voy a esperar un poco más frente a la puerta del baño. Al rato voy a golpear fuerte, llamándote por tu nombre. Como no habrá respuesta, voy a entrar. Recién entonces me voy a dar cuenta de que no estás e iré a la habitación, para ver si volviste allí. Voy a recorrer la clínica buscándote hasta concluir que escapaste. Solo en ese momento daré la voz de alarma. Habrá pasado más de media hora: a esa altura confío en que estés lejos.

Frederick asintió.

—Está muy bien pensando. Verónica... no sé cómo...
aga...

—¿Agradecer? Mejor no digas nada. Algo más: si te atrapan, yo no tuve nada que ver. El uniforme y la credencial los sacaste de un armario en el pasillo que alguien olvidó cerrar.

—Claro.

—¿Qué vas a hacer después?

—Todavía no sé. Tengo que irme. Del país. Pero... quiero... que sepas... no hice nada malo.

—Te creo. Pero no me cuentes ahora. Cuando me llames, podemos ponernos de acuerdo para encontrarnos más

tarde. Todavía no estás del todo bien y vas a necesitar ayuda. Quizá pueda conseguir algunos de los medicamentos para que sigas tomándolos. Y ahora me voy.

Ocultó el uniforme de camillero en el armario y se guardó en el bolsillo el papel que había usado para hacer el plano.

—Entonces, paso a buscarte a las seis y media. Quiero que estés listo. Y tranquilo.

Cuando Verónica salió, Frederick volvió a recostarse y cerró los ojos. Repasó punto por punto el plan en su cabeza. Todo parecía razonable, no tenía por qué fracasar. Y, sin embargo, había algo que le molestaba. Tal vez estaba *demasiado* bien planeado. Y Verónica había cambiado de parecer tan rápidamente... Era extraño. Quiso sacarse esa idea de la cabeza. Era horrible pensarlo: ella era la persona que mejor lo había tratado durante su estadía en la clínica. Era amable, dulce, linda... Sin embargo, la sospecha crecía. ¿Y si la habían comprado? ¿Si alguien había armado un plan perfecto para que Verónica lo entregara esa tarde? Difícil imaginarse mejor situación para ellos: sabrían exactamente en qué momento él iba a salir por la puerta del garaje. Lo tendrían en sus manos.

Empezó a sentirse descompuesto. Tenía que pensar rápido. ¿Qué hacer? En verdad, el plan era bueno. Si solo pudiera llevarlo adelante antes, tal vez los tipos no estuvieran esperando. Por qué no, se dijo, por qué no hacerlo en ese mismo momento. La única dificultad residía en llegar hasta la puerta del garaje solo y sin llamar la atención. Pero tenía que arriesgarse. Sin pensarlo más, se levantó y fue a buscar el uniforme. Estaba agachado frente al armario cuando oyó el ruido de la puerta.

—¿Qué está haciendo ahí?

La enfermera con cara de bulldog lo miraba inquisidora.

—Estoy... busco... algo.

—Es peligroso que haga esto, Mark. Está muy bien que empiece a caminar, pero debe hacerlo siempre acompañado. De lo contrario se puede caer. Y lo último que queremos es que tenga una fractura. Vamos —lo condujo suavemente del brazo—, a la cama.

No había nada que hacer. Tendría que esperar a que se fuera. Pero recién entonces advirtió que había colocado una caja con instrumental en la mesa.

—Voy a sacarle sangre —le informó—. El médico pidió unos nuevos análisis.

—¿Ahora?

La enfermera sonrió irónica.

—¿Qué, está muy ocupado? Vamos, deme ese brazo.

El proceso tomó una cantidad de tiempo que a Frederick le pareció eterno. Cuando finalmente Bulldog le colocó una pequeña gasa en el punto de la extracción y parecía dispuesta a irse, miró la historia clínica e hizo un chasquido de contrariedad.

—En la última ronda Verónica olvidó tomarle la temperatura. No sé dónde tiene la cabeza esa chica.

—No tengo fiebre.

—Eso no podemos decirlo tan livianamente.

Entonces sacó el termómetro y se lo calzó bajo el brazo. Otra vez a esperar. Frederick miró discretamente el reloj. Los minutos corrían inexorables.

—Muy bien —dijo finalmente la enfermera tras mirar el termómetro y anotar la medición en la hoja—, ahora sí lo dejo tranquilo.

Esperó unos minutos después de que cerró la puerta para estar seguro de que se había alejado y volvió a ponerse

de pie. Se sacó el pijama y a toda velocidad se colocó el uniforme. Y luego las botas. Tomó el dinero guardado en su pantalón negro y lo puso en el bolsillo de la casaca. Después se enganchó la credencial. Necesitó apoyarse contra la pared: se sentía mareado. Esperó unos segundos hasta recuperarse y se acercó a la puerta. La entreabrió, apenas una rendija, lo suficiente para observar el panorama.

Asomó la cabeza. A lo lejos venía Verónica a paso firme. Ya era demasiado tarde.

En su casa, Alina anunció que iba a ver al Chino, aunque decidió darle a las cosas un barniz de normalidad. La cita, les dijo durante un almuerzo en el que apenas pudo pasar un poco de arroz, sería en una confitería del centro. Mercedes se ofreció a acompañarla, teniendo en cuenta que Elisa no podía hacerlo: le habían colocado un yeso en el pie y recomendado unos días de reposo total.

—Y quizá te sientas un poco intimidada frente a este hombre.

—Gracias, pero ya se lo pedí a Paula. Y creo que es mejor que te quedes en casa para ayudar a mamá.

Con Paula acordaron no hablarse ni siquiera durante el viaje, por si alguien las observaba. Cuando bajaron del colectivo eran dos perfectas desconocidas: ni una mirada las delataba. Alina aceleró el paso, llegó primero al teatro y se puso en la fila para la visita. Paula quedó varios lugares más atrás. Tal como había dicho el Chino, estaba lleno de gente, en su mayoría turistas extranjeros. A medida que iban entrando, una empleada dividía a los visitantes según fueran a integrar el grupo en inglés o en

castellano, y les daba unos cartones que debían colgarse al cuello. Finalmente los condujeron hasta el *hall* central, donde empezaba la visita. Alina miró discretamente a su alrededor en busca del Chino. Había un hombre muy alto y algo canoso de aspecto enérgico: tuvo el pálpito de que podía ser ese. Pero cuando el grupo se movió, se dio cuenta de que estaba acompañado por una mujer y de que por su acento era evidentemente español. Sus ojos volvieron a girar y descubrió a otro posible candidato, cerca de Paula. Este delataba más edad y parecía muy concentrado en las palabras de la guía. Se acercó a él, pero el tipo ni siquiera le echó una mirada.

—La construcción del Teatro Colón se vio tocada por la tragedia —decía en ese momento la guía, parada en la imponente escalera de mármol—. Primero estuvo a cargo del arquitecto italiano Francisco Tamburini, pero este falleció inesperadamente y fue su colaborador Víctor Meano quien le dio continuidad. Sin embargo, en 1904 también murió Meano —aquí la mujer bajó un poco la voz, para darle a sus palabras un tono de confidencia—. Una muerte horrible: fue asesinado por su mayordomo.

Un murmullo recorrió el grupo. En ese momento Alina oyó una voz conocida en su espalda. O más concretamente, en su nuca, porque lo tenía pegado.

—No te des vuelta, Alina, y escuchame bien. Ahora todo el grupo va a subir la escalera. La guía va a abrir la puerta de uno de los palcos y los va a invitar a pasar para que vean la sala desde allí. Pero como son muchos, va a decir que algunos pueden ir a los palcos contiguos. Entrá en el segundo hacia la derecha. Ahí te espero.

Cuando la gente se empezó a mover escaleras arriba y Alina se atrevió a girar la cabeza, el Chino ya no estaba.

¿Dónde se había metido? Se obligó a no buscarlo para evitar sospechas y fingió interesarse en la visita. La gente avanzaba apreciando el vitral de la cúpula y las blancas cabezas de leones que decoraban la base de la escalera. Pero ella no podía reparar nada más que en el ruido de su corazón acelerado. Y entonces, al llegar arriba, la guía dijo lo previsto.

—Ahora vamos a entrar a un palco para observar la sala. Quienes no entren en este, pueden distribuirse en los que están a ambos lados, desde donde podrán oírme.

Alina esperó. Notó que Paula le echaba una mirada curiosa antes de meterse en el de la derecha y también ella se dirigió hacia allí. Pero cuando vio que ya todos habían entrado, avanzó, abrió la puerta del siguiente palco y la cerró a su espalda.

Al principio, en la oscuridad, creyó que no había nadie. Se sentó en uno de los sillones de terciopelo rojo, junto a la barandilla, y observó la magnífica sala. En el escenario, los operarios montaban unas formas que parecían árboles. La guía decía en ese momento que la sala tenía capacidad para dos mil cuatrocientos ochenta y siete espectadores sentados. Entonces oyó a su espalda la voz del Chino. Se había ubicado en el rincón más oscuro del palco.

—Estoy acá, Alina.

Se dio vuelta y lo miró. Sus rasgos apenas se delineaban en la penumbra y aun así tuvo la extraña sensación de que lo conocía.

—No voy a hacerte mal, podés acercarte.

Obedeció, y durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó finalmente Alina.

—Nunca se sabe dónde están los enemigos. Pero tenemos poco tiempo: vayamos al grano. Tenés que cuidarte de

Elsinger: es un tipo muy peligroso. Un tipo que solo piensa en la venganza.

—Creo que eso lo sé. ¿Pero quién es usted? ¿Y qué pasó con el testamento? O mejor dicho, ¿existe el testamento?

—Existe el testamento, aunque no sabemos dónde está.

—¿Hay algo que sepa y me pueda decir?

Alina se dio cuenta de que su tono había sonado agresivo, pero el Chino no pareció molestarse.

—Muchas cosas. Pero tengo que retroceder un poco en el tiempo para que entiendas cómo fue. Hace muchos años, Lucio y Elsinger eran socios y amigos. Lucio se había metido en el asunto de los diamantes a poco de llegar a Sudáfrica. Primero al estilo aventurero: iba a probar suerte a los yacimientos que hay junto a los ríos, como muchos otros buscadores. Y tuvo suerte: encontró algunas piedras valiosas. Entonces fue creciendo, consiguió permisos de explotación, contrató gente. Cuando Elsinger llegó a Sudáfrica y lo buscó, él ya tenía una pequeña empresa montada. Quería crecer más y Marcos tenía dinero para invertir: se asociaron. Fue el gran error de su vida.

Juntos hicieron mucho dinero, no siempre de la mejor manera: contrabando, algunos negocios un poco turbios. Fue en esa época cuando Elsinger sugirió que hicieran testamentos en los que se dejaban los bienes el uno al otro: de lo contrario, dijo, si algo les pasaba el dinero se lo quedaría el Estado. Ninguno de los dos se había casado. Él tenía un hermano, pero en ese momento estaban distanciados. Aunque Lucio dudó, finalmente accedió a hacerlo.

—¿Y por qué se pelearon?

—Eso fue después. De entrada hubo diferencias, que fueron creciendo con el tiempo. Creo que eran dos tipos destinados a chocar: competitivos, irascibles. Los dos dejaban

que la furia los cegara en cada discusión y decían cosas de las que después era muy difícil retroceder. En ese tiempo, Elsinger empezó a meterse en la venta de armas, un asunto para el que se asoció con otro tipo de gente. En torno a eso hubo más adelante un cierto escándalo, incluso un par de asesinatos, aunque nunca se probó su participación. Pero lo cierto es que se había vuelto más violento. Entre ellos las cosas terminaron por estallar con la primera muerte.

—¿La primera? —Alina se movió inquieta—. ¿Hubo muchas muertes?

—Hubo otras —el Chino pareció dudar—. Tal vez no debería contarte esto.

—Quiero saber todo. Por favor.

—A fin de cuentas tenés derecho, sí: es bueno que sepas en qué te metés. Esa primera muerte fue la de una persona que Lucio apreciaba mucho: Shaun Mudiwa. Era su ayudante desde que se había embarcado en el negocio y confiaba en él. Pero Elsinger lo tenía entre ceja y ceja. Sostenía que estaba robándoles diamantes y que debían despedirlo. Lucio se negó: dijo que no había ninguna prueba del robo, que era pura imaginación de Marcos. En una oportunidad en que Lucio estaba de viaje en Johannesburgo, Elsinger se encontró a solas con Shaun y lo mató. Dijo que lo había sorprendido sacando diamantes de la caja fuerte, que al verse descubierto Shaun lo amenazó con un arma y tuvo que matarlo en defensa propia.

—Supongo que no era cierto.

—Nunca lo supe. En cualquier caso, ese fue el límite. Durante un tiempo dejaron de hablarse y finalmente decidieron disolver la sociedad. Fue una discusión durísima y más de una vez llegaron a las manos. Los dos se acusaban de querer robarse, de todo tipo de maniobras para quedarse

con la mayor tajada. Y tal vez los dos tenían razón. Finalmente, Lucio optó por viajar un tiempo a la Argentina. Estaba considerando la posibilidad de instalarse en Salta. En esa época había una mujer en su vida y quería llevarla con él. Pero nunca concretó esos planes. Solo se quedó un par de meses.

—Fue cuando conoció a mis padres.

—Sí. Y cuando me buscó.

—¿Lo encontró?

—No entonces. Me ubicó por teléfono cuando ya había vuelto a Sudáfrica y me convenció de ir a trabajar con él. Fue a los pocos meses de mi llegada cuando apareció el Alina.

—¿El qué?

—El diamante Alina. Sí, lleva tu nombre.

Aunque la cara del Chino seguía en sombras, fue evidente que sonreía. Tenía unos dientes muy grandes y blancos, aun en esa penumbra.

—¿Mi nombre? ¿Cómo es eso?

—No puedo contarte todo ahora. Tengo que darte lo que traje.

—Pero no puede dejarme sin saber lo del diamante.

—Bueno, trataré de ser breve. Apareció un día en que Lucio y yo hacíamos una recorrida por la zona. De pronto llegó Moabi, uno de sus empleados, en un estado loco de excitación, y nos arrastró a la mina. Cuando llegamos todos los hombres lo rodeaban, como en éxtasis. El diamante estaba sobre una mesa, solo. Impactante.

—¿Por qué era tan especial?

—Por el tamaño: ciento dos quilates. Una piedra enorme, de un color raro, oscuro y a la vez traslúcido. Nunca antes Lucio había encontrado un diamante de esa magnitud.

Vi cómo se transformaba su cara: lo levantó, lo puso frente a sus ojos y lo observó un largo rato. Nadie hablaba. Cuando lo volvió a colocar en la mesa le temblaban las manos.

—¿Y por qué mi nombre?

—Es habitual darles un nombre a los diamantes muy importantes. Ese día Lucio había recibido una carta de tu madre en la que le decía que estaba embarazada. Faltaba poco para tu nacimiento: ya sabían que eras mujer y te iban a llamar Alina. Entonces, cuando Moabi le dijo: "Póngale un nombre, jefe", él no dudó: "Se llama Alina", dijo. No imaginaba entonces que en torno a esa piedra se iba a crear un mito.

—¿Un mito?

—Te vas a reír: dicen que es capaz de proteger a quien lo tiene. Y es cierto que le salvó la vida a Lucio. Por supuesto, hay una explicación muy clara para eso, pero cuando la superstición echó a volar no hubo cómo pararla.

—¿Cómo fue?

El Chino se echó hacia atrás en la silla.

—La noticia del hallazgo del diamante corrió rápidamente. Al día siguiente apareció Elsinger en la mina con una inesperada exigencia: quería la mitad del valor del Alina. Estaba con su hermano, que había reaparecido. La justificación era que aún no habían terminado los trámites de división de sus bienes, de modo que en teoría todo seguía siendo de los dos. Ese día vi a Lucio como loco: le gritó que era un estafador y un asesino, y que si no se iba inmediatamente lo sacaba a tiros. Él mismo se dio cuenta después de que se había pasado de la raya. Marcos no se lo iba a perdonar.

—Y ¿qué pasó?

—Lucio estaba muy asustado: temía que vinieran a robarle el diamante. Un día después, me pidió que lo acompañara

a sacarlo de ahí y llevarlo a un lugar seguro. Lo hicimos por la noche, para que no hubiera testigos. Lucio estaba armado. Había envuelto el diamante en una tela y lo había colocado dentro de una caja metálica que llevaba contra su cuerpo. Salimos silenciosamente, pero cuando estábamos por subir al auto alguien disparó desde la oscuridad, directo hacia Lucio, y él respondió el fuego. Milagrosamente, no le pasó nada: la bala golpeó contra la caja metálica del diamante, que lo protegió. Su disparo, en cambio, fue fatal: hirió mortalmente al que nos había atacado. Que era nada menos que el hermano de Elsinger. Lo llevamos a un hospital, pero murió poco después. Y desde ese día, Elsinger juró matarnos a los dos. Y en caso de no poder, a las personas que nosotros más quisiéramos. Por eso me fui.

—¿Y el diamante?

—El diamante quedó desde entonces en manos de Lucio. Cuando se supo que la bala había golpeado contra la caja sin tocarlo, empezó a correr la versión de que el Alina tenía ciertos poderes, que protegía a su poseedor. Creo que eso aumentó notablemente su valor: Lucio recibió muchas ofertas, cada vez más jugosas. En una ocasión le ofrecieron cortar la piedra en diminutos trozos y venderlos por separado, como amuletos. El cálculo de ganancias era astronómico. Pero no quiso. Pienso que él mismo terminó creyéndose esa historia: una vez me dijo que si había logrado sobrevivir era gracias a la piedra.

En los palcos cercanos la gente se levantó y se oyó la voz de la guía que daba indicaciones.

—Tenés que seguir —dijo el Chino—. La guía cuenta a los integrantes del grupo y si no estás va a empezar a buscarte. Antes te voy a dar el documento que traje. Te explico en pocas palabras de qué se trata. Después de la muerte de

Shaun, Lucio decidió que quería anular el testamento que había firmado a favor de Elsinger. Y creyó que, efectivamente, el trámite se había realizado. Solo antes de morir supo que el abogado lo había engañado. Un cretino, que estaba pagado por Elsinger. En este documento él manifestaba esa intención: sirve para demostrar que no quería a Marcos como heredero.

El Chino puso el sobre en manos de Alina y la empujó hacia la puerta.

—Ahora andate.

—No —Alina se detuvo y lo miró en la oscuridad—. Todavía tengo mil preguntas que hacerle. ¿Qué sabe de Frederick Breuge?

—¿Frederick? —parecía extrañado—. Nadie sabe dónde está. Y no hay más tiempo. Andate.

Pero Alina no se movió.

—Quedemos en otro lugar, entonces. Necesito saber más cosas.

—Está bien —suspiró—. Casi al final de la visita van a bajar al subsuelo para visitar los talleres donde se confeccionan los trajes. Junto al taller de zapatos hay una pequeña habitación vacía. Ahí podemos volver a encontrarnos: solo voy a disponer de unos pocos minutos más.

Alina asintió.

—¿Por qué tiene tanto miedo de que lo vean?

En ese momento, la puerta del palco se abrió y la guía asomó su cara. El Chino se pegó a la zona más oscura.

—¿Hay alguien acá?

—Sí —Alina avanzó hacia ella—. Ya salía.

28

Cuando Verónica entró a la habitación, Frederick había vuelto a sentarse en la cama. Vio que ella sonreía, cálida. Lo desesperaba no saber si debía estar agradecido u odiarla.

—Vine un poco antes, pero veo que ya estás listo —le dijo—. Mejor así. Hagámoslo ahora: el pasillo está despejado.

Lo ayudó a ponerse la bata de forma tal que se viera lo menos posible el uniforme que llevaba abajo. Frederick la miró a los ojos. Se dijo que con esa cara angelical no podía estar a punto de entregarlo a sus asesinos. Y, sin embargo, la duda lo ahogaba.

—Qué mirada. ¿Pasa algo?

—No. Nervios.

—Va a salir todo bien, no te preocupes.

Abrió la puerta y le dio el brazo para que se apoyara. Empezaron a caminar lentamente por el pasillo. Una encargada de la limpieza iba tras ellos empujando un carro con toallas. Cuando llegaron a la puerta de Radiología, Verónica le apretó suavemente la mano.

—Ahora —susurró—. Suerte.

—Verónica —dijo él en voz muy alta y pasándose una mano por el estómago—, necesito... el... baño. Es algo urge...

—¿Urgente? Aquí adelante hay uno. Enseguida llegamos.

Ella le abrió la puerta para dejarlo pasar. En ese momento se tocó el bolsillo y pareció advertir algo.

—Me olvidé mi radiollamado en Enfermería. Voy a buscarlo —a su espalda pasó la mujer del carrito—. No te vayas de acá, Mark. Enseguida vuelvo.

Él asintió mientras entraba al baño. Adentro no había nadie. Se sacó rápidamente la bata y la escondió en uno de los cubículos. Luego buscó la ventana: se le había ocurrido que tal vez fuera posible salir por ahí y quebrar así el recorrido ideado por Verónica. Pero no: solo había un tragaluz, pequeño y alto. No tenía otra alternativa que seguir con el plan. Se acomodó la credencial para dejarla visible y abrió un poco la puerta. Nadie a la vista. Salió con la vista pegada al suelo. Tal como había dicho Verónica, no había más de diez o doce pasos hasta la puerta que debía alcanzar. Los hizo a toda velocidad, intentando evitar la renguera, aunque la pierna le empezó a doler cada vez más. La puerta se abrió a un pasillo desierto que lo condujo al garaje. Allí sí que había movimiento. Dos tipos entraban unos paquetes que parecían contener botellas de agua mineral. Y una mujer estaba trasladando una caja con medicamentos. Pero ninguno de ellos se volvió para mirarlo. El traje de camillero, pensó, era el que lograba ese milagro: a nadie le parecía que estuviese fuera de lugar. Avanzó seguro hacia la puerta, la abrió y puso un pie afuera. La sensación del aire fresco en su cara lo hizo sentir inesperadamente alegre. Estaba pisando la libertad.

Un camión desde donde se acababan de descargar los paquetes de botellas obstruía su visión hacia la izquierda.

Mejor, pensó: no iba a seguir las indicaciones de Verónica. Si había alguien agazapado en algún rincón, esperando que pasara para atraparlo, estaría precisamente en esa área, hacia donde ella le había indicado que caminara. Iría entonces hacia la derecha. Pero apenas había dado unos pocos pasos más, un auto detuvo su marcha y un hombre que saltó a la calle le gritó.

—Eh, camillero —el tipo estaba evidentemente histérico—, necesito ayuda para sacar a mi madre. Creo que tiene un ataque.

Frederick se detuvo paralizado. ¿Qué hacer? Si iba a ayudar al hombre tendría que volver a entrar a la clínica, verse cara a cara con los médicos y todo estaría perdido. Pero si salía corriendo iba a llamar la atención de los transeúntes que estaban atentos a la situación. Sintió las piernas flojas por la tensión y temió caerse. Tal vez eso fue lo que le dio la idea.

—Voy a la otra... entrada —le gritó al tipo con dificultad—. Busco una silla de ruedas. Espéreme.

El hombre volvió a introducir parte del cuerpo en el auto, aparentemente para ayudar a su madre y no vio cuando Frederick empezaba primero a caminar y luego a correr hacia la derecha. No había ninguna otra puerta en esa dirección, pero quienes lo vieron no tenían por qué saberlo.

Se detuvo unos cien metros más lejos, agotado. El dolor en la pierna ya le resultaba insoportable. Temió desmayarse y se apoyó en un muro unos segundos mientras recuperaba el aliento. Miró hacia atrás: al parecer, nadie lo había seguido. Ese sector de la calle se veía desierto. Necesitaba ir hacia algún punto donde pudiera conseguir un transporte, pero no tenía a quién preguntarle. Aunque sabía que no

había tenido alternativa, se sentía horriblemente culpable por la mujer que se había quedado esperando ayuda en el auto. Fue una cuestión de vida o muerte, se dijo; sin embargo, su conciencia disconforme seguía pinchándolo.

Despegó la espalda del muro y se obligó a seguir caminando. Cada paso era como si le clavaran un cuchillo en la pierna. Y en ese momento sucedió algo que, al pensarlo más tarde, consideró que había sido como toparse con un oasis en medio del desierto: un taxi se detuvo a su lado y una pareja bajó. Tal vez porque se quedó observándolos con ese aspecto alucinado, el hombre le preguntó:

—¿Sube?

Más que subir, se tiró hacia el interior. No podía creer su suerte.

—¿Adónde?

El taxista se dio vuelta y lo observó. En verdad, no sabía adónde quería ir, ni siquiera lo había considerado. Pensó que para todo lo que iba a tener que hacer el dinero era una cuestión esencial.

—Primero un banco con... cajero automático —dijo—. Después le digo adónde... seguimos.

Fue consciente de que se le trababan las palabras. El taxista lo había notado.

—¿Se siente bien?

—Bien, sí. Todo bien.

Una vez que tomó una avenida, el conductor no tardó demasiado en ubicar un banco. En el trayecto, Frederick se sacó discretamente la bota izquierda y buscó la tarjeta. Ahora venía la prueba decisiva: que funcionara. Le pidió que esperara mientras entraba al banco.

Caminó confiado hasta el cajero y recién cuando colocaba la tarjeta en la ranura recordó un asunto esencial: la clave.

Lo había olvidado por completo en medio de tanta tensión, pero ahora se daba cuenta de que sin clave no había dinero. Lucio se la había dicho, solo tenía que pensar un poco. Una fecha histórica importante. Sí, eso era. ¿El fin de la segunda guerra? Ese era un tema que le interesaba a Lucio. Marcó: 1945. Error, le respondió la máquina. ¿Quizá el comienzo de la guerra? Marcó de nuevo: 1939. Error otra vez. Sabía que si seguía equivocándose la máquina le tragaría la tarjeta. Tenía que pensar. Entonces recordó la cara de Lucio aquel día.

—¿No me vas a decir que aquí no enseñan el descubrimiento de América? —le había preguntado.

Con el dedo tembloroso volvió a intentarlo: 1... 4... 9... 2. Aceptado. Soltó un suspiro ruidoso mientras agradecía en su interior a aquella horrorosa profesora de Historia que lo había obligado a estudiar tanto. Ahora convenía pedir el saldo: lo primero era saber con cuánto contaba. Cuando la máquina le devolvió la cifra, se echó hacia atrás, azorado. Tenía una fortuna a su disposición: sesenta mil rands. Lucio se había asegurado de que tuviera lo necesario para cumplir con sus pedidos. Extrajo quinientos, una cifra que supuso alcanzaría para lo que debía hacer en las próximas horas, y volvió al taxi. Ya sabía cuál era su próximo destino: un local de Internet. Le indicó al conductor la dirección de uno que recordaba y se recostó en el asiento. Tal vez, después de todo, salía vivo de este asunto.

Cuando se sentó frente a una computadora pensó que, si nada muy malo le había pasado a Ian, a esa hora debía estar también él ante una pantalla. Su amigo era un genio de la informática desde los doce años y apenas salido del colegio había conseguido un trabajo a tono con su obsesión: el mantenimiento de un sitio de noticias de Internet, donde debía

actualizar los contenidos constantemente. Su turno terminaba a las nueve de la noche. Ingresó al programa y buscó entre sus contactos quiénes estaban conectados. Sonrió al verlo: Ian, el loco. Ese había sido siempre su *nickname*. Le envió un mensaje. Notó que tenía ciertas dificultades para escribir.

—*Ian, soy Fred. ¿Estás?*

La respuesta llegó rápido.

—*¡¡Fred!! No lo puedo creer. Pensamos que estabas muerto. ¿Qué diablos te pasó?*

—*Difícil explicar ahora, pero vivo. Necesito encontrarte. En una hora.*

Le pareció extraña la tardanza de la siguiente respuesta.

—*¿Cómo sé que no estoy hablando con alguien que se hace pasar por Fred? Además, estás escribiendo raro.*

Era lógico, pensó, con todo lo que había pasado Ian tenía que desconfiar. Se tomó un minuto para considerarlo y escribió.

—*Sí, hay problemas. Pero soy yo. Ahora voy a pensar cosas para decir. Si tardo, no te vayas.*

Se tomó un buen rato, pero logró escribir lo que quería.

—*Aquí van cosas que solo yo puedo saber. A los doce años te enamoraste de una chica que se llamaba Tina. Con orejas grandes y anteojos. No sé cómo te pudo gustar. En el último curso del secundario reprobaste Geografía. Fui a ayudarte a estudiar. Nos comimos una caja entera de chocolates que había llevado tu tía. Los dos nos descompusimos, pero aprobaste igual. Y esta nunca me la confesaste: siempre te gustó mi hermana Fiona, pero no te atreviste a decirlo porque ella es mayor.*

Ian tardó solo unos segundos en contestar.

—*Suficiente. Igual lo de Fiona no es tan cierto. ¿Dónde nos encontramos?*

—*No digas dirección aquí. En el café donde conocimos a Lisa y Annie. Necesito que lleves mi pasaporte. En una hora. Y no le avises a nadie.*

—*Para llevar eso voy a necesitar al menos una hora y media: tengo que pasar por mi casa. ¿OK?*

—OK.

Con la cita hecha, se sintió más tranquilo. Se echó hacia atrás en la silla y pensó en los próximos pasos. Tenía que mandarle señales de vida a Fiona, que a esa altura debía de estar completamente histérica con su ausencia. Pero no quería llamarla: temía que la estuvieran escuchando. Y más todavía temía su reacción, que probablemente sería salir corriendo hacia donde él estaba y poner a todos en riesgo. Decidió entonces que alcanzaría por el momento con enviarle un *mail*. Escribió un mensaje muy breve, que sin embargo le llevó bastante tiempo.

“Estoy bien. No puedo explicar todo ahora, pero apenas pueda voy a llamar. No te preocupes por mí. Te quiere, Fred”.

Una vez que terminó, pagó y salió del local. Aún tenía un buen rato por delante y pensó que lo mejor sería vestirse de un modo más normal. Casi enseguida encontró una tienda en la que vendían ropa juvenil. Compró unos jeans y una camisa negra y avisó que se llevaría todo puesto. Tenía decidido desechar cuanto antes el uniforme.

Cuando vaciaba los bolsillos de la chaqueta, encontró el papel en el que Verónica había escrito su teléfono. Sintió un nudo en la garganta: se había olvidado de ella por completo. Pensó que lo mejor sería tirarlo, pero algo se lo impidió. Aún dudaba. Si el deseo de ayudarlo había sido real y no la llamaba, él se estaba portando como un desgraciado. Pero si ella estaba arreglada con los que lo perseguían y la llamaba,

entonces se estaba portando como un imbécil. ¿Cómo saberlo? Al final se decidió por llamar, pero evitar cualquier posible acercamiento. Fue a un teléfono público y marcó su número. Ella contestó enseguida, con voz ansiosa.

—¡Frederick! Hace mucho que espero que llames. ¿Qué pasó?

—Nada, estoy bien, pero decidí... alejarme. Para estar tranquilo. ¿Cómo salió todo en el hospital?

—Hubo bastante revuelo cuando se descubrió tu ausencia, pero creo que nadie sospechó de mí. Ya estoy libre, podemos encontrarnos. ¿Dónde estás?

Frederick sintió que otra vez lo invadía la sospecha. ¿Para qué quería saberlo? Tosió mientras pensaba qué decir.

—Bastante lejos. Ya encontré un amigo, Verónica, y no quiero ocasionarte más... problemas. Creo que es mejor que no nos veamos.

—Ah —le pareció que estaba desilusionada—. Pero tengo tus medicamentos.

—No importa. No quiero... comprometerte más.

—Está bien —el tono de ella se había vuelto distante—. Como prefieras. Entonces, no hay nada más que hablar.

—Supongo que no.

Ninguno de los dos se decidía a cortar.

—Verónica.

—¿Sí?

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué cosa?

—Ayudarme.

Apenas lo dijo, Frederick supo que la pregunta era estúpida. Si ella lo había traicionado, jamás lo iba a confesar. Pero la risa de Verónica lo desconcertó.

—¿No te diste cuenta?

—¿De qué?

—Veo que no, no te diste cuenta de nada. Quizá después de todo no te gustan las mujeres.

—¿Qué? Sí que me gustan.

—Entonces tal vez no te gusto yo. Bueno, como sea, por eso lo hice, porque me gustabas.

Se quedó mudo.

—Ah. Bueno, cuando pueda... cuando vuelva te voy a llamar.

—Espero que lo hagas.

Cortó sintiéndose extraño. No sabía si considerarse un ganador o un idiota.

El grupo ya había avanzado hacia la siguiente etapa de la visita, pero Paula se quedó atrás, esperándola. Parecía ferozmente disgustada.

—¿Dónde te habías metido? —susurró.

—Estaba ahí, en el otro palco. Con el Chino.

—¿Te encerraste sola con él? Qué bueno, así te podía asesinar tranquilo.

—Él no es el enemigo —Alina sonrió, intentando aplacarla—. Estás equivocada.

Pero su amiga no la oía: miraba desconfiada hacia todos lados.

—¿Y dónde está ahora?

—No sé —Alina se volvió: no había nadie a la vista—. De todas formas, estaba muy oscuro en el palco y no lo vi bien. Lo voy a encontrar otra vez abajo.

El recorrido siguió por un señorial salón dorado con muchos espejos y luego por otra sala donde una mujer con traje de época les ofreció un breve concierto de violín. Pero Alina no podía concentrarse en nada de lo que explicaba la guía. No hacía más que pensar en lo que le había dicho el Chino y

también en lo que *no* le había dicho: todo lo que, como una idiota, había omitido preguntarle. Finalmente les anunciaron que bajarían a los subsuelos, donde estaban ubicados los talleres que confeccionaban trajes y pelucas para los artistas.

El de los zapatos era uno de los primeros. Había calzados antiguos, delicadas zapatillas de ballet y también unas desorbitadas botas de gigante. Mientras el grupo avanzaba hacia el taller de los sombreros, Alina empujó la puerta de la habitación contigua. Él ya estaba ahí. Y recién entonces, cuando lo vio a la luz del día, supo quién era.

—Pero usted... usted es....

El Chino giró la cabeza sonriendo y ella pudo ver claramente el mechón blanco.

—Sí, el que rescató la cartera de tu madre. Y el que viste por la ventana. Y te digo más: el que te mandó el recorte de diario por correo.

De pronto, Alina se sintió asustada. Miró hacia atrás, para asegurarse de que nada se interponía entre ella y la puerta de salida. Él pareció notarlo.

—No tengas miedo. Es cierto, te estuve vigilando. Pero lo hice para protegerlas, a vos y a tu madre. Aquella noche, por ejemplo, pasé con el auto y noté gente extraña rondando por tu casa. Solo quería evitar que salieras. Eso fue lo que me pidió Lucio: que las cuidara hasta que el asunto de la herencia estuviera resuelto. Por eso anduve por ahí, echando una mirada.

—Esa noche por la ventana... ¿cómo sabía que leo los labios?

—Sé muchas cosas. Lucio me habló mucho de ustedes y de las cartas de tu madre. Te habías convertido en alguien muy importante para él, aunque no te conociera. Por eso pensó en vos cuando hizo el testamento.

—Todavía no me explicó por qué no recibimos el testamento.

—Es que no lo entiendo —el Chino se apoyó contra una mesa de madera y empujó una silla un poco destartada para que ella se sentara—. Lucio lo escribió antes de morir y estoy seguro de que tomó medidas para protegerlo. Lo que más le importaba en el mundo era evitar que Elsinger se saliera con la suya. Estaba enloquecido por el odio.

—¿Por qué tanto?

—Hubo otro asunto entre ellos: Sam. La mujer que te mencioné antes, Samantha. Fue primero novia de Elsinger. Unos tres años después de que rompieran, Lucio se encontró con ella casualmente y empezaron a verse. Él se enamoró como nunca. El asunto le cayó mal a Elsinger. Horriblemente mal. Todo esto fue en medio de la pelea, después de la muerte de Shaun. Hubo algunos llamados amenazantes y Sam se asustó. Cuando Lucio vino a la Argentina, tenía pensado ver cómo estaban las cosas para instalarse acá con ella. Quería dejar a alguien de confianza con sus negocios en Sudáfrica y por eso me buscaba. Pero entonces le llegaron malas noticias. Sam había tenido un accidente: un auto la atropelló cuando cruzaba la calle. Se salvó, aunque no quedó bien. Lucio viajó para allá tan rápido como pudo, pero descubrió que se había ido.

—¿Ido?

—Sí, Sam dejó el hospital antes de lo previsto. Aparentemente llegó a la conclusión de que lo del auto no había sido un accidente y decidió huir. Le dejó una carta a Lucio pidiéndole que no la buscara.

—Pero ¿era cierto que la quisieron matar?

El Chino se encogió de hombros.

—Nunca se supo. Lo que importa es que Lucio estaba seguro de que era así y creía que Marcos estaba detrás de eso. Pese al pedido de la carta la buscó, pero nunca la pudo encontrar. Pasó el resto de su vida acumulando deseos de revancha. Después vino la muerte del hermano de Elsinger y todo el mundo supuso que ese era su desquite. De ahí en más, la guerra no hizo más que crecer. Todo el mundo sabía que Elsinger tenía gente contratada para matarlo. En un momento le ofreció parar todo, si le daba a cambio el diamante, pero Lucio se negó.

—¿Por qué?

—Supongo que el odio no lo dejaba. Prefirió hacer un testamento y proteger la piedra.

—Entonces, ¿dónde está ese testamento?

—Ese es el problema —suspiró el Chino—. No lo sé. Él hizo tres copias del escrito firmadas de su puño y letra. Una de ellas la dejó en manos de un abogado amigo: David Klein, quien debía iniciar el juicio de sucesión y comunicarse con ustedes.

—Pero desapareció. ¿Por qué?

—No sé. Quizá lo compraron.

—¿Y las otras dos copias?

—Lucio se las dejó a la última persona con quien tuvo contacto y tal vez el único al que aún le tenía una confianza ciega: Frederick, su ayudante. Supongo que les mencionó su nombre en alguna carta. Él tenía que mandar una de esas copias por correo. Estoy seguro de que cumplió: no entiendo por qué no llegó el sobre.

—Pero aún había una tercera copia.

—Esa quedaba en poder de Frederick: las instrucciones eran que apenas pudiera él personalmente debía viajar para acá.

—¿Por qué no vino?

—Está desaparecido. También él.

—¿Eso significa muerto?

—No sabemos: es como si se lo hubiera tragado la tierra. El Chino fue hasta la puerta y asomó su cabeza.

—La visita está terminando. Tenés que irte. Usen el documento que te di: al menos tiene que servir para ganar tiempo en el juicio.

—Todo esto... —Alina frunció el ceño y dudó, pensando en lo que iba a decir.

—¿Qué?

—Es demasiado. Usted disculpe, pero me parece difícil de creer.

El Chino sonrió.

—Sí, entiendo. Podés pensar lo que quieras. Personalmente, yo aprendí que el odio y el dinero son capaces de mover montañas. Aquí hay mucho de los dos. Por eso decidí salirme. La guerra entre Lucio y Elsinger es como el fuego: si uno se acerca mucho, se quema. Sigue siendo así aun ahora, con Lucio ya muerto. Si Elsinger consigue eliminarlos a ustedes, se queda con todo. Y eso incluye el diamante. Está completamente obsesionado con la idea de conseguirlo. También él cree que tiene un poder... digamos, peculiar.

Desde afuera, les llegó el ruido del grupo que caminaba hacia la salida.

—Bueno, tenés que irte, pero antes... —sacó un papel y garabateó algo—. Es una dirección de *e-mail*. Si hay una urgencia, podés enviarme un mensaje y te llamo.

Ella fue hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió.

—La última pregunta. En este tiempo tuve la sensación de que varias personas nos vigilan en casa.

—Sí, es muy posible que Elsinger haya enviado gente. Es capaz de cualquier cosa. Lo que sea. Pero también estamos nosotros.

—¿Nosotros?

—Tengo amigos que me ayudan.

—Amigos. Si entiendo bien, entonces, se podría decir que la guerra que tenían ustedes en Sudáfrica se trasladó a la puerta de mi casa.

El Chino se rió suavemente.

—Sí, creo que es una buena descripción.

—Ahora sí que me quedo tranquila.

En ese momento se abrió la puerta. La guía miró a Alina con evidente fastidio.

—Señorita... —empezó a decir en tono admonitorio, pero entonces vio al Chino—. Ah, Maestro Takahashi, no sabía que estaba acá.

—Estaba conversando sobre música con la amiga aquí presente —dijo él—. Pero ella ya se iba.

Alina lo miró extrañada. ¿Maestro Takahashi? Él le sonrió y, aunque no emitió ningún sonido, sus labios dibujaron claramente unas palabras: "No le digas a nadie".

Ian ya estaba en el café cuando llegó Frederick. Apenas lo vio, saltó de la silla y lo abrazó como si hubiera vuelto de la muerte.

—Te buscamos por todas partes: hospitales, comisarías, hasta preguntamos en la morgue. ¿Dónde te habías metido?

—Estuve en una clínica hasta hace un rato, pero re... registrado con otro nombre. Eso me salvó. Quisieron... matarme. Me acuchillaron y tiraron de un auto. De *tu* auto —Frederick intentó sonreír, aunque le salió algo más parecido a una mueca—. Creo que todavía no estoy del todo bien. Tuve varias heridas, una... cono... como... conmoción cerebral. Supongo que quedé algo... tonto. Durante un tiempo no pude hablar: todavía me cuesta un poco.

—Sí, se te oye un poco extraño. En cuanto a lo de tonto... no creo que haya demasiada diferencia.

Frederick sonrió.

—Me alegra ver que no cambiaste el... sentido del... del...

—Humor.

—Eso, humor. ¿Cómo está Fiona?

—Completamente loca. Desde que desapareciste, no come ni duerme.

—Me imaginaba. Me siento mal... Los metí a todos en tantos... problemas. ¿Qué pasó ese día? ¿Te secuestraron?

—Solo por un rato. Me agarraron en el lugar de la cita, me subieron a un auto y me dejaron a un kilómetro de ahí sin ninguna explicación. Mi coche apareció más tarde abandonado a un lado de una autopista. Pero, bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Ir al aeropuerto. ¿Me podrías acompañar?

—Claro. Pero quizá sería mejor que primero te repusieras. No te veo tan bien. Saliste hoy de la clínica, seguro que todavía estás débil. Podrías quedarte unos días en mi casa y...

—No puedo. Tengo que irme. Hoy. Antes de que me encuentren.

Ian asintió con un gesto de preocupación.

—Está bien. Te traje esto.

Le alcanzó a Frederick el pasaporte y un sobre.

—¿Y eso?

—Dinero. Dólares. Vas a necesitarlos.

—No —volvió a empujar el sobre—. Tengo suficiente.

—Prefiero que tengas de más. Ya me lo devolverás si te sobra. También pensé que te gustaría tener esto —sacó el viejo ejemplar de *El conde de Montecristo*—: apareció en mi coche.

Frederick sonrió.

—Gracias. Va a ser una buena compañía para el viaje.

—Y ahora, quiero que me cuentes.

Se lo contó todo en el camino al aeropuerto. Incluso la aparición del gordo y del rubio en el hospital.

—Eso suena muy mal. Es urgente que salgas de todo este asunto. ¿Cuáles son tus planes?

—Ir a la Argentina.

Por un momento Ian desvió la mirada del camino. Parecía irritado.

—¿Argentina? ¿Justo ahí?

—Tengo que hacerlo.

—Eso es como meterse en la boca del lobo. No puedo dejarte hacer semejante estupidez. Fred, es necesario que desaparezcas para esa gente. ¿Por qué no París? Creo que no hay nada como una temporada en París para recuperarse.

Ian intentó darle a sus últimas palabras un tono de broma, pero Frederick no sonrió.

—No, Ian. Lo *premotí*... prometí: le dije a Lucio que iría hasta el final con esto. Lo voy a hacer.

—¿Poniendo en riesgo tu vida?

—Si hace falta.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Él me lo pidió.

—Él ya está muerto, Fred.

—Estuvo cuando Fiona y yo lo necesitamos. Y esto fue lo único que me pidió: era muy importante.

—¿Qué? ¿El testamento? Pero ¿qué dice?

—No sé exactamente. Te lo voy a... explicar más adelante.

Ian suspiró agotado.

—Podrías darte la posibilidad de considerarlo un poco más. Tomarte unos días de descanso en una playa y pensarlo bien. Tal vez Lucio no sabía lo que te estaba pidiendo. Estamos hablando de tu vida, Fred.

Por un momento se sintió tentado de seguir el consejo de Ian. Unos días para reponerse en alguna playa: sonaba fabuloso. Total, Lucio ya no se podía enterar. Pero había algo que le impedía hacerlo. Algo difuso, que se ubicaba en

el medio del estómago. Algo que no iba a permitirle disfrutar de ningún descanso.

—No —dijo al fin—; no puedo hacerlo.

No había ningún vuelo directo a la Argentina esa noche, y tampoco al día siguiente. En realidad, ya había pocos vuelos a esa hora, le informó una mujer mirándolo con sorpresa. Evidentemente, no era nada usual que un pasajero se presentara en la noche, sin equipaje y con pretensiones de viajar de inmediato hacia otro continente.

—Es una... emergencia —dijo Frederick—. ¿Qué otro vuelo puedo tomar?

La mujer buscó en su computadora y le dijo que, después de todo, tal vez tenía suerte porque había un vuelo a la ciudad brasileña de San Pablo que se había demorado por problemas técnicos. Aún faltaba un par de horas para que saliera, aunque no sabía si tenía asientos libres. Tuvo que pasar por otras ventanillas y otras señoritas de ojos sorprendidos, pero finalmente pudo comprar el billete hacia San Pablo y una combinación con Buenos Aires. El tiempo que le quedaba lo dedicó a conseguirse un equipaje: tal como dijo Ian, se veía raro que viajara sin nada. En las tiendas del aeropuerto encontró lo necesario: un pantalón, dos remeras, un suéter, un pijama, ropa interior y zapatillas. También un bolso con ruedas para meter todo adentro.

—¿Cómo es el clima en la Argentina? —preguntó Ian mientras miraba un abrigo que parecía apto para el Polo Norte.

Frederick se encogió de hombros.

—Nunca se lo pregunté a Lucio. Pero ahora es... *preva*... primavera. No creo que haga mucho frío.

—¿Y en qué se habla?

—En español, bestia. Está en América latina.

—Eso lo recuerdo, sí. Alguna vez lo estudiamos. Es un país donde hay vacas.

—Sí, hay vacas, ciudades, edificios, calles, árboles. Y gente que habla español.

—¿Y cómo te vas a arreglar con esa gente?

—Sé algo de español. Y supongo que alguna gente hablará inglés.

Ian lo miró dubitativo.

—No va a ser fácil.

La siguiente parada fue en una librería, donde compró un diccionario inglés-español, un chocolate y cuatro paquetes de sus chicles favoritos. También agregó una caja de analgésicos: la pierna, de la que había logrado olvidarse durante varias horas, había vuelto a dolerle.

Hasta el momento de la despedida estuvo bien. Pero cuando se abrazó con Ian sintió que por dentro se derrumbaba. Tuvo ganas de llorar, de abandonar todo y volver a la ciudad. Sobre todo, tuvo ganas de buscar a Fiona y dejar que le cocinara un plato rico y le acariciara la cabeza, como hacía cuando era chico y no podía dormir. Ian percibió que algo pasaba.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó mirándole los ojos mojados.

—Sí, mejor ya me voy.

Se dieron un último abrazo. Después, Fred caminó hacia la puerta de embarque. Sabía que Ian seguía mirándolo, pero no se dio vuelta.

Le tocó un argentino en el asiento de al lado. Era un hombre de unos cincuenta años prolijamente vestido que hablaba un inglés impecable. Comieron un pollo desabrido

con un par de cervezas casi sin conversar, pero cuando Frederick sacó su ejemplar de *El conde de Montecristo* y se disponía a avanzar en la lectura, el tipo rompió el hielo.

—¿De qué se trata?

—De un hombre que durante muchos años se dedica a tramar una venganza contra el amigo que lo traicionó.

—Suenan antiguo —sonrió—. Ya nadie hace esas cosas.

Después sacó su tarjeta personal y se la ofreció, en caso de que necesitara algo durante su estadía en Buenos Aires. "Manuel Saldaño —decía—. Importaciones y exportaciones".

—¿Qué exporta?

—Cueros, principalmente. En la Argentina tenemos...

—Vacas, ya sé.

—Iba a decir "excelentes cueros a buenos precios". Los turistas suelen aprovecharlo. Pero supongo que no son esas tus intenciones. ¿Cuál es el objetivo de tu viaje?

—Solo pasear. Turismo.

—Seguramente viajarás al sur, entonces. Todos quieren conocer los glaciares.

—Aún no lo sé. Voy sin planes fijos.

—Quién tuviera tu edad —sonrió el tipo—. Todo el tiempo del mundo, ninguna responsabilidad, ninguna preocupación... Me gustaría estar en tu lugar.

—Sí, seguro —dijo Frederick mientras pensaba que no, que si supiera no le gustaría en absoluto.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué pensás de todo esto?

Paula se rascó la nariz mientras consideraba lo que Alina acaba de contarle.

—Hay asesinatos, conspiraciones, dos bandos en guerra, un emisario desaparecido y un diamante enorme que protege a su poseedor. ¿Qué puedo pensar? Que está loco. Y encima resulta que al tipo no lo llaman por su nombre sino "maestro Takahashi". Loco como una cabra.

Alina evaluó la posibilidad. No había que descartarlo, aunque realmente no lo creía, dijo.

—Me imagino que cuando uno habla con un loco se da cuenta. Tiene que haber algo que lo delate, ¿no te parece? Un loco tiene que hablar como loco. Él, sin embargo, parece muy cuerdo. Solo que es raro. Pero sabe muchas cosas: la historia de mi madre, que leo los labios. Y, por algún motivo, en el teatro lo conocen.

—Pero ¿a qué viene el nombre falso?

Mientras Paula hacía la pregunta, llegó el colectivo. Subieron con dificultad: venía escupiendo gente. Alina apretó

contra su cuerpo la mochila en la que había guardado el documento mientras se abría paso.

—Se está ocultando —respondió cuando ya estaban en el fondo del coche—, de modo que puede haberlo cambiado para evitar ser reconocido. Me pregunto qué pasó con el chico ese que tenía que traernos los papeles. Frederick, se llama. ¿Estará muerto?

—Quizá mandó todo al diablo y está tomando sol en el Caribe.

Alina sonrió.

—Todo es posible.

Un pasajero que quería bajar empujó bruscamente a Alina. Asustada, agarró con tanta fuerza la mochila que perdió el equilibrio, y se habría caído si hubiera habido lugar para caerse.

—Lo que nos vendría muy bien ahora —dijo Paula— es tener ese diamante con tu nombre. Por las dudas.

Alina la miró asombrada.

—Pensé que no eras supersticiosa.

—No, no lo soy.

—¿Entonces?

—¿Te gusta pasar por debajo de una escalera?

—Supongo que no.

—¿No te alegra encontrar un trébol de cuatro hojas?

—Mmm... probablemente, sí.

—Bueno, a mí también. Por eso digo: no estaría nada mal tenerlo.

A Roberto el documento que había entregado el Chino lo puso eufórico. Con eso, dijo, no había manera de que la justicia apoyara los reclamos de Elsinger. Pero por mucho que lo observó, Alina no logró contagiarse el entusiasmo.

Era una carta común y corriente, fechada en Ciudad del Cabo y dirigida a un abogado, en la que Lucio establecía su intención de revocar el testamento a favor de su viejo amigo. Tenía su firma y nada más: ni un sello, ni ninguna otra cosa que certificara que era real. Elisa y Mercedes tampoco se mostraron demasiado entusiasmadas. Pero Roberto insistía: que los peritos podrían confirmar la autenticidad de la firma y entonces el juez no iba a otorgarle la herencia a quien claramente había sido excluido. Tan seguro estaba que quiso que Alina llamara en ese mismo momento a Martín Rueda, el abogado, para contarle la novedad.

¿Ahora? ¿Por qué ahora?

Porque es importante. ¿Estás muy ocupada?

A esa altura, sus gestos se habían vuelto ásperos. Estaba molesto. Alina tomó el teléfono y marcó el número que le alcanzó su madre. Rueda demoró en contestar, pero cuando entendió de qué se trataba el asunto, se mostró interesado. No creía que fuera algo capaz de torcer las cosas definitivamente a favor de ellos, dijo, pero probablemente el juez tendría que hacer averiguaciones... y todo eso llevaría tiempo. Entretanto, quizá consiguieran el testamento. Alina no entendió la mitad de las cosas que le dijo, pero quedó claro que Rueda lo quería: al día siguiente, le dijo, su socio viajaba a Buenos Aires. Sería conveniente que se lo alcanzaran a una oficina céntrica donde estaría trabajando. Ella anotó la dirección. Cuando cortó, pensó que solo faltaban dos días para la prueba de Geografía y no hacía sino acumular tareas.

Y aún había más. Esa misma tarde Elisa tenía que ir a controlar el estado de su pierna. Había pensado ir con Mercedes, pero a último momento a ella le había surgido un

problema. Alina pensó que de un plumazo habían desaparecido al menos otras dos horas para estudiar.

Lo que siguió fue largo y tedioso: la espera del médico, estudios, papeleo y más estudios. Cuando finalmente salieron, Alina pensó que con suerte iba a quedarle una media hora para estudiar antes de la cena, y era bastante difícil que pudiera concentrarse. Para peor, todos los taxis que pasaban estaban ocupados. Mientras conversaban en la calle, dos mujeres paradas en la puerta de un edificio empezaron a mirarlas fijamente. Normalmente Alina toleraba ese tipo de escrutinio sin molestarse demasiado, pero esta vez hubo algo —tal vez su propio malhumor, tal vez la absoluta falta de vergüenza con que esas dos mujeres les clavaban los ojos— que terminó por hacerla explotar.

—¿Qué pasa? —les gritó de pronto fuera de sí—. ¿Se creen que somos monos en el zoológico?

Las mujeres la miraron con desagrado. Después se dieron vuelta sin agregar una palabra. Elisa sonrió y le acarició el pelo.

Estás nerviosa. Fue un día largo.

Alina asintió y miró el reloj. Ni siquiera tendría esa media hora.

Cuando el avión aterrizó en San Pablo, Frederick dormía como una roca. Su compañero de asiento, que afortunadamente para él tenía la misma combinación de vuelos, tuvo que sacudirlo un buen rato hasta que logró despertarlo, y luego prácticamente ponerlo de pie y empujarlo para que anduviera a tumbos hasta la terminal desde donde salía el segundo avión. Se sentía horrible y le dolía la pierna. Pensó que tal vez debió haberle hecho caso a Ian y quedarse un par de días para reponerse. Aunque no, eso era demasiado peligroso. Pero al menos tendría que haber evitado esa cerveza. Un escalón lo hizo tropezar por tercera vez y la rápida intervención de Saldaño, que lo sujetó de la camisa, evitó que le cayera encima a una mujer embarazada. El argentino lo miró preocupado.

—Creo que no estás muy bien.

—Estoy *perfecto*... perfecto —Frederick se enderezó con dificultad: tenía la vista nublada—. Solo un poco dormido. Vengo con el sueño... atrasado.

—Atrasado cuatro o cinco años —Saldaño sonrió—. Creo que va a ser mejor que te ayude.

Lo tomó firmemente de un brazo, como si fuese un niño. Frederick se sintió avergonzado, pero no se resistió: sabía que por sus propios medios no llegaría nunca. Su compañero quedó en poder de su pasaporte y tarjeta de embarque e hizo por él todos los trámites. Aún debieron esperar una media hora para abordar el siguiente vuelo, tiempo que pasó en el baño intentando que los restos de la cerveza lo abandonaran. Cuando finalmente se acomodó en el avión —esta vez había quedado cinco o seis filas más atrás que Saldaño— sus ojos no tardaron más de diez segundos en cerrarse. Se despertó con la nariz de una azafata demasiado cerca de su cara: le gritaba en español una serie de palabras incomprensibles entre las que solo pudo distinguir "Buenos Aires". Miró para todos lados: Saldaño no estaba a la vista.

Al levantarse le pareció que el avión se movía, aunque tenía claro que técnicamente eso era imposible: estaban en tierra firme, con las puertas abiertas, una manga unía la nave con el aeropuerto y la mayoría de los pasajeros ya había bajado. Y aun así, pensó mientras se tambaleaba a lo largo del pasillo bajo la mirada censora de la azafata, algo se agitaba bajo sus pies. Salió hacia una sala que desembocaba en más y más pasillos. El mundo insistía en moverse de una manera verdaderamente extraña. Incapaz de decidir un rumbo, se dispuso a seguir a otros pasajeros, que apuntaban decididos hacia una escalera mecánica. Mientras bajaba, observó los carteles: indicaban, en español e inglés, que se dirigían hacia Migraciones. Tanteó el bolsillo de su camisa en busca del pasaporte y entonces lo recorrió un escalofrío: no estaba. Intentó recordar cuándo lo había tenido en sus manos por última vez. Al entregárselo a Saldaño.

Aunque sabía que era inútil lo buscó, como quien espera un milagro, en los bolsillos del pantalón. Nada. Empezaba a sentirse cada vez más mareado: el aire era espeso, insuficiente, y una transpiración fría le mojaba la cara. Pero no podía desmayarse ahora. Se sostuvo firmemente de la barandilla y consideró lo que venía. Acababa de recorrer miles de kilómetros para llegar hasta la puerta de su destino y corría el riesgo de que lo devolvieran a su país por falta de pasaporte. Tenía que encontrar a Saldaño. Y, finalmente, ¿qué sabía él de Saldaño? Apenas que era un tipo amable, con un buen dominio del inglés y una tarjeta que decía "importaciones y exportaciones". ¿Y si lo habían puesto como señuelo? No, eso era demasiado. La conspiración no podía ser tan grande y perfecta: tenía que sacarse esas ideas de la cabeza. Pero ¿por qué Saldaño había sido tan amable con él? Pensó que estaba harto de sospechar de todo el mundo, y al mismo tiempo no lo podía evitar. ¿Existía alguien realmente amable en el planeta, o eran todos títeres de Elsingher dispuestos a cavar su tumba? Después de considerar esta pregunta se hizo otra, más básica: ¿se estaría volviendo loco?

Miró en las filas que formaba la gente para atravesar las ventanillas de Migraciones y no lo vio. Tal vez ya había pasado y lo había perdido. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Pensó en acercarse a un policía que montaba guardia y pedirle que lo llamaran por altavoz. Le diría que era un amigo que se había llevado su pasaporte por error. Cuando caminaba hacia allí, dos manos lo sujetaron por la espalda.

—¡Frederick!

Se dio vuelta. Ahí estaba Saldaño, con cara de no haberse enterado de nada.

—¿Dónde...?

Dejó la frase sin terminar.

—No pude ir a buscarte en el avión, había demasiada gente y, además —bajó un poco la voz—, me urgía ir a un baño. Le pedí a una azafata que te despertara y te avisara que me esperaras junto a la salida. ¿No lo hizo?

—Puede ser —Frederick sonrió, como disculpándose—, pero mi español...

—Tendría que haberlo pensado.

—¿Tiene mi pasaporte?

Saldaño lo miró sorprendido y metió la mano en su bolso.

—Pero, claro, no me había dado cuenta de que lo había guardado yo... Espero que no te hayas asustado...

Negó con la cabeza mientras se ponían en la fila de Migraciones. De pronto sentía muchas ganas de llorar. No sabía si era por el alivio de haberlo encontrado o por el agotamiento que le había producido toda la situación. Empezaba a dudar de que realmente pudiera llevar adelante la misión que le había encomendado Lucio. Parecía que no era capaz de hacer nada sin ayuda.

—¿Te pasa algo?

Recién cuando oyó la pregunta de Saldaño se dio cuenta de que un par de lágrimas le habían resbalado por las mejillas.

—No, es que... —se pasó una mano para limpiarlas— estoy muy cansado.

—Ahora te acompaño a conseguir un hotel. Me parece que estás necesitando urgentemente una cura de sueño.

Una vez que pasaron por Migraciones y recuperaron sus equipajes, Saldaño fue con él hasta un puesto de informes turísticos donde eligieron un hotel bien ubicado y no

muy caro, que la empleada reservó por teléfono. Después lo condujo a una ventanilla donde cambiaban dinero: él se había olvidado por completo de que debía tener moneda local para poder moverse. En la parada de taxis llegó al fin el momento de la despedida. El argentino le palmeó la espalda y le reiteró que lo llamara si necesitaba algo.

—Muchas, muchísimas gracias —le dijo Frederick—. No sé qué hubiera hecho sin usted.

—Yo tampoco —sonrió Saldaño—. La verdad es que no se te ve muy bien. Espero que te mejores.

El taxista observó la despedida con un aire impaciente y luego se volvió hacia él.

—¿Adónde va?

Era su primera oportunidad de utilizar el castellano. Tanto el de Migraciones como la chica de Informes Turísticos y, por supuesto, Saldaño, le habían hablado en inglés. Pero esto era fácil.

—Sarmiento Hotel —dijo soltando las palabras lentamente, para que sonaran bien claras.

—¿Qué?

—Sar-mien-to Ho-tel.

El tipo lo miraba frunciendo el ceño. Resignado, Frederick sacó de su bolsillo la tarjeta que le habían dado y se la mostró.

—Ah, el Sarmiento. Muy bien, vamos.

No era exactamente un buen comienzo, pero ya mejoraría. Siempre había tenido facilidad para los idiomas y el castellano no tenía por qué ser la excepción. Se echó hacia atrás en el asiento y se concentró en las imágenes que desfilaban por la ventanilla. El coche avanzó durante un largo trecho por una autopista y luego entró a la ciudad, donde el tráfico se hizo pesado y lento. Al llegar a una esquina,

un auto que pretendía doblar los encerró: el taxista maldijo al conductor, que le respondió algo que claramente sonaba como un insulto. Por un momento, Frederick consideró la posibilidad de que eso fuera una emboscada para atraparlo. Pero mientras el taxi avanzaba y dejaba atrás al otro coche, se rió de sí mismo: estaba demasiado nervioso. Tenía que relajarse. Ante sus ojos pasaron edificios altos y un parque bastante agradable. Poco después se detuvieron en un semáforo donde un grupo de personas disfrazadas de algo que no pudo definir —tal vez sándwiches o papas fritas— bailaban para promocionar un producto. Curiosa costumbre. Le hubiera gustado preguntarle al taxista qué representaban, pero concluyó que ese diálogo era imposible. De modo que esta era Buenos Aires. A primera vista le pareció un lugar extraño, difícil de entender, aunque pensó que tendría que darle tiempo para que mostrara sus encantos. Al menos eso había dicho Lucio.

La habitación era agradable, sin lujos pero con todo lo que podía necesitar. Tenía dos camas simples, una mesa, un televisor y un buen baño. Lo que más le gustó fue descubrir una caja fuerte empotrada en el armario. Una vez que terminó de ordenar sus escasas pertenencias, procedió a sacarse las botas por primera vez desde que había salido del hospital. Levantó las plantillas y ahí estaban los papeles. Arrugados, algo olorosos, pero enteros. Los colocó en la caja y cerró con llave.

Eran solo las seis de la tarde. Pensó que podría salir a observar un poco la ciudad, tal vez comprar algo más de ropa y artículos de baño. Al menos un cepillo de dientes. También tenía que conseguir un mapa de Buenos Aires y empezar a ubicarse. Después podría cenar en el

restaurante del hotel. Probó la cama: era cómoda, no muy blanda. Odiaba las camas blandas. También era cómoda la almohada: grande y mullida. Fue lo último en lo que pensó. Cuando volvió a abrir los ojos habían pasado quince horas.

33

Alina había empezado el día con la inquietante sensación de que estaba haciendo todo mal. Esa tarde tenía que llevarle al socio de Rueda el documento que le había entregado el Chino y eso le iba a robar el escaso tiempo que le quedaba antes de la prueba de Geografía. Pero, aunque lo planteó en el desayuno, nadie parecía dispuesto a reemplazarla. Su madre aún no estaba en condiciones de salir de la casa por su pie. Su padre se limitó a aclarar que le había prometido a un cliente colocar ese día una biblioteca y no podía fallar. Se hizo entonces un silencio y Mercedes sugirió sin demasiada convicción que quizá podría hacerlo ella, pero Roberto rechazó el ofrecimiento. No correspondía, dijo, y además Alina ya se iba a arreglar. Se sintió enojada. Estuvo a punto de decir que estaba harta de cargar con tantas cosas. Y que no era justo. Pero no lo dijo.

El día en el colegio no ayudó a mejorar su humor. La profesora de Historia —su materia favorita— le entregó un trabajo en el que había sacado un cuatro y le echó una mirada de desilusionada sorpresa que hubiera querido no ver. Para peor, Paula había faltado por una gripe que la había

obligado a quedarse en cama durante tres días. El camino de regreso lo hizo sola y rápido, decidida a terminar cuanto antes con lo que debía hacer y dedicarse a estudiar. Almorzó en pocos minutos y se estaba preparando para salir cuando oyó que la puerta se abría. El ruido la sobresaltó. No esperaban a nadie. Su madre estaba leyendo en su habitación y Mercedes había anunciado que no volvía hasta la noche. Asomó la cabeza inquieta y vio a Roberto revisando un cajón. Se acercó y le tocó la espalda. Su padre se volvió.

¿Qué hacés acá?

Estoy buscando el documento. Lo voy a llevar yo.

¿Y por qué el cambio?

Terminé temprano. Además, con las cosas que estuvieron pasando...

Hizo un gesto vago, sin aclarar a qué se refería.

¿Qué cosas? ¿El robo?

Asintió distraídamente mientras sacaba el documento y lo observaba. Por un momento Alina consideró la posibilidad de abrirse con su padre: hablarle de las muchas cosas que había estado ocultando, como la historia que le había contado el Chino o la vigilancia a la que parecía someterlos Elsingher. Pensó que sería bueno compartir ese peso con él. Pero entonces Roberto agregó con cara burlona:

Así no protestás más. Siempre quejándote...

Eso la irritó. Nunca iba a reconocer sus esfuerzos. Fastidiada, se dio vuelta y salió de la habitación. Por un rato quería olvidarse de todo eso y dedicarse solo a estudiar.

Apenas oyó que se cerraba la puerta, recordó que tenía que comprar unos mapas en la librería. Tomó su mochila, en la que tenía el dinero y las llaves, bajó las escaleras corriendo y salió apurada a la calle. Cuando estaba llegando a

la esquina vio a un muchacho con gorra azul y un celular en la mano. Esta vez lo reconoció: era el mismo que ya había visto en la calle. Y también por la ventana. Observó sus labios y algo se estremeció en su interior.

—Pájaro —susurraba el chico—. Repito: pájaro.

Una terrible certeza la golpeó, pero la revelación llegaba tarde. El pájaro, lo supo entonces, era ella. Y estaba a punto de ser cazada.

Se quedó inmóvil mientras pensaba qué hacer. Un poco más lejos del chico había un auto azul estacionado, del que bajó un hombre alto que la miró. Tenía que huir. Giró sobre sí misma para volver a su casa, pero entonces vio que por ese lado avanzaba hacia ella Luis, el marido de Rosa. Estoy rodeada, pensó, bloquearon todos los caminos. La única escapatoria parecía ser cruzando la calle y hacia allí se lanzó. Sin mirar: un auto frenó haciendo chirriar las llantas a escasos centímetros de sus piernas y el que venía atrás impactó contra el guardabarros del primero. Se oyó ruido a luces rotas en medio de un escándalo de gritos y bocinazos. De pie en medio de la calle, Alina sintió que el corazón se le disparaba mientras oía los insultos que le dirigía el conductor, pero solo pensó en seguir avanzando. Hasta que una mano poderosa la sujetó desde atrás.

—Alina, casi te matan.

Se volvió: Luis la miraba fijamente. Intentó zafarse de su mano.

—Tengo que irme.

Pero no la iba a dejar. Su otra mano se unió a la primera y la atrajo hacia él. Eran unas manos enormes, pensó al mirarlas, y unos brazos con bíceps ultradesarrollados, que parecían capaces de quebrarla como si fuera de verdad un pájaro. Alina sintió que no podía resistirse.

—Me parece que no estás bien. Te acompaño a tu casa. Pensó en gritar, pero era como si toda la energía la hubiese abandonado. Se dejó conducir mansamente por la mano decidida de Luis. Ya no tenía salida: había caído en una trampa. Sin embargo, cuando miró hacia el costado, el auto con el hombre alto ya no estaba. Y Luis estaba empujándola realmente hasta su edificio. Abrió la puerta con su llave y la dejó pasar. Algo no estaba funcionando como ella pensaba: él no podía pensar en secuestrarla en su propia casa. ¿Se habría equivocado? ¿No era entonces Luis el enemigo? Empezaba a sentir una reconfortante oleada de alivio cuando otra idea la golpeó. ¿Y si era eso exactamente lo que él quería que creyera? ¿Si fingía ayudarla para que ella confiara y luego la atrapaba? Tenía que alejarse. Corrió hacia las escaleras.

—Mejor subamos por el ascensor —le dijo él—, te veo un poco mareada.

—No, estoy bien —se volvió apenas un momento y se forzó a sonreír—. Ya estoy bien, muchas gracias por todo.

Subió saltando los escalones de dos en dos, entró a su casa, cerró la puerta con llave y la atrancó. Recién entonces se dejó resbalar hasta el piso y se quedó ahí, apretando las piernas contra su pecho hasta que dejaron de temblar.

Pensó en decirle todo a su madre. Iba a esperar a tranquilizarse un poco y entonces iría hasta su dormitorio y le contaría lo que había ocurrido. En un primer momento todo le pareció muy claro: los tipos pensaban que ella tenía el documento para el abogado y habían querido atraparla para sacárselo. Pero a medida que fueron pasando los minutos, a medida que su respiración retomaba el ritmo normal y su cuerpo se iba aflojando, empezó a dudar de

lo que había sucedido. El chico estaba ahí y había dicho dos veces la palabra *pájaro*. De eso no había duda. Y era el mismo que había visto en otras ocasiones. Pero ¿por qué había estado tan segura de que el tipo del auto que la miró la quería secuestrar? El muchacho parecía espiar, sí, pero ¿para qué? ¿A quién? ¿Por qué pensar que era a ella? ¿Y si Luis no era más que lo que mostraba, un vecino amable que había querido ayudarla?

Tal vez las inquietantes historias del Chino la habían puesto demasiado nerviosa y estaba imaginando conspiraciones a su alrededor. Y al fin y al cabo, era muy poco lo que sabía del Chino. Recordó la suspicacia de Paula, su impresión de que el tipo estaba completamente loco. Y ahora ella misma estaba entrando en esa locura, imaginando enemigos en todas partes. No iba a decirle nada a su madre: solo lograría asustarla.

Se encerró en su habitación y decidió dedicarse a estudiar, nada más. El Aconcagua, leyó, era la montaña más alta de América. La mirada se le iba por la ventana, hacia la casa de Paula. Parecía no estar en su habitación. Hizo señas con la linterna, pero no hubo respuesta. Volvió a clavar los ojos en el libro de Geografía. En la zona del Aconcagua, decía, hay restos de culturas incaicas: se han encontrado momias muy bien conservadas gracias al clima frío. Oyó ruidos: alguien intentaba abrir la puerta, que ella había dejado trabada. Caminó hasta la sala.

—¿Quién es?

—¿Alina? —la voz de Mercedes llegó a través de la puerta—. No puedo abrir.

Sacó la traba y la dejó pasar, mientras le explicaba que la había puesto de puro distraída.

—¿No ibas a entregar el documento?

—No, al final fue papá.

—Qué bien —sonrió Mercedes—, como querías. Yo pensaba ofrecerte otra vez, pero veo que no hace falta.

Volvió a su habitación y a la Geografía. Fue una expedición inglesa la primera que logró subir a la cima del Aconcagua, en 1897. ¿Y a ella qué le importaba eso? Pensó en mandarle un *mail* al Chino y preguntarle si Rosa y Luis podían ser gente de Elsinger. Hasta empezó a escribirlo, pero se arrepintió. Probablemente él no lo supiera y, además, no le contestaría. Le había dicho que solo le escribiera por alguna urgencia. Decidió resumir la información sobre el maldito Aconcagua y todas las otras malditas montañas de América.

Una hora más tarde su padre golpeó la puerta y, como siempre, entró sin esperar. Le dijo que había depositado el documento en manos del abogado que lo llevaría a Salta y que se sentía muy optimista sobre los resultados que podrían obtener.

¿No tuviste problemas?

No. ¿Qué problemas?

En la calle, ¿no pasó nada?

Roberto la miró extrañado.

¿Qué podía pasar?

Nada, no importa.

Se quedó estudiando aun después de la cena, cuando sus padres ya se habían ido a dormir. Observó la ventana de Paula, pero estaba a oscuras: probablemente también ella se había acostado. No era una mala idea: un buen descanso. Se estaba poniendo el pijama cuando el timbre del portero eléctrico la hizo saltar. Corrió hasta la cocina y levantó el receptor.

—¿Quién es?

Le llegó el sonido de una voz entrecortada e ininteligible.

—¿Quién es? —insistió.

No hubo más respuestas. Dejó el auricular sintiéndose mareada. No me voy a asustar, pensó mientras caminaba hacia su habitación, pero antes de llegar percibió claramente el sonido del ascensor que se detenía en su piso. Retrocedió y esperó. La puerta del ascensor chirrió al abrirse y luego le pareció oír unos pasos atenuados, como de alguien que caminaba en puntas de pie. Apoyó una oreja en la madera. En el primer momento no oyó nada, pero luego le llegaron unos sonidos difusos, como si del otro lado estuvieran rascando la puerta. O quizá, pensó aterrada, intentando forzar la cerradura. La situación era igual a su eterna pesadilla: ruidos amenazadores en medio de la noche que solo ella era capaz de oír. Pero esta vez era real.

Intentó sobreponerse y actuar.

—¿Quién anda ahí?

Lo había querido decir en un tono enérgico, amedrentador, pero el resultado fue el opuesto: una voccecita flaca e infantil que probablemente ni siquiera se había oído del otro lado. Desde la cocina, un ruido la sobresaltó. Cuando miró hacia allí vio que Plácido acababa de levantar la cabeza. Corrió hasta su manta y lo sacudió.

—Plácido —le susurró—, tenés que ladrar fuerte. Como si fueras un perro terriblemente salvaje.

El animal se echó patas arriba para ser acariciado.

—No, idiota, ladrar.

Lo arrastró por el collar hasta la puerta y recién entonces el olfato de Plácido reaccionó a la presencia al otro lado y empezó a ladrar con energía. Alina se puso a la par de él y gruñó. "Estoy en cuatro patas y gruño —pensó—, esto es algo que nunca en mi vida le voy a contar a nadie". Casi

inmediatamente, los ruidos en la puerta cesaron. El hombre debió alejarse porque Plácido dejó de ladrar. Alina pegó su oreja a la madera: no se oía nada.

Se tiró al piso y abrazó al perro.

—Te quiero, Plácido.

Él le devolvió la gentileza con un repugnante lengüetazo lleno de baba en mitad de la cara.

Le llevó una media hora calmarse lo suficiente para poder ir a la cama. Antes volvió a mirar con sus binoculares por la ventana. Enfrente había un muchacho rubio y le pareció que miraba su casa. Pero no pensaba dedicarse a averiguar si de verdad lo hacía.

—Basta —dijo en voz alta—, ya basta con esto.

Se acostó decidida a no pensar más en lo que había sucedido. No quería oír nada, ni el ruido de los árboles agitados por el viento, ni esa canilla que goteaba, ni el crujido del piso vaya a saber dónde. Se propuso concentrarse en el Aconcagua, en sus seis mil novecientos sesenta y dos metros de altura. Pensaba contarlos uno por uno, como si fueran ovejas, hasta quedarse dormida.

34

Diez minutos bajo la ducha y un desayuno capaz de alimentar a una familia entera lograron que Frederick empezara a recuperar algo de lucidez después de quince horas seguidas de sueño. Su primera conclusión sobre Buenos Aires fue que la comunicación era más difícil de lo que había esperado: las palabras en español que soltaba sin mucho orden parecían dejar a sus interlocutores en un estado de estupefacción que no facilitaba el asunto. Aun así, logró comprarse algo de ropa y obtener un mapa de la ciudad que extendió sobre la mesa de su habitación.

En primer lugar, necesitaba localizar la casa de Elisa. Tenía la dirección que había anotado Lucio, pero le costó un buen rato ubicarla. Era, según el mapa, el barrio de Palermo, bastante lejos de su hotel. Pero llegar era el menor de sus problemas. Lo realmente difícil venía después: qué decir y cómo. Si el Chino estuviera con él, todo sería más sencillo. Pero no tenía cómo ubicarlo, Lucio ni siquiera le había dado un teléfono. Quería que hiciera esto solo. Lo maldijo una vez más, tal vez la centésima en los últimos días. No había

imaginado, cuando recibió las instrucciones del viaje, que podía ser algo tan horriblemente difícil de llevar a cabo. Hubiera querido tener a alguien en quien apoyarse, tal vez Fiona o Ian, pero Lucio había insistido en que no hablara con nadie, en que terminara esto por su cuenta.

Había sido la última conversación que tuvieron, pocos días antes de que Lucio desapareciera definitivamente de su vida. Y dos meses antes de enterarse de que había muerto recluido en una residencia cuya ubicación no había querido transmitirle a nadie. Estaba muy enfermo y pretendía vivir sus últimos días en paz, le había dicho aquella tarde, sin temer que algún enviado de Elsinger viniera a adelantar lo que la naturaleza haría en su debido tiempo.

—¿Y si no lo logro? —le preguntó Frederick una vez que tuvo todos los papeles en sus manos—. ¿Si me pasa algo y no consigo entregarles esto?

—El abogado tiene otra copia del testamento y probablemente sea él quien se comunique con Elisa y Alina. Y si eso falla, está la que vas a enviar por correo a través de mi amigo Cal en Holanda. Pero me interesa mucho que entregues esto personalmente.

—¿Por qué?

—Ya lo vas a saber, no seas impaciente.

—¿Y qué dice?

—También eso lo vas a saber a su tiempo.

Odiaba cuando Lucio jugaba a hacerse el misterioso. Varias veces le había pedido que se dejara de dar vueltas y le dijera las cosas de frente, pero solo había obtenido una irritante promesa de que sabría todo a su debido tiempo. No antes.

Frederick se acercó a la ventana y miró el cielo nublado, un conjunto de edificios altos con aire a nuevo y una

avenida por donde zumbaban los autos. Buenos Aires. Pensó que Lucio podría estar ahí con él, en su propia ciudad, cumpliendo la vieja promesa que había quedado sepultada por el tiempo y un millón de problemas: mostrarle el país donde había nacido. Por primera vez en muchos días, se dijo que lo extrañaba. No era algo que le gustara reconocer. Se había prometido intentar que la muerte de Lucio no lo afectara demasiado: quería demostrarse que podía salir adelante por su cuenta.

Lucio había conocido a su madre en un consultorio médico, cuando la enfermedad de ella ya estaba avanzada y la suya no era sino una sospecha. No era un hombre de hacerse amigos con facilidad, pero por algún motivo que él mismo no acertó a descifrar, se sintió cerca de Millie desde el primer momento. Y cuando ella empeoró fue quien estuvo día tras día a su lado, quien la llevó de un médico al otro, cargó con todos los gastos y les puso el hombro después del final.

A él lo había tomado como asistente durante los últimos dos años. En el fondo, Frederick sabía que no lo había necesitado de verdad, sino que era una forma de darle dinero todos los meses sin herir su orgullo. Aunque seguramente también quería un motivo para darle instrucciones, porque a Lucio le gustaba demasiado organizar la vida de los otros. En algunas ocasiones, al verlos juntos, los habían confundido con padre e hijo. Ninguno de los dos había aclarado el malentendido.

Pensó que se estaba poniendo estúpidamente nostálgico. Tenía mil cosas que hacer en lugar de mirar pasar las nubes y sus pensamientos. Para empezar, el llamado que venía postergando. No había dado dos pasos cuando el sonido del teléfono lo paralizó. Nadie sabía que estaba ahí.

Estuvo a punto de dejarlo sonar, pero entonces pensó que probablemente fuera alguien de la recepción del hotel y levantó el teléfono.

—¿Sí? —lo dijo en castellano. Al menos esa breve palabra le salía correctamente.

—¿Cómo estás, Frederick?

Era una voz de hombre y hablaba en inglés. Todo su cuerpo se puso en tensión.

—¿Quién es?

—Saldaño, tu compañero de avión. Quería confirmar que todo estuviese bien. Ayer se te veía muy mal en el aeropuerto...

—¿Saldaño? Ah, sí. Estoy bien, dormí mucho. Me siento mucho mejor.

—Bueno, me quedo tranquilo entonces. Tengo un hijo de tu edad que suele meterse en problemas y pensé que si él estuviera en tu lugar me gustaría que alguien le diera una mano.

—Gracias. Muchas gracias. Quizá... lo llame un día.

—Por supuesto, cuando quieras.

Cuando cortó se sintió mejor. Había alguien en esa ciudad que lo conocía y se preocupaba por él. Por algún rincón de su cabeza cruzó la idea de que Saldaño era *demasiado* amable, pero se la sacudió con un movimiento brusco. Ya no quería seguir alimentando esos pensamientos paranoicos. Respiró hondo y se decidió a hacer lo que debía haber hecho hacía ya varias horas: llamar a Fiona.

Su hermana atendió enseguida, con una voz ansiosa.

—¿Sí?

—Fiona, soy Fred.

Durante una fracción de segundo creyó que no lo había oído. Pero entonces llegó el grito.

—¡Fred! ¿De verdad? —la voz le temblaba—. ¿De verdad?

—Sí, Fiona, soy yo. Estoy bien.

—No lo puedo creer —por un momento se alejó del auricular, agitada—. ¡William! Es Fred. ¡Está vivo!

Entonces volvió a él, súbitamente furiosa.

—Te odio, Fred. No creo que tengas idea de lo que me has hecho sufrir en este tiempo. ¿Por qué no llamaste antes?

—Te pido perdón, pero no pude. Las cosas salieron muy mal.

Le resumió como pudo, tropezando cada tanto con las palabras, todo lo que había pasado, desde el secuestro al momento en que lo tiraron del auto, la internación, las dificultades para hablar, cómo lo había salvado ser confundido con otra persona y el necesario escape. Se calló cuando la oyó llorar.

—Fiona...

—Es todo culpa mía —intentó contener el sollozo—. Podrías estar muerto. No tendría que haberte dejado hacer esto. Ni muchas otras cosas: no tendría que haberte permitido que trabajaras con Lucio ni que vivieras solo.

—No iba a quedarme para ser el hermanito molesto de la pareja recién casada.

—Podríamos haber vivido muy bien los tres juntos —la oyó sonarse la nariz—. ¿Y dónde estás ahora?

—En la Argentina.

—¿Qué? —por un momento hizo silencio—. Mañana me tomo un avión y te voy a buscar.

—¡No! Fiona, tengo dieciocho años. Y aquí está todo tranquilo. Voy a quedarme unos días, hasta cumplir con el pedido de Lucio, y después me iré a algún lado a descansar. Ahí podemos encontrarnos. Donde elijas.

—Quiero que me prometas que no vas a meterte en problemas.

—No voy a meterme en problemas.

—Y quiero el teléfono de tu hotel.

—Ahora te lo doy.

—Y también quiero que prometas que vas a llamarme todos los días.

—Está bien.

—Que lo prometas, dije.

—Lo prometo.

—Te quiero, hermano idiota.

—¿No me odiabas?

—Sí, también te odio.

Cuando finalmente estuvo listo para salir hacia la casa de Elisa, ya empezaba a caer la tarde. En la recepción del hotel le dieron instrucciones para tomar el subterráneo, pero se pasó de estación y tuvo que rehacer parte del recorrido. El viaje se hizo largo. Al salir a la calle se sentía cansado y la pierna había vuelto a dolerle, de modo que decidió sentarse a tomar un café con un sándwich y un analgésico. Miró el reloj mientras caminaba: era demasiado tarde para presentarse, pero ya que estaba allí quería echarle una ojeada al lugar. Era un edificio bajo, de apenas cuatro pisos. Se paró enfrente y observó el primer piso, donde según los datos que tenía vivía Alina. Había luz en una habitación y alcanzó a ver fugazmente a una chica junto a la ventana. Tenía que ser ella. Fue entonces cuando cambió de idea: sabía que sus padres eran sordos, de modo que si tocaba el timbre no iba a molestar a nadie más que a la propia Alina. No lo pensó más y presionó el botón del primer piso. Recién cuando oyó la voz adolescente

responder cayó en la cuenta de que no había pensado qué decir. Las palabras en español salieron de manera caótica e incomprensible.

—Yo... busco... estoy... mi... Frederick.

Se daba cuenta de su error, pero cuanto más lo intentaba, peor le salía.

—¿Quién es? —insistió la chica.

En ese momento un hombre salió apurado del edificio. La puerta empezó a cerrarse muy lentamente y Frederick la detuvo. Pensó que si subía todo sería fácil: la conversación cara a cara tenía que ser más fluida y siempre podía usar las manos para ayudarse. Tomó el ascensor hasta el primer piso, pero ya cuando cerraba la puerta volvió a dudar de todo el asunto. ¿Cómo iba a presentarse a las once de la noche a contar una historia tan confusa y, para colmo, con medias palabras? Seguramente no haría más que darle un susto horrible a Alina. Parado frente a la puerta, tuvo una idea mejor: una nota. Rebuscó en sus bolsillos, pero solo encontró la factura arrugada de una compra y un lápiz con poca punta. Tendría que arreglarse con eso. Apoyó el papel contra la puerta y empezó: "Alina...".

Ahí se detuvo. ¿Cómo explicar en español quién era y cuál era el motivo de su visita? Lamentó no haber llevado el diccionario. De pronto todo le pareció mal pensado y mal hecho. Se sentía cansado, dolorido, harto de que las cosas resultaran tan difíciles. No iba a quedarse toda la noche pensando una nota. Escribió: "Mi nombre está Frederick viniendo de Lucio". No sonaba muy bien. Cuando empezaba a pensar cómo pedir que lo llamara a su hotel, al otro lado de la puerta un perro se puso a ladrar históricamente. ¿O eran más de uno? En un segundo se le cruzaron por la cabeza dos horrorosas posibilidades. La primera: alguien

abría la puerta y los perros, entrenados para atacar, se le tiraban encima. La segunda: alertada por los perros, Alina llamaba a la policía y él tenía que dar esas difíciles explicaciones a un oficial con poca paciencia.

Quince segundos después, estaba otra vez en la calle. Miró hacia la casa, pero todo estaba a oscuras.

35

Pocas cosas mejores que sacarse de encima un examen después de sufrirlo durante días. Alina se sentía alegre, optimista, ligera. Sobre todo eso, le dijo a Paula: ligera.

—Como si me hubieran sacado una montaña de encima.

Tenían la casa para ellas. Elisa había salido a hacer una serie de compras y trámites con Mercedes, que al día siguiente se iba a Paraná a celebrar el cumpleaños de su hermana Carmen. Se acababa la visita. Había sido una ayuda, pero aun así Alina estaba contenta de que se fuera y la casa recuperara su funcionamiento normal, que pudieran conversar, pelear o ignorarse tranquilos, sin esos ojos externos que la hacían sentirse juzgada.

Pero nada de eso importaba hoy. Alina se acomodó en el sillón, puso los pies sobre la mesa ratona y le alcanzó las galletitas de chocolate a Paula mientras elegían qué ver en la televisión. Era una maravillosa tarde de viernes. Dos paquetes de galletitas y una película de terror más tarde, miró la hora. Le sorprendió ver que eran las siete y Elisa aún no había regresado. Pero fue una idea fugaz, que no volvió a cruzar por su cabeza hasta una hora después,

cuando Roberto abrió la puerta. Ya entonces Paula había vuelto a su casa.

¿Y tu madre?

Alina se encogió de hombros. Seguramente los trámites eran más largos de lo que habían previsto. Pero ante su insistencia, envió un mensaje de texto desde su teléfono celular al de Elisa. No hubo respuesta. Quizá se había quedado sin batería, le dijo a su padre, solía sucederle. Pasó otra hora antes de que empezara a considerar de verdad que algo podía haber pasado. Era muy inusual que Elisa se retrasara tanto sin mandar algún aviso. Envío un nuevo mensaje y chequeó su correo electrónico, pero tampoco había nada.

Cuando media hora más tarde su padre se paró en la puerta de su habitación, Alina pensó que la preocupación lo hacía parecer más viejo. Pero era evidente que él quería disimular.

Podríamos preparar la comida, así está todo listo cuando ellas lleguen.

De todas formas, no había demasiado por hacer. Calentaron el pastel de carne que estaba en la heladera y pusieron la mesa con inusual dedicación, como alargando cada paso para darle tiempo a Elisa a llegar en el preciso instante en que todo estuviese listo. Pero no sucedió. Al fin Roberto se sirvió un vaso de vino, se sentó y miró el reloj.

Diez menos cuarto. Hay que hacer algo.

Fue el momento en el que Alina decidió hablar. En el último rato no había podido sacarse de la cabeza la imagen del chico que decía *pájaro* cuando ella pasaba, ni del tipo alto que había bajado del auto con la intención —ahora no le cabía duda— de secuestrarla. Quizá finalmente habían atrapado a Elisa. Empezó a contarle a Roberto de

sus sospechas, de Rosa y Luis, de los ruidos que la habían sobresaltado en la noche. Pensó que él iba a enfurecerse porque no lo había dicho antes, pero la sorprendió.

Gente rara. Yo también lo pensé: un auto detenido frente a la puerta demasiadas veces, personas que no habíamos visto antes.

Se miraron, como evaluando si seguir, pero ambos callaron.

¿Llamamos a la policía?

Roberto negó con la cabeza.

Es muy pronto. No nos van a hacer caso. Y puede ser que no haya pasado nada. Tenemos que pensar cómo encontrarla.

Hubo otro rato de silencio hasta que Alina reparó en algo evidente, que se les había pasado por algo.

Mercedes también tiene un teléfono celular. Yo se lo vi en las manos.

Su padre asintió. Sin decir nada se puso de pie y fue en busca de la agenda de Elisa, pero después de revolver el dormitorio y los cajones, concluyó que se la había llevado. A esa altura, Alina había vencido sus resistencias y revisaba sin timidez la habitación que usaba Mercedes. Era un pequeño estudio junto a la sala donde apenas entraban la cama y un mueble con cajones. Todo estaba muy pulcramente ordenado, observó sorprendida, ni un solo papel fuera de lugar. En los cajones solo había ropa, escasa pero muy bien doblada. No encontró agendas, cuadernos, sobres ni documentos. El único rastro del celular era el cargador, enchufado junto a la cama.

Los dos volvieron a sentarse a ambos lados de la mesa.

¿Quién la conoce?

¡La hermana! Era amiga de mamá. Quizá podamos conseguir su teléfono en Paraná por el servicio de informaciones.

Alina volvió al teléfono y pidió el dato. Mientras la operadora buscaba, cruzó los dedos a su espalda.

—Sí, hay una Carmen Ruano en la ciudad de Paraná —dijo al fin la operadora—. ¿Toma nota?

Ahora sí que estaban en el camino correcto: ella tenía que conocer el teléfono celular de su hermana. Marcó nerviosamente y volvió a cruzar los dedos. Solo sonó tres veces antes de que atendiera una voz masculina y joven. Dijo que efectivamente era la casa de Carmen Ruano. Para estar segura de haber dado con la persona correcta, Alina le preguntó si era nacida en Salta.

—Sí —el muchacho parecía desconcertado—. Yo soy su hijo, ¿por qué asunto es?

—Mi madre fue compañera de la tuya en la escuela. Me llamo Alina y necesito preguntarles algo.

—Y yo, Fernando. ¿Qué necesitás exactamente?

—El número del teléfono celular de Mercedes. Tal vez sepan que ella está parando en mi casa, en Buenos Aires, pero nos desencontramos y...

—¿El teléfono de quién?

La voz se había puesto más seca.

—De Mercedes, la hermana. Es decir, tu tía.

—Si es una broma, no tiene gracia.

El tono ahora era cortante. Alina se sintió desconcertada.

—No. ¿Por qué decís eso?

—Mercedes está muerta. Hace tres años. No tengo ninguna otra tía.

36

Había pasado una buena noche y no sentía ya ningún dolor en la pierna. Frederick se incorporó en la cama y pensó en lo que había sucedido en los últimos días. Ahora que tenía la cabeza mucho más clara, su excursión nocturna a la casa de Alina le parecía un disparate. Si alguien lo había visto, probablemente habría sacado la peor de las conclusiones: que era un ladrón o un delirante. Tenía que encontrar otra forma de comunicarse con ella, algo normal que no lo hiciese parecer loco. Lo más lógico era llamarla por teléfono y concertar una cita, pero su escaso español había demostrado ser muy deficiente en esas circunstancias y dudaba de que ella hablara inglés. La salida sería encontrar un intérprete para ese llamado. Una vez que estuvieran cara a cara, estaba seguro de que todo sería más fácil.

Pensó en primer lugar en uno de los receptionistas del hotel, que hablaba un inglés muy correcto. Sin embargo, era un tipo desagradable. Parecía siempre muy ocupado y a cada pregunta respondía en un tono cortante, como para poner de manifiesto que tenía poco tiempo. También había visto en la recepción un par de veces a una chica, amable y

linda, a la que hubiese elegido con placer para la tarea, pero su inglés apenas alcanzaba para el saludo y probablemente ni siquiera podría explicarle lo que necesitaba con claridad.

Mientras se duchaba se preguntó por qué no pedirselo a Manuel Saldaño. Probablemente fuera una persona bastante ocupada, pero había dado suficientes muestras de interés por él. No le iba a molestar. Lo siguió pensando durante el desayuno y con la segunda taza de café con leche ya estaba decidido. Lo llamó a la oficina apenas entró en su habitación. Tuvo que pasar por dos secretarías hasta que finalmente oyó su voz al otro lado de la línea. Le explicó el asunto sin entrar en demasiados detalles, pero acentuó que necesitaba hacer el llamado ese mismo día.

—Claro, no hay problema. Solo que tengo un día muy malo en la oficina: una reunión tras otra. ¿Podrías pasar a la noche por casa? Llego a las nueve y media. Podemos comer algo y de paso te presento a mi hijo.

Aceptó y anotó la dirección. Hubiera preferido hacerlo más temprano, pero ya no tenía alternativa.

A las nueve y media en punto estaba tocando el timbre. Era una casa agradable, con un pequeño jardín en la entrada. Desde el interior le llegó el ruido de un televisor con el volumen alto. Saldaño le abrió la puerta agitado y sonriente.

—Rápido —dijo mientras lo llevaba de un brazo hacia la sala—, estamos viendo el segundo tiempo del partido más importante del campeonato: Boca-River.

Probablemente observó su cara de desconcierto, porque enseguida aclaró:

—Boca y River son los dos principales equipos de fútbol del país. El mejor es River: es decir, el nuestro. Este partido

define el campeonato y van uno a uno. Está emocionante: increíblemente emocionante. Y este —agregó por último ya junto al sillón— es mi hijo José.

Frederick le extendió la mano a un adolescente que no parecía tener más de dieciséis años y que apenas sacó un segundo los ojos de la pantalla para saludarlo. Se sentó junto a ellos en el sillón, mientras pensaba que no parecía ser el mejor momento para recordar el asunto del llamado. Tendría que esperar. Saldaño le informó que debía de estar a punto de llegar la pizza que había encargado para los tres: tal vez la interrupción para comer sería una buena oportunidad para hacerlo.

Pero no hubo interrupción. La comida llegó dos minutos antes de que River marcara su segundo gol, momento en el que Saldaño y su hijo se pusieron de pie y saltaron abrazados mientras cantaban algo que parecía incluir alusiones escasamente delicadas sobre los contrincantes. Los gestos que las acompañaban eran bastante gráficos. Frederick se rió divertido y aceptó cortar la pizza, que fue distribuida sin moverse del sillón. Cuando Boca igualó con un segundo tanto, su indignación fue pareja con la de los Saldaño, que le explicaron minuciosamente por qué el gol debió haber sido anulado. Y para el momento en que River convirtió el tercer tanto, el que le dio la victoria definitiva y provocó un concierto de bocinazos en la calle, Frederick ya sabía la canción y la gritaba saltando junto a los demás en medio de la sala.

Todo eso explica que se hiciera un poco tarde. Cuando terminó el festejo, apagaron el televisor y Frederick miró la hora: pasaban las diez y media.

—¡El llamado!

—No te preocupes —le dijo Saldaño—, ya lo hacemos. ¿De qué se trata?

—Hay que hablar con una chica, Alina. Necesito que le diga que traigo unas cosas de parte de Lucio Blanco, desde Sudáfrica, y que es muy importante verla cuanto antes para entregárselas. Mañana, si es posible.

Saldaño pareció algo incómodo.

—¿Unas cosas? Frederick, esto no será algo raro, ¿no? No quisiera meterme en problemas.

—¿Problemas? No, no hay problemas.

—¿No será una cuestión de drogas o algo semejante?

—¡No! —se dio cuenta de que estaba elevando la voz más de lo necesario—. Nada que ver, lo que traigo son papeles. Un testamento.

Apenas lo dijo, pensó que estaba hablando demasiado. Se había puesto nervioso con las dudas de Saldaño y había dicho más de lo que quería.

—Solo son papeles —insistió—, nada más.

Saldaño pareció conforme y marcó el número. Frederick alcanzó a entender que preguntaba por Alina, pero perdió lo que seguía hasta que el otro tapó la bocina del teléfono y le aclaró en inglés:

—Alina no está. Estoy hablando con su tía. ¿Le dejo dicho que te llame al hotel?

—Sí. Y que le diga que traigo algo importante, de parte de Lucio.

El mensaje fue transmitido claramente, incluyendo el teléfono del hotel y el número de la habitación. Una vez que Saldaño cortó, Frederick se sintió recorrido por una placentera ráfaga de alivio. Mientras lo acompañaba a la cocina a preparar el café, pensó que al fin las cosas se habían encarrilado. Sin duda, en la mañana Alina lo llamaría y luego no quedaba más que entregarle los papeles. En pocos días, el asunto finalmente estaría terminado. Era la primera vez

en mucho tiempo que se sentía verdaderamente relajado, rodeado de amigos, sin miedos. Aceptó un bombón de chocolate que le ofreció José y lo dejó derretirse en su boca mientras disfrutaba de esa agradable sensación.

Alina apoyó el teléfono en la mesa, incapaz de darse vuelta y mirar a su padre. Todo el cuerpo le temblaba. Sintió que las manos de Roberto la tomaban por los hombros y la hacían girar.

¿Qué? ¿Qué pasa?

Ella es una mentira.

¿Cómo? ¿Cómo una mentira?

Se tiró en el sillón sin responder. Sentía una tremenda presión en el pecho. Todo era culpa de ella. Si hubiese dicho antes...

—¡Alina!

El padre usó su voz. Nunca lo hacía en casa.

Es todo una farsa. Hablé con el hijo de Carmen y me dijo que su tía, la verdadera Mercedes, murió hace tres años.

¿Cómo? No entiendo.

Yo tampoco. Supongo que la mandaron a buscarnos. Es alguien que estuvo representando un papel. Mamá no podía reconocerla porque no se veían hacía mucho tiempo.

Roberto se dejó caer junto a ella y se tomó la cara con las manos. Durante unos segundos no hablaron.

Es decir que se hizo pasar por alguien para acercarse a nosotros. Para conseguir nuestra confianza.

Y espiarnos. Así supieron todo lo que hicimos, todo lo que planeamos en este tiempo. Llamemos a la policía.

Roberto negó con la cabeza.

¿Qué le vamos a decir? Tu madre desapareció con una mujer que no sabemos cómo se llama... Esperemos un poco más.

Le tomó una mano. Alina apoyó la cabeza contra él y por un momento cerró los ojos. Fue entonces cuando oyó un ruido: el ascensor se detenía y la puerta estaba abriéndose. Liberó su mano y le hizo rápidas señas a su padre.

Alguien viene. Ruido de llaves.

Los dos se pusieron de pie al mismo tiempo. Cuando Elisa entró, sus caras la asustaron.

¿Qué pasa?

Ella sonrió, como disculpándose.

Ya sé, estaban preocupados.

Ninguno de los dos contestó. No podían despegar los ojos de quien estaba cerrando la puerta. Como si nada hubiera pasado, la falsa Mercedes acababa de entrar y los miraba sonriente.

Roberto fue quien primero logró reaccionar.

¿Qué pasó? ¿Dónde estaban?

Ahora les cuento.

Elisa apoyó las bolsas que traía en una silla y se dejó caer en el sillón. Ya no tenía el yeso en el pie, pero aún cojeaba un poco.

Estoy cansada, me duele el tobillo. Nos pasaron tantas cosas... No lo van a creer.

Alina observó a Mercedes, que estaba colgando los abrigos en el perchero. No parecía sospechar nada.

¿Qué?

Fuimos testigos de un robo que casi terminó en muerte.

¿Muerte?

Ahora Mercedes se había sentado y asentía al relato de Elisa. Todo había empezado cuando llevaban diez minutos en la calle intentando infructuosamente conseguir un taxi. En ese momento se detuvo uno a algunos metros de ellas. Se apuraron para no perderlo y vieron cómo bajaba una pareja: el hombre llevaba un maletín en la mano. De pronto apareció un tipo que tenía puesto un impermeable negro y, sin decir ni una palabra, intentó arrebatarle al otro el maletín, en el que —según supieron después— había mucho dinero. El primero se resistió, hubo un forcejeo y el atacante sacó un cuchillo que le clavó en el vientre. La mujer gritó histéricamente mientras su acompañante, lleno de sangre, caía al asfalto. El otro salió corriendo. Enseguida apareció un policía y, una vez que el herido fue trasladado en ambulancia, les pidieron a los testigos que fueran a la comisaría. Eran ocho personas, y las cosas se habían ido alargando más de lo esperado.

¿Por qué no llamaste?

Me había dejado acá mi celular y el de Mercedes se quedó sin batería. En la comisaría no nos quisieron prestar el teléfono. ¿Se preocuparon mucho?

Alina asintió.

¿Y pudieron declarar?

Yo no, porque cuando se dieron cuenta de que era sorda, dijeron que iban a conseguir un intérprete oficial y me iban a convocar otro día. Y Mercedes se había olvidado su documento, entonces solo le tomaron los datos. Tengo hambre, ¿comieron?

En el momento en que se pararon para ir a buscar la comida, Alina observó que Mercedes se metía en el baño.

Arrastró a sus padres hasta la cocina y soltó lo que había estado pensando con señas rápidas y un ojo en la puerta, para evitar ser vista.

Tenemos que salir de acá.

¿Qué?

Mercedes no es quien parece... No te podemos explicar ahora, pero tenemos que salir. Después de comer, vayamos a casa de Paula. Está sola, no hay problema.

Roberto asintió, pero Elisa parecía disgustada.

No entiendo nada. ¿Qué es todo esto?

Roberto la tomó de un brazo. Estaba serio.

Después vas a entender. Ahora hacé lo que decimos.

Comieron rápido y casi sin hablar. Alina deslizó al pasar que enseguida iban a irse, porque los padres de Paula habían invitado a Elisa y Roberto a tomar un café. Mercedes pareció sorprendida.

—¿Ahora?

—Sí, como es viernes y mañana no hay que madrugar...

—Qué bueno —los ojos de Mercedes se volvieron un momento hacia Elisa—, yo me voy a dedicar a preparar mi equipaje con tranquilidad, porque me voy por la mañana.

Pero Elisa no la miraba. Su incomodidad era tan evidente que Alina se apuró a levantar los platos.

Ya vamos, que nos esperan.

Se pusieron velozmente los abrigos y saludaron a Mercedes. Alina pensó que tenía que intuir algo, porque la tensión en el ambiente era demasiado obvia. Apenas salieron a la calle, Elisa se detuvo y los increpó. Estaba irritada.

Quiero saber de qué se trata este asunto. ¿Se volvieron locos?

Roberto negó con la cabeza y la forzó a acelerar el paso hasta que entraron en casa de Paula. Recién entonces le

explicaron todo, desde el momento en que habían empezado a intentar encontrarlas, hasta la comunicación con Carmen. Elisa los miraba incrédula.

No puede ser.

Yo creo que tenemos que llamar a la policía y que la detengan.

Elisa miró a Alina horrorizada.

¿Policía? No, no. Tiene que ser un error. Ella es mi amiga.

No es un error, mamá. Dijiste que en la comisaría no tenía sus documentos encima. Pero yo revisé muy bien su cuarto en busca del teléfono y tampoco encontré ningún documento ahí. ¿No te parece raro?

Elisa se encogió de hombros.

Que no tenga documentos no quiere decir que sea una impostora.

Tampoco hay papeles. Dijo que estaba tramitando la sucesión de su marido, pero no hay nada.

Mientras hablaban, Paula había estado mirando con sus binoculares por la ventana.

—Acaba de atender el teléfono —dijo de pronto.

—¿Un llamado a esta hora? Qué raro.

Alina tomó los binoculares de su amiga y observó.

—Mejor apaguemos la luz, así no puede vernos.

Los cuatro pegaron sus narices al vidrio. Al otro lado de la calle, Mercedes gesticulaba ante el aparato.

—¿Qué dice, Alina?

—No alcanzo a ver, está mirando hacia abajo. Ahora anota algo en un papel.

Casi de inmediato cortó. La vieron tranquilamente sentada, pasando las hojas de una libreta o quizá un cuaderno que sacó de su cartera. Ninguno de ellos hablaba: todos tenían los ojos fijos en esa mujer que de pronto se había

develado extraña, terrorífica, llena de misterios. Era raro, pensó Alina: pocas horas atrás era una amiga y de pronto se había convertido en un peligro. Elisa suspiró y le tocó el brazo a Roberto para llamar su atención.

Esto es absurdo. Tiene que haber una explicación. Ella es una buena persona.

Él no alcanzó a responderle porque Alina les llamó la atención.

Ahora está haciendo un llamado.

—¿Llegás a ver lo que dice? —preguntó Paula.

—No. A ver, está levantando la cabeza —Alina movió los binoculares para enfocar mejor—. “Ya está. Vengo... el húmedo, o número... chico”. ¿De qué hablará?

—¿Se fue?

—Sí, cortó y fue a la habitación.

Pasaron varios minutos más. Estaban por abandonar, cansados de mirar la misma escena inmóvil, cuando la vieron entrar otra vez en la sala. Ahora llevaba su equipaje hecho. Lo dejó en el suelo y se inclinó sobre la mesa, aparentemente escribiendo algo. Después abrió la puerta.

—¡Se va! ¡Se escapa!

Alina se volvió hacia sus padres.

Tenemos que impedirle que escape, llamemos ahora a la policía.

Elisa negó con la cabeza.

No, dejemos que se vaya, por favor.

Alina advirtió que tenía lágrimas en los ojos. Desvió la mirada otra vez a la ventana y vio cómo la falsa Mercedes dejaba la casa.

El Chueco Bermúdez tomó el celular con una sonrisa en los labios y marcó el número que él le había dado por si había alguna situación de emergencia. Esta vez tenía una buena noticia.

—¿Jefe?

—¿Qué pasa?

El tono era brusco, como si lo estuvieran interrumpiendo en algo importante.

—Lo tenemos ubicado.

—¿A quién?

—Al chico sudafricano. El que esperábamos. Está en un hotel del centro. Nos pasó el dato ya sabe quién.

—¿Y qué están haciendo?

—¿Quiénes?

—Ustedes, idiota. ¿Qué hicieron?

—Nada, le estoy avisando.

—¿Me estás avisando? Qué bien, así le das tiempo a irse.

—¿Irse? No, ¿por qué dice eso?

—¿Por qué digo eso? —la voz ahora sonaba exasperada—. Que no pierdas el tiempo, eso digo. Ya mismo se van para ahí y consiguen lo que queremos.

—¿Al hotel?

—¿Y adónde va a ser si no?

—Meterse en un hotel... es un riesgo.

—Claro que es un riesgo, idiota. Para eso te pago, para que corras riesgos. Sin los papeles no te vas.

—¿Y si se resiste?

—No me importa cómo. Conseguí los papeles.

—Está bien.

El Chueco se apuró a cortar sin decir otra palabra. Por un instante se sintió satisfecho consigo mismo, pero enseguida pensó que probablemente él había cortado al mismo tiempo y ni siquiera había notado que le había ganado de mano.

Inmediatamente después del desayuno, Frederick pasó por la recepción para averiguar si tenía algún llamado. Le sorprendía no haber recibido aún noticias de Alina, pero se dijo que probablemente iba al colegio por la mañana y se comunicaría al volver. Sin otra cosa que hacer más que esperar, le pareció que era una buena oportunidad para echarle una ojeada al centro de Buenos Aires.

No había dado más que unos pasos fuera del hotel cuando se topó con una librería y decidió comprar una guía turística de la ciudad. Después se internó por las calles de un barrio que, según dedujo en la guía se llamaba San Telmo y parecía estar lleno de negocios de antigüedades. Tal vez porque el día se estaba poniendo cálido y decididamente primaveral, o solo porque al fin le parecía que iba a poder cumplir con la misión que le había impuesto Lucio, se sentía de excelente humor. Siguiendo un impulso, entró en un negocio y le compró una pulsera a Fiona. Era probable que estuviera pagando demasiado por ella, pero a su hermana le iba a gustar y en ese momento se sentía extrañamente deseoso de complacerla. Esa misma tarde pensaba llamarla y

dejarle saber sus planes: unas vacaciones en las islas Mauricio. Era un lugar con varias ventajas: una playa espectacular para tirarse boca arriba y olvidar el mundo y la suficiente cercanía de Sudáfrica como para que Fiona y William pudieran ir a pasar unos días con él.

Se sentó en el banco de una plaza y, mientras sentía el calor suave de ese sol primaveral en su cara, se imaginó la escena con todos sus detalles. Playa increíble: mar azul, arena blanca, poca gente. En el centro de la escena, él: cierra los ojos recostado bajo una palmera y deja que sus pies se hundan en la arena, arrullado por la brisa, por el sonido del mar... y, probablemente, por la voz de Fiona. La idea le hizo abrir los ojos otra vez. Su hermana iba a querer hablarle del futuro. Ya lo había intentado, pero luego todo se había vuelto tan caótico que las conversaciones normales habían perdido sentido. Sabía que apenas las cosas se calmaran iba a insistir: él tenía que pensar en su futuro. Porque ahora que no estaba Lucio, iba a decir Fiona, debían arreglárselas solos, y entonces sería bueno que él entrara de una vez en la universidad... Pero las cosas aún eran confusas. No tenían ni idea de lo que decía el testamento, de lo que Lucio esperaba de ellos. Quizá había dinero. La idea le producía excitación y al mismo tiempo miedo. No sabía qué hacer con su futuro... Tampoco sabía qué decía la carta que había estado guardando en su bota izquierda. Lucio le había dicho que no la abriera hasta que estuviera con Elisa y Alina. Además, estaba escrita en castellano, de modo que no habría entendido gran cosa. Pero intuía que ahí había algo importante, algo que podía resultar decisivo para su futuro.

No tenía sentido seguir especulando: ya faltaba poco. Dejó el parque y decidió comer un sándwich antes de volver

al hotel. Así le quedaría el resto del día libre para esperar el llamado de Alina y concertar una cita con ella en algún sitio donde pudiera entregarle los papeles.

La chica linda estaba tras el mostrador de la recepción cuando volvió.

—¿Algún mensaje? —le preguntó en un trabajoso español luego de pedir la llave.

—No —sonrió y se le marcaron dos encantadores hoyuelos—, no hay nada.

Frederick se dirigió hacia el ascensor con la llave en la mano y apretó el botón. En el momento en que lo hizo sintió como si alguien hubiera tropezado con él y le estuviese clavando un objeto rígido en la espalda.

—Eh —dijo sobresaltado, pero no pudo darse vuelta. Otro tipo, muy alto, se había colocado a su lado y le apretaba el brazo.

—No hagas nada —le susurró al oído—, lo que tenés en la espalda es una pistola.

En verdad, no entendió todas las palabras, pero no había que ser un genio para captar la idea. En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y los tipos lo empujaron suavemente adentro. Uno se apuró a marcar el cuarto piso, donde estaba su habitación, mientras el otro se mantenía junto a él, apretando contra su cuerpo un impermeable doblado que escondía el arma. Cuando vio que las puertas se cerraban, Frederick se dijo que esta vez sí sus horas estaban contadas. Algo, sin embargo, detuvo al ascensor en el último instante: una mano se interpuso e hizo que las puertas se abrieran otra vez.

—Momento —vio que entraba el recepcionista antipático—; subimos.

Venía acompañado por una mujer, evidentemente una pasajera, con la que estaba conversando. El muchacho marcó el tercer piso y recién entonces prestó atención a los otros ocupantes del ascensor. Tal vez percibió algo, pensó Frederick, porque después de observar a los dos tipos clavó la mirada en él y le pareció que sus ojos contenían un interrogante.

—¿No tuvo más problemas con el agua caliente? —le preguntó en su perfecto inglés.

Frederick sintió en su costado la presión de la pistola. La pregunta era verdaderamente extraña, porque él no había tenido ningún problema con el agua. Le estaba dando una oportunidad. Dudó unos segundos y mientras respondía rogó al cielo que sus captos no hablaran inglés.

—Ahora funciona bien —sonrió ampliamente, como si no le preocupara otra cosa en el mundo—, pero sería bueno llamar a Seguridad.

Aunque el arma volvió a hacer presión contra su cuerpo, no hubo otra reacción de los tipos. En el muchacho le pareció percibir un leve sobresalto, pero si fue así logró contenerlo enseguida.

—Seguro —devolvió la sonrisa—, en cuanto sea posible.

En ese momento, el ascensor llegó al tercero y el recepcionista bajó con la mujer sin volver a mirarlo. Apenas terminaron de cerrarse las puertas, una mano lo agarró del pelo y tiró hacia abajo. Sintió que una ola de dolor le recorría el cuerpo: el cuero cabelludo parecía estar por desprenderse de su cráneo.

—Ahora te vas a quedar callado —le susurró uno de los tipos, mientras lo empujaba fuera del ascensor.

En el pasillo no había nadie. El tipo le quitó la llave de la mano y abrió su habitación, adonde lo hizo entrar con

un nuevo empujón. Una vez que la puerta se cerró, el más bajo de los dos lo tiró de un golpe al piso.

—Los papeles. Nos vas a dar los papeles ya.

Mientras uno le apuntaba, el alto acababa de vaciar su mochila sobre la cama. Revisó su libreta y abrió el paquete con el regalo de Fiona, pero enseguida pareció descartar que lo que buscaban estuviera ahí. El caño del arma se acercó un poco más a su cabeza.

—Ya te lo dije, danos los papeles si quieres vivir.

Frederick pensó que tenía que ganar tiempo. Era lo único que importaba: ganar tiempo para que el recepcionista pudiera hacer algo. Si aceptaba entregarles los papeles, ya no les serviría: su vida no valdría dos centavos. Empezó a incorporarse.

—Yo no saber... —balbuceó en castellano—. Turista... no entender...

Una patada contra su cara lo volvió a tirar al piso. El labio inferior sangraba profusamente.

—No somos idiotas. Los papeles.

Se puso una mano en la boca para detener la hemorragia, pero no hizo más que distribuir la sangre por su cara. Con mucho trabajo, logró arrodillarse y metió una mano en el bolsillo de su pantalón. Sacó primero un pañuelo y después todos los billetes que tenía. Se los extendió a uno de los hombres.

—Dinero.

Esta vez, la trompada dio en su nariz. Volvió a caer y ya no intentó levantarse: quedó acurrucado en el piso mientras se apretaba el pañuelo contra la boca.

—No le pegues tanto —dijo el más alto mientras revisaba el armario—. Por ahora lo queremos vivo. Acá hay una caja fuerte. Habría que encontrar la llave.

El que lo había golpeado empezó a patearlo.

—Dame la llave.

—No sé... ¿Llave? No...

Las patadas fueron ahora contra su estómago. Se dobló en dos mientras el tipo le sacaba todo lo que tenía en sus bolsillos: monedas, las facturas de unas compras, el papel de un chocolate. El otro, en tanto, daba vuelta los cajones. La llave no aparecía.

En ese momento sonaron tres golpes en la puerta. Uno de los tipos le acercó la pistola a la cabeza al mismo tiempo que oían una voz que llamaba.

—¿Señor Bruege? ¿Está todo bien?

—Contestá —le susurró el tipo, pero Frederick se mantuvo en silencio, sin soltar el pañuelo que contenía la sangre de sus labios.

—¿Señor Bruege? —insistió el de la puerta.

Los tipos se miraron. Hubo más golpes.

—¿Señor Bruege?

—Sí —dijo al fin uno de ellos en voz no muy alta—, estoy durmiendo. No molesten.

Al otro lado se hizo silencio. Frederick rogó para sus adentros que el guardia no se hubiese dejado convencer por una estrategia tan burda, pero durante unos momentos pareció que, efectivamente, se había ido. En la cara del tipo que había hablado empezaba a dibujarse una sonrisa triunfante cuando llegó, nítido, un ruido en la cerradura. El guardia estaba usando la llave maestra.

El que llevaba el arma se acercó con tres rápidos pasos a la puerta y esperó. Cuando el guardia finalmente logró abrirla y asomó su cabeza, encontró el caño de una pistola a escasos centímetros de su frente.

Se había puesto pálido, pensó Frederick. Era un hombre mayor, con un estómago prominente y cara de odiar las

peleas. Levantó las manos para mostrar que venía desarmado, mientras el tipo alto lo hacía entrar tirando de su chaqueta y cerraba la puerta tras él. De inmediato lo revisó y le sacó del bolsillo un cortaplumas y el manojito de llaves.

Le puso el arma en la cara.

—¿Quién te mandó?

Parecía que el hombre iba a ponerse a llorar.

—De... de... la recepción —balbuceó.

—Ahora —el alto señaló el teléfono— vas a llamar para avisar que aquí está todo bien.

—Sí, sí... —el guardia avanzó hasta la mesa tambaleándose—, pero abajo ya avisaron a la policía. Deben estar por llegar.

El otro le pegó una cachetada.

—Llamá.

Los dedos temblorosos marcaron el número de la recepción.

—¿Roberto? Soy Claudio. Acá en la 412 está todo tranquilo, el pasajero duerme —oyó durante un momento—. Sí, muy bien, voy a seguir la recorrida.

—Ahora vas a abrir esa caja —le dijo el que le había pegado, y le arrojó las llaves.

Como había dejado de ser por un rato el centro de la atención, Frederick se permitió observar a sus captores. El más alto parecía ser el jefe: tenía el pelo muy corto, un bigote cuidado y una cara angulosa que le recordaba a un actor inglés cuyo nombre no sabía. El otro, en cambio, era un tipo común y corriente: ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni lindo ni feo: una de esas personas que nunca se recuerdan.

El guardia tomó el manojito de llaves y miró a los tipos con expresión desolada.

—Esto es para abrir puertas, no cajas fuertes.

—Hacelo —le contestó el alto y le pegó en la nuca.

Casi enseguida oyeron la sirena de la policía.

—Mierda —el alto sacudió la espalda del guardia—, hacelo rápido.

Las manos del hombre temblaban cada vez más mientras manipulaba las llaves. El alto se acercó a Frederick, le puso el arma en la cabeza y soltó el seguro.

—Ahora. Me vas a dar esa llave.

Frederick pensó que ya no le quedaban alternativas. Se incorporó y abrió la mano, pero entonces se oyeron más sirenas y gritos de la calle.

—Tenemos que irnos —gritó el otro tipo mientras le apretaba la nuca al guarda—. ¿Por dónde salimos?

—Si bajan por la escalera, entre el primer piso y la planta baja hay una puerta que da a un patio. Por ahí pueden escaparse.

El hombre se veía sinceramente aliviado.

—A este lo llevamos —dijo el alto y levantó a Frederick del piso—. Vamos.

Lo arrastraron por el pasillo y por dos tramos de escaleras, pero a Frederick las piernas ya casi no lo sostenían. Tropezó y se cayó tres veces y, aunque los tipos volvieron a levantarlo en cada oportunidad, pronto vieron que era un lastre imposible.

—Dejémoslo —gritó el alto—, así no podemos escapar.

Le dio un último empujón que lo hizo rodar por las escaleras hasta el siguiente descanso. Ahí quedó tirado, exhausto y ensangrentado. Pero aún conservaba en la mano el pañuelo donde días atrás había enrollado muy cuidadosamente la llave de la caja fuerte.

Volvieron a su casa sin hablar. Después de ver a Mercedes partir con su equipaje, Alina había tratado de discutir cuál sería el siguiente paso a dar, pero sus intentos chocaron con la pared que parecían haber erigido sus padres. Sobre todo Elisa, que se limitó a disculparse ante Paula por la intempestiva visita, tomó su cartera y salió, sin siquiera fijarse si alguien la seguía.

Roberto fue el primero que vio la nota cuando entraron a la casa. Estaba sobre la mesa: una hoja arrancada de una libreta y escrita con trazos gruesos y descuidados. Al lado había dejado el juego de llaves que le habían facilitado durante su estadía.

“Queridos Elisa, Roberto y Alina —decía la carta—: Lamento tener que despedirme de esta manera. Acabo de recibir un llamado de mi sobrino mayor con la noticia de que uno de sus hermanos debe ser operado de urgencia, mañana temprano. Carmen necesita ayuda y apoyo. Si me apuro, puedo alcanzar el ómnibus que sale esta noche. Quiero que sepan que estoy infinitamente agradecida por su hospitalidad. Estoy segura de que nos veremos pronto. Un gran abrazo, Mercedes.”

Elisa la leyó tres veces.

Esta no es la carta de una farsante que se escapa, no tenía necesidad de escribirla. Muestra que ustedes están equivocados.

Y los miró con un brillo de desafío. Alina no sabía si la tozudez de su madre le provocaba más pena o impaciencia.

Te dije que llamé a la casa de su hermana. Mercedes no existe: murió.

¿Y si no era su casa? ¿Y si alguien te tomó el pelo?

Volvieron a analizar todos los aspectos del asunto: la información recibida por teléfono, la extraña falta de documentos y papeles en la habitación de Mercedes, su partida sin siquiera avisarles. Pero Elisa no se convencía. Al final, Roberto sugirió una forma de salir de dudas.

Llamemos otra vez a ese teléfono y hablá con Carmen a través de su hijo. Así vas a saber si no te están engañando.

Elisa aceptó. Alina estaba buscando el papel en el que había anotado el número cuando cayeron en la cuenta de que era demasiado tarde para hacer el llamado. Habría que esperar hasta el día siguiente. Se dieron las buenas noches, pero ninguno de los tres logró dormir muy bien. A Alina volvieron a sobresaltarla ruidos reales e imaginarios. Para Elisa y Roberto reinó como siempre el silencio, pero esa noche sus pensamientos parecían gritar.

Ya en el desayuno, Elisa estaba menos segura de querer hacerlo. Durante la noche, todas sus certezas se habían debilitado y ahora parecía tener miedo de enfrentarse con el asunto. Pero Alina insistió: solo así iban a poder estar definitivamente seguros. Finalmente se sentaron juntas frente al teléfono. Volvió a atender Fernando. También él al principio se mostró reticente, como si desconfiara de

Alina, aunque terminó por acceder y fue en busca de su madre.

—¿Listo, entonces?

—Listo —dijo Alina—. Empezamos nosotras. Ahora habla mi mamá.

Elisa movió sus manos con velocidad.

Hola. Primero quiero saber si estoy hablando con la persona correcta, con mi antigua compañera de escuela.

Alina sujetaba el auricular con el hombro mientras empezaba a transformar en señas lo que decía Fernando.

En esa época tenía el pelo largo y solía usar una trenza. A las dos nos iba bastante mal en Matemática, aunque a mí peor.

Pero eras buena en Literatura.

Seguro, escribí el mejor cuento sobre unos marcianos que atacaban la escuela vestidos del Pato Donald.

Elisa sonrió.

Está bien, ya no tengo dudas.

¿Qué es lo que está pasando?

Hace poco me encontré en Salta con una mujer que dijo ser Mercedes, tu hermana.

Eso es absurdo. Mercedes murió hace tres años.

Elisa se quedó inmóvil un momento.

¿Cómo fue?

La atropellaron. Había viajado a Salta a visitar a unos familiares. Era de noche, ella cruzó la calle y un auto que venía a toda velocidad la llevó por delante. Era un chico de 18 años con la camioneta de su padre. Ni siquiera paró a ayudarla.

Eso es horrible.

Sí, fue horrible. El chico estaba borracho. A Mercedes la encontraron mucho más tarde y ya estaba muerta.

¿Por qué alguien pudo hacerse pasar por ella?

No tengo idea. No lo entiendo. ¿Cómo era?

Una mujer delgada, bastante joven. Hablaba bien por señas.

¿Para qué quería engañarte?

No sé.

Elisa volvió a quedarse callada.

—¿Hola? ¿Se cortó? —preguntó Fernando.

—No —Alina hizo un gesto de impaciencia hacia su madre—, enseguida seguimos.

Elisa se encogió de hombros, como si la conversación ya no tuviese importancia. El gesto irritado de su hija, sin embargo, la convenció de ponerle fin.

No te quiero molestar más. Si algún día venís a Buenos Aires, me gustaría verte.

A mí también.

—¿Terminamos, entonces? —preguntó Fernando después de la despedida.

—Creo que sí —dijo Alina—, pero todavía no entiendo. ¿Cómo sabía la historia la mujer que se hizo pasar por ella?

—Cualquiera podía saberlo en Salta. Hubo un gran escándalo con la muerte de mi tía. Eran muchas cosas: el conductor era muy joven, su padre era un comerciante conocido... La historia estuvo en el diario y en la televisión. Y en una ciudad chica como esa...

—Sí, todos saben todo.

—Lo que no entiendo es para qué lo hizo. ¿Les quitó algo?

—No, solo estuvo unos días con nosotros.

Pero mientras cortaba, Alina pensó que eso no era cierto. Les había quitado sus secretos.

A Elisa le dolía la traición. Durante el resto del día estuvo masticando su enojo: había confiado en esa mujer y ahora se sentía insoportablemente defraudada. Alina trató de entenderla, pero para ella el verdadero problema pasaba por otro lado: por la información que la falsa Mercedes había obtenido durante su estadía en su casa. Roberto coincidió.

Saben que no tenemos el testamento, que nos pusimos en contacto con algunos amigos de Lucio, saben cómo conseguimos el documento...

Y que lo vi al Chino.

Recién al decirlo, Alina tomó conciencia de lo que eso significaba.

Ellos lo están buscando.

Tendrías que avisarle.

Sí. Ahora mismo lo voy a hacer.

Fue hasta su dormitorio y escribió un *mail* rápido y conciso, en el que le explicaba la situación. Antes de enviarlo, agregó una posdata en un impulso: "Escríbame. No sé qué hacer".

Cuando volvió a la sala sus padres seguían hablando. Roberto la miró.

Creo que es hora de dejar este asunto. Se volvió demasiado peligroso.

Alina iba a contestarle, pero su madre se adelantó. Se veía enojada.

No. No vamos a dejar que esta gente nos pase por encima. Seguimos.

41

Cuando abrió los ojos, muchas caras lo miraban. Estaban el recepcionista, el encargado de Seguridad, el gerente y un hombre de anteojos que se presentó como médico y que, tras revisarlo concienzudamente, dijo que el cuadro no era grave, pero que lo iba a trasladar a un hospital porque el labio superior requería algunos puntos. Hasta ese momento, lo único que él sentía en los labios era frío, ya que una de las tantas manos que lo sostenían llevaba varios minutos apretando una bolsa de hielo contra su cara.

Tuvo ganas de decir que no, que no quería volver a pisar un hospital, que estaba harto de que lo revisaran y que solo pretendía que lo dejaran tranquilo de una buena vez.

—Está bien —murmuró en cambio, y recién entonces notó que la boca le dolía al hablar.

Los empleados del hotel se desesperaban por atenderlo. El gerente le dijo varias veces y en diferentes idiomas que nunca en la historia había ocurrido una cosa semejante, que se trataba de un establecimiento muy seguro y que no entendían cómo podían haber entrado esos dos hombres sin ser advertidos. A Frederick le dio un poco de pena. Era

evidente que todos creían que se trataba de un vulgar intento de robo y no pensaba sacarlos de su error.

—Va a tener que declarar ante la policía —agregó entonces el gerente, como disculpándose—, los convencimos de que nos dejaran atenderlo primero, pero ya sabe cómo son estas cosas...

—¿Los agarraron?

—No, lamentablemente escaparon por los fondos de una casa vecina.

El médico le había dado unos calmantes fuertes que le provocaron la extraña y placentera sensación de estar flotando. Se quedó dormido mientras lo llevaban al hospital y apenas sintió unos leves pinchazos cuando lo cosieron. Luego volvió a dormirse en el viaje a la comisaría. Fue recién cuando llevaba quince minutos declarando lo mismo, tras soportar primero media hora de espera en una silla dura, cuando empezó a percibir en todo el cuerpo las consecuencias de los golpes. De pronto se sentía cansado, confuso, dolorido y con muchos deseos de meterse en una cama.

—Pero, usted —insistía el comisario, traducido por un muchacho que había aparecido a cumplir esa función—, ¿los conocía? ¿Tiene alguna idea de por qué lo eligieron para el robo?

Volvió a negar con la cabeza.

—No —suspiró—, aparecieron de la nada cuando subía al ascensor. Ellos creían que yo tenía mucho dinero. No sé por qué. Me habrán confundido con otro.

Ya para ese momento el guardia del hotel había explicado la insistencia de los tipos con que abriera la caja fuerte.

—Pero ¿guardaba algo de valor ahí? ¿Por qué no les dio la llave? Se hubiera evitado muchos golpes.

—Es que no les entendía. Si no, se las hubiera dado: solo tenía un poco de dinero y mi pasaporte.

El comisario asintió y finalmente decidió dejarlo ir. Mientras viajaba de vuelta al hotel, se regocijó pensando en que en pocos minutos más estaría metido en la cama, sin más preguntas, sin más molestias. Tal vez se hiciese subir una comida ligera a la habitación y algo reconfortante para su espíritu, como una *mousse* de chocolate. De pronto, una idea lo golpeó con la contundencia de una cachetada: no podía quedarse en ese hotel. Le pareció increíble no haberlo pensado antes, tal vez una muestra de lo que los golpes y los medicamentos habían hecho en su cabeza. Evidentemente, lo iban a volver a buscar ahí. La caza había empezado otra vez y él era la presa. No tenía más opción que salir corriendo.

Una vez que preparó el equipaje en la habitación, sacó de su bolsillo el pañuelo, que estaba convertido en un repugnante trapo pegoteado con sangre seca, lo desenvolvió con trabajo y recuperó la llave. Extrajo el contenido de la caja fuerte y constató que todo estuviera ahí. Durante unos segundos observó el sobre: estaba bastante arrugado y la solapa se había despegado parcialmente. Lo tentó la idea de leer la carta: ahora que manejaba un poco más el castellano, quizá entendiera lo que Lucio había escrito. Sin embargo, había prometido no leerla hasta encontrarse con Elisa y Alina. Guardó todo una vez más en sus botas y se dedicó a buscar un hotel en la guía telefónica. Eligió uno en la zona de Recoleta cuyo aviso decía "vigilancia privada las veinticuatro horas", llamó y reservó una habitación. Era bastante más caro, pero pensó que después de tanto maltrato se merecía un poco de lujo.

Recién cuando estuvo dentro del taxi y después de mirar un par de veces por encima de su hombro para constatar que no lo seguían, se sintió más tranquilo. Le dolían las piernas, la espalda, la cabeza y, sobre todo, el labio cosido, pero lo consolaba pensar que en media hora estaría metido en la cama de su nueva habitación, profundamente dormido.

Era curioso, pensó horas después, cuando miraba las primeras luces de la madrugada por la ventana de la habitación, pero la cuestión que no lo dejó dormir no se le había cruzado por la cabeza hasta que estuvo sano y salvo, metido en la bañera con agua tibia y espuma, tras haber comido un chocolate del frigobar y sintonizado un canal de jazz en la radio. Era curioso que solo entonces se hubiera hecho la pregunta más básica de todas: cómo supieron los tipos dónde encontrarlo. Tal vez no se la había planteado antes por la sencilla razón de que odiaba enfrentar la única respuesta razonable. Sopesó otras, más sofisticadas y escasamente plausibles, pero no logró convencerse a sí mismo. La respuesta evidente era que quien lo había traicionado era Saldaño. El tipo en quien había confiado, al que había considerado su amigo, era una rata al servicio de Elsinger.

Esa conclusión le provocó un profundo malestar. Estaba en un país donde únicamente lo conocían dos matones que acababan de intentar liquidarlo y un tipo que había fingido ser su amigo, ayudarlo y protegerlo, solo para clavarle después un puñal por la espalda. Sintió escalofríos al pensar en la intrincada maquinaria que debían haber puesto en marcha para conseguir que Saldaño estuviese a su lado en el avión y estableciese relación con él. Lo que había descartado en un principio como un delirio paranoico había resultado ser cierto. Como un idiota, él había ido

a pedirle a su enemigo el llamado clave. Lo más probable, pensó con un sobresalto, era que Saldaño ni siquiera se hubiera comunicado con esa supuesta tía de Alina: habría fingido hablar con un teléfono desconectado. El mensaje nunca había llegado.

Frederick dedicó sus siguientes horas de insomnio a la autocompasión: se sentía una especie de David luchando contra un Goliat superpoderoso y no veía en su horizonte otra posibilidad que ser aplastado como una cucaracha. En líneas generales, hasta ese momento él creía haber logrado superar los muchos escollos que le había puesto la vida por delante. Pese a que su padre había muerto cuando recién había nacido y su madre siguió el mismo camino a sus quince años, había salido a flote. Claro que con la ayuda de Fiona y de Lucio. Pero ahora que estaba solo ante tanta adversidad, demostraba no estar preparado para el desafío. Ni para eso ni para ninguna otra cosa: estaba solo y era un inútil.

En algún momento de esa noche, la autocompasión lo aburrió y dio paso al enojo. Tal vez estimulado por una nueva dosis de calmantes que le provocaron una especie de borrachera, elaboró complicados planes para asesinar a todos sus enemigos. Antes de caer finalmente dormido, decidió que al día siguiente iba a tomar contacto con Alina a cualquier precio. Ya no podía confiar en ningún intermediario: pensaba encontrarla, poner los papeles en sus manos y dar por cumplida la misión.

Los hielos que, envueltos en una toalla, había usado para aliviar la hinchazón terminaron por caer y derretirse en su pecho cuando ya se había dormido. Quizá por eso soñó que debía atravesar un campo nevado y no hacía más que hundirse a cada paso.

Al Chueco Bermúdez se le cruzó por la cabeza la idea de tirar el celular por la ventanilla del auto. Estaba ahí, a su lado, sonando hacía una eternidad. Sabía que era él. También sabía que las noticias no le iban a gustar. Mientras se acomodaba en el asiento, el llamado cesó: había derivado hacia la casilla de mensajes. Inspiró profundo, disfrutando del silencio. Un instante después, el teléfono volvió a sonar. No lo resistió más.

—Jefe.

—¿Dónde te habías metido?

—Hubo problemas. Con el chico.

—¿Qué problemas?

—Lo del hotel era muy riesgoso. Entramos a la habitación, pero mandaron un guardia de Seguridad y después también llegó la policía. Casi nos agarran.

—¿Y el chico?

—Lo tuvimos que dejar.

—Pero tenés los papeles. Decime que tenés los papeles.

—Los papeles no estaban.

—¿Cómo que no estaban? ¿Se hicieron humo?

—Le digo que no estaban. Lo revisamos a él y la habitación, pero no estaban. Lo molimos a palos, pero no largó nada.

—Tenían que conseguir que les diera los papeles y molerlo a palos *después*, Chueco. En alguna parte los tenía.

—Tuvimos que irnos, jefe, o nos atrapaban. Hubiese sido peor.

—Chueco, acabás de perder el trabajo.

—Jefe...

—Y tratá de evitar que te vea, porque si no también corrés el riesgo de perder un brazo. O una pierna. O la vida, quizá.

Durante unos segundos, Bermúdez contempló la posibilidad de decirle que le debía dinero y preguntarle cuándo podría cobrarlo, pero consideró que no era el mejor momento. De todas formas, no hubiera podido hacerlo, porque ya había cortado.

Cuando Alina se miró en el espejo el domingo por la mañana vio que tenía ojeras. Unas ojeras oscuras y desagradables. "Al menos no tengo que salir", pensó mientras se mojaba varias veces la cara con agua fría, intentando borrar las huellas de una mala noche. Era el miedo lo que no la había dejado dormir bien, porque no había hecho más que darle vueltas al asunto de Mercedes y la única conclusión posible era que la gente a la que se enfrentaban era demasiado para ellos. Que se podía esperar cualquier cosa y, cuando uno no sabe qué es lo que espera, el miedo aumenta.

Pero no pensaba hablarle de su preocupación a sus padres: ya les bastaría con la propia. Los encontró en la sala, leyendo el diario. Elisa le preguntó si había dormido bien y respondió que sí, perfectamente bien. Mientras se preparaba los cereales miró por la ventana: la calle estaba desierta y caía una llovizna fina que parecía eterna. Un buen día para quedarse en casa.

Cuando Frederick se miró en el espejo el domingo por la mañana, retrocedió asustado: era un monstruo. No solo

tenía hinchados los labios, sino que había marcas violetas en su pómulo derecho y en la frente, en la que había surgido una extraña formación semejante a un cuerno. Sacó hielo del frigobar y estuvo un buen rato intentando que su cara se desinflamara. Luego se puso una venda en la frente —consideraba que lo peor era el cuerno— y fue a desayunar. Pese a sus esfuerzos, la gente que estaba en el restaurante lo miró sin disimulo. Un turista norteamericano que se paró a su lado mientras se servía la ensalada de frutas le preguntó qué le había pasado. Repitió lo que ya había explicado la noche anterior al llegar al hotel: que había tenido un accidente de auto. Sonaba creíble. Pero no quería presentarse con ese aspecto ante la familia de Alina. Decidió que antes que nada iba a volver al hospital a que echaran una ojeada a los puntos en su boca y le dieran algo para mejorar su aspecto. Al salir del hotel miró hacia todos lados para asegurarse. Nadie parecía estar esperándolo. Había pensando caminar un poco, pero apenas dio unos pasos sintió en la cara una llovizna molesta, que no había advertido. Tomó el primer taxi que vio y en pocos minutos estaba en el hospital.

Eran casi las dos en el momento en que Elisa se asomó a la habitación de Alina y sugirió ir a almorzar a un restaurante. La lluvia había parado, le dijo mirando por la ventana, y hasta estaba asomando un tímido rayo de sol.

Me parece bien.

Alina se levantó de la cama, en la que había estado leyendo una novela en pijama durante la última hora, y empezó a cambiarse. Esperó a que su madre saliera del dormitorio para tomar los binoculares y recorrió la calle con la mirada: no había personas ni autos sospechosos. Aparentemente podían salir sin problemas.

Eligieron un restaurante que solía ser muy tranquilo, pero cuando entraron los sorprendió la cantidad de gente. El *maitre* se acercó a ofrecerles la única mesa vacía, en medio del salón. Ninguno dijo nada, aunque los tres pensaban lo mismo: que allí estarían expuestos a las miradas de todo el mundo. Pero Elisa pareció decidirse y caminó con paso firme hacia la mesa. Estudiaron el menú y, ya cuando discutían los platos que iban a elegir, sintieron el peso de los ojos que los escrutaban sin disimulo. Roberto fingió que no le importaba.

Como siempre, Alina hizo el pedido de todos. El mozo observó el ir y venir de las manos con la habitual cara de desconcierto, no miró nunca a los ojos a Elisa y Roberto y después pretendió que ella probara el vino.

—No —dijo con fastidio—, si yo no tomo vino. Sírvale a mi papá.

Aunque los tres hicieron un esfuerzo por pasarla bien, Alina no pudo dejar de pensar que la tensión se palpaba, y que quizá hubiera sido mejor quedarse a comer en la casa.

La mejoría no era todo lo que él hubiera querido. Pese a la crema que le habían aplicado y al efecto del hielo, cuando Frederick volvió a mirarse en el espejo de su habitación, encontró que su cara seguía estando deformada y que los hematomas exhibían una llamativa variedad de tonos violáceos. Quizá el aspecto no era tan monstruoso como antes, pero aún se veía como un boxeador caído en desgracia. Sin embargo, no podía dilatar más tiempo el encuentro con Alina. Recuperó los papeles de la caja fuerte —esta vez no había llave, ya que tenía una cerradura electrónica— y buscó las botas para volverlos a su viejo refugio. Cuando tuvo la carta de Lucio en sus manos dudó otra vez: quizá podía

darle una leída rápida. Estuvo a punto de abrirla, pero algo lo detuvo a último momento. Probablemente, un sentido de lealtad al pedido de Lucio que a esa altura le parecía bastante estúpido, pero no lograba superar. Qué más daba, pensó guardándola en la bota izquierda, ya faltaba poco para leerla junto a Alina.

Decidió llamarla antes de ir. Había pensado mucho en este punto y, aunque desconfiaba profundamente de su capacidad de hablar en castellano por teléfono, tenía esperanzas de que al menos fuese posible anunciarse y acordar una cita. Pero el teléfono sonó varias veces sin que nadie atendiera. Fue entonces cuando se le ocurrió que esa podía ser una excelente oportunidad: si iba hacia allá de inmediato, podría estar en la puerta cuando llegaran y presentarse sin tener que someterse a una difícil conversación a través del portero eléctrico. Miró la hora: eran las tres y veinte. Tres minutos después ya había salido.

Cuando volvían del restaurante, Alina dejó que sus padres subieran a la casa solos y fue a tocar el timbre en lo de Paula para proponerle que cruzara a escuchar música. A Paula le gustaba llevar sus discos. En su casa se había vuelto un asunto imposible porque a cada momento sus padres le gritaban que bajara el volumen, mientras que en la de Alina podían ponerlo al máximo y hasta cantar encima si querían, y nunca había problemas. No tardó más que un par de minutos en bajar. A las tres y cuarenta estaban entrando en la casa. Si se hubieran demorado un poco más, apenas tres o cuatro minutos, las cosas habrían sido distintas. Pero ya estaban subiendo la escalera en el momento en que un muchacho rubio con una venda en la frente y el labio hinchado se paró frente a la casa y se dispuso a esperar.

La música hacía temblar los vidrios en la habitación de Alina. Con los ojos cerrados, Paula movía la cintura mientras intentaba reproducir la letra de la canción, aunque el efecto que conseguía era más parecido al de una sirena policial.

—Guanahol... guanadu... tuiiu... uuu...

Desde su punto de observación —tirada boca arriba en la cama—, Alina se rió y le tiró una almohada.

—¿Qué pretende ser eso? ¿Alemán? ¿Ruso?

—Y qué —Paula se acercó a la ventana, aún bambolean-do las caderas—, no todos hablamos inglés tan bien como *lady* Alina, que...

Lo que vio por la ventana le cambió el tono. Tomó los binoculares del escritorio.

—Parece que tenemos un nuevo espía.

—¿Qué?

—Es joven. Y podría ser lindo, pero... —se esforzó por enfocar mejor la imagen— pareciera que le pasó un camión por encima.

Alina se levantó de un salto y le sacó los binoculares. Exactamente frente a su puerta había un chico apoyado

contra el muro que parecía estar esperando a alguien. Lo extraño, tal como había dicho Paula, era el aspecto de su cara: tenía varios moretones de color violeta y una venda en la frente, como si le hubieran partido el alma. Aun así —y también tal como había dicho Paula— se veía lindo: grandes ojos azules, pelo rubio ondulado y una barba incipiente. Muy incipiente.

—¿Y de dónde sacás que nos espía?

—Me pareció que miraba hacia acá, pero tal vez me equivoqué.

El chico observó su reloj antes de buscar un escalón para sentarse. Eligió la puerta de la farmacia y se dejó caer. Parecía cansado.

—No creo que nos esté vigilando —dijo Alina—, más bien parece estar esperando a alguien.

Se apartó de la ventana y por un rato volvieron a la música. Pero la duda la había picado. Cuando minutos después se acercó a mirar otra vez, el chico se había puesto de pie. Ahora sí, le pareció que observaba el departamento. De pronto sus ojos llegaron hasta la ventana donde estaba ella y en un instante sus miradas se cruzaron. Entonces él sonrió y agitó su mano.

—Me está saludando.

—¿Qué?

Paula se había agachado junto al equipo de música y cambiaba el disco.

—El chico ese. Me saludó.

—Alejate de ahí, Alina. Quizá sea peligroso.

—No. Me sonrío... —también ella agitó su mano.

—¡Alina!

Paula la tomó de un brazo para alejarla de la ventana.

—No sabés quién es...

Pero Alina volvió a acercarse y agarró los binoculares.

—Déjame, tengo que verlo. Hay algo en él, no sé qué... Parece que me quiere decir alguna cosa... ¡Hace señas!

—¿Sabe la lengua de señas?

—No sé, son señas muy básicas. Ahora está deletreando algo... Eso sí lo entiendo. A ver... F...r...e...d...e...r...i...c...k.
¡Frederick! ¡Es él!

—¿Él? ¿Qué él?

Pero Alina no le contestó. Agitó su mano y empezó a abrir la ventana. Paula intentó detenerla otra vez.

—No podés hacer eso. Quizá...

Alina le estaba respondiendo al muchacho. Que subiera, le decía con las manos. En ese momento, sin embargo, algo cambió las cosas: un auto se detuvo muy cerca del chico. Él lo miró apenas un instante y sin hacer ninguna seña más salió corriendo. Alina lo miró desconcertada.

—Se va... No podemos dejar que se vaya.

Cerró la ventana de un golpe y salió de la habitación. Alcanzó a agarrar sus llaves antes de abrir la puerta y correr escaleras abajo hacia la calle, seguida por Paula, que le gritaba que esperara, que lo pensarán, que era peligroso, aunque ya se había dado cuenta de que no había cómo detenerla.

Mientras corría, Frederick pensó que estaba envuelto en una pesadilla. En el auto que se había detenido a su lado había creído ver a uno de los tipos que lo habían golpeado en el hotel. ¿Cómo podían haberlo encontrado tan rápido? Dobló en una calle donde el tránsito iba en dirección opuesta, para asegurarse de que el coche no pudiera seguirlo, y siguió corriendo, sin saber hacia dónde. Al cabo de unos minutos, no aguantó más y se detuvo. Le faltaba el aire, le dolían las piernas y una puntada insistente en el pecho le

hizo temer que le estuviera fallando el corazón. "Es miedo —pensó—, no es más que miedo". Entró a un negocio de regalos y fingió observar los objetos en las estanterías mientras recobraba el aliento y pensaba. Había hecho contacto con Alina. Esta vez estaba seguro de que era ella: aunque estaba mucho mayor, era indudablemente la misma de la foto que le había mostrado Lucio. El pelo negro muy lacio, los ojos oscuros, la piel aceitunada. Y estaba casi seguro de que ella sabía quién era él: había entendido los gestos, le había indicado que subiera. Si hubiera tenido unos segundos más, ahora podría estar hablando con ella.

Aunque sabía que no podía volver a la puerta de la casa, tenía que encontrar la forma de recuperar el contacto. Pensó en llamarla por teléfono, pero se dio cuenta de que no había llevado el número con él. Era un idiota, un completo idiota. De pronto notó que la vendedora lo miraba fijamente: llevaba unos cinco minutos inmóvil frente a unos horrosos elefantes de cristal. Solo faltaba que lo confundieran con un ladrón.

Salió apresuradamente del negocio. Necesitaba encontrar un lugar donde consultar una guía de teléfonos para obtener el número de Alina. Quizá algún café, pero no había ninguno a la vista. Cuando llegó a la esquina, sintió que sus piernas no lo iban a llevar mucho más lejos. Se apoyó contra el muro y cerró un momento los ojos. Se sentía horriblemente: le dolía todo el cuerpo y estaba tan mareado que la calle parecía agitarse bajo sus pies como una alfombra voladora. Al abrir los ojos vio que estaba frente a un parque. Adecuado o no, ese iba a ser su lugar de descanso.

Antes de dejarse caer en un asiento, compró una botella de agua mineral para poder tomar una pastilla. El vendedor lo miró fijamente al entregársela.

—Hermano, qué paliza te dieron —le dijo.

Frederick no entendió una palabra.

—Sí —sonrió mientras le pagaba—, muchas gracias.

Después de estar diez minutos sentado, se sintió un poco mejor. El dolor empezaba a ceder y lo dejaba pensar más claramente. Observó que al otro lado de la plaza había un local de Internet. Ahí podría consultar la guía y conseguir el teléfono de Alina. Solo un minuto más de descanso, pensó en el momento en que un hombre se sentó a su lado en el banco. Empezó a incorporarse, pero la mano del tipo apretó su brazo, inmovilizándolo. Cuando lo miró, el alma se le fue a los pies. Tenía una gorra que le tapaba parcialmente la cara, pero no había dudas. Era uno de los que lo habían golpeado.

—No te muevas —le dijo—. No te voy a hacer nada.

Frederick hizo fuerza para zafar su brazo, pero no pudo.

—Tranquilo —insistió el tipo—. Solo quiero hablar. ¿Me entendés?

—Más o menos. ¿Hablar?

—Sí —el tipo lo miró a los ojos—. Vos y yo podemos hacer negocios.

A Frederick todo le resultaba muy confuso.

—¿Qué?

—Negocios —el tipo hizo el gesto de dinero con los dedos—. Plata.

—¿Money?

—Eso —recién entonces el Chueco Bermúdez sonrió—. *Money*. Nos vamos entendiendo.

45

Alina recorrió cada una de las tiendas de su barrio con un ímpetu exagerado, que le hizo golpear puertas y llevarse por delante personas, carritos de bebés y latas de tomate. Entró en cafés y restaurantes, en la farmacia, en un negocio de regalos y en el supermercado. Pero no había huellas del chico.

—Volvamos —le dijo Paula—, esto no tiene sentido.

—No —negó decidida con la cabeza—. Volvé si querés, yo voy a seguir buscándolo un poco más.

Sabía que todo el asunto no tenía lógica, pero estaba empeñada en encontrarlo. Si hubiera actuado de acuerdo con la lógica, nunca habría entrado en ese local de Internet ni caminado entre las mesas bajo la mirada suspicaz del encargado. Jamás habría visto esa nuca rubia que tal vez podía llegar a ser él, ni se habría acercado hasta dar la vuelta y tenerlo de frente, observarlo y descubrir, con un salto en el corazón, que tenía una venda y marcas violetas en la cara.

Y entonces no encontró qué decir. Concentrado en su pantalla, Frederick tardó unos segundos en detectar que

había alguien a su lado. Cuando lo hizo fue como si lo hubieran pinchado: se paró de golpe y se quedó mirándola. Enseguida supo quién era.

—Alina...

Ella sonrió, dio un paso adelante y lo abrazó. Al recordarlo después, no pudo explicar por qué se le había ocurrido estrecharlo entre sus brazos, pero se sentía invadida por una extraña euforia. "Lo estoy abrazando —pensó de pronto—, estoy abrazando a un completo desconocido". Entonces se liberó avergonzada y retrocedió unos pasos.

—Frederick, te busqué tanto —las palabras se le atropellaban en la boca—, te vi por la ventana, pero después te fuiste y entonces...

—*Wait, wait* —la frenó con un gesto de sus manos—, yo poco español. Lento... Primero, a la calle.

Mientras él pagaba en la caja, Alina se lo quedó mirando. Finalmente estaba ahí: el mensajero de Lucio. Era difícil de creer. Había esperado a alguien mayor, más serio, no a un chico lleno de moretones y con cara de susto. Sonrió mientras él intentaba hilvanar una frase en español que resultó absolutamente incomprensible.

—Podemos hablar en inglés —le dijo, en inglés—. Creo que mi pronunciación no es muy buena, pero vamos a entendernos.

—Entonces ¿hablabas inglés?

La miró con una mezcla de estupor y fastidio y sacudió la cabeza.

—Me hubiera ahorrado tantos problemas si lo hubiera sabido —le dijo—. Pasé por situaciones horribles para poder entrar en contacto, porque creí que no íbamos a entendernos. Hasta conseguí un intérprete, que hace un par de días llamó a tu casa y habló con tu tía... aunque en verdad

creo que no llamó. Fue el que me traicionó: por su culpa estoy así —señaló su cara con una mueca.

—¿Llamó a mi casa y habló con mi tía? —Alina abrió grandes los ojos—. Quizá no te traicionó. Es posible que haya llamado, pero no era mi tía la que atendió. Fue a mí a quien traicionaron. Pero es una larga historia. Mejor vamos a hablar a casa.

Caminaron con pasos muy rápidos, porque el encuentro había disparado en sus cuerpos una descarga de adrenalina que los volvió eléctricos y ansiosos. Alina presentó tardíamente a Paula, pero como ella no pudo más que balbucear dos o tres palabras en un dudoso inglés, pronto pareció que la olvidaban. Hablaban casi tan rápido como caminaban, interrumpiéndose uno al otro. En una esquina donde se detuvieron a esperar el cambio de semáforo, Paula los hizo callar con un gesto brusco.

—Hay un tipo atrás de nosotros.

—¿Un tipo? —Alina giro suavemente la cabeza y vio a un hombre muy alto con bigotes que parecía observar una vidriera a escasos metros de ellos—. ¿Qué pasa con él?

—Me parece que nos sigue.

Alina lo tradujo y también Frederick se volvió. Pero enseguida sonrió.

—No hay problema —dijo—. Nos sigue para cuidarnos.

—¿Lo conocés?

—Fue uno de los que me golpeó —sonrió—. Pero ahora lo contraté como guardaespaldas.

Alina lo miró estupefacta.

—¿Y eso no es peligroso?

—Supongo que sí, podría ser peligroso. Pero era peor no contratarlo. Todo es peligroso aquí.

Mientras abría la puerta de su edificio, después de despedirse de Paula, Alina le explicó a Frederick que sus padres eran sordos. Él asintió: ya lo sabía, Lucio se había encargado de explicarle todo.

—Voy a tener que traducir a señas lo que digas. ¿Y qué señas eran esas que hiciste cuando te vi por la ventana?

—Lucio me enseñó un poco de lo que él había aprendido. Creo que pensó que nos ayudaría a comunicarnos.

Alina introdujo la llave en la puerta de su casa.

—Veo que pensó mucho en todo esto, podría habernos contado algo para facilitarnos las cosas.

—También a mí me ocultó buena parte de sus planes —Frederick se encogió de hombros—. Así era Lucio.

Cuando entraron, Elisa llevaba una bandeja con tazas hacia la cocina y se quedó paralizada en medio de la sala. No le sacaba los ojos de encima al rostro desfigurado de Frederick. "Tiene miedo", pensó Alina.

No te asustes, es un amigo. Es el que envió Lucio a vernos.

Pero Elisa no reaccionaba. Alina agitó sus manos.

Mírame: lo encontré. Es Frederick. Es una buena noticia.

Solo entonces apoyó la bandeja, se acercó y extendió una mano en dirección a Frederick.

—Bienvenido —dijo con su voz de metal temblorosa.

—Elisa —él sonrió—. Lucio me habló mucho de usted.

Lo dijo en inglés, pero al mismo tiempo movió sus manos haciendo señas raras. Y si bien Elisa no entendió con exactitud ninguna de las dos cosas, hubo algo en él que la emocionó. Volvió a tomar una de sus manos entre las suyas y la mantuvo un momento apretada, mientras sonreía.

—Bienvenido a casa —repitió.

Media hora después estaban todos sentados en torno a una mesa en la que Elisa había servido café. Después de explicar de un modo un poco confuso los incontables problemas de su viaje, Frederick dijo lo que todos estaban esperando saber.

—Tengo el testamento. Y una carta. Lucio pidió que lo leyéramos en ese orden: primero el testamento y luego la carta.

Hizo un silencio, como pensando lo que iba a decir a continuación. Miró a Alina.

—Creo que es un poco extraño el testamento.

—¿Extraño? —la palabra no le gustó. Tuvo la desagradable sensación de que, después de tanto esperar, ahora podían encontrarse con algo muy distinto de lo que habían imaginado—. Extraño ¿cómo?

—No sé exactamente. Ya vamos a ver.

—Y ¿dónde está?

Alina lo miró curiosa, porque Frederick no llevaba ningún bolso ni carpeta en los que pudiera tener los papeles. Le pareció que él se ponía colorado.

—Sé que va a resultar un poco raro —dijo—, pero es el lugar que me permitió protegerlos todo este tiempo.

Y ante la mirada atónita de los demás, procedió a sacarse las botas. Luego levantó las plantillas y extrajo un sobre y una serie de hojas dobladas que depositó sobre la mesa. Efectivamente era raro, pensó Alina. Sin embargo, eso era lo que habían estado esperando tanto tiempo: una masa de papeles arrugados y probablemente un poco olorosos. Al fin estaban allí, frente a sus ojos.

El testamento era manuscrito y estaba en inglés. Frederick y Alina lo leyeron juntos, haciendo pausas para que ella pudiera traducir el contenido a sus padres. Lucio parecía haberse tomado mucho trabajo para que su caligrafía fuera legible y para que el texto no dejara ninguna cuestión abierta. En el primer punto se proponía asentar que estaba sano y que nadie lo presionaba. Para ello, incluía las firmas de dos testigos que habían presenciado el acto: el doctor Paul Rath y la señora Angie Gwala.

—Paul fue el médico que lo atendió durante los últimos años —explicó Frederick— y Angie la señora que lo ayudaba en la casa.

“Este testamento —decía después—, anula cualquier otro realizado con anterioridad: es mi legítima y última voluntad”.

Enseguida se dedicaba a distribuir sus propiedades. Su casa en Ciudad del Cabo era para Fiona y Frederick Bruege. El campo de la Argentina, de ciento ochenta hectáreas, para Elisa Blanco. En ambos casos, aclaraba, deberán pagarse las deudas existentes.

—¿Deudas?

Alina miró a Frederick.

—Sí —él frunció el entrecejo—, es probable que haya muchas.

Siguieron leyendo. Había dejado un fondo cuyo uso exclusivo era costear la educación universitaria de Frederick. Él sonrió: hasta después de muerto Lucio quería marcarle el rumbo.

—Lo que sigue es muy extraño —dijo Alina, que había avanzado con la mirada hacia el siguiente punto.

Ahí hablaba de una caja de seguridad en un banco. Adentro estaba el diamante. “El magnífico Alina —decía el texto—. Se trata de un diamante de ciento dos quilates. Mi decisión es que esta piedra no sea vendida nunca y quede en poder de Frederick Bruegue y Alina Zak por el resto de sus vidas. En caso de que uno de los dos muriera, el diamante será del que sobreviva. Ellos decidirán conjuntamente quién y cómo lo conserva. Apenas lo tengan, deben elaborar de común acuerdo un testamento para decidir quién lo heredará una vez que mueran ambos. Es mi voluntad que el Alina no pueda estar nunca en poder de Marcos Elsinger”.

—Es todo muy raro —dijo Alina—. ¿Por qué nos deja esto a los dos juntos? No parece muy razonable.

—No. Pero nada de lo que sucedió con ese diamante fue razonable.

—¿En qué sentido?

—Lucio creía que la piedra tenía un cierto... poder.

—¿De verdad creía eso?

—Sí —Frederick pareció incómodo—. Creía que esa piedra de alguna manera protegía a sus dueños. Supongo que eso quiso: protegernos de algún daño.

—¿Y habrá muchos daños en nuestro camino?

Alina pretendía que su pregunta sonara como una broma, pero Frederick no pareció tomarlo así. Se tocó la nariz magullada.

—Espero que no muchos más.

Ahí terminaba el testamento. Durante un rato, se quedaron los cuatro observando el papel en silencio. Elisa se levantó y llevó las tazas a la cocina. Después de todo, era cierto que Lucio estaba un poco loco, pensó Alina. Miró a Frederick y estuvo a punto de decirlo, pero desistió.

—Tenemos que leer la carta —la apuró él—. Me muero por saber lo que dice y está en español.

Ella abrió el sobre y extrajo dos hojas. Cuando las abría, algo cayó a la mesa. Alina lo tomó entre sus manos: era una pequeña tarjeta de memoria, del tipo usado en las cámaras de fotos.

—¿Y esto?

—No sé —Frederick la tomó para examinarla—. No tenía idea de que estaba ahí.

—Leamos. Acá debe estar la explicación.

Alina pasó la mano por encima de las hojas varias veces en un inútil intento por alisarlas, y se acercó a sus padres para que pudieran leerla mientras ella se la traducía a Frederick.

Querida familia:

Si todo salió tal cual lo planeé, en este momento están todos juntos: Elisa, Alina, Roberto y Frederick. Me hubiera gustado participar de ese encuentro. Pero ya que no pude hacerlo, quisiera pensar que después de muerto aún puedo influir para que ustedes se acerquen y, al menos por un tiempo, Frederick se sume a la familia.

Imagino perfectamente tu expresión en este momento, Fred. Sé que no te gusta que te digan qué hacer, pero quisiera que me dejases decirte qué no hacer: no seas un idiota como yo. A veces uno se vuelve tan autosuficiente que termina por creerse que en verdad no necesita a nadie.

Si alguien pudo sacarme de ese estado fue una mujer llamada Samantha, pero la ilusión duró poco. Por culpa de Marcos Elsinger, ella desapareció de mi vida. Después de buscarla durante años, hace poco supe que murió. Fue otro golpe, uno más que le debo a Elsinger.

Lo que les dejo no es demasiado: supongo que habrán imaginado algo distinto. Lamentablemente, las propiedades están hipotecadas y no quedará mucho una vez saldadas las deudas. En el último tiempo, mi enfermedad se llevó parte de mis recursos y gasté la otra parte para conseguir lo que ahora tienen entre manos.

Se estarán preguntando qué contiene esa tarjeta de memoria. Es algo que busqué durante mucho tiempo: las pruebas para arruinar a Elsinger. Durante los peores años de Sudáfrica, él estuvo involucrado en operaciones de venta de armas y en un par de muertes. Nunca se lo pudieron probar. Ahora ustedes tienen las fotos y la reproducción de los documentos que lo pueden mandar a la cárcel por mucho tiempo.

Este fue uno de los motivos por los que te impulsé a viajar, Fred. Era imprescindible sacar esto del país. Dáselo al Chino: él sabrá cómo usar estos papeles para hundirlo definitivamente.

Puedo imaginarme perfectamente la sorpresa que significa esto para ustedes. Sé que es difícil entender ahora la importancia de este asunto, y quizá piensen que es solo una muestra de mi locura. No es así: estos documentos son

los que los protegen a todos. De lo contrario, nunca se van a liberar de Elsinger. No lo olviden.

Ya saben también que Fred y Alina son dueños del diamante. Estoy seguro de que sabrán cuidarlo, como él los cuidará a ustedes.

Los quiere,

Lucio

Cuando terminaron de leer la carta, ninguno habló. Alina pensó que, a fin de cuentas, lo que le interesaba a Lucio por encima de todo era destruir a Elsinger y evitar que se apoderara del diamante. Los había usado un poco a todos para lograrlo. Observó a Frederick, que se había puesto de pie y miraba por la ventana. Debía de estar enojado, pensó. Cuando se volvió, sin embargo, su rostro no decía nada.

—Podría habérmelo dicho todo —murmuró—. Igual yo hubiera seguido sus instrucciones.

Alina iba a responderle en el momento en que sonó el teléfono. Esta vez reconoció enseguida la voz.

—¿Alina?

—Chino.

—¿Estás bien? Recién leí el *mail* que me enviaste.

—Sí, ahora sí. Finalmente llegó.

—¿Quién?

—Frederick.

—¿Fred?

Hubo una ligera inflexión en su voz, un mínimo resquebrajamiento en el que por primera vez, pensó Alina, parecía asomar un sentimiento.

—¿Podrías pasármelo?

—Claro.

Cuando le dijo a Frederick quién llamaba, vio cómo su cara se transformaba. Tomó el teléfono y habló a una velocidad que le impidió a ella entender la mayor parte de la conversación.

—Quedamos en vernos mañana —dijo al cortar.

—Estás contento.

—Sí —Frederick seguía sonriendo—. Es bueno encontrarse con un amigo después de todo lo que pasó... Si te parece, podemos ir juntos.

—Puede ser. ¿Dónde es la cita esta vez?

—En el zoológico. En el sector de las serpientes.

—¿Qué?

Frederick repitió las palabras lentamente.

—El... sector... de las... serpientes.

—Eso lo había entendido. ¿Es una broma? ¿Por qué ahí?

Frederick se encogió de hombros.

—El Chino tiene sus misterios.

Elisa le propuso que se quedara a dormir allí. No solo esa noche sino todas las que siguieran, todo el tiempo que estimara necesario. Alina sonrió al oírla. Su madre estaba bajo el influjo de la carta de Lucio y quería ofrecerle al chico algo parecido a una familia. No fue necesario que insistieran. Era lo que Frederick más deseaba: un lugar donde descansar tranquilo.

Antes de la cena, bajó a arreglar cuentas con su guardaespaldas y a despedirlo hasta el día siguiente. El Chueco recibió el dinero y le extendió un teléfono celular.

—¿Y eso?

—Para estar comunicados, jefe, así me avisa cuando va a salir o si necesita algo. Tiene mi número en la memoria.

Frederick advirtió que, con el cambio de relación, el Chueco había pasado a tratarlo de usted. Pensó que era una buena señal: al menos no parecía estar a punto de liquidarlo.

—Bien.

—¿Seguro que me entendió?

—Sí, bastante.

—*Okay*, entonces. Nos vemos mañana, *chief*—el Chueco sonrió ante su propia ocurrencia y la repitió—. Esa la escuché en una película: *chief*. Suena bien.

47

Marcos Elsinger cerró la puerta del baño y se miró en el espejo. Su piel tenía un tinte amarillento y las venas de la frente se destacaban más que nunca, como víboras que buscaban subirse a su cabeza. Abrió una canilla y se lavó la cara varias veces con agua fría, en un inútil intento por aplacar el volcán que sentía en su interior. Estaba furioso. Completamente histérico. Sabía que en ese estado no iba a tomar las mejores decisiones, pero también sabía que no iba a calmarse. Se secó con movimientos rápidos y volvió a la sala.

Su abogado, Rogelio Quiroga, se servía con parsimonia una segunda taza de té. "Otro idiota —pensó Elsinger—, otro más para mi colección de idiotas". Se dejó caer en el sillón sin hablar.

—Tenés que tranquilizarte, Marcos. Y aceptarlo: ya no hay remedio.

—No voy a aceptar nada. No puede ser que esté rodeado de inútiles.

—El asunto no era fácil.

Quiroga lo dijo suavemente, mientras se acercaba la taza a los labios. Elsinger lo ignoró.

—Inútiles totales. Lo tuvieron en el hotel y lo dejaron ir. Por eso tuve que echarlo al Chueco y contraté a otro. Me dijeron que era un profesional, un tipo eficaz. Que no fallaba. Todo lo que tenía que hacer era evitar que el chico llegara. Y ¿de qué me entero ahora? Que llegó —Elsinger golpeó con el puño en la mesa e hizo tintinear la taza—. Que está con la chica. Muy eficaz.

—Pero ya sabés cómo fue: la chica salió y...

—¡No me importa! —el puño volvió a golpear—. ¡Tenía que evitarlo!

Quiroga esperó unos segundos antes de hablar.

—Concentrémonos en el futuro. Ya deben de tener los papeles. Lo que hay que pensar ahora es qué estrategia jurídica vamos a utilizar una vez que presenten...

—No, ahí es donde te equivocás. Todavía no está presentado. Lucio Blanco dedicó su vida a perjudicarme. No voy a dejar que siga haciéndolo ahora que está muerto.

—¿De qué estás hablando? ¿El diamante?

—Todo. Intentó sacar ventaja en la división de la sociedad hasta último momento: quería llevarse todo. Y lo del diamante... Eso fue un robo, lisa y llanamente.

—¿Un robo?

—¡Sí! —el puño golpeó otra vez, más fuerte—. Aún no estaba firmada la división. Me correspondía la mitad. Pero él se lo robó. Y para taparlo, mató a mi hermano. Dijeron que fue en defensa propia, que Julio disparó primero... Mentiras. Estoy convencido de que armaron la escena. Fue un asesinato a sangre fría y nunca pagaron. Ni él ni el Chino. Con ese todavía puedo ajustar cuentas. Y voy a hacerlo.

El abogado carraspeó.

—No tenés que tomar este asunto de una forma tan personal...

—¡Y cómo me lo voy a tomar! Ya antes de eso estuvo el asunto de Samantha. Él conocía la historia...

La voz de Quiroga sonó tímida.

—Bueno, también se puede pensar que había otros motivos.

Elsinger levantó las cejas, interrogándolo.

—Que sentía algo por ella, digo...

—¿Estás buscando defenderlo?

El tono aplastante hizo que el abogado se deslizara en el sillón.

—¿Yo? No...

—Porque si es así, no tenés nada que hacer acá. Y eso que dijiste es una estupidez: podía elegir a cualquier otra. Si la buscó a ella, fue para arruinarme la vida. Ahora está muerto. Y no sé qué son esas supuestas pruebas que tenía contra mí, pero no las van a usar. Te digo que vamos a destrozarnos la jugada que armó antes de morir. Ese es mi único objetivo. Y voy a conseguir ese diamante: tarde o temprano.

Quiroga asintió sin decir nada mientras Elsinger se ponía de pie y caminaba hasta la ventana. Después de unos minutos, el abogado volvió a hablar.

—Podríamos ir estudiando, como te decía, las estrategias jurídicas.

Abrió una carpeta.

—Tenemos esta demanda abierta en Sudáfrica, por el asunto de la división de la sociedad...

—Estudialo vos. Yo tengo llamados que hacer.

Lo oyó hablar largamente en la habitación de al lado. Por momentos, el tono de Elsinger se elevaba, pero el abogado no llegó a captar el sentido. Luego hubo silencio por

un rato. Quiroga se concentró en los documentos que tenía entre manos y tomó una buena cantidad de notas para discutir con él. Cuando estaba terminando, Marcos volvió a entrar en la sala.

—Si te parece podríamos ir viendo...

No pudo terminar la frase porque sonó el teléfono celular de Elsinger. Lo sacó velozmente del bolsillo.

—¿Si?

La cara le cambió mientras oía lo que le decían al otro lado.

—¿Están saliendo juntos? Perfecto. Ahora quiero que me escuches con mucha atención: esos dos no van a llegar a ningún lado. No pueden llegar, ¿queda claro? Y no me importa cómo lo vas a impedir, solo quiero que te asegures de que no lleguen. Me avisás paso por paso todo lo que hagan.

Cuando cortó, volvió a mirar por la ventana. El abogado juntó sus papeles y pensó que era un buen momento para irse.

A la mañana, Frederick se veía mucho mejor. Eso dijeron todos. Quizá era que las marcas violetas en su cara empezaban a difuminarse o que las horas de sueño profundo le habían dado a su cuerpo un poco de paz. Aunque lo más importante, según pensó él cuando abrió los ojos y recorrió la pequeña habitación en la que había dormido, era que estaba ahí. Había cumplido con la misión. Se había comportado en forma torpe y tal vez un poco idiota, pero lo había logrado.

Después de arrasar con el espléndido desayuno que había preparado Elisa, estuvo listo para salir. Era un día de sol perfecto y Alina sugirió que caminaran hasta el zoológico, donde se encontrarían con el Chino. Cuando Frederick lo pensó más tarde, se dio cuenta de que eran esos los momentos en que se equivocaba: cuando un buen día de sol y un optimismo renovado e inoportuno le hacían descartar la solución apropiada —conseguir un coche, en este caso— y elegir la menos adecuada. Una caminata que los exponía ante el mundo.

Pero en ese momento les pareció que no había idea mejor y emprendieron el camino llenos de ánimo y de historias

para contarse. Aunque seguían siendo prácticamente desconocidos uno para el otro, se sentían cercanos de una forma extraña, de una forma que ninguno de los dos hubiera podido definir. Quizá era el tiempo en el que se habían buscado tan desesperadamente lo que los había unido. Frederick pensaba, aunque no se lo dijo a Alina, que también la posesión del diamante generaba un lazo especial entre ellos.

—No estaba realmente loco —le dijo de pronto, sin que viniera a cuento.

Cruzaban en ese momento una avenida y Alina miró con cautela hacia ambos lados antes de contestarle.

—¿No? Sin embargo, este asunto del diamante...

—Sí, es extraño. Pero tendrías que haber estado ahí. De a poco todo el mundo empezó a convencerse de que la piedra era muy especial. Y luego vino su enfermedad...

—¿Qué tenía?

—Cáncer. Empezó hace mucho, pero dos años atrás el médico le dijo que le quedaban pocos meses de vida. Él, sin embargo, no le creyó. Vivió mucho más de lo que pronosticaron y creía que era gracias a la protección del diamante. La historia corrió y empezó a recibir, ya no solo ofertas cada vez más importantes por el diamante, sino incluso pedidos insólitos: gente enferma quería que les permitiera verlo o tocarlo un momento, como si así hubieran podido sanar.

—Delirante.

—Sí, suena loco. Pero todo el asunto no hizo más que enfurecer a Elsinger, que también se convenció. Él dice que Lucio le robó el diamante.

—¿Se lo robó?

—No. No exactamente, al menos. Cuando apareció ya habían acordado la división de la sociedad y esa explotación había quedado para Lucio. Pero ante la ley aún no estaba

cerrado. Claro que Lucio no estuvo dispuesto a discutirlo y se lo llevó.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros con...?

Alina no llegó a terminar la frase porque percibió dos cosas inquietantes al mismo tiempo: la primera fue que un auto había frenado a escasos pasos de ellos y un hombre canoso había salido bruscamente y se les aproximaba. La segunda fue que algo rígido tocaba su cabeza. Mientras el tipo ponía una mano en el brazo de Frederick, otro la sujetaba por atrás.

—La nena tiene en la nuca un fierro —informó el canoso. Hablaba en un tono muy bajo, arrastrando las palabras, y Alina se dio cuenta de que Frederick no había entendido nada. Se sacudía, intentando liberarse del brazo que lo dominaba.

—No te muevas —le dijo en inglés—, tengo una pistola en la cabeza.

Eso lo entendió. El hombre los empujó hacia adelante, para que subieran al auto.

—Vamos a dar un paseo. Si se portan bien, no les va a pasar nada.

Frederick estaba a punto de entrar al auto cuando oyó otra voz, esta vez una voz que conocía.

—Todo el mundo se queda quieto.

El Chueco acababa de apoyar el cañón de su pistola en la espalda del hombre que a su vez tenía una pistola en la espalda de Alina. Todos se quedaron quietos, más por la sorpresa que por otra cosa.

El canoso lo miró boquiabierto.

—Chueco... Esto no es asunto tuyo.

—Quieto, Galíndez. Sí, es asunto mío.

Mientras lo decía, aprovechó que el que apuntaba a Alina había bajado el arma y se la sacó con un movimiento

rápido. El tipo levantó el brazo para golpearlo, pero Bermúdez le hundió la pistola en los riñones.

—Ahora vamos a estar tranquilos —elevó la mirada hacia Frederick—. *Chief*, usted y la señorita corran. Corran ya mismo.

A Alina le pareció que Fred no estaba entendiendo realmente cómo venían las cosas y decidió tomar el mando. Le agarró la mano y lo arrastró. Corrieron. Corrieron en zigzag por entre la gente que se había detenido asustada porque alguno había visto un arma y gritado segundos antes:

—¡Ladrones!

Y probablemente también, pensó Alina, habían llamado a la policía, ya que se empezaban a oír varias sirenas. Eso no la hizo detenerse. Siguió corriendo y corriendo sin mirar atrás, hasta que en un momento se dio cuenta de que Fred estaba cayéndose. Frenó y, cuando se volvió, él se le vino encima, como un muerto.

—¡Frederick!

Intentó sujetarlo, pero su volumen era más de lo que ella podía aguantar. Las piernas se le aflojaron y apenas atinó a apoyar una rodilla para sostener el peso de Fred. Pero no pudo evitar que los dos terminaran en el suelo. Él tenía los ojos cerrados y parecía no reaccionar. Alguna gente se detuvo a mirarlos.

—¡Fred! —Alina le golpeó suavemente la mejilla mientras pensaba que lo único que faltaba era que después de tanto esperarlo se le muriera entre los brazos—. ¡Fred! ¿Estás bien?

Él abrió lentamente los ojos.

—Creo que sí. Pero me duele...

—¿Qué?

—No sé... Todo. Y las cosas se mueven.

Con la ayuda de un hombre que se había sumado al grupo de los curiosos, Alina logró moverlo un poco hasta que quedó sentado en el escalón de un negocio, con la espalda bien apoyada contra el muro. Le pareció que estaba mejor y decidió ir a buscarle un poco de agua.

—Váyanse, por favor —le dijo a la gente que cuchicheaba al lado—. No pasa nada.

Mientras la esperaba, Frederick pensó que ese estado —tirado, golpeado, hecho trizas— se le estaba convirtiendo en una patética costumbre. Hubiera querido mostrarse fuerte y protector, pero aquí estaba otra vez, requiriendo las atenciones de una mujer. Cuando intentó incorporarse notó que el mundo insistía en moverse de una forma muy desestabilizante. Tenía que hacer un esfuerzo. Reponerse. Se tomó una parte de la botella de agua que trajo Alina y el resto se lo echó en la cara. La refrescada le hizo bien y sonrió.

—Al final, fue una buena decisión contratarlo al *Choco*.

—Chueco —se rió Alina—, se dice Chueco. Veo que estás mejor. Si podés pararte, quizá sería una buena idea subirnos a un taxi. Estamos a punto de perder la cita.

La música del celular, una mala imitación del tema de *Misión imposible*, sonó atronadora en el taxi. Frederick pensó que sería de Alina o del chofer, pero extrañamente nadie hacía el gesto de atenderlo. Tardó hasta darse cuenta de que en realidad el sonido estaba saliendo de su propio bolsillo: había olvidado completamente el aparato que le había entregado Bermúdez.

—¿*Chief*?

—Sí.

—¿Todo okay?

—Sí. ¿Y usted?

—Bien, llegó la policía pero zafé. ¿Adónde va ahora?

—Al zoológico.

—No va a ir a la jaula de los leones, ¿no? Mire que ahí no me meto.

Su propio chiste le provocó al Chueco un acceso de hilaridad. Frederick lo escuchó en silencio mientras pensaba que su guardaespaldas se reía como una hiena.

—No, vamos a la de las serpientes.

Probablemente Bermúdez consideró que también eso era una broma, porque sus extraños sonidos persistieron un rato.

—Usted es raro, *chief* —dijo al final—. Nos vemos con las serpientes.

49

El Chino no llegó a la hora prevista. Mientras lo esperaban, se detuvieron a observar a través del vidrio a una serpiente pitón que dormía enrollada, enorme y repugnante. Un cartel explicaba que no era venenosa, sino constrictora: "Mata a sus presas enrollándose hasta sofocarlas". Alina se estremeció.

—¿Por qué quiso el Chino que nos encontráramos en este lugar?

Frederick se encogió de hombros.

—Tiene miedo de que lo vean.

—¿Tanto?

—Sabe que Elsinger lo quiere matar: le juró que lo va a perseguir hasta encontrarlo. Por eso se fue de Sudáfrica y se cambió el nombre: ahora usa el apellido de su madre. En realidad, el Chino nunca tendría que haberse metido en nada de esto. No es lo suyo.

Caminaban lentamente frente a las jaulas. No había mucha gente a esa hora: cuatro o cinco visitantes, un pequeño grupo de chicos y un empleado que limpiaba el piletón de las tortugas.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque Lucio lo tentó, supongo: le ofreció mucho dinero por un par de años de trabajo. En verdad, él es un artista.

—¿Músico?

—Sí, toca el violín. Y muy bien. Cuando Lucio lo encontró estaba en Tokio, intentando establecerse. Se había ido de la Argentina, pero encontraba muy difícil adaptarse al Japón, el país de su madre. La oferta lo sedujo: unos pocos años de trabajo le iban a permitir volver acá con dinero para instalarse. Y trajo más de lo que esperaba. Lucio quería incluirlo en el testamento, pero como él le pidió que no lo hiciera para evitarse problemas, le cedió una parte de su fortuna aún en vida. Solo que hasta ahora me parece que no pudo disfrutarla.

Se detuvieron frente a la víbora de cascabel. El animal abrió la boca y Alina hizo un gesto de disgusto.

—Lo que no entiendo es por qué Lucio lo eligió para el trabajo.

—Solo porque le tenía mucha confianza. Lucio estaba aislado y necesitaba apoyarse en alguien conocido. El Chino es un tipo brillante: enseguida se convirtió en un experto en diamantes. Todo iba bien hasta que pasó lo del hermano de Elsinger.

—¿La muerte?

—Sí. Aunque el que disparó fue Lucio, los dos quedaron metidos en el asunto. Elsinger dijo que los iba a matar: que no iba a descansar hasta encontrarlos y matarlos. Y es un tipo al que uno puede creerle cuando dice algo así.

La serpiente pitón que habían estado observando deslizó su cuerpo grueso por la jaula vidriada. Alina desvió la mirada.

—Me estás dando miedo, Fred.

—Mejor cambiemos de tema —Frederick miró su reloj—. Es raro que el Chino se atrase tanto.

Salieron del serpentario. A un lado, junto a un puesto de bebidas, vieron al Chueco, que los saludó. Frederick le indicó con un gesto que se quedara ahí. Prefería tenerlo a cierta distancia. Volvió a mirar la hora inquieto y luego levantó los ojos hacia el sendero. El único que se acercaba por ahí era un payaso. Tenía un traje amarillo, los clásicos zapatones, una peluca verde y una pelota roja en la nariz. En la mano llevaba un par de globos.

—¡Aquí está Fafá, el rey del humor! —gritó cuando estuvo cerca de ellos.

Frederick lo miraba como hipnotizado.

—¡Hola, muchachos! —el payaso volvió a gritar con un tono artificial y palmeó a Fred en la espalda—. ¿Un globito?

Recién en ese momento, Alina empezó a entender.

—¿Chino? —Fred se veía incrédulo.

—Un gusto verte, amigo —ahora el payaso hablaba en voz baja y en un perfecto inglés—. Sentémonos ahí.

Señaló un banco en el que se ubicaron mientras él sacaba más globos de su bolsillo y empezaba a inflar uno de forma alargada.

—Chino, ¿no te parece que esto es un poco... ridículo? El payaso asintió.

—Sí, pero prefiero ser ridículo a estar muerto. Por cierto, veo que no la has pasado muy bien —dijo señalando las marcas violetas en la cara de Frederick—. ¿Qué pasó?

—Es una historia larga. Me secuestraron, casi me matan, estuve internado, viajé, casi me matan por segunda vez... Pero finalmente estoy aquí. Y traje el testamento.

El Chino sonrió mientras formaba un perro salchicha con los globos.

—Sabía que lo ibas a lograr. ¿Cómo es? ¿Hay alguna sorpresa?

—No hay mucho, un par de propiedades endeudadas y un fondo que hizo para mis estudios. Y nos deja el diamante a mí y a Alina. Pero había otra cosa en el sobre que yo traía: una tarjeta de memoria con fotos y documentos que comprometen a Elsinger.

—¿Qué? —el Chino detuvo el movimiento de sus manos—. ¿Las famosas pruebas?

—¿Ya sabías?

—Solo sabía que las estaba buscando. Creo que se gastó buena parte de su fortuna en eso. Estaba enfermo de obsesión. ¿Y qué van a hacer con ellas?

—En realidad, él dice en la carta que se las entreguemos a usted —explicó Alina—. Que sabrá cómo usarlas para hundirlo definitivamente.

El Chino suspiró.

—Yo solo quiero salirme de todo esto. Pero no es mala idea hacerle saber a Elsinger que las tenemos y que pensamos usarlas si es necesario.

—Creo que esa era la idea de Lucio —dijo Frederick—. Protegernos.

—Yo más bien creo que su idea era vengarse, Fred. La idea que lo obsesionaba. Pero ya es hora de terminar con todo este asunto. Y va a ser mi turno de desaparecer.

El Chino sonrió, una sonrisa que el exceso de pintura en torno a su boca volvía extraña, algo grotesca.

—¿Adónde vas a ir?

—Al interior. A algún lugar lejano y calmo, donde pueda hacer una vida normal, sin ocultarme más. Donde pueda disfrutar de la música y del dinero que junté. Yo le prometí a Lucio que iba a ayudarlos en todo lo posible. Pero ya estás

acá, sano y salvo —miró a Fred, como evaluándolo—. Bueno, tal vez no tan sano. Pero a salvo. Alina y sus padres están bien. Y el testamento está en buenas manos. De modo que estoy tranquilo.

Después, cuando Alina repasaba lo que había sucedido a continuación, esa palabra volvió a su mente: *tranquilo*. Fue, irónicamente, lo último que dijo el Chino antes de que todo se desbarrancara. Porque acababa de pronunciarla en el instante en que Frederick giró su cabeza y vio avanzar hacia ellos al canoso que había intentado secuestrarlos a la mañana. Era evidente que traía un arma oculta bajo su chaqueta.

Dio un grito que hizo que los tres se levantaran. Cuando el Chino siguió su mirada, también él vio al canoso, que ya tenía el arma en las manos. Entonces los empujó en dirección a la entrada del serpentario. Chocaron en su carrera con alguna gente que salía y el Chino les advirtió que volvieran a entrar.

—¡Hay un loco con un arma! ¡Corran!

Hubo gritos, un chico que tropezó y empezó a llorar y una mujer que se puso histérica. Alina y Frederick se protegieron tras el piletón donde nadaban las tortugas gigantes y el Chino se quedó a un lado, intentando ver qué pasaba, porque el canoso había quedado fuera de su vista.

Fue entonces cuando sonó un disparo. En medio de los gritos de la gente, se oyó cómo un vidrio caía destrozado: la bala había impactado en una de las jaulas. Alina se encontró pensando —estúpidamente, consideró después— que en ese momento la serpiente pitón podía estar reptando hacia fuera, acercándose a ellos, y que tal vez no moriría por las balas sino porque el asqueroso animal iba a enroscarse en su cuerpo hasta sofocarla.

El Chino la sacó del ensimismamiento tirando de su mano.

—Tenemos que salir de acá —susurró.

A esa altura de las cosas, el caos en el lugar era total. Porque la gente, que en un comienzo había corrido hacia la salida en el otro extremo, había entrado en pánico con el disparo y en su mayoría estaban acatando la orden de un hombre a quien se le había ocurrido aullar:

—¡Al suelo!

Y ahora todos se arrastraban boca abajo intentando llegar a algún lado, demasiado asustados para levantar la cabeza. Ellos tres empezaban a avanzar en cuclillas en el momento en que oyeron un grito:

—*Chief*, vengan hacia acá, los cubro.

El Chueco estaba parado en la salida hacia la que avanzaban, con el arma en la mano. Aún agachados, Alina y Frederick corrieron hacia él, seguidos de cerca por el Chino. Pero en ese momento llegó un segundo grito, del lado opuesto.

—Si se mueven de ahí, disparo.

El que hablaba era el hombre canoso. Alina se sintió floja, como si fuera a caerse. Las cosas no podían ir peor. A un lado, estaba el Chueco, armado. Al otro lado, estaba el canoso, también armado. Y en el medio había un montón de gente histérica. El más pequeño gesto podía desencadenar una masacre. El Chino debió de pensar lo mismo, porque se volvió lentamente y dijo en un tono muy calmado:

—Por favor, no hagan ninguna locura. Acá hay mucha gente.

Después, en una de las tantas veces en que Alina y Frederick discutieron lo que había sucedido, concluyeron que había sido la voz la que lo delató. Porque no había manera

de que nadie reconociera al Chino bajo la peluca verde, el espeso maquillaje y el disfraz de payaso. Pero su voz, esa voz gruesa y cálida, era inconfundible.

Fue después de oírla cuando apareció Elsinger detrás del canoso. No dudó, no amenazó ni gritó. Simplemente, levantó la mano y disparó dos tiros certeros en el pecho del Chino.

Alina no se enteró de que después de hacerlo dio media vuelta y salió corriendo junto con el otro. Tampoco supo que el Chueco corrió tras ellos. Ni siquiera tuvo real conciencia de que estaba gritando como una loca hasta que Frederick le pasó un brazo por los hombros y la apretó para que se callara. Pero no le dijo nada. Los dos se quedaron parados ahí un tiempo que pareció eterno sin sacar los ojos del cuerpo del Chino, en el que una mancha roja crecía en medio de su traje amarillo de payaso.

Marcos Elsinger sacó la cabeza por la ventanilla en busca de su abogado, pero no había señales de él. El auto estaba detenido junto a la pista de aterrizaje de un modesto aeroclub. Desde allí podía ver una avioneta pequeña. Demasiado pequeña, pensó; no le gustaba andar en esos aparatos tan chicos en los que la sensación de estar volando era inquietantemente intensa. Pero esta vez no tenía opciones. Miró el reloj; Quiroga se estaba demorando demasiado. Estuvo a punto de decirle a su custodio que lo fuera a buscar, pero cambió de idea. Sacó en vez su celular del bolsillo, dispuesto a llamarlo para preguntarle por qué diablos tardaba tanto. Cuando estaba marcando el número, el abogado volvió.

—Todo resuelto —dijo mientras entraba al auto—. Ahora preparan la avioneta que te va a llevar hasta Paraguay, discretamente. Ahí te va a recibir un amigo que puede organizar el siguiente tramo del viaje. De todas formas, hay que andar con mucho cuidado. Si lanzaron una orden de captura internacional...

—No, Quiroga —Elsinger sacudió la mano irritado—, ya te dije que no puede ser. Probablemente ni siquiera

llegaron a identificarme. Además, no hay pruebas de nada... Quedate tranquilo.

—¿Tranquilo? —Quiroga exageró un gesto de sorpresa—. No entiendo, Marcos, cómo pudiste hacer algo así en un lugar público...

—Ya te lo expliqué —la voz de Elsinger reflejó su fastidio—. No lo tenía planeado. Galíndez generó el pánico de puro idiota: le había sacado el seguro al arma y se le escapó un tiro que dio contra una jaula de vidrio. Yo estaba esperando afuera. Cuando oí el ruido, entré para ver qué pasaba y vi a ese... payaso. Hacía años que lo buscaba. No lo pensé, solo disparé. Igual, se lo tenía merecido. Fueron los dos mejores disparos de mi vida.

Pareció que Quiroga iba a decir algo más, pero se con-
tuvo.

—Vos quedate tranquilo —insistió Elsinger— y ocúpate de la sucesión. Tenemos que recuperar lo que Lucio me robó.

—Sí, ya estoy en contacto con tus abogados en Ciudad del Cabo. Estamos discutiendo la forma en que vamos a encarar esta etapa.

—Ya saben lo que quiero.

—Sí... —Quiroga pareció incómodo—. Hay que ser realistas, Marcos. Creo que es posible pelear la forma en que se disolvió la sociedad, pero el diamante... En ese punto hay que rendirse.

Lo interrumpió un hombre que se acercó para anunciar que la avioneta estaba lista. El custodio bajó con el equipaje, mientras Elsinger se ponía el abrigo. Antes de irse volvió a mirar al abogado.

—Ahí es donde te equivocás, Quiroga. ¿Ves? Esa es la diferencia entre nosotros: yo no me rindo. Nunca.

En los momentos difíciles, Frederick se refugiaba en el silencio. Alina lo notó en los días que siguieron a la muerte del Chino. Nada de lo que ella hiciera parecía suficiente para sacarlo de la actitud distante que había asumido desde que el Chino cayó y supieron que no había nada que hacer por él.

Los paramédicos habían aparecido enseguida junto a los guardias de seguridad y poco después se habían sumado una ambulancia, dos coches de policía y decenas de curiosos, pero aunque le hicieron las usuales maniobras de reanimación, no lograron nada. Aun así, tardaron en llevárselo. Durante mucho tiempo, a Alina la asaltaría una y otra vez la perturbadora imagen del cuerpo del Chino en medio del serpentario, con el traje amarillo manchado y esa patética sonrisa de pintura roja en torno a su boca.

Un policía la interrogó durante un tiempo que se le hizo interminable. Tuvo que explicar quién era el Chino, por qué vestía de payaso y, sobre todo, de quién era el dedo que había apretado el gatillo. El que le hacía las preguntas era el oficial Canetti, un investigador de unos cincuenta años

que tenía poco pelo, labios finos y cara de no creer ni por un segundo lo que le decía.

Ella no tenía dudas: había visto la cara de Elsinger, si bien había sido solo un momento fugaz. Fred, en cambio, que había estado un par de pasos más atrás, no había alcanzado a ver prácticamente nada. Cuando finalmente las preguntas —reiterativas, agotadoras y por momentos decididamente estúpidas— llegaron a su fin, Alina se sentía cansada e impotente.

—Entonces ¿no van a ir a buscarlo? —le preguntó irridada.

—¿A quién?

—A Elsinger. El que disparó.

El policía estornudó y sacó un pañuelo antes de contestarle. Parecía también él fastidiado.

—Vamos a analizar toda la información y el juez decidirá si se emite una orden de captura.

“Y cuando lo hagan —pensó ella—, de Elsinger no quedará ni la sombra”. Intentó explicarle su enojo a Frederick mientras volvían a la casa, seguidos de cerca por el Chueco —que había optado por mantener una prudente distancia de la policía—, pero él apenas le respondió con monosílabos. Después le dijo que prefería pasar esa noche en el hotel, donde aún tenía sus cosas. Antes de que se fuera, sin embargo, Alina empezó a vislumbrar las turbulencias que agitaban su interior.

—Si no fuera por mí —le dijo en voz baja cuando la dejó en su casa—, el Chino seguiría vivo.

—¿Cómo?

—Yo insistí en que nos viéramos. En realidad, no era necesario, pero creo que necesitaba su apoyo. Ya ves, es mi culpa.

Después se fue.

Esa expresión oscura seguía inalterable al día siguiente, cuando pasó a buscarla, y no hubo nada que ella pudiera decir durante el viaje que la cambiara. Ana, la hermana del Chino, los esperaba en la entrada del cementerio. Era parecida a él, aunque algo mayor, y aún tenía los ojos enrojecidos. El día anterior había llorado por teléfono cuando le dijo a Alina que era esa la noticia que había estado temiendo recibir por demasiado tiempo, desde que el Chino había cometido el gran error de su vida: meterse en el asunto de los diamantes.

Ahora, sin embargo, parecía más compuesta. Mientras los conducía hacia donde estaban los demás, les contó que su hermano casi no había hecho relaciones sociales desde su regreso de Sudáfrica y por eso había avisado solo a unos pocos familiares. Alina observó a los otros. Había un hombre mayor, dos chicas jóvenes y, un poco más allá, una pareja que hablaban entre ellos: la mujer le daba la espalda y le bloqueaba la visión del hombre. En ese momento, avisaron que estaba todo dispuesto para el sepelio y el grupo se puso en marcha.

Alina tomó del brazo a Frederick y avanzaron por el camino empedrado. En el trayecto, él rompió su empecinado silencio para comentar en tono lúgubre que ese entierro tendría que haber sido el suyo. Ella se limitó a apretarle la mano, porque pensó que nada que pudiera decir iba a calmar su desazón.

Ya estaban en el lugar cuando sintió algo en su espalda, una ligera presión. Se dio vuelta y el corazón le saltó. Ahí estaba Rosa, su vecina. Lo primero que pensó fue que Elsinger los perseguía otra vez, quizá oculto en algún lugar del cementerio, y que Rosa era su mano ejecutora, la cara amable que utilizaba para llegar hasta ellos. La miró demasiado aterrada para decir algo. La mujer, sin embargo, sonrió.

—Hola, Alina.

—¿Qué... qué estás haciendo acá?

—El Chino —la voz de Rosa se adelgazó— era mi tío.

—¿Tío? —Alina frunció el ceño mientras intentaba ubicar las piezas de ese rompecabezas que de pronto parecía incomprendible—. Pero entonces... ¿lo demás... es casualidad?

—No. Él fue quien encontró el departamento, cuando Luis y yo teníamos que trasladarnos a Buenos Aires —bajó la voz—. Mi tío anduvo por tu casa, creo que para ver si todo estaba bien con ustedes. Vio el cartel de alquiler y se le ocurrió que podía servirnos. Después él mismo se ocupó de los trámites. A cambio nos pidió un favor: que estuviéramos atentos a lo que les pasaba a ustedes, que nos acercáramos y los cuidáramos un poco. Como Luis se dedica a la seguridad bancaria, tiene cierta experiencia... Pero creo que el asunto era más serio de lo que nosotros imaginamos.

—Y pensar que yo creía...

—¿Qué?

Alina sacudió la cabeza.

—Nada.

Hicieron silencio porque en ese momento el féretro estaba bajando a la tierra. La familia había decidido no hacer ninguna ceremonia religiosa, ya que el Chino no era creyente. Antes de que echaran la primera palada de tierra, Ana se adelantó y dejó caer unas rosas en la tumba.

—Ojalá estés en paz —dijo, aunque pocos la oyeron.

Cuando volvían, a Alina se le ocurrió invitar a Fred a comer panqueques a un café cercano a su casa. No era que tuviera hambre, pero a su modo de ver los panqueques —y especialmente los rellenos con dulce de leche— solían

tener un efecto positivo sobre el malhumor y la tristeza. Él aceptó, más por complacerla que por otra cosa.

En el camino, le habló de Rosa y Luis. Se sentía avergonzada, dijo, horriblemente avergonzada.

—Pensar que desconfié tanto de ellos. De su amabilidad, de su interés... Y en realidad nos estaban protegiendo a pedido del Chino.

—Igual que yo con Saldaño, mi compañero de vuelo —dijo Frederick—. Al fin era solamente un buen tipo... Y Verónica —sonrió con el recuerdo—, creo que de verdad me quería ayudar. Un día tengo que llamarla...

—¿Quién es Verónica?

—Una enfermera, en mi ciudad... No importa. Pero ¿cómo es la historia de esa tía tuya que atendió el teléfono?

—¡No era mi tía! —Alina golpeó la mesa exaltada—. Era una cretina.

En realidad, nunca sabrían cómo se llamaba, le dijo, ni quién era: solo era evidente que había sido contratada por Elsinger por su capacidad para hablar la lengua de señas. En un momento se dio cuenta de que Fred había dejado de prestarle atención. Otra vez tenía la mirada triste. Le preguntó qué le pasaba.

—Es que todavía me cuesta creerlo —dijo mientras entraban en el local—. En tan poco tiempo murieron Lucio y el Chino.

Se sentaron a una mesa junto a la ventana y Alina hizo el pedido.

—No me contaste nada de la muerte de Lucio. ¿Cómo fue?

—Rara, muy rara. Cuando supo que le quedaba poco tiempo, se fue a una pequeña clínica que nadie conocía para estar tranquilo. Me dijo que me haría saber antes de

que llegase el momento. En verdad, pensé que iba a poder despedirme de él, pero un día me llamó una persona de la clínica para decirme que había muerto. Ya estaba todo dispuesto para el funeral.

—¿Fuiste?

—Sí, fue extraño. Había muy poca gente. Cuando terminó la ceremonia, fui a averiguar por los gastos. Yo tenía dinero de Lucio, de modo que estaba preparado para pagar lo que fuera necesario. Pero entonces me dijeron que ya estaba pagado. Y nunca te imaginarías por quién...

—Sí. Elsinger.

—¿Cómo sabías?

—Me lo dijo el abogado. Pero ¿por qué?

Frederick se detuvo para observar el panqueque que acababan de ponerle delante.

—¿Seguro que esto es rico?

—Lo más rico que has comido en mucho tiempo. ¿Por qué lo hizo?

—La única explicación que encontré es que quería echar a correr la historia de que se habían amigado antes de la muerte y por eso seguía vigente el viejo testamento. Ocuparse de los gastos era una manera de acentuarlo.

—¿Y?

—¿Qué?

—¿Es rico?

Frederick sonrió y sintió que, con ese mínimo gesto, los ojos se le humedecían.

—Exquisito.

Aún estaban sentados a la mesa cuando pasó por allí Roberto y los vio. Se paró junto a la ventana del bar y le habló a Alina con señas a través del vidrio.

¿Están bien?

Sí. ¿Cómo te fue a vos?

Perfecto. Le entregué todo al abogado. Dice que los trámites avanzan. ¿Seguro están bien?

Alina sonrió. Había evitado hablarles a sus padres sobre la muerte del Chino y no tenía intenciones de hacerlo. Si había algo que no podría enfrentar ahora era que ellos entraran en pánico. Pero Roberto parecía haber percibido algo.

Frederick tiene mala cara.

No es nada, le duele la cabeza.

El padre asintió.

Quiero que le digas que es realmente bienvenido a casa, que nos gustaría que se mudase con nosotros un tiempo. A veces soy un poco...

Detuvo sus manos, sin encontrar el término apropiado.

¿Antipático?

Iba a decir "seco". Pero seguramente también "antipático".

Está bien, se lo voy a decir. Gracias.

Se quedó aún un momento más ahí. Dos chicos se habían detenido a mirarlo hablar con señas, pero él no se había dado cuenta. O quizá, pensó Alina, se había dado cuenta y los ignoraba. A veces Roberto se daba cuenta de más cosas de las que uno podía pensar. Ahora seguía ahí, inmóvil. Ella frunció el ceño.

¿Pasa algo?

No. Ya me voy. Te quiero. Por favor, cuidate.

Alina sonrió sorprendida. En toda su vida, su padre no le había dicho algo así más que dos o tres veces.

Yo también.

Abrió los ojos alarmada. Había oído ruido en la sala: pisadas, un leve crujido en la madera. Alina encendió su velador y miró el reloj: seis y cuarto. Aún era demasiado temprano para que sus padres se hubieran levantado.

Se puso la bata, abrió la puerta lentamente y atravesó el pasillo sin hacer ruido. En la entrada de la sala se detuvo y vio salir de la cocina a Frederick con una taza de café en la mano. Él se sobresaltó.

—Me asustaste. ¿Por qué estás ahí parada?

—Oí un ruido. ¿Qué hizo que te levantas tan temprano?

Fred se encogió de hombros.

—La tensión, supongo. Siempre estoy nervioso antes de viajar. Fijate, está por amanecer.

Se acercaron a la puerta que daba al balcón. Las primeras luces, mezcladas con una neblina espesa, daban a la ciudad un aire irreal, como de escenario. Frederick se sentó en la alfombra, de frente al vidrio, a tomar su café, y le pidió con un gesto que lo acompañara. Junto a la puerta estaba cuidadosamente preparado su equipaje, que había

crecido desde su llegada: en los diez días que había pasado con ellos había comprado muchas cosas. También él estaba distinto, pensó Alina. No solo porque habían desaparecido las marcas en su cara, sino porque todo en su cuerpo parecía haberse relajado.

—¿Estás ansioso por volver?

Frederick inclinó la cabeza, como dudando.

—Solo en parte. Tengo ganas de ver a Fiona y a mis amigos. Por lo demás.... no va a ser fácil empezar de nuevo. Voy a tener que tomar muchas decisiones... Me agota pensarlo.

—Espero que no te olvides de escribirme —Alina le sacó la taza de café para tomar un trago—. Apenas llegues.

—Claro que no. Voy a tener mucho para contarte. Además, todavía no resolvimos dónde vamos a guardar el diamante.

Ella sonrió.

—¿Lo viste alguna vez?

—¿Al Alina? Claro. Y seguro que no es como estás pensando.

—¿Por qué?

—Cuando uno oye la palabra *diamante* piensa en un objeto brillante. Pero este está sin pulir. Es una piedra más o menos grande —Frederick unió sus manos para mostrar el tamaño—, transparente, aunque de un color levemente oscuro.

—¿Oscuro?

—Sí, no todos los diamantes tienen el mismo color. Este es grisáceo, con un suave tinte verde. Es tosco: Lucio nunca quiso que lo pulieran.

—¿Por qué no?

—Después de que la caja con el diamante lo salvara de la bala, decidió que no lo iba a vender. Prefería tenerlo

bajo llave, a salvo de miradas envidiosas. Y sostenía que no necesitaba verlo tallado: su brillo, me dijo una vez, está en el interior.

Alina se rió, pero Frederick siguió mirándola serio.

—Él creía que te parecías al diamante.

—¿Yo? Eso sí que suena ridículo.

—¿Sabías que lo encontraron el día de tu nacimiento?

—No... ¿El 9 de junio?

—Sí. Pero Lucio lo supo más adelante. El día que apareció el diamante, él venía de recibir una carta de tu madre en la que le contaba que faltaba poco para el parto y que te llamarías Alina. Por eso le puso ese nombre a la piedra.

—Sí, el Chino me contó eso.

—Después pasó todo lo que sabemos: la pelea, las balas. Y creció el mito. Meses más tarde, Lucio recibió otra carta de tu madre. Ahí le anunciaba que habías nacido exactamente ese día: el 9 de junio. No lo podía creer.

—Bueno, una casualidad. No es más que eso.

—Sí, pero Lucio no creía en casualidades. Desde ese momento dijo que estabas unida al diamante.

Alina se rió y sacudió la cabeza.

—Hablemos de algo serio. ¿Qué vas a hacer con esos papeles?

—Los originales se quedan acá, en una caja de seguridad. Me llevo una copia y pienso seguir el consejo del Chino: hacerle saber a Elsinger que los tenemos. Después, tratar de olvidarme un poco de todo esto. Quiero ocuparme de mí, empezar a estudiar. Y ustedes, ¿qué van a hacer?

—Si queda dinero del campo, papá quiere invertirlo en una nueva carpintería, más máquinas... y, con suerte, algún empleado que me libere de los llamados. Pero aún falta mucho. Quizá viajemos cuando se defina lo de la herencia.

—Sí —Frederick sonrió—. Vas a conocer mi país. Podemos averiguar algo más de todo esto... —hizo un gesto vago.

—¿Averiguar? No sé —Alina se tapó la boca, incapaz de contener el bostezo, mientras se levantaba—. Hace falta más café.

Volvió minutos más tarde con una bandeja en la que había dos tazas humeantes, tostadas y mermelada.

—No quiero hacer nada que resulte peligroso —dijo mientras se sentaba otra vez en el piso—. Creo que ya tuvimos suficientes peligros. A propósito, estuve pensando algo que quería decirte.

—¿Sí?

—Esta guerra no es nuestra: no tiene sentido pelearla. Y hay demasiado riesgo. Por eso... —Alina hizo una pausa, buscando cómo decir lo que tenía en mente— creo que quizá podríamos venderle el diamante a Elsinger. O entregárselo.

—¿Qué? —Frederick sonrió desconcertado—. No estás hablando en serio.

—Sí. Muy en serio. Es lo que él quiere y está loco. No hay mejor forma de acabar con todo el asunto.

Él la miró espantado.

—No puedo creer que lo digas en serio. Eso es exactamente lo que Lucio pidió que no hiciéramos.

—Ya lo sé —mordió tranquilamente la tostada—, pero Lucio quería vengarse. Quería seguir la guerra. Y como dijo el Chino, esa guerra es como el fuego: si no queremos quemarnos, perdamos el diamante. Creo que en el fondo a él ya nada le importaba demasiado: solo su revancha. Quería hundir a Elsinger, nada más que eso. Al final, Lucio resultó ser bastante oscuro. Como su diamante.

Frederick negó con la cabeza.

—Sé que todo este asunto de la venganza se ve un poco mal, Alina. Y que parece que me usó. Pero hubo otras cosas antes, cosas buenas. Lo lamento, pero no puedo ir contra todo lo que él me pidió.

—¿No te da miedo que Elsinger vuelva a buscarte?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Pero no puedo dejar que tenga la piedra, eso no. Ya sé que Lucio está muerto y no se va a enterar, pero no puedo. De verdad.

Tenía una expresión de pesadumbre tal que Alina se conmovió.

—No importa, solo era una idea —le apretó brevemente la mano—. Me preocupa que estés en peligro.

Frederick tomó un trago de café.

—No te preocupes, tengo los papeles. Y además —sonrió—, el diamante me protege.

Alina lo miró fijo.

—Fred, no vas a decirme que de verdad te creés eso. Seriamente.

Él se rió.

—No —dijo—, era una broma.

Después se dedicó a masticar una tostada mientras miraba por la ventana. La neblina había empezado a disiparse. Tapado por los edificios, el sol le daba a todo el paisaje un resplandor anaranjado. Frederick tomó un nuevo trago de café y terminó la tostada. Entonces volvió a mirar a Alina.

—En realidad, no sé si lo creo. Esa es la verdad.

—Me lo imaginaba.

No hablaron más. Se quedaron mirando cómo en la calle todo empezaba a ponerse en marcha. Alina pensó que pronto sus padres iban a levantarse y que ella tendría que ir

vistiéndose para ir al colegio. Paula la estaría esperando en la esquina y caminarían juntas, un poco dormidas, como cada mañana. A su regreso, Frederick ya no iba a estar en su casa: todo habría vuelto a la normalidad. Y sin embargo, sabía que ya nunca nada volvería a ser igual.